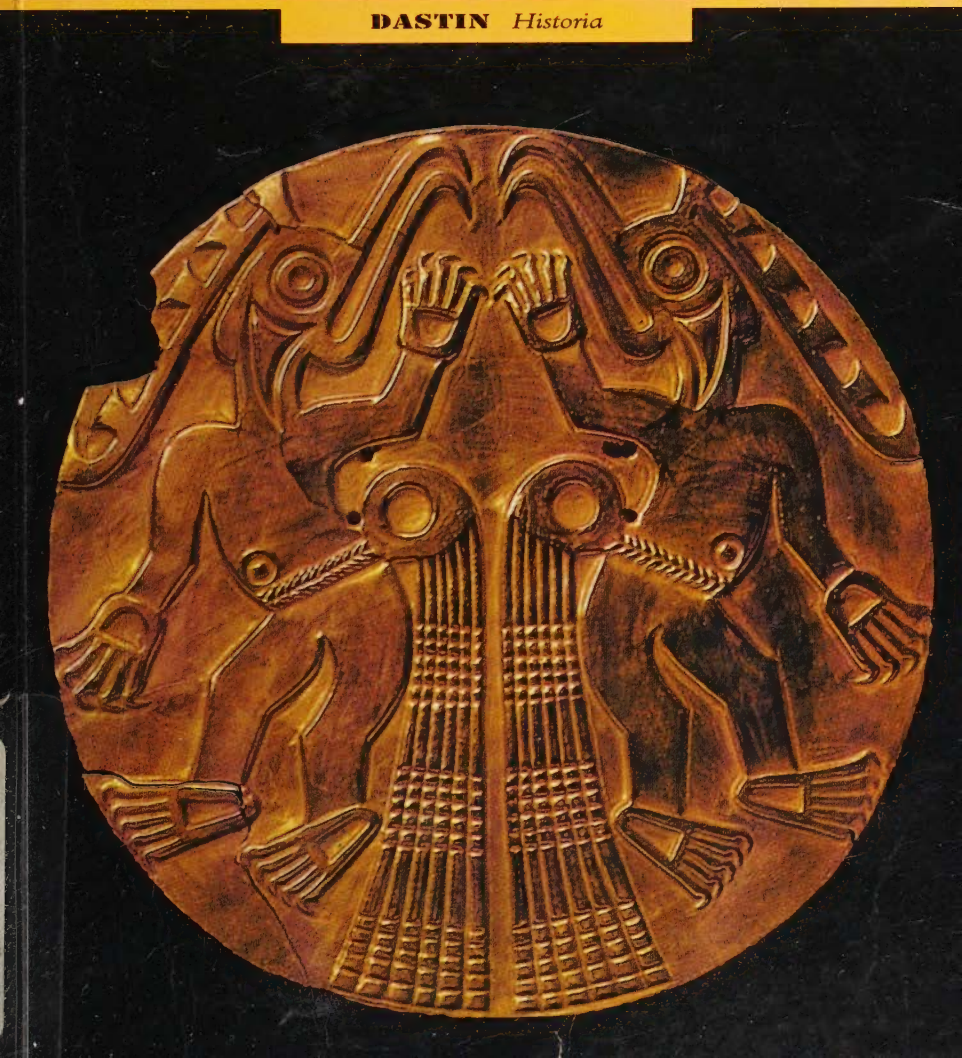
Diego de Landa

RELACIÓN DE LAS COSAS DE YUCATÁN

Edición de Miguel Rivera Dorado

CRÓNICAS DE AMÉRICA

DASTIN *Historia*



Crónicas de América es el más importante proyecto de recopilación de las principales obras generadas con motivo del descubrimiento y colonización de América.

Cada obra está precedida de un amplio estudio introductorio escrito por un experto en el tema.

Muchos de los títulos de esta colección son inéditos o no habían sido publicados durante siglos.

Los datos aportados, con espontaneidad o con doblez por los "cronistas de Indias", pudieron convertirse algunas veces en tema de controversia, pero nunca dejaron de ser objeto de reflexión. No sólo los conquistadores y los frailes misioneros, sino también los sabios y humanistas europeos, los historiadores reales intentaron forjarse imágenes adecuadas de las diversas realidades físicas y humanas existentes en el Nuevo Mundo.

RELACIÓN DE LAS COSAS DE YUCATÁN

DEMCO

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

Diego de Landa

RELACIÓN DE LAS COSAS DE YUCATÁN

Edición de Miguel Rivera Dorado

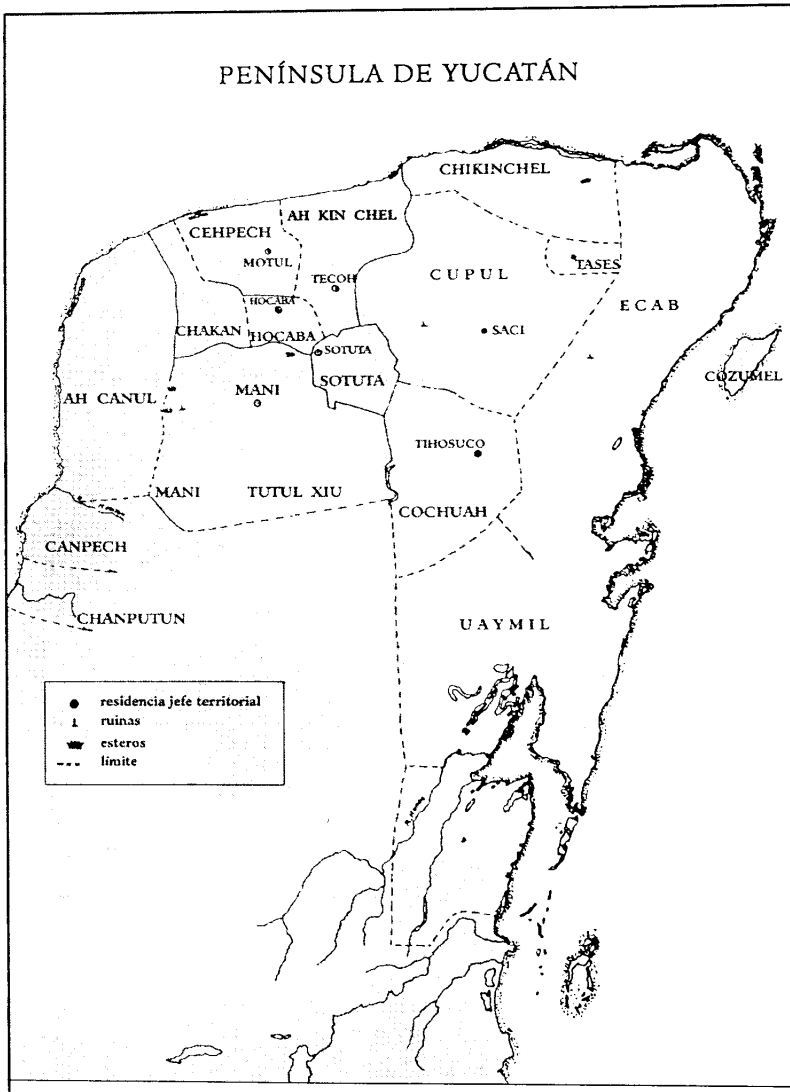
CRÓNICAS DE AMÉRICA

DASTIN *Historia*

© DASTIN, S. L.
Polígono Industrial Európolis, calle M, 9
28230 Las Rozas (Madrid). España
Tel. 91 637 52 54 / 91 637 36 86
Fax: 91 636 12 56
E-mail: info@dastin.es
www. artehistoria.com (para esta colección)
www. dastin.es (resto fondo)

ISBN: 84-492-0227-2
Depósito legal: M. 36055-2002
Impreso y encuadernado en España por: Cofás, S.A.
Printed in Spain - Impreso en España

RELACIÓN
DE LAS COSAS DE YUCATÁN



Mapa de las divisiones políticas del Yucatán prehispánico (según Ralph-Roys)

INTRODUCCIÓN

El siglo XVI es un tiempo de agudos contrastes. Gentes e ideas de muy diversa condición se entremezclan por los cuatro rumbos del planeta dando lugar a desconcertantes situaciones rayanas con los dominios de la fantasía. El modo de vida acuñado en Europa a lo largo de más de mil años, producto singular de una dilatada secuencia de acontecimientos históricos, alcanza su mayor difusión a bordo de los navíos de las potencias sureñas. Portugal y España, al amparo del arbitraje papal y de acuerdo con el tratado de Tordesillas, han dividido la tierra en áreas de influencia y se aprestan a tomar posesión de lo que les pertenece.

Sin embargo, ni las bulas de Alejandro VI —*Inter caetera* y *Eximiae devotionis*, de mayo de 1493—, ni las negociaciones de los diplomáticos de Juan II y de los Reyes Católicos, son factores determinantes del incontenible proceso de expansión colonialista. Ya en la Edad Media se habían fundado numerosas comunidades cristianas entre Bizancio y China, y el estridente movimiento económico y religioso conocido bajo el nombre de las Cruzadas fue sólo la culminación de una tendencia mantenida tercamente desde la caída del Imperio romano de Occidente. Franceses, italianos y aragoneses habían sido los protagonistas de la penetración hacia Oriente, pero desde 1415 los portugueses pusieron pie firme en el norte de África, impulsando continuas expediciones por las costas y el interior del continente; treinta años después llegaron al Senegal, y en 1488 Bartolomé Díaz logró doblar el cabo de Buena Esperanza.

La llegada de los europeos a América era cuestión de oportunidad. Mucho se ha especulado sobre los antecedentes del famoso viaje de Colón, los sueños de Enrique el Navegante, las cavilaciones de Toscanelli, las derrotas a poniente hasta las Azores, todo ello presagio de una empresa madura y necesaria: la ruta occidental. Europa, en fin, pues los ingleses, neerlandeses y franceses no eran ajenos a la fiebre nóma-

da, desbordaba sus angostos límites lanzándose al conocimiento y conquista del orbe. Mas en la mente de los aventureros que surcaban ignorados horizontes reinaba la confusión, porque en lo tocante a su experiencia del medio natural tropezaban con extraordinarios accidentes geográficos, atravesaban océanos que eran todavía patrimonio de terribles y antiguas leyendas, veían animales y plantas ausentes del registro de la memoria y de los catálogos elaborados por los sabios; y en el plano moral, aquellos hombres vigorosos, implacables ante sus enemigos, se hallaban ofuscados preguntándose qué comportamiento resultaba adecuado en casos y circunstancias absolutamente nuevos, y cuál era el temple de los seres que habitaban el misterioso paisaje, y, por ende, el tratamiento que se merecían. Sobre la guía del Evangelio, cuya exégesis ocupaba las horas de los más venerables doctores, estaban las interpretaciones particulares impuestas por el azar, la extensa doctrina de las jerarquías eclesiásticas, los intereses encontrados de unos y otros —cuya dimensión material no desmerecía para nada de la espiritual—, la política general de la Corona, y, desde luego, el resquicio de la propia intuición de conquistadores o colonos, repletos a veces de esa fina sabiduría popular tan útil para salir con bien de los problemas complicados.

De cualquier manera, la pericia acumulada a través del contacto con pueblos de infieles era magra e insatisfactoria para conducir los pasos de quienes irrumpían con celeridad en el espacio y en el aliento de decenas de culturas anónimas, cada una peculiar y distinta, con instituciones, costumbres, valores, realizaciones tangibles y creencias de un exotismo fuera de parangón. Era imprescindible poner orden en tal desconcierto, pensar y escribir una antropología original que contemplara el fenómeno de la diversidad, ajustar las leyes de la paz y de la guerra a los momentos sucesivos de la invasión de los diferentes territorios, discernir prontamente las posibles cualidades humanas de las poblaciones descubiertas o sojuzgadas, resolver infinitos rompecabezas sociales, políticos, teológicos, desde la calificación de los mestizos a la conveniencia de enseñar el Evangelio a los salvajes. Había que inventar o construir urgentemente una nueva visión del mundo, y eso mientras el mundo mismo era recorrido y entregaba sus secretos, imponiéndose con la fuerza de los hechos acabados e irreparables, obligando a modificar día a día sus tenues y huidizos confines ante la percepción y sensibilidad estrechas de las gentes recién salidas de las tinieblas medievales.

Otras características, compañeras del arrojo y la codicia, adornaban a los intrépitos descubridores. Muchos habían guerreado fuera de su

patria y mostraban interés por los usos insólitos que presenciaban, algunos habían cursado estudios en renombradas universidades de la época o eran doctos en los saberes de religión; la curiosidad y el afán de dar cuenta y razón de las cosas o los fenómenos era en ocasiones herencia legítima de los ideales renacentistas, enriquecidos en la Península Ibérica con la trascendental aportación de los pensadores musulmanes y judíos. No cabe duda de que un análisis pormenorizado de la mentalidad de esas personas, de los motivos que les impulsaron a abandonar su país de nacimiento para afrontar las inciertas peripecias de un viaje a lo desconocido, de la llave que explica sus ambiciones, su conducta y su abundante producción literaria, debería incluir la transformaciones sociales y económicas con que se abre la Edad Moderna, la importancia y las metas de la joven clase burguesa, el auge del mercantilismo, el rechazo de las relaciones de tipo feudal y los flamantes modelos de organización política, la humanización de las ciencias y las artes, los avances tecnológicos; es decir, un amplio panorama de la historia europea de los siglos precedentes. Pero no podemos aquí abordar tan compleja materia, ni siquiera espigar ciertos casos ejemplares entre los españoles que pasaron a América; basta para nuestro propósito actual advertir la dificultad de comprender la obra de los colonizadores y escritores del siglo XVI sin arrancar de los sucesos que tenían lugar en el lado oriental del Atlántico, y consignar, en última instancia, que de sus acciones se desprenden virtudes o defectos propios del tiempo que les había tocado vivir. Según veremos más adelante, de igual manera resulta ridículo censurar hoy a fray Diego de Landa por lo que se nos antoja un excesivo celo represor, como elevar sus indagaciones, plasmadas en la *Relación de las cosas de Yucatán,* a la categoría de portento único y excelso.

Por lo demás, la colonización ibérica del continente americano, polifacética y cuajada de conflictos, posee en conjunto un nimbo peculiar, el que aflora desde la suma de los sueños personales de sus héroes; nobles y villanos, bachilleres y rufianes, hombres de milicia y oscuros funcionarios, santos y pecadores, todo el que avistaba por vez primera la borrosa silueta de las costas del Nuevo Mundo, todo el que disponía su hacienda para una jornada al corazón de la tierra misteriosa, era dueño de un proyecto de utopía, y este ansia de vivir lo fabuloso convirtió en iguales a Juan Zumárraga y Bartolomé de Las Casas, a Lope de Aguirre y Francisco Vázquez de Coronado, tiñendo de humanismo las hazañas y los crímenes de una empresa inconmensurable.

Un libro sobre Yucatán

De los abundantes escritos sobre las culturas autóctonas del Nuevo Mundo, continuadores en cierto modo de la *Embajada a Tamerlán* de Ruy González de Clavijo, o de la *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea* de Gomes Eanes de Azurara —y de tantos y tantos libros de viajes, relaciones y crónicas, que siguieron a su vez la profunda huella de un Estrabón o de un Herodoto—, debemos tratar ahora del manuscrito cuya influencia ha sido decisiva para la cristalización de la disciplina científica llamada mayística. El texto de la *Relación de las cosas de Yucatán* que se conserva en la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid es sólo una copia incompleta, llevada al papel años después de que el franciscano Diego de Landa estimara conveniente componer un alegato ante la Corona y el Consejo de Indias con el fin de documentar sus argumentos en el proceso incoado a raíz de la lluvia de acusaciones sobre su proceder en las Indias.

Según señala acertadamente Ángel María Garibay, experto nahuatlato y presentador de una de las más populares ediciones de la *Relación*, —que nos ha sido de mucha ayuda en la preparación de la actual (Editorial Porrúa, México, 12ª ed., 1982)— el término que distingue la obra de Landa suena equívoco. Este informe dedicado a los sucesos de Yucatán es descripción, narración y memoria, esboza la historia de la región, esgrime datos y pruebas dirigidos a quien debe oír para fallar, reúne noticias y hechos diversos. Es un compendio de lo que algunos denominaban *historia natural y moral*, discurre con aires de asombrosa modernidad por los cauces del relato ordenado de los acontecimientos, de la etnología a la geografía, dibujando un panorama completo de lo que eran Yucatán y sus habitantes hacia 1560, poniendo énfasis en aquello que recordaban los mayas respecto a su pasado inmediato, las tradiciones aún vigentes, las prácticas y creencias prehispánicas que la Iglesia se esforzaba sin éxito en desarraigar. Las fuentes utilizadas por el fraile son los mismos indígenas, bien preguntados por las diferentes cuestiones de su cultura o requeridos para interpretar los viejos libros de corteza iluminados con figuras y jeroglíficos; dos de ellos son conocidos, Juan Nachi Cocom y Gaspar Antonio Chi (también mencionado a veces como Gaspar Antonio Xiu, con el apellido de su madre), cuyos nombres mayas evocan los linajes principales de la península. Chi, traductor a la lengua de los españoles, redactó por su parte otra *Relación* en 1582 por mandato de don Guillén de las Casas, gobernador y capitán general de Yucatán, que fue descubierta por France Scholes en el Archivo de Indias de Sevilla y cuyo breve contenido,

complementa y corrobora el propio trabajo de Landa. El manuscrito que dormía ignorado en el caserón de la calle León, 21, de Madrid es una crónica de primera importancia. Fue hallado por el infatigable investigador abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg y publicado parcialmente en París en 1864. Ya hemos dicho que se trata de una copia anónima de varias manos preparada con seguridad por el año 1616, es decir, medio siglo después de que Landa escribiera la versión original durante su estancia en España. Era costumbre entonces encargar tales duplicados de documentos valiosos, o de fragmentos de ellos, y, puesto que la *Relación* fue considerada en seguida trascendental para el conocimiento del antiguo Yucatán, cabe suponer que se hicieran otras reproducciones, algunas de las cuales fueron utilizadas probablemente por historiadores de la talla de Antonio Herrera y Tordesillas, Diego López Cogolludo y Antonio Vázquez de Espinosa. Hasta 1941, fecha en que vio la luz la monumental edición inglesa de Alfred Tozzer, el manuscrito había sido publicado con desigual fortuna en siete ocasiones, destacando la transcripción de Juan de Dios de la Rada y Delgado que apareció en Madrid en 1881, aneja al ensayo de León de Rosny sobre la escritura jeroglífica, y también la edición yucateca de 1938 preparada por el ilustre filólogo Alfredo Barrera Vázquez junto a José Rosado Escalante y Favila Ontiveros. Hoy contamos incluso con una versión rusa (Moscú-Leningrado, 1955) acompañada de interesantes notas y del estudio de Yuri V. Knorozov.

Comienza el trabajo de Landa con un ligero esbozo geográfico, negando el pretendido carácter insular de la región y mencionando el aspecto del litoral y de la topografía interior. De inmediato, el autor aborda una cuestión que todavía no ha encontrado solución adecuada: el origen del nombre Yucatán y la diversidad de los que empleaban los nativos para hacer referencia a las zonas que habitaban. Los mayas contestaron a las preguntas de los españoles diciendo que aquélla era u *lu'umil kuts,* la tierra de los pavos, *kotoche,* nuestra casa, *peten,* isla, comarca o provincia, pero en algún momento debieron citar la lengua hablada por todos, y así Yucatán, procedente tal vez de *yuk* (la generalidad) y *t'an* (el habla), quedó para siempre como denominación de la península. Pero tampoco el franciscano se detiene en estas controversias etimológicas, y pasa a relatar la llegada de los primeros castellanos, el célebre naufragio del navío de Valdivia en 1511 y el cautiverio de Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, y las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva y Hernán Cortés, entre 1517 y 1519. A continuación se abre un capítulo sobre la historia de Yucatán desde el reinado de Kukulcán en Chichén Itzá, hasta la destrucción de Mayapán y la dispersión de los princi-

pales grupos étnicos. Siguen los episodios sobresalientes de la conquista y el establecimiento final de los colonos y los frailes, con los enfrentamientos iniciales entre unos y otros.

Desde aquí, Diego de Landa redacta una curiosa etnografía, apenas sujeta al orden y convenciones que desearían los estudiosos actuales, pero que conjuga eficazmente la abundante información con el gusto por los detalles peregrinos y las costumbres insólitas. Véase una muestra: al autor le llama poderosamente la atención que sean los hombres quienes usen espejos, y no las mujeres, y añade con cierta socarronería que para llamarse *cornudos* decían que su mujer les había puesto el espejo en el cabello sobrante del colodrillo. Desde la descripción de las camas de los yucatecos hasta la del calendario y las fiestas, pasando por las comidas, indumentaria, bailes, oficios, comercio, matrimonios, delitos, rituales, guerras y armamento, costumbres funerarias, encontramos en la *Relación* una verdadera enciclopedia de la cultura maya de época tardía. Landa utiliza preferentemente el tiempo pretérito, pero a menudo se ve obligado a recurrir al presente, porque en la segunda mitad del siglo XVI la gran mayoría de los hábitos objeto de sus pesquisas estaban vivos y llenos de significado; de hecho, se aprecia a veces en el estilo comedido y casi burocrático del texto una leve complacencia, sin duda la del que puede dar cumplida prueba de sus afirmaciones pues ha presenciado personalmente los sucesos que narra, aunque fuera para ponerles coto o procurar inducir a los indígenas a un cambio de conducta. De igual manera, el humor del fraile aflora en varios párrafos, como éste del capítulo en que exalta las buenas cualidades de las mujeres: *Son celosas, y algunas tanto, que ponían las manos en quien tienen celos, y tan coléricas y enojadas aunque harto mansas, que algunas solían dar vuelta de pelo a los maridos con hacerlo ellos pocas veces.*

Más adelante indicaremos que las páginas finales de esta parte de la *Relación* son las que han servido a los mayistas para poner los cimientos de su ciencia. Ahí están las bases de la cronología prehispánica, y no se debe olvidar que en buena medida las fechas arqueológicas que se aplican al área cultural llamada Mesoamérica (que se extiende desde el norte de México hasta Honduras y El Salvador) arrancan de correlaciones con las inscritas en los monumentos del Mayab. Landa expone meticulosamente el funcionamiento del calendario y la forma de computar el tiempo, con la profusión de detalles que merece un asunto que era trascendental en el pensamiento indígena. Dibuja los signos de los días y los meses, describe el ciclo de fiestas y ritos, reproduce una rueda de *katunes* con la que se pasaba del reducido marco del año ordinario al período de

93.600 días, y, por último, para gozo y tormento de los estudiosos, ofrece una breve reseña del sistema de escritura con el supuesto alfabeto de los jeroglíficos. Esa mirada de soslayo a la antigua escritura podía haber constituido la clave del desciframiento de unos símbolos gráficos que se resisten todavía a entregar su secreto, y por ello varios autores compararon la información de Landa con la piedra de Rosetta, que ayudó a Champollion a coronar su trabajo con los jeroglíficos egipcios, pero nuestro fraile fue en este punto excesivamente parco, y aunque los datos que aporta son de inmensa importancia, no han servido para resolver totalmente el grave problema.

Termina la *Relación* con un ensayo de historia natural que comprende la producción de la tierra, la fauna y la flora. Lo más interesante quizá son las observaciones sobre el aprovechamiento de los minerales, los animales y las plantas, pues permiten tener una idea aproximada del volumen y características de la explotación tradicional de los recursos del país, si bien no faltan deliciosos comentarios sobre el extraño aspecto o la peligrosidad de ciertas criaturas; ingenuo nos parece hoy que a los *fieros lagartos* de Yucatán se les tilde de tragones, subrayando además que engendran como los animales, o que se culpe a una especie de pájaros gritadores de que no dejen ir secretamente a las gentes por los caminos, pero en el siglo XVI, según advertimos al iniciar esta introducción, los hombres todavía poseían la maravillosa virtud del asombro y, favorecidos por las circunstancias, su voluntad era dejarse sorprender cuantas veces fuera necesario.

Esta edición de la famosa obra de Diego de Landa pretende seguir fielmente el manuscrito custodiado en la Real Academia. Aun arrostrando los inconvenientes de una nueva versión, cuando tantas de calidad existen en el mercado bibliográfico, hemos preferido volver al texto original, arreglado desde luego al gusto y comprensión de los lectores modernos, y aceptar el riesgo de posibles tropiezos o desaciertos. La división arbitraria del relato, provechosa para una cómoda lectura, no constituye menoscabo del estilo de la época; los epígrafes que hemos introducido no alteran la continuidad y ofrecen empero, al agrupar la información, mayores facilidades para la consulta. Las notas son cuestión más espinosa; Alfred M. Tozzer publicó en 1941, bajo los auspicios del Museo Peabody de la Universidad de Harvard, una traducción inglesa de la *Relación* acompañada por 1.154 notas, apéndices e índices de gran valor, fuente todavía hoy de innumerables datos que los especialistas siguen manejando. No es factible en esta ocasión abordar un estudio de tan colosales dimensiones, que debería dirigirse a un corto

público de iniciados; conscientes, no obstante, de que en las últimas cuatro décadas la mayística ha avanzado con pasos de gigante, rebasando por tanto muchos de los comentarios de Tozzer, un camino prudente y útil es a nuestro entender, incluir ahora algunas notas que reflejen precisamente tales cambios, o sea, los conocimientos actuales sobre los temas básicos que ocuparon la atención del fraile español. Puede apreciarse en seguida que las apostillas inciden en los consabidos problemas de la historia antigua de la región, en los de organización social y política, religión y cronología. Ojalá que mediante esas notas el lector barrunte la situación de nuestros saberes contemporáneos acerca de la civilización maya y, lo que es más importante, encuentre un acicate complementario para profundizar en el conocimiento de las extraordinarias manifestaciones culturales que florecieron hace siglos en las junglas centroamericanas.

La historia antigua del Mayab

Diego de Landa encontró en Yucatán una cultura viva y una civilización en ruinas. De la sagacidad del franciscano para separar ambos conceptos hay buenas pruebas en su obra; los conquistadores habían combatido denodadamente, y con irregulares resultados, tratando de dominar a varios grupos sociales que eran sólo herederos empobrecidos de lo que tiempo atrás fue una brillante civilización. Cualquier observador atento podía percibir entre la floresta de la península los vestigios de inmensas ciudades abandonadas, altísimas pirámides y ornamentados muros cubiertos de vegetación salpicaban el paisaje aquí y allí, como mudos testigos de una remota época de esplendor. La memoria histórica de los indígenas, la tradición oral, o la información que figuraba en los libros pintados, apenas abarcaba escasas centurias, cuando los señores del país habitaban Mayapán o Chichén Itzá. El resto se confundía con los mitos o estaba rodeado de una oscuridad impenetrable; si un maya del siglo XVI era preguntado por las soberbias construcciones de Uxmal o por la identidad de las solemnes figuras que llenaban las estelas erigidas de costa a costa, acudían en tropel a su mente los viejos cuentos que entremezclaban noticias de poderosos gobernantes de antaño con espíritus, magos y hechiceros, profecías sobre la destrucción del mundo, máximas morales y alguna que otra fabulosa experiencia personal. El conocimiento que entonces existía sobre Tikal, el más opulento reino de la antigüedad, era se-

mejante al que mostraron ante Layard los beduinos que excavaban para él la colina de Nemrod. Y, sin embargo, no es posible comprender la cultura de los mayas tardíos —el período que los arqueólogos denominan Postclásico (900-1542 d. C.)— sin tener en cuenta los quince siglos que habían transcurrido con anterioridad. Es por eso que el manuscrito de Landa representa únicamente el acto postreto de un drama iniciado mucho tiempo atrás, y es por eso también que parece ineludible resumir en unas cuantas páginas apretadas los principales sucesos acaecidos desde que las tribus de agricultores aldeanos elevaron los primeros templos de piedra por encima de los árboles de la selva tropical.

El escenario no ha sufrido modificaciones sustanciales. La base de la península de Yucatán es el territorio actual de Guatemala, Belice y los Estados mexicanos de Chiapas y Campeche. Los ríos Usumacinta y Motagua forman los lados inferiores del enorme triángulo maya, y en sus proximidades se asentaron las poblaciones protagonistas de la futura evolución hacia las jefaturas y los reinos clásicos. Los suelos son delgados y están amenazados constantemente por la erosión, las fuertes lluvias tropicales convierten en pantanos extensas zonas, la vegetación exuberante se renueva en rápidos ciclos dejando gruesas capas de materia orgánica putrefacta, y, finalmente, la vida animal prolifera bajo todas las apariencias y características imaginables. A medida que se asciende hacia el norte la pluviosidad decrece, el bosque achaparrado sustituye al de galería, y desaparecen las corrientes de agua superficiales. En la costa más septentrional el ambiente es casi desértico, con plantas xerófitas y dilatados arenales. Lagunas, manglares, manchas de sabana y modestas sierritas de escasa elevación, son otros rasgos típicos de la región. En conjunto, la fisiografía del área maya no invita al poblamiento denso y es un obstáculo formidable para que surjan organizaciones sociales complejas, verdaderas aglomeraciones urbanas y poderes políticos centralizados. De hecho, en todos los medios semejantes de la tierra los casos de antiguas sociedades civilizadas selváticas se pueden contar con los dedos de una mano. Pero fue en esa región hostil donde las gentes del siglo V antes de nuestra Era comenzaron a levantar la más admirable de todas las civilizaciones americanas precolombinas.

Descubrimientos recientes confirman la presencia de seres humanos en el territorio maya desde, al menos, nueve mil años antes de Jesucristo. Las exploraciones del prehistoriador Richard S. MacNeish en diversos lugares de Belice, aunque necesitadas de ulterior desarrollo y de más precisas dataciones, han proporcionado suficientes indicios de ocupación paleolítica, y ello, unido a los datos obtenidos en cuevas de profunda

estratigrafía, como la yucateca de Loltún, permite cerrar definitivamente la larga polémica sobre la antigüedad de los primeros asentamientos.

El sedentarismo y la producción controlada de alimentos vegetales fueron fenómenos gestados a lo largo de varios milenios, pero en el 2000 a. C. ya existían aldeas agrícolas como la de Cuello, en Belice, donde los labradores contaban con los utensilios típicos de la roza tropical y fabricaban una cerámica de gran calidad. El perfeccionamiento de las técnicas de cultivo, el recurso nunca olvidado de la caza y la recolección de frutos o plantas silvestres, y las transformaciones internas de unas comunidades que crecían y dominaban mejor su medio, dieron origen quince siglos después a las primeras jefaturas, es decir, agrupaciones sociales no igualitarias organizadas bajo un régimen jerárquico. Entonces empezó la construcción de los conjuntos monumentales llamados *centros ceremoniales*, expresión seguramente de las ideas religiosas que sustentaban el nuevo orden. Los sitios ejemplares de esta etapa formativa son El Mirador y Cerros, aunque en seguida podríamos añadir Tikal, Dzibilchaltún y otros más o menos distantes entre sí. La arquitectura de piedra es el indicador principal de los profundos cambios; templos sobre basamentos troncopiramidales, edificios de aspecto palaciego, juegos de pelota, capillas o adoratorios, y plataformas de desconocida función, constituyen el grueso de las obras en esos centros focales del poder y de la ideología. Centenares de trabajadores debieron ser movilizados durante meses, para acarrear los materiales y dar forma a los majestuosos espacios sagrados, todos ellos obedientes a una sola autoridad cuyas prerrogativas se extendían sin duda a la gestión de los asuntos económicos, la exacción tributaria, el arbitraje de los litigios, la orientación religiosa y la dirección de la guerra.

Alrededor del comienzo de la Era cristiana llegaron al corazón de las tierras bajas mayas —el área del moderno departamento guatemalteco del Petén— las influencias de una cultura que había madurado en sectores de la vertiente costera del Pacífico y en el altiplano; portadores de la escritura jeroglífica y de la costumbre de labrar estelas y altares, y haciendo uso de complicados procedimientos cronológicos, esos emigrantes bien pueden ser considerados los fundadores de la época clásica. Su origen es todavía objeto de controversias; al parecer, los olmecas del litoral de Veracruz y Tabasco penetraron profundamente hacia el sur y sureste durante el primer milenio antes de Jesucristo, y algunos de sus rasgos culturales característicos, mezclados con otros de Oaxaca y Guatemala, acabaron por germinar en los sitios de Izapa, Abaj Takalik y Kaminaljuyú, ocasionando aquellas ideas acerca de la vida social y de la cosmología que luego fueron trasplantadas a las selvas del lado norte de las cordilleras. Los

mayas de la cuenca del Usumacinta, del Petén y Belice, adoptaron con prontitud tales innovaciones a las que no eran ajenas sus propias líneas de desarrollo; el año 292 de nuestra Era los moradores de Tikal erigieron la más antigua de las estelas de piedra con inscripción de Serie Inicial —que así se llama el procedimiento maya de computar el tiempo transcurrido desde un punto de origen convencional— que se conoce en la región, y con ella dio comienzo el período de apogeo.

Los arqueólogos dividen esta etapa de seis siglos aproximadamente, en tres partes. El período Clásico Temprano se distingue por la consolidación de la estructura cultural integradora de los distintos elementos que habían confluido en las tierras bajas nucleares: una sociedad diversificada de agricultores y comerciantes cuyos rasgos básicos eran las relaciones de parentesco y de rango, una religión politeísta, que legitimaba el poder absoluto de los gobernantes y que tenía como pilares el culto a los antepasados y una cosmovisión determinada por conceptos cronológicos, y la expresión tangible de todo ello, los centros ceremoniales con multitud de edificios distribuidos por la floresta, la escultura monumental con las efigies de los reyes y de los dioses, las pinturas murales, los suntuosos enterramientos, la escritura jeroglífica, las observaciones astronómicas y los meticulosos cálculos aritméticos. Entonces se dejó sentir también la presencia de gentes venidas de las lejanas montañas del centro de México; los teotihuacanos, que habían levantado un vasto imperio económico y político, penetraron en la selva y establecieron colonias en diferentes lugares, tomando tal vez a Tikal por sede de sus capitanes y embajadores. La acción y el prestigio de Teotihuacan fueron tan profundos que ciertos aspectos de su cultura perduraron entre los mayas aun después de la caída y destrucción de la poderosa metrópoli.

Hay científicos que aseguran que fue precisamente el hundimiento de ese colosal imperio mexicano la causa del paréntesis que cierra la primera parte del período Clásico. En efecto, a lo largo del siglo VI se aprecia una crisis de gran magnitud en el sur del Mayab que puede estar conectada con la retirada paulatina de los mercaderes teotihuacanos ante la debilidad de su gobierno y la inseguridad de las rutas. Graves acontecimientos debieron suceder en Tikal y otras ciudades, pues se interrumpe la creación de estelas, signo inequívoco de disturbios sociales y alarmas ideológicas. El siglo de hierro de la historia maya, cuya luz mortecina apenas llega hasta nosotros a través de escasos vestigios arqueológicos, termina sin embargo tan abruptamente como empezó, dando paso a la época de mayor esplendor.

Hacia el año 590 los pobladores de la jungla recuperan su identidad nacional, fortalecen las viejas tradiciones y se agrupan bajo el poder de monarquías hereditarias de derecho divino que van a impulsar los logros materiales e intelectuales hasta extremos sorprendentes. Es el período Clásico Tardío.

El incremento demográfico se hace ostensible, nuevas construcciones se emprenden por doquier, aumenta la producción de los campos y se ponen en práctica audaces e ingeniosas técnicas para aprovechar los pantanos y las laderas de las colinas, florece el arte y los sabios sacerdotes se entregan sin pausa a la astrología y a las matemáticas. Ciudades-Estado o reinos de regular extensión se reparten el territorio, no sin encarar frecuentes conflictos con sus vecinos; la guerra es una actividad que otorga reputación y abundantes beneficios, y en algunas zonas fronterizas o de especial interés estratégico los señores se ven obligados a acometer campañas militares casi constantemente. Por eso, los símbolos de la gloria de los monarcas de Yaxchilán, Piedras Negras o Bonampak son, sobre todo, la lanza y el escudo. De igual modo, los dioses guerreros van adquiriendo mayor relieve en el panteón; se llevan a cabo sacrificios humanos, a los cautivos se les arranca el corazón o se les humilla con torturas y despojándoles públicamente de sus insignias de rango. En este momento se realizan las obras más grandiosas y bellas: la cripta del Templo de las Inscripciones de Palenque, los frescos de Bonampak, los inmensos templos I y IV de Tikal, las mayores estelas de Quirigúa, los relieves de la Acrópolis de Copán, el Palacio del Gobernador y el Cuadrángulo de las Monjas de Uxmal, el arco de Labná, el Palacio de Sayil, la calzada que une Cobá con Yaxuná, por citar sólo unos cuantos ejemplos de la fiebre constructora y el apogeo artístico que caracterizan los siglos VII y VIII d.C. Bien se puede afirmar que los bosques que cubrían la península estuvieron en trance de desaparecer ante el empuje de los labradores y los canteros. Quien atraviese hoy con mirada despierta la enorme distancia que separa Seibal de Izamal, o Comalcalco de Lubaantún, no dejará de percibir ni por un instante las huellas devoradas por la vegetación de lo que fue una explosión de actividad y de vida, y si su mente es sensible a la voz de las ruinas podrá imaginar el bullicio de los poblados y los cánticos solemnes de los sacerdotes que ascendían las escalinatas de las pirámides.

Mas de pronto, como segada por una fuerza incontenible, la civilización se detiene y retrocede. Las ciudades son abandonadas, la nobleza de sangre huye dejando atrás sus palacios y sus ancestros, los reyes renuncian al poder y se encaminan hacia un destino misterioso, los artistas arrojan sus herramientas de trabajo, los astrólogos clausuran para siempre sus ob-

servatorios y *bibliotecas;* en un lapso de cien años regresa el silencio y la selva destroza despiadadamente lo que habían sido lujosas habitaciones y ornamentados santuarios. No existe todavía una causa convincente y unánimemente aceptada para explicar semejante catástrofe, ninguna calamidad natural o social parece bastante poderosa para dar razón del fin súbito de la civilización clásica en la cúspide de su progreso y en tan dilatado territorio. Pero la realidad se impone con argumentos irrebatibles; uno por uno caen los reinos del Petén, Belice, Izabal, Honduras, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, la población que permanece en las cercanías de los centros ceremoniales adopta un modo de vida tribal y de vez en cuando profana los antiguos lugares sagrados para saquear los templos, hacer ofrendas o dar modesta sepultura a sus muertos. Sólo en el norte de la península el extraño y enigmático fenómeno que acaba con la época clásica se manifiesta de manera amortiguada, siguen en pie algunas ciudades y el orden social no se resquebraja.

Entre los siglos IX y X toda Mesoamérica, desde los ríos Pánuco y Lerma hasta el Ulúa, es sacudida por un gigantesco movimiento de pueblos cuyos orígenes y circunstancias son oscuros. Las fuentes históricas de los primeros tiempos de la colonia hacen mención de estos sucesos y de la confusión que produjeron, pero los relatos disponibles, puestos en el papel centurias más tarde, están llenos de ambigüedad y entretejidos con leyendas o fórmulas religiosas. Sabemos que aprovechando el hundimiento de Teotihuacan grupos seminómadas irrumpieron por el norte hacia las fértiles tierras del centre, de México, y que su avance suscitó nuevas luchas, emigraciones y pillajes; sin embargo, tales acontecimientos no bastan para justificar las notables perturbaciones que la arqueología descubre lo mismo en las altiplanicies que en las cálidas llanuras costeras o meridionales. Por lo que afecta a los mayas, apenas somos capaces de esbozar una secuencia inconexa de hechos y asociar a los principales ciertos nombres étnicos de impreciso contenido. Nuestra opinión es que unas gentes que podemos llamar genéricamente nonoalcas, habitantes hasta entonces del litoral comprendido entre los Estados actuales de Tabasco y Campeche, influidos a partes iguales por las culturas de México y del área maya, se expanden en varias direcciones, hasta las montañas y valles de Hidalgo y Tlaxcala, por la costa de Campeche camino del Puuc y Chichén Itzá, y por la cuenca del Usumacinta alcanzando la ciudad de Seibal. No existe certeza alguna en cuanto a las fechas de esas correrías, ni es posible asegurar la homogeneidad de las distintas tribus; lo evidente es que después del siglo IX los nonoalcas se hallan asentados en Tula (Hidalgo), los olmecas xicalancas en Cacaxtla (Tlaxcala), los itzaes en Chic-

hón Itzá (Yucatán), un grupo anónimo —quizá los putún— en Seibal (Petén), y, tal vez algo después, los quichés, cakchiqueles y tzutujiles en las montañas de Guatemala.

Se abre así el período Postclásico, por tanto, con estos dos rasgos esenciales: desaparición de la vieja civilización de las regiones nucleares, sin que acertemos siquiera a conjeturar qué fue de los señores de Palenque, Yaxchilán, Tikal, Copán y demás capitales, y arribo a la mitad septentrional de la península de Yucatán de los portadores de una cultura fuertemente mexicanizada (entendiendo este calificativo como ideas y costumbres no mayas procedentes sobre todo de los altos valles y planicies de México). Los putún fundadores del enclave foráneo de Seibal evacuan el lugar en pocos años con el mismo sigilo con que lo ocuparon.

Hay que añadir aún los fragmentos del mito de Quetzalcoatl que nos conciernen. Según las crónicas y tradiciones, el rey de los toltecas de Tula, llamado Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl, se vio impelido a dejar su ciudad hacia mediados del siglo X, poniendo rumbo con sus partidarios a la costa oriental y terminando finalmente en Yucatán. Diego de Landa inicia las noticias históricas de la *Relación* hablando de este famoso personaje, al que los mayas denominaban Kukulcán (traducción literal del nombre náhuatl, es decir, serpiente quetzal o serpiente con plumas), y dice que es creencia de los indígenas que con los itzaes que poblaron Chichén Itzá reinó un gran señor llamado Kukulcán, que entró por la parte de poniente, aunque dudan si vino antes o después de los itzaes o con ellos. Desde luego, parece razonable suponer que Kukulcán acaudillaba una partida de nonoalcas expulsados de Tula por la fracción tolteca de los adoradores o seguidores de Tezcatlipoca, su oponente en el mito, o sencillamente por los representantes de las tribus inmigrantes del norte de México. Sea como fuere, lo importante es que la invasión, si debe ser separada de la de los itzaes, trajo consigo gobernantes extranjeros y nuevos modos de vida ajenos a los del período Clásico; el arte de Chichén Itzá, la primera capital de los acompañantes de Kukulcán, muestra con claridad el enfrentamiento y posterior fusión de ambas culturas, por ejemplo en las pinturas murales de batallas entre toltecas y mayas, o en la arquitectura del Templo de los Guerreros, donde las columnas serpentiformes exóticas conviven en perfecta armonía con los mascarones del primitivo dios local de la lluvia: Chac.

Landa informa también que Kukulcán, o mejor, sin duda, uno de sus descendientes que portaba idéntico título, fundó más adelante otra ciudad, tratando con los señores naturales de la tierra que él y ellos se establecieran allí. Fue Mayapán, la urbe amurallada que sirvió de sede al úl-

timo gran poder centralizado e independiente de la mitad norte de la península yucateca. Los arqueólogos suponen que Chichén Itzá perdió preponderancia hacia principios del siglo XIII, y que la recién fundada Mayapán heredó la supremacía merced a los pactos sellados entre los distintos grupos que se repartían a la sazón el país, algunos de los cuales tenían a su cabeza a los viejos linajes mayas. Las fuentes coloniales, por su lado, narran los conflictos intermitentes en que se enzarzaban unos señores y otros; cualquier percance podía desencadenar la rebelión o la guerra, pues a la fidelidad política se anteponía el sentimiento de solidaridad étnica celosamente guardado por las familias dirigentes. Y fue una de estas escaramuzas por el prestigio y los honores lo que provocó el levantamiento contra la dinastía Cocom de Mayapán a mediados del siglo XV, que tuvo como fatal desenlace el arrasamiento de la ciudad y la dispersión de los pobladores. Rotas las alianzas, afloraron otras rencillas y deseos de venganza; los ochenta años siguientes, hasta que los españoles impusieron su dominio, fueron de marcada decadencia, muy lejos ya el recuerdo de la época de esplendor, cuando se edificaban majestuosas pirámides para albergar a los soberanos difuntos y honrar a sus divinos antepasados. No obstante, a pesar de la desunión que imperaba en Yucatán, los conquistadores hallaron enconada resistencia en los caciques y reyezuelos de las diferentes provincias; el sometimiento de la península, de aquel mosaico de linajes nobles, mercenarios veteranos y acaudalados mercaderes, costó más tiempo y esfuerzo que el de México.

Con la pacificación llegaron los colonos, los encomenderos y los frailes, las instituciones españolas y las medidas para apartar a los indios de sus hábitos y prácticas religiosas seculares. Entonces, cuando todavía los mayas no se habían repuesto de la terrible derrota, es decir, cuando aún trataban de entender la naturaleza del cataclismo que puso fin a su mundo, apareció en escena el franciscano Diego de Landa.

Fray Diego de Landa

Diego de Landa Calderón nació el 12 de noviembre de 1524 en la localidad alcarreña de Cifuentes (Guadalajara), y quizá el primer paisaje que vieron sus ojos fue el de viñedos y alamedas, de arbustos de tomillo y mejorana, con cerros y copiosas fuentes, tan distinto del último que contemplarían al cerrarse para siempre en el Nuevo Mundo. Ese mismo año de 1524 Pedro de Alvarado fundaba la ciudad de Santiago

de los Caballeros en la recién conquistada Guatemala, pero la península de Yucatán estaba aún lejos de formar parte real del naciente imperio de las Indias.

De su infancia se sabe poco; sería la de cualquier niño en ese pueblo que Cela llama hermoso y alegre en el Viaje a la Alcarria, con no pocos rincones para excitar la imaginación del futuro etnógrafo y un macizo castillo que hiciera construir don Juan Manuel en la meseta a cuyo pie brotan los manantiales que dan nombre al lugar. Claro es que Diego de Landa pertenecía a una ilustre familia y recibió la educación que le correspondía; su remoto abuelo fue Iván de Quirós Calderón, descendiente de cristianos viejos que se establecieron en Cifuentes hacia los tiempos de Alfonso VIII, cuando se repoblaba la región con gentes de las montañas del norte. Es probable que tratara con los franciscanos que tenían un cenobio en la villa condal y que, según solía acontecer entonces, fuera destinado tempranamente a la vida religiosa. Adolescente todavía, de dieciséis o diecisiete años, llegó al convento de San Juan de los Reyes para profesar en la orden seráfica. Cabe pensar que el tiempo de residencia en el claustro toledano sirvió para moldear su carácter de obstinado defensor de la fe, y que sus preceptores inculcaron en él la intransigencia puesta de manifiesto después a lo largo de su labor evangelizadora. Sin embargo, la manera terca y decidida de afrontar las relaciones con los españoles de América es prueba seguramente de que los rasgos de su temperamento —cruel y fanático ha sido llamado por varios autores— no fueron producto de la formación juvenil sino cualidades peculiares de su personalidad.

Hacia 1547 Landa se incorpora, junto a otros cinco sacerdotes, al pequeño grupo que debe acompañar a Nicolás de Albalate de regreso a Yucatán. Allí los conquistadores y colonos, terminadas las guerras con los indios, pedían misioneros sin presentir los enfrentamientos que se avecinaban, pues, como señala el mismo Landa, los nativos aceptaban pesadamente el yugo de la servidumbre, y los frailes que iban llegando reprochaban a los españoles su despiadado comportamiento. Corría el año 1549 y el franciscano tenía por delante una carrera eclesiástica de gran brillantez. El mismo año que puso pie en Yucatán fue nombrado asistente del guardián de Izamal, famosa ciudad antigua en donde se veneraba al dios Itzamná. En 1552 pasó a ocupar el puesto de guardián y se le encargó la construcción del convento de San Francisco, ya que hasta entonces los frailes habían vivido en chozas de paja; eligió una modesta colina que los indígenas denominaban *pa'pol chak*, tal vez un título de los dioses mayas de la lluvia, donde estuvo antaño la residencia de los sacer-

dotes del culto prehispánico. Cuatro años más tarde era custodio de Yucatán y primer definidor de la Provincia, siendo citado como tal en los capítulos de la Orden.

Poco después, separadas las misiones franciscanas de Yucatán de la provincia del Santo Evangelio, cuya sede central estaba en la capital de la Nueva España, se celebró el primer capítulo en Mérida. Yucatán formaba una sola provincia con Guatemala, y de ella fue nombrado provincial Diego de Landa el 13 de septiembre de 1561. Desde el año anterior era guardián del convento de Mérida. La reputación del cifontino crecía constantemente, se le tenía por hombre virtuoso y prudente, y nada hacia presagiar la exaltación con que iba a cumplir los nuevos cometidos que se le asignaron como máxima autoridad religiosa de la península (ya que de 1545 a 1562 los asuntos eclesiásticos de Yucatán fueron dirigidos por los prelados franciscanos a falta de obispo residente).

La chispa saltó de inmediato. Los frailes habían adoptado la costumbre de establecer albergues para los hijos de los indios cerca de los conventos, porque así era posible adoctrinarlos con una tarea cotidiana y hacer de ellos fieles intermediarios ante sus hermanos de raza y de lengua, llamados a difundir el catolicismo y el modo de vida de los dominadores en los rincones más apartados de las comarcas. Actuaban los muchachos, por tanto, de agentes aculturadores, siguiendo una inteligente política ya puesta en práctica en otras zonas de América. Los encomenderos opinaban que por aprender la religión cristiana los nativos descuidaban el trabajo, e incluso incitaban a los demás a la holgazanería. Se cuenta a este respecto que al principio, obligados los caciques a entregar a sus hijos, temiendo el trato que los religiosos podían darles, mandaban en su lugar a niños esclavos o muchachos pobres de las aldeas y que posteriormente, persuadidos de la bondad de la enseñanza, y de que con eso libraban a los pequeños de los duros trotes a que eran sometidos por los colonos, los conducían ellos mismos al convento de muy buena gana.

El propio Diego de Landa ofrece en la *Relación* testimonio de estas graves desavenencias y deja constancia de que los españoles dejaron de asistir a los oficios sagrados, llegando a quemar por dos veces el templo y cenobio de Valladolid. Ante el clima de conflicto permanente fueron requeridas las autoridades. Alonso López Cerrato, segundo presidente de la Audiencia de Guatemala, había enviado a Tomás López como visitador a Yucatán en 1552, quien promulgó unas ordenanzas que favorecían el partido de los frailes a la vez que limitaban y controlaban eficazmente la autoridad de los caciques indígenas. Una *real provisión* de la Audiencia de los Confines de Guatemala, fechada en 1558, daba instrucciones con-

cretas a los alcaldes mayores de la península para que ayudaran en lo necesario a los religiosos, pero aquellos se mostraban reacios a aceptar las reformas propugnadas por López y las protestas se sucedían sin reposo. En 1560 llegó otro visitador, el licenciado Garci Jofre de Loaisa, que trató de reconciliar a ambas partes garantizando a los encomenderos el trabajo y servicio de los indios, pero dando también órdenes precisas para su protección.

Mientras tanto, a raíz de las peticiones en tal sentido hechas por Landa y otros clérigos, la jurisdicción sobre Yucatán había pasado de nuevo a México, y el doctor Diego Quijada había sido nombrado alcalde mayor y justicia mayor de Yucatán, Cozumel y Tabasco. El rey de España, por cédula del 9 de enero de 1560, trasladó Yucatán y Tabasco al distrito de la Audiencia de México, y el 19 de febrero despachó otra real cédula designando al doctor Diego Quijada alcalde mayor. De ahí en adelante los nombramientos de altos cargos civiles fueron hechos por el rey siguiendo la recomendación del Consejo de Indias, con lo cual dio fin el período de 1549 a 1560 —desde que los Montejo, conquistadores de Yucatán, abandonaron el gobierno— de nombramientos de alcaldes mayores con autoridad plena procedentes de las Audiencias. Las quejas de los españoles fueron decisivas para que el rey tomara sobre sí este cometido, pues acusaban a los de México y Guatemala de proporcionar estas prebendas a sus criados y otras gentes de su favor. En cualquier caso, con Quijada iban a continuar los problemas, agravados por el aparente cambio de actitud del provincial de los franciscanos, que había desatado la represión hacia los mayas acusados de prácticas idolátricas, y por la presencia de fray Francisco Toral que venía a ocupar la silla episcopal recién creada. Toral sólo fue el primer obispo efectivo, pues en 1552 se había nombrado para ese puesto a fray Juan de San Francisco, quien renunció, y en 1557 a fray Juan de la Puerta, que murió en Sevilla antes de tomar posesión. En diciembre de 1561 Pío V instituyó el nuevo obispado de Yucatán, diócesis separada de Chiapas o de Guatemala, pero incluyendo el territorio de Tabasco, y a petición de Felipe II designó a fray Francisco Total para ocupar el cargo. Éste llegó a Mérida el 14 de agosto de 1562, poco antes de que lo hiciera el alcalde mayor Diego Quijada.

Antecedentes del descubrimiento y castigo de idolatrías se encuentran por ejemplo en las acciones del padre Lorenzo de Monterroso en Sotuta, y las que el mismo Landa cuenta que fueron consecuencia de una visita a los pueblos de los alrededores de Valladolid, probablemente en 1558, donde halló *grandísimas bellaquerías e idolatrías* y amonestó severamente a los principales señores indígenas de aquellos lugares. Pero el *auto de fé*

de Maní del 12 de julio de 1562 reúne unas especiales características y ha tenido una repercusión insospechada hasta la actualidad, por lo que merece minuciosa atención.

La reconstrucción de los acontecimientos que condujeron al procesamiento de Diego de Landa puede empezar cierto día en que el portero del convento de Maní salió de caza. Los perros que llevaba consigo entraron en una cueva y sacaron un pequeño venado que acababa de ser degollado; penetró a su vez el indio estimulado por la curiosidad y vio con gran sorpresa un altar, y allí varios ídolos ensangrentados, señales evidentes de que se habían ofrecido sacrificios a las divinidades paganas. Pedro Che volvió a Maní e hizo un detallado relato al guardián del convento, y éste al provincial de la orden franciscana. Después de conferenciar con Quijada, Landa llegó al escenario de los hechos en junio de 1562 para proseguir con las averiguaciones. Prontamente quedó constituido un tribunal religioso que abriría juicio contra los culpables, y otros frailes fueron despachados a los pueblos próximos con el fin de indagar la extensión de la idolatría, castigar sobre el terreno a los transgresores menores y remitir a Maní a los que hallaran reos de crímenes importantes.

En Mérida se había acordado también que el provincial tuviera el apoyo de la autoridad civil. Quijada nombró a Bartolomé de Bohorques alguacil con la misión de asistir a Landa, ejecutar sus órdenes, prender a los indios y cumplir sus autos y sentencias. Cuando Landa encontró a Bohorques le requirió bajo pena de excomunión para que aceptara el cargo de alguacil mayor de la inquisición ordinaria.

El 11 de junio Landa mandó apresar a treinta indígenas prominentes, incluyendo caciques y gobernadores de Pencuyut, Tekit, Tikunché, Hunacté y otros lugares. En las semanas siguientes detuvieron a Francisco de Montejo Xiu, gobernador de Maní; Diego Uz, señor de Tekax; Francisco Pacab, jefe de Oxkutzcab, y Juan Pech, principal de Mama. Había dado comienzo uno de los más célebres episodios de persecución de idolatrías en la América hispana; el auto de fe se abrió con una procesión de españoles e indios penitenciados que marchaba a los sones del salmo *Miserere mei, Deus*. Los mayas responsables fueron trasquilados, encorozados y ensambenitados; el escarmiento resultó tan penoso que algunos se ahorcaron en los bosques o huyeron despavoridos tratando de evitar el rigor de los castigos. Pero más doloroso quizá que las torturas o cualquier padecimiento físico fue para los indígenas tener que presenciar con estupor la destrucción de sus objetos religiosos; una famosa lista publicada por el doctor Justo Sierra en el siglo XIX sostiene que en Maní se rompieron o quemaron 5.000 ídolos de diferentes formas y dimensiones, 13

grandes piedras utilizadas como altares, 22 piedras pequeñas labradas, 27 rollos con signos y jeroglíficos y 197 vasijas de todos los tamaños. Los herederos de la vieja civilización centroamericana estaban consternados ante este espectáculo inaudito, y el fraile que más tarde ayudaría poderosamente con sus informes a la recuperación del pasado de Yucatán permanecía impasible mientras el fuego devoraba decenas de preciosos testimonios de la antigüedad. Terrible calamidad para la ciencia arqueológica, por mucho que los datos numéricos de Sierra sean en sí inexactos o exagerados. Cuando Landa informa en su obra acerca de la escritura maya comenta con dureza: *Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sentían a maravilla y les daba pena.*

Tal oprobio espoleó los sentimientos antiespañoles, mas para bastantes indios el prestigio de la Iglesia no sufrió mengua alguna, sino que salió reforzado, pues ¿no tenía acaso el dios de los extranjeros potestad superior a la de los númenes tradicionales que habían permitido esa humillación? Cuando los ánimos se apaciguaron, transcurrido el tiempo, los mayas idearon medios convenientes de preservar los cultos ancestrales, incorporados a la liturgia cristiana muy a menudo, procurando en adelante no excitar a la luz del día la cólera de los frailes.

Los procedimientos expeditivos de los religiosos fueron entonces criticados por los colonos, que vieron así la oportunidad de tomar venganza de anteriores agravios. Diego Rodríguez Vibanco escribió a Felipe II sobre los suplicios de Maní: *Comenzaron el negocio con gran rigurosidad y atrocidad, poniendo a los indios en grandes tormentos de cordeles y agua, Y colgándoles en alto a manera de tormento de garrucha con piedras de dos y tres arrobas a los pies, y allí colgados dándoles muchos azotes hasta que les corría a muchos de ellos sangre por las espaldas y piernas hasta el suelo; y sobre esto los pringaban como se acostrumbra hacer a los negros esclavos, con candelas de cera encendidas y derritiendo sobre sus carnes la cera de ellas.* El mismo Diego Quijada, en una misiva al rey fechada el 15 de marzo de 1563 da cuenta de los millones de ídolos descubiertos en Yucatán y de la vehemencia con que los franciscanos habían llevado a cabo las pesquisas, pues *como algunos indios temiesen el rigor de los religiosos y por no dar sus ídolos, se iban a ahorcar a los montes, y éstos fueron hasta seis y dos se dieron con piedras en la garganta.*

No es extraño, en consecuencia, que el flamante obispo fray Francisco Toral se encontrara con una larga lista de acusaciones contra el provincial de la orden seráfica, las cuales venían a sumarse al negativo informe hecho por el tesorero real Pedro Gómez, antiguo alcalde y

acompañante suyo en el viaje desde España. La comunidad hispana se había dividido en dos bandos, uno compuesto de frailes con el alcalde mayor y sus partidarios, otro de ciudadanos influyentes y ciertos clérigos que desaprobaban la actuación de Landa. Fray Diego decidió por fin apelar al virrey y a la Audiencia de la Nueva España, y en octubre de 1562 fue a Campeche camino de Veracruz. Allí tropezó con Martín Cortés, que viajaba también a México y quiso mediar entre provincial y obispo.

Toral fue a Campeche y parece que Quijada hizo lo mismo. Pero al final se acordó consultar a Francisco de Montejo el Mozo, persona con reputación en cuestiones de idolatrías. Montejo abandonó pronto las investigaciones, según Landa movido por el obispo, así que las gestiones del segundo Marqués del Valle de Oaxaca fracasaron y no se pudo alcanzar un compromiso satisfactorio. Tras las conversaciones mantenidas, y luego de saber que Toral había escrito a Felipe II ocupándose de su caso, Landa pensó que el asunto había ido demasiado lejos y, previsoramente, se embarcó para España en una carabela que a punto estuvo de ser capturada por los piratas berberiscos. Eran los últimos días de marzo o los primeros de abril de 1563; como apoyo a sus vindicaciones maduraba sin duda en su mente la *Relación de las cosas de Yucatán.*

Se dirigió a Barcelona donde estaba en ese momento el General de los franciscanos, quien le dio una carta con la que se presentó al monarca. El rey remitió la causa de fray Diego al provincial de Castilla con el encargo de que hiciese justicia, pero éste, debido a una enfermedad, no pudo formar parte del tribunal que por último quedó constituido. Iba a decidirse sin tardanza el futuro del fraile de Cifuentes; cuando no se hallara todavía establecida la jurisdicción ordinaria, los *Breves* pontificios autorizaban a los provinciales de América pata desempeñar el cargo de inquisidores. Landa pudo presentar en su defensa las bulas de Adriano IV, León X y Pablo III, que detallaban los poderes y privilegios de los prelados inferiores de las órdenes monásticas allí donde no hubiera obispos residentes; y tales argumentos eran decisivos, como lo fue también probablemente la condescendencia del Consejo de Indias, a cuyos miembros debieron parecer endebles los argumentos acusatorios. Quién puede imaginar la repercusión que tuvieron en aquellos severos jueces las palabras escritas por Toral: ... *que en lugar de doctrina, los indios han tenido estos miserables tormentos, y en lugar de darles a conocer a Dios, les han hecho desesperar.* Piadosa actitud frente a los que afirmaban que sin recurrir a la violencia no era posible predicar las enseñanzas del cristianismo. He aquí, por tanto, resumidas con claridad las dos tendencias que se oponían en Yucatán, al igual que en muchas otras regiones del Nue-

vo Mundo, el benévolo paternalismo de algunos españoles frente a la postura intolerante y avasalladora de bastantes funcionarios o frailes iluminados.

Landa fue absuelto, marchó hacia Guadalajara, y poco después a Toledo, nombrado maestro de novicios en San Juan de los Reyes. En 1568 parece ser que nuestro autor pasó una larga temporada en su pueblo natal.

Casi todos los que se han ocupado de la figura de Diego de Landa coinciden en señalar que la *Relación* debió ser redactada en la versión original por el año de 1566, tal vez a orillas del Tajo. Hay que suponer que el manuscrito navegó a América con su autor y fue depositado posteriormente en el convento franciscano de Mérida. Se le menciona en la *Relación de Chunchuchu* datada alrededor de 1581. France Scholes llevó a cabo la tediosa labor de revisar los papeles archivados en San Juan de los Reyes y en otros conventos en que residió Landa durante su estancia en España, pero nada encontró. Solamente una copia incompleta, la de la Real Academia de la Historia de Madrid, queda del valioso esfuerzo del fraile por ordenar sus notas y recuerdos mientras se preparaba a regresar al escenario tropical donde tan polémico renombre había logrado.

Landa se hallaba en el monasterio de San Juan de la Cabrera cuando recibió una Real Cédula participándole haber sido propuesto para la silla episcopal de Mérida. En 1572 embarcó en Sevilla junto con treinta franciscanos más que llevaban por comisario a fray Pedro de Cardete. Era ya obispo de Yucatán; las bulas de Gregorio XIII de 15 y 16 de noviembre ofrecen detalles de la elección y otros pormenores. Toral había muerto en México en abril en 1571.

El tiempo de permanencia en la metrópoli había serenado al antiguo provincial. Es de presumir la inquietud que despertaría en Yucatán la designación entre las personas con las que se había enfrentado años antes. También los indígenas tenían motivos sobrados para recelar de la disposición del nuevo obispo, a pesar de que en la época de su retiro en España se recibieron en la corte diversas peticiones de viejos feligreses solicitando su retorno. En efecto, hay una carta de diez caciques de 11 de febrero de 1567 que reza así: *Suplicamos a V. M. se compadezca de nuestras ánimas y nos envíe frailes franciscanos que nos guíen y enseñen la carrera de Dios, y en especial algunos que han ido de estas partes a España, que sabían ya muy bien la lengua de esta tierra con que nos predicaban, que se llaman fray Diego de Landa, fray Pedro Gumiel, de la provincia de Toledo, y fray Miguel de la Puebla y los demás que V. M. fuere servido.*

De la etapa que ahora inicia apenas sobresalen unos pocos sucesos dignos de reseña; han acabado los tropiezos con los encomenderos, y hasta parece que el ímpetu fogoso de antaño se ha trocado en una suerte de humildad y resignación. No obstante, en el gobierno de su Iglesia se mostró enérgico; por ejemplo, llegó a excomulgar al gobernador de Mérida por un conflicto de jurisdicción, y no levantó las censuras hasta que éste abandonó sus pretensiones. Entre finales de 1574 y principios de 1575 hizo un viaje a México para mandar imprimir una doctrina cristiana en la lengua maya, de la que existen referencias pero que, lamentablemente, nunca ha podido encontrarse. Vuelto a su diócesis, Diego de Landa murió en la ciudad de Mérida el 29 de abril de 1579, a los 54 años de edad.

Desde el convento de San Francisco de la capital yucateca los restos del prelado fueron trasladados a España casi siglo y medio después, suponiéndose que quien se hizo cargo de ello fue su pariente don Diego Ladrón de Guevara Orozco Calderón, obispo de Panamá y virrey del Perú, que, aunque fallecido en México en 1718, tal vez pudo dejar terminados los arreglos pertinentes. El académico de la Historia, don Juan Catalina García, descubrió el enterramiento de Landa en una excursión que le llevó a Cifuentes y sus inmediaciones, dando cuenta del hallazgo en el tomo 16 del *Boletín* de la Academia con estas palabras: *Al entrar en una de las capillas del templo* (parroquial de El Salvador de Cifuentes) *a la cual llaman de los Calderones o de Cerecedo, mis ojos puse en un nicho abierto a bastante altura en la pared de la derecha como se entra en la capilla. Tras de antigua vidriera, vi en aquel nicho una caja de madera o ataúd cubierto con una tela de brocado antiguo, y a mis preguntas sobre aquellos trofeos fúnebres nadie supo responder. Pero a la hora satisfizo mi curiosidad una inscripción abierta sobre una losilla de alabastro, en que leí lo siguiente:* "Aquí están colocados los guesos del Illmo. Sr. D. Fr. Diego de Landa Calderón, Obispo de Yucatán. Murió año de 1572. Fue sexto nieto de D. Iban de Quirós Calderón que fundó esta capilla, año 1342, como consta de la fundación". *Sólo hallamos la osamenta, y por las dimensiones del ataúd se comprendía que no fue hecho para contener todos los mortales despojos del prelado, sino sus descarnados huesos. Causó en los presentes cierta admiración la perfecta contextura del cráneo, el mejor conformado que vieron dos médicos presentes en el acto.*

Hoy ese nicho que viera don Juan Catalina no existe; entrando en la capilla por la puerta adornada con los emblemas de los Calderones apenas se distingue un fragmento de la losa empotrado en la pared. Don Herminio Villaverde, el párroco actual, asegura que la sepultura de Landa fue destruida durante la Guerra Civil de 1936.

En la plaza de Izamal, no lejos del convento del que fue guardián, hay un monumento moderno erigido a la gloria del primer mayista conocido, y de los muros del recinto religioso cuelga un modesto y borroso retrato de época donde el visitante advierte los grandes ojos entornados, la frente despejada, las mejillas enjutas, la nariz afilada, los labios finos y enérgicos, y el mentón prominente del más importante de los cronistas de Yucatán

Los historiadores han dedicado mayor atención a la obra de Diego de Landa que a su persona. Contamos, no obstante, con abundantes referencias en los escritores coloniales, como Lizana, López Cogolludo, Mendieta y Sánchez de Aguilar. En tiempos recientes Carrillo y Ancona, Orozco y Berra, Martínez Alomía, Barrera Vázquez, Jean Genet, William Gates, Serrano Sanz, Alfred Tozzer, Ángel María Garibay, Yuri Knorozov y Francisco Solano, entre otros, han aportado esbozos biográficos y variados comentarios. France Scholes realizó un minucioso acopio de información en los archivos españoles con el propósito de escribir una extensa biografía. Juan de Dios de la Rada y Delgado no aprovechó sin embargo su edición de la *Relación* en 1881 —la mejor, y única completa, publicada en España, aunque como apéndice de un ensayo de León de Rosny— para investigar la vida del eminente franciscano.

Los cimientos de la mayística

Los sesenta y seis folios del volumen en 4.° del manuscrito de la *Relación de las cosas de Yucatán* constituyen el punto de partida de los estudios sobre la cultura maya. Allí están contenidos, a menudo en forma de leve bosquejo, los grandes temas que han preocupado a los investigadores desde hace siglo y medio. Personalidades de inmenso prestigio científico, como Sir Eric S. Thompson, no han regateado elogios a la breve crónica reconociendo explícitamente la deuda que su propio trabajo había contraído con el celoso inquisidor de Maní. Repasemos ahora las principales áreas de especialización de los mayistas con relación a los caminos abiertos por Diego de Landa poco después de la conquista.

1. El medio natural: Geógrafos y ecólogos tratan de reconstruir el ambiente en el que vivieron los antiguos pobladores de la península de Yucatán. Cualquier estudio sobre la economía primitiva debe arrancar de un sólido conocimiento de los recursos potenciales, las posibilidades de transporte, almacenamiento y comunicación o la capacidad del territorio para mantener determinados contingentes humanos.

Todavía se discute el tipo de agricultura que practicaron los mayas clásicos, la variedad de los alimentos complementarios, la incidencia del movimiento comercial en el auge de las ciudades, la existencia de plantaciones o zonas de cultivos especiales, el volumen y calidad de los tributos, las causas del asentamiento concentrado o disperso, y el cambio demográfico. Todo ello tiene que ver primero con las características del medio, sobre las que actúa el equipo tecnológico y el sistema de valores de la sociedad. Landa ofrece multitud de datos respecto a estas cuestiones, y el lector puede apreciar la estrecha dependencia que se manifiesta entre las colectividades indígenas y el suelo que las sustenta.

2. La cronología: La civilización maya fue la única en la América precolombina que utilizó un procedimiento para computar el tiempo absoluto. Por encima del estrecho margen de los reinados, o de la duración individual de los ciclos astronómicos, los sabios señalaron una fecha en el lejano pasado y contaron desde ella los días transcurridos hasta el acontecimiento que deseaban conmemorar. Es decir, los mayas usaron una Era semejante a las que permanecen aún vigentes en el Viejo Mundo. Por alguna ignorada razón, los sacerdotes y escribas que diseñaron la inscripción de la estela 29 de Tikal, expresaron en ella la suma de 1.243.615 días completada desde el inicio de su tiempo histórico. Ese primer registro cronológico de las selvas del Petén ha sido interpretado como equivalente al año 292 de la Era cristiana, lo que sitúa el origen del cómputo indígena en las brumas de la mitología, 3.405 años atrás.

El complicado problema de la cronología maya no está resuelto a plena satisfacción de todos los arqueólogos, pero los fundamentos de la indagación que ha permitido manejar con facilidad las fechas antiguas se encuentran en la obra de Diego de Landa. La *Relación* incluye una descripción cuidadosa del calendario anual y su funcionamiento, los dibujos de los jeroglíficos de los días y los meses, y la explicación de la llamada *rueda de los katunes,* lapso que combina los períodos sagrados de 7.200 días con los trece numerales básicos.

3. La escritura jeroglífica: La labor más acuciante de la mayística actual es el desciframiento de la escritura jeroglífica. Igual que sucede con las fechas, tenemos aquí la única escritura nativa de América que alcanzó cierto grado de desarrollo. Ocioso es decir que los estudiosos han derrochado esfuerzos durante décadas para llegar a comprender el mensaje de los signos alineados en las piedras, las cerámicas y los libros de corteza. Y casi produce vergüenza reconocer que estamos lejos todavía de poder leer con fluidez los abundantes textos descubiertos, sobre todo si se tiene presente que las lenguas de la antigüedad no podían ser muy

diferentes de las que habían hoy cientos de miles de personas en el territorio del Mayab, y que fueron recogidas a lo largo de la época colonial en numerosos diccionarios, gramáticas y documentos misceláneos.

Tras muchos años de suponer que los jeroglíficos trataban sólo asuntos religiosos y referentes al calendario, ahora sabemos que las inscripciones de los monumentos narran sucesos históricos, mencionan los nombres y títulos de los reyes, y seguramente revelan los avatares por los que pasaron las dinastías gobernantes en las distintas unidades políticas de las regiones tropicales. No es preciso poseer una mente demasiado despierta para imaginar el torrente de información que aguarda el definitivo desciframiento de la escritura maya; entonces la arqueología del área dará un salto cualitativo de incalculable trascendencia, y, lo mismo que ocurrió en Egipto con los trabajos de Champollion y sus continuadores, el estudio de la vieja civilización podrá alcanzar la verdadera madurez.

En esta labor apremiante se hallan implicados filólogos y epigrafistas de muchos países y, aunque aborden el problema desde perspectivas diversas, incluso contrapuestas en ocasiones, todos aceptan los datos de Landa como inestimables referencias. En efecto, el franciscano se sintió atraído por los extraños símbolos gráficos que contemplaba por doquier y, sin duda, hizo preguntas entre sus informantes; por desgracia, estaba ofuscado por una hipótesis errónea, creía que los mayas empleaban un alfabeto similar al europeo, de modo que transcribió el conjunto de letras cuyos sonidos mejor correspondían al lenguaje hablado. Los indígenas pintaron para él algunos jeroglíficos que podían ser leídos aproximadamente como esas letras, pero que realmente tenían un significado ajeno por completo al pretendido abecedario. Así, por ejemplo, cuando el fraile pronunciaba la *u*, la réplica era el signo con que se escribía *luna*, puesto que emitiendo tal sonido decían *luna* los yucatecos. Sin embargo, paradójicamente, Landa fue consciente de que la escritura obedecía en buena medida a principios silábicos, o que contenía ideogramas, y lo expresó a su manera en un par de frases sucintas, pero no supo o no quiso ir más allá en averiguaciones que rozaban los bordes de las más importantes costumbres *diabólicas* de los indios. Su desinterés, quizá sus escrúpulos, han privado a la mayística de una información de extraordinario alcance; mas, en cualquier caso, sin ser la piedra de Rosetta como algunos pretendían, la Relación es también para la epigrafía maya una fuente de primer orden, especialmente desde que la escuela rusa ha expuesto sus tesis sobre el valor fonético de bastantes signos.

4. La religión: El campo de las creencias religiosas, de la ideología en general, suele ser una tenebrosa ciénaga que pocos arqueólogos de los que

trabajan con culturas ágrafas se atrevan a cruzar. Existe, por otra parte, y como lógica consecuencia, una viciosa inclinación a remitir al terreno de lo religioso todo fenómeno o elemento de la vida del pasado que resulta incomprensible o misterioso. Hasta que los excavadores logren diseñar un método para interpretar sus materiales suficientemente penetrante, riguroso y a la vez imaginativo, basado quizá en analogías etnográficas y en los más modernos estudios sobre el comportamiento humano, la espiritualidad arcaica seguirá siendo un enigma salpicado de tímidas conjeturas.

Desde luego, no es éste exactamente el caso de la civilización maya; primero, porque contamos con una escritura a la que se han ido arrancando con mucho trabajo algunas informaciones de carácter religioso; segundo, porque disponemos también de una gran cantidad de descripciones y estudios sobre la religiosidad indígena en la época colonial y en la republicana. Bien puede afirmarse, no obstante, que apenas ha comenzado una investigación muy difícil y complicada, siéndolo todas las que pretenden desvelar los productos de la mente a través de simples vestigios materiales, pues aquellas gentes que edificaron soberbias ciudades en la selva vivían con tal intensidad sus creencias que los dioses y los ritos llegaron a diluirse en las actividades cotidianas, impregnando el orden político y el social hasta el punto de hacer casi imposible la visión analítica a la que están acostumbrados los científicos occidentales.

Antes que en los monumentos de piedra, la religión maya se manifiesta por medio de los códices y de las cerámicas pintadas. Los libros de corteza eran la guía de los sacerdotes, donde se escribían los augurios para cada período de tiempo y se plasmaban aspectos destacados de la liturgia. Por su parte, los recipientes de barro que se depositaban en las sepulturas de los nobles contenían fragmentos de la mitología de ultratumba, y servían en cierto modo como ayuda para superar las pruebas del viaje del difunto por el inframundo. Allí están dibujadas las divinidades gobernantes de las regiones cósmicas, y también las escenas del perenne combate que mantienen entre sí. Gracias a estos preciosos documentos se han podido identificar los atributos y los nombres jeroglíficos de los seres sobrenaturales, determinadas ceremonias y festividades relacionadas con la cosmología, y se ha reconstruido parcialmente la imagen maya del universo. Sin embargo, han sido los escritos tardíos, entre los que sobresale la *Relación* de Diego de Landa, el más seguro camino para llegar a entender la naturaleza y la función de muchos de los antiguos dioses, y el único a menudo para conocer el desarrollo de las celebraciones públicas.

Los frailes españoles sintieron gran curiosidad por las religiones indígenas de América, no en vano eran consideradas obra del diablo, y, por tanto, resultado del lado oscuro del propio cristianismo. Además, pensaron que la observación de las prácticas paganas era un excelente auxiliar para conseguir su erradicación. Por ello, dedicaron abundantes páginas a describir las idolatrías y los rasgos más evidentes de la antigua fe de los indios. Landa ofrece un inventario de las fiestas del calendario y bastantes datos sobre las divinidades y el culto. Los estudios acerca de la religión maya han de tener en cuenta ineludiblemente sus valiosas informaciones.

5. La historia postclásica de Yucatán: Ya hemos dicho antes que el norte de la península de Yucatán sufrió muy atenuadamente los efectos de la gran catástrofe que acabó con los reinos del período Clásico. Los itzaes que llegaron hacia el año 800 de nuestra Era —tal vez décadas antes— infundieron nuevo vigor a las manifestaciones culturales de la región llamada Puuc y fueron luego desplazados por el militarismo tolteca, cuyo auge se mantuvo hasta el siglo XIII. Los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en las llanuras septentrionales hasta la caída de Mayapán son objeto de comentario en los manuscritos indígenas redactados con caracteres latinos después de la conquista, pero esas importantísimas fuentes, conocidas en general bajo el nombre de libros de *Chilam Balam*, conservan un estilo narrativo tradicional donde se funde la leyenda con los sucesos reales, en un lenguaje esotérico y enormemente confuso, de manera que es tarea ardua identificar sin vacilación las circunstancias que rodearon las graves transformaciones de la época.

La *Relación* refleja igualmente la típica imprecisión o incongruencia del método maya de hacer historia, pues los informantes de Landa no habían podido desprenderse aún del viejo modo de pensar; su ventaja radica en que el escritor estaba situado fuera de la corriente cultural que juzgaba los hechos, y por ello era capaz de interpretarlos procurando discernir lo que verdaderamente ocurrió. Así, vemos cuando el franciscano reproduce criterios ajenos (por ejemplo: *que es opinión entre los indios, y dicen, y que dijeron, que cuentan los indios*), o aporta su propio sentir (por ejemplo, especulando sobre posibles migraciones desde Chiapas en tiempos prehispánicos: *porque muchos vocablos y composiciones de verbos son los mismos en Chiapas que en Yucatán, y hay allí grandes señales de lugares que han sido despoblados*).

Nos hallamos lejos todavía de poder reconstruir con seguridad la historia antigua de Yucatán, y tal vez no se logre nunca, pero los informes que proporciona Landa son el fundamento de cualquier ensayo en ese sen-

tido. Sirven de contrastación a las prolijas y enrevesadas fuentes indígenas, organizando a la europea unos relatos oscuros pero enormemente significativos.

6. Costumbres y monumentos: Los arqueólogos contemporáneos están interesados en los avances de la metodología que persigue la reconstitución de las relaciones sociales de las culturas antiguas. Problemas que antes eran privativos de la Etnología han pasado a ocupar un sitio descollante entre las inquietudes de los excavadores. Los estudios de patrones de asentamiento (cómo y por qué se distribuyen regularmente las construcciones u otras huellas de actividad humana en el paisaje) permiten elaborar hipótesis sobre las leyes de residencia y descendencia, el régimen de trabajo o los mecanismos del control político, lo mismo que la iconografía facilita inferencias acerca de las estructuras de autoridad y prestigio. Una sociedad como la maya, aferrada a la tradición, que ha guardado a través de múltiples avatares los primitivos valores de su identidad comunitaria, es un modelo en cualquier etapa de su historia del que obtener información para extrapolarla al pasado. En otras palabras, las descripciones de los escritores coloniales, y, en cierta medida, las de los etnógrafos actuales, se utilizan habitualmente para organizar e iluminar los fríos datos de la Arqueología. Por eso son tan importantes las búsquedas en los archivos, y tan celebrada la aparición de todo nuevo papel, censo, título de tierras, pleito, etc., que arroje luz sobre la demografía, formas de propiedad y herencia, reparto de cargos públicos o delimitación de las funciones correspondientes, en los siglos de la dominación española; de ahí, de la situación de la cultura indígena entre los siglos XVI y XIX, se puede partir hacia el descubrimiento de la red de relaciones sociales durante la época prehispánica.

Ciertamente, éste era un terreno donde los cronistas se hallaban cómodos, porque el exotismo de los pueblos que visitaban atraía su curiosidad natural, y porque en una Europa que aún leía con avidez las fantásticas narraciones de los libros de caballerías, toda noticia referente a costumbres insólitas o comportamientos extravagantes era recibida con notable aprecio. Las primeras historias americanas —es decir, los fragmentos dedicados a los nativos, y no a las peripecias de los españoles— están llenas de observaciones pintorescas que ahora se nos antojan de muy relativo valor científico, pero a la vez contienen testimonios inestimables sobre la vida social y el pensamiento indígenas. La obra de Landa no es una excepción, junto a esporádicas descripciones de las rarezas locales despliega abundante y sólida información sociológica; su importancia se acrecienta también por el hecho de ser la fuente más completa y antigua para

el estudio de las comunides yucatecas, prácticamente la única de su clase en el siglo XVI si omitimos las ricas pero limitadas *Relaciones geográficas de Yucatán*, respuestas de los encomenderos de la península a los cuestionarios de Felipe II.

Si hubiera que destacar algunas páginas del manuscrito, quizá fueran las aplicadas a comentar el ciclo vital de los nativos las que merecieran lugar preeminente en los anales de la mayística. En efecto, nuestro autor proporciona un cuadro detallado de las distintas etapas por las que pasaba la crianza y educación de los niños, con los ritos que jalonaban el tránsito de un estado social a otro, las circunstancias del matrimonio y las actitudes éticas de cada sexo, la significación de las genealogías y la solidaridad de los grupos de parentesco, las tareas que cada cual estaba llamado a cumplir y la conducta general hacia la muerte. Basta con repasar el *syllabus* o índice analítico de la edición de Tozzer para percibir la riqueza y variedad de los temas sociológicos tratados en la *Relación*. Todo estudio moderno sobre la vida de las antiguas comunidades o sobre el sistema de valores que guiaba la actuación cotidiana de sus miembros, debe contar ineludiblemente con los informes de fray Diego de Landa.

Al lado de las descripciones de la vida tradicional de los mayas encontramos algunas líneas de carácter estrictamente arqueológico, no sólo referidas a objetos antiguos desenterrados cuando se ordenó derruir los edificios prehispánicos, sino a las mismas construcciones. Las palabras de Landa al respecto son, fuera de duda, las primeras que un occidental observador y fisgón ha consagrado a los monumentos del pasado yucateco. Y el franciscano llega incluso a realizar unos modestos pero interesantísimos dibujos de los templos que reseña, bosquejos sin otra pretensión que aclarar el fárrago descriptivo —¡como si hubiera sido entrenado en una moderna escuela de Arqueología!—, da las dimensiones y hasta el número de los escalones, afirmando con humor las dificultades del ascenso a la pirámide mayor de Chichón Itzá. El asombro que sintió este fraile contradictorio, mitad antropólogo y mitad turista, mitad párroco y mitad inquisidor, ante la grandeza de las ruinas de la península, se pone de manifiesto en estas frases que constituyen un verdadero homenaje a los primitivos pobladores y a la cultura maya:

Si Yucatán hubiere de cobrar nombre y reputación con muchedumbre, grandeza y hermosura de edificios, como lo han alcanzado otras partes de las Indias, con oro, plata y riquezas, ella hubiera extendídose tanto como el Perú y la Nueva España, porque es así en esto de edificios y muchedumbre de ellos, la más señalada cosa de cuantas hasta hoy en las Indias se han descubierto. Por-

que son tantos y tantas las partes donde los hay y tan bien edificados de cantería a su modo, que espanta.

Pueden deducirse de todo lo dicho hasta aquí dos conclusiones. Diego de Landa refleja en su persona y en su conducta los contrastes de la mentalidad de los hombres del siglo XVI a que aludimos al principio de esta introducción. El celoso guardián de la ortodoxia católica de la época, el incansable perseguidor de las idolatrías, es a la vez un entusiasmado admirador de muchas de las cosas que ve en la tierra americana. Destruye bienes y reliquias paganas, mas anota con idéntica presteza los rasgos principales de lo destruido. Es un instrumento consciente y voluntario de la transformación de la sociedad indígena, y se esfuerza en conservar por escrito para la posteridad el relato de las virtudes condenadas a desaparecer. Castiga con dureza a los indios y los defiende simultáneamente de la brutalidad de los encomenderos. Posee el espíritu, en fin, de los viajeros de aquel tiempo intermedio de cambio y de reformas.

Por otra parte, Landa es un precursor. Las preguntas que se hace al contemplar la extraña realidad maya, los asuntos que reclaman su interés de escritor, pertenecen en sentido riguroso al moderno quehacer de los antropólogos culturales. Él es el primero en reconocer que las ciudades arruinadas de Yucatán fueron erigidas por los antepasados de los indígenas con los que convivió; hubo que esperar a las exploraciones de Palenque auspiciadas por Carlos III, y a las expediciones de Stephens y Catherwood para oír opiniones similares expuestas con tanta claridad y convicción, y todavía en los albores de nuestro siglo había mucha gente que atribuía la arquitectura centroamericana, y por supuesto la escritura jeroglífica, a remotos periplos de fenicios, egipcios o hebreos, por no citar a los partidarios de las tesis sobre los continentes oceánicos desaparecidos. Vale la pena recordar que el célebre abate Brasseur de Bourbourg, justamente el descubridor del manuscrito de Landa en la Real Academia de la Historia, escribió y publicó en 1868, hacia el final de su vida, el libro, *Quatre Lettres sur le Mexique,* donde reunía diversos argumentos para probar que tanto las antiguas civilizaciones de Mesoamérica como la del valle del Nilo tuvieron su origen común en los esfuerzos colonizadores de los habitantes de la Atlántida.

Diego de Landa sabe desentrañar las cualidades del arte maya y los secretos de la religión; aún más, logra relacionar los diferentes aspectos de la cultura autóctona soldando los ritos con las actividades diarias, las tradiciones orales con el parentesco, la organización política con la demografía, el presente con el pasado sin solución de continuidad. Su trabajo y su método no son originales; sin embargo, se cuentan por decenas los

documentos o textos coloniales que intentan trazar un cuadro verídico del modo de vida de los pueblos aborígenes de América. Pero en Yucatán, región periférica de los grandes imperios tardíos de aztecas e incas, el fraile cifontino sobresale poderosamente por encima de los otros autores como Lizana o López Cogolludo, es un observador más agudo y consigue reunir un material etnológico magnífico y abundante.

Si fuera necesario resumir en pocas palabras cuál es la utilidad del libro que presentamos para el lector de finales del siglo XX, dejando aparte los intereses de los especialistas, habría que decir sin vacilar que constituye un testimonio insuperable del humanismo español de cualquier época, con sus esplendores y sus miserias, ese humanismo que casa tan bien con el supuesto estereotipo de nuestra personalidad colectiva; es una obra representativa, típicamente española, y cuando el objetivo del viejo afán ibérico por conocer e intervenir en las cosas de los vecinos es la extraordinaria cultura de los mayas, entonces puede resultar, como en la ocasión actual, una obra provechosa y apasionante.

Miguel Rivera Dorado

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ADAMS, Richard E. W. (1969): «Maya Archaeology 1958-1968, A Review», *Latin American Research Review,* vol. IV, n.° 2, pp. 3-45.

ADAMS, Richard E. W., y Norman Hammond (1882): «Maya Archaeology, 1976-1980: A Review of Major Publications», *Journal of Field Archaeology*, vol. 9, pp. 487-512.

HAMMOND, Norman (1982): *Ancient Maya Civilization,* Cambridge University Press, Cambridge.

MARCUS, Joyce (1983): «Lowland Maya Archaeology at the Crossroads», *American Antiquity,* vol. 48, n.° 3, pp. 454-488.

MORLEY Sylvanus G., George W. Brainerd y Robert J. Sharer. (1983): *The Ancient Maya,* Stanford University Press, Stanford.

RELACIONES (1983): *...Histórico-Geográficas de la Gobernación de Yucatán,* Universidad Nacional Autónoma de México.

RIVERA, Miguel (1982): *Los Mayas, una sociedad oriental,* Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

—(1985): *Los mayas de la antigüedad,* Editorial Alhambra, Madrid.

ROYS, Ralph L. (1957): *The Political Geography of the Yucatan Maya,* Carnegie Institution of Washington, pub. 613, Washington.

—(1972): *The Indian Background of Colonial Yucatán,* University of Oklahoma Press, Norman.

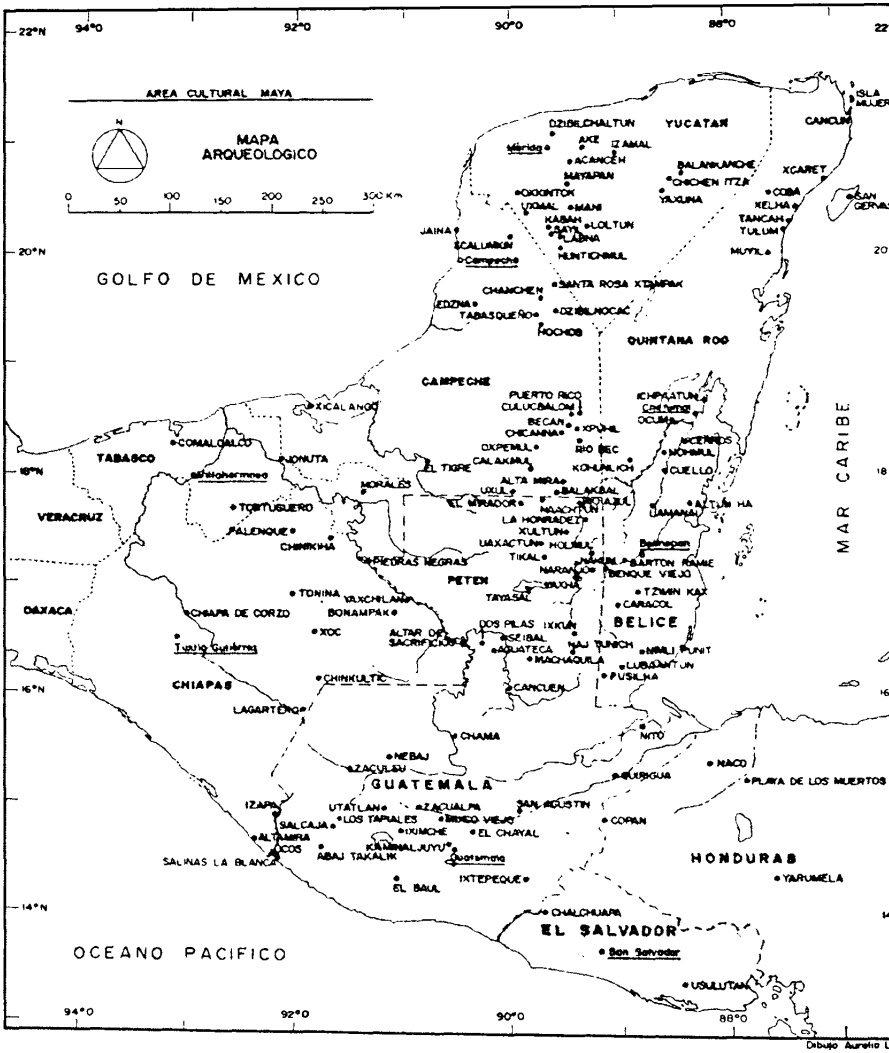
SÁNCHEZ DE AGUILAR, Pedro (1937): *Informe contra idolorum cultores del obispado de Yucatán,* 3.ª edición, E. G. Triay e Hijos, Mérida.

SCHOLES, France V. y Eleanor B. Adams (1938); *Don Diego Quijada, Alcalde Mayor de Yucatán, 1561-1565,* Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, vols. 14 y 15, Editorial Robredo, México.

THOMPSON, J. Eric S. (1979): *Historia y religión de los mayas,* 3.ª Edición, Editorial Siglo XXI, México.

TOZZER, Alfred M. (1941): *Landa's Relación de las Cosas de Yucatán,* Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. XVIII, Harvard University, Cambridge.

RELACIÓN DE LAS COSAS DE YUCATÁN, SACADA DE LO QUE ESCRIBIÓ EL PADRE DIEGO DE LANDA, DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO



Dibujo Aurelio L

Fray Diego de Landa

MDLXVI

Capítulo primero

La tierra de Yucatán

Que Yucatán no es isla ni punta que entra en la mar como algunos pensaron, sino tierra firme, y que se engañaron por la punta de Cotoch que hace la mar entrando por la bahía de la Ascensión hacia Golfo Dulce, y por la punta que por esta otra parte, hacia México, hace la Desconocida antes de llegar a Campeche, o por el extendimiento de las lagunas que hace la mar entrando por Puerto Real y Dos Bocas.

Que es tierra muy llana y limpia de sierras, y que por esto no se descubre desde los navíos hasta muy cerca salvo entre Campeche y Champotón donde se miran unas serrezetas y un Morro de ellas que llaman de los diablos.

Que viniendo de Veracruz por parte de la punta de Cotoch, está en menos de 20 grados, y por la boca de Puerto Real en más de 23, y que bien tiene de un cabo al otro 130 leguas de largo camino derecho.

Que su costa es baja, y por esto los navíos grandes van algo apartados de tierra.

Que la costa es muy sucia de peñas y pizarrales ásperos que

gastan mucho los cables de los navíos, y que tienen mucha lama, por lo cual aunque los navíos den a la costa, se pierde poca gente.

Que es tan grande la menguante de la mar, en especial en la bahía de Campeche, que muchas veces queda media legua en seco por algunas partes.

Que con estas grandes menguantes se quedan en las ovas, y lama y charcos, muchos pescados pequeños de que se mantiene mucha gente.

Que atraviesa a Yucatán de esquina a esquina una sierra pequeña que comienza cerca de Champotón y va hasta la villa de Salamanca que es el cornijal contrario al de Champotón.

Que esta sierra divide a Yucatán en dos partes, y que la parte de mediodía, hacia Lacandón y Taiza, está despoblada por falta de agua, que no la hay sino cuando llueve. La otra que es al norte, está poblada.

Que esta tierra es muy caliente y el sol quema mucho aunque no faltan aires frescos como brisa o solano que allí reina mucho, y por las tardes la virazón de la mar.

Que en esta tierra vive mucho la gente, y que se ha hallado hombre de ciento cuarenta años.

Que comienza el invierno desde San Francisco y dura hasta fin de marzo, porque en este tiempo corren los nortes y causan catarros recios y calenturas por estar la gente mal vestida.

Que por fin de enero y febrero hay un veranillo de recios soles y no llueve en ese tiempo sino a las entradas de las lunas.

Que las aguas comienzan desde abril hasta fin de septiembre, y que en este tiempo siembran todas sus cosas y vienen a maduración aunque siempre llueva; y que siembran cierto género de maíz por San Francisco que se coge brevemente.

Que esta provincia se llama en lengua de los indios *Ulumil cutz yetelceh* que quiere decir tierra de pavos y venados, y que también la llamaron Petén que quiere decir isla, engañados por las ensenadas y bahías dichas.

Que cuando Francisco Hernández de Córdoba llegó a esta tierra saltando en la punta que él llamó cabo de *Cotoch,* halló cier-

tos pescadores indios y les preguntó qué tierra era aquella y que le respondieron *Cotoch,* que quiere decir nuestras casas y nuestra patria, y que por esto se puso este nombre a aquella punta, y que preguntándoles más por señas que cómo era suya aquella tierra, respondieron *ciuthan* que quiere decir, dícenlo; y que los españoles la llamaron Yucatán, y que esto se entendió de uno de los conquistadores viejos llamado Blas Hernández que fue con el Adelantado la primera vez[1].

Que Yucatán, a la parte del mediodía, tiene los ríos de Taiza y las sierras de Lacandón, y que entre mediodía y poniente cae la provincia de Chiapa, y que para pasar a ella se habían de atravesar los cuatro ríos que descienden de las sierras que con otros

---

[1] El nombre original de la tierra maya ha sido objeto de múltiples discusiones, sin que hasta ahora exista acuerdo entre filólogos e historiadores. Por lo visto eran varias denominaciones las que empleaban los indígenas del siglo XVI cuando los españoles preguntaban; así, tierra de pavos y venados constituye una frase descriptiva muy del gusto de algunos escritores pero de escasa significación política o étnica. Lo mismo sucede con el sustantivo *peten,* excesivamente impreciso en cualquiera de sus acepciones. Con toda probabilidad los mayas usaron desde el período Clásico distintos nombres para los correspondientes reinos, unidades administrativas o regiones geográficas que formaban el conjunto del área donde se hablaban las lenguas mayances; para la época de la conquista conocemos algunos de ellos, como Ekab, Uaymil, Canpech, Sotuta, Chikinchel, Hocaba, Cupul, etc., en buena medida producto de los linajes o clanes predominantes. El término Yucatán parece una corrupción de la palabra que podría indicar *la lengua común,* y no se sabe con seguridad en qué circunstancias fue adoptada para designar a toda la península; hay quien piensa que proviene de *u yu tan,* expresión de asombro aborigen ante el habla extraña de los forasteros, que coincidió con el interrogatorio de un español acerca del nombre del lugar.

En la *Relación de la ciudad de Mérida* se lee lo siguiente... *y dicen algunos que pasando un navío de españoles por junto a esta costa, que debían serlos de Grijalva, toparon con unos indios de Cabo de Cotoche y les hablaron, y como no entendían la lengua, entendiendo que les preguntaban de dónde eran respondieron los indios a los españoles ecab cotoche* (Ekab K'otoch) *que quiere decir somos del Cab* (Ekab), *y preguntando los españoles qué tierra era ésta, entendieron los indios que les preguntaban dónde estaba Ecab, respondieron señalando con la mano tolo quitan* (tolo'kitan) *que quiere decir allá adelante, y los españoles entendieron lucatán, que así lo llaman algunos. Empero, Gaspar Antonio, indio natural de esta tierra, gramático, y ladino en la lengua castellana, dice ha hallado en unos versos antiguos de los indios que llamaban a esta su patria Luquitán y, corrompido el vocablo se llama generalmente Yucatán. (Relaciones Histórico-Geográficas de la Gobernación de Yucatán,* U.N.A.M. México, 1983, p. 84).

Según el cronista López Cogolludo el nombre del país es Maya y su lengua *mayatan.* Sea corno fuere, nosotros preferimos, al igual que el ilustre investigador del pasado siglo don Juan Pío Pérez, utilizar el término Mayab, que se aproxima muy bien al significado *país de los mayas.*

se viene a hacer San Pedro y San Pablo, río que descubrió en Tabasco Grijalva; que al poniente está Xicalango y Tabasco, que son una misma provincia.

Que entre esta provincia de Tabasco y Yucatán están las dos bocas que rompe la mar, y que la mayor de éstas tiene una legua grande de abertura y que la otra no es muy grande.

Que entra la mar por estas bocas con tanta furia que se hace una gran laguna abundante de todos pescados y tan llena de isletas, que los indios ponen señales en los árboles para acertar el camino para ir o venir navegando de Tabasco a Yucatán; y que estas islas y sus playas y arenales están llenos de tanta diversidad de aves marinas que es cosa de admiración y hermosura; y que también hay infinita caza de venados, conejos, puercos de los de aquella tierra, y monos, que no los hay en Yucatán.

Que hay muchas iguanas que espanta, y en una de (las isletas) está un pueblo que llaman *Tixchel*.

Que al norte tiene la isla de Cuba, y a 60 leguas muy enfrente la Habana, y algo adelante una islilla de Cuba, que dicen de Pinos.

Que al oriente tiene a Honduras y que entre Honduras y Yucatán se hace una muy gran ensenada de mar la cual llamó Grijalva Bahía de la Ascensión, y que está tan llena de isletas y que se pierden en ellas navíos, principalmente los de la contratación de Yucatán a Honduras; y que hará 15 años que se perdió una barca con mucha gente y ropa, y al zozobrar el navío se ahogaron todos salvo un (tal) Majuelas y otros cuatro que se abrazaron a un gran pedazo de árbol del navío y anduvieron así tres o cuatro días sin poder llegar a ninguna de las islillas, y que se ahogaron faltándoles las fuerzas, menos Majuelas que salió medio muerto y tornó en sí comiendo caracolejos y almejas; y que desde la islilla pasó a tierra en una balsa que hizo de ramas como mejor pudo; y pasado a tierra firme, buscando de comer en la ribera, topó con un cangrejo que le cortó el dedo pulgar por la primera coyuntura con gravísimo dolor. Y tomó a tiento la derrota por un áspero monte para la villa de Salamanca, y que anochecido se subió a un árbol y que desde allí vió un gran tigre que se

puso en acechanza de una cierva, y se la vio matar y que la mañana (siguiente) él comió de lo que había quedado.

Que Yucatán tiene algo más abajo y enfrente de la Punta de *Cotoch* a *Cuzmil,* 5 leguas de una canal de muy grande corriente, que hace la mar entre ella y la Isla.

Que *Cuzmil* es isla de quince leguas de largo y cinco de ancho, en que hay pocos indios y son de la lengua y costumbres de los de Yucatán, y está en 20 grados a esta parte de la equinoccial.

Que la isla de las Mujeres está a trece leguas abajo de la punta de *Cotoch* y a dos leguas de tierra enfrente de *Ekab.*

CAPÍTULO II

Llegada de los españoles

Que los primeros españoles que llegaron a Yucatán, según se dice, fueron Gerónimo de Aguilar, natural de Écija, y sus compañeros, los cuales, el año de 1511, en el desbarato del Darien por las revueltas entre Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, siguieron a Valdivia que venía en una carabela a Santo Domingo, a dar cuenta al Almirante y al Gobernador de lo que pasaba, y a traer 20 mil ducados del rey; y que esta carabela, llegando a Jamaica, dio en los bajos que llaman de Víboras donde se perdió, no escapando sino 20 hombres que con Valdivia entraron en un batel sin velas y con unos ruines remos y sin mantenimiento alguno anduvieron trece días por la mar. Después de muertos de hambre casi la mitad, llegaron a la costa de Yucatán, a una provincia que llaman de la Maya, de la cual la lengua de Yucatán se llama *mayathan,* que quiere decir *lengua de maya.*

Que esta pobre gente vino a manos de un mal cacique, el cual sacrificó a Valdivia y a otros cuatro a sus ídolos y después hizo banquetes (con la carne) de ellos a la gente, y que dejó para engordar a Aguilar y a Guerrero y a otros cinco o seis, los cuales

quebrantaron la prisión y huyeron por unos montes. Y que dieron con otro señor enemigo del primero y más piadoso, el cual se sirvió de ellos como de esclavos; y que el que sucedió a este señor los trató con buena gracia, pero que ellos, de dolencia, murieron quedando solos Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, de los cuales Aguilar era buen cristiano y tenía unas horas por las cuales sabía las fiestas. Y que éste se salvó con la ida del marqués Hernando Cortés, el año de 1519, que Guerrero, como entendía la lengua, se fue a *Chectemal,* que es la Salamanca de Yucatán, y que allí le recibió un señor llamado *Nachancán,* el cual le dio a cargo las cosas de la guerra en que (est)uvo muy bien, venciendo muchas veces a los enemigos de su señor, y que enseñó a los indios pelear mostrándoles (la manera de) hacer fuertes y bastiones, y que con esto y con tratarse como indio, ganó mucha reputación y le casaron con una muy principal mujer en que hubo hijos; y que por esto nunca procuró salvarse como hizo Aguilar, antes bien labraba su cuerpo, criaba cabello y harpaba las orejas para traer zarcillos como los indios y es creíble que fuese idólatra como ellos[2].

Que el año de 1517, por cuaresma, salió de Santiago de Cuba Francisco Hernández de Córdoba con tres navíos a rescatar esclavos para las minas, ya que en Cuba se iba apocando la gente. Otros dicen que salió a descubrir tierra y que llevó por piloto a

---

[2] Gonzalo Guerrero se ha convertido en un símbolo de la resistencia contra los españoles, pero su caso reúne sin duda caracteres especiales. Aunque alguien puede ver en él un miembro de la casta de los Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre, lo cierto es que su "traición" no se relaciona con los derechos personales atropellados ni con reivindicaciones colectivas que hunden a veces sus raíces en la Edad Media. Se trata de un extraño caso de auténtica aculturación inversa, es decir, en la que predomina la cultura menos compleja; las razones que aducen los autores de la época, como Diego de Landa, basadas en el afecto hacia su mujer indígena y sus hijos, no son convincentes, sino que antes parece que el andaluz supo comprender la belleza y armonía de un mundo que los europeos estaban a punto de arruinar para siempre. Al tomar conscientemente el bando de los mayas, al integrarse con toda plenitud en su sociedad, Guerrero firmó su sentencia de muerte, y, efectivamente, fue atravesado de un arcabuzazo más tarde mientras combatía a sus compatriotas. No existen muchos ejemplos de actitudes semejantes a lo largo de la conquista y colonización de América, y puede afirmarse que este romántico episodio constituye por sí mismo un canto a los valores de libertad y tolerancia que se anticipa en el tiempo a las modernas controversias sobre cualquier clase de imperialismo.

Alaminos y que llegó a la Isla de Mujeres, que él puso este nombre por los ídolos que allí halló de las diosas de aquella tierra como *Aixchel, Ixchebeliax, Ixbunic, Ixbunieta,* y que estaban vestidas de la cintura abajo y cubiertos los pechos como usan las indias; y que el edificio era de piedra, de que se espantaron, y que hallaron algunas cosas de oro y las tomaron. Y que llegaron a la punta de *Cotoch* y que de allí dieron vuelta hasta la bahía de Campeche donde desembarcaron (el) domingo de Lázaro, y que por esto la llamaron Lázaro. Y que fueron bien recibidos por el señor, y que los indios se espantaban de ver los españoles y les tocaban las barbas y personas.

Que en Campeche hallaron un edificio dentro de la mar, cerca de tierra, cuadrado y gradado todo, y que en lo alto estaba un ídolo con dos fieros animales que le comían las ijadas, y una sierpe larga y gorda de piedra que se tragaba un león; y que los animales estaban llenos de sangre de los sacrificios.

Que desde Campeche entendieron que había cerca un pueblo grande que era Champotón, donde llegados hallaron que el señor se llamaba *Mochcouoh,* hombre belicoso que lanzó a su gente contra los españoles, lo cual pesó a Francisco Hernández viendo en lo que había de parar; y que por no mostrar poco ánimo, puso también su gente en orden e hizo soltar artillería de los navíos; y que aunque a los indios les fue nuevo el sonido, humo y fuego de los tiros, no dejaron de acometer con gran alarido; y los españoles resistieron dando muy fieras heridas y matando a muchos. Pero que el señor animó tanto (a los indios) que hicieron retirar a los españoles y que mataron a veinte, hirieron a cincuenta y prendieron dos vivos que después sacrificaron. Y que Francisco Hernández salió con treinta y tres heridas y que así volvió triste a Cuba, donde público que la tierra era muy buena y rica por el oro que halló en la Isla de Mujeres.

Que estas nuevas movieron a Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y a otros muchos, y que envió a su sobrino Juan de Grijalva con cuatro navíos y doscientos hombres; y que fue con él Francisco de Montejo cuyo era uno de los navíos, y que partieron el primero de mayo de 1518.

Que llevaron consigo al mismo piloto Alaminos, y llegaron a la isla de *Cuzmil*, desde la cual el piloto vio Yucatán; y como la otra vez, con Francisco Hernández, la había corrido a la mano derecha, quiso bojarla, (para comprobar) si fuere isla, y echó a mano izquierda siguiendo por la bahía que llamaron de la Ascensión porque en tal día entraron en ella; y que dieron la vuelta a toda la costa hasta llegar otra vez a Champotón donde sobre tomar agua les mataron un hombre y les hirieron cincuenta, entre ellos a Grijalva, de dos flechas, y le quebraron diente y medio. Y que así se fueron y nombraron a este puerto el *Puerto de la Mala Pelea;* y en este viaje descubrieron la Nueva España, y Pánuco y Tabasco, y que con esto gastaron cinco meses, y quisieron saltar a tierra en Champotón, lo cual les estorbaron los indios con tanto coraje que en sus canoas entraban hasta cerca de las carabelas a flecharlos, y que así se hicieron a la vela y los dejaron.

Que cuando Grijalva tornó a su descubrimiento y rescate de Tabasco y Ulúa, estaba en Cuba el gran capitán Hernando Cortés y que oyendo la nueva de tanta tierra y tantas riquezas deseó verlas y aun ganarlas para Dios y para su rey, para sí y para sus amigos.

Que Hernando Cortés salió de Cuba con once navíos de los cuales el mayor era de cien toneladas y que puso en ellos once capitanes siendo él uno de ellos; y que llevaba quinientos hombres y algunos caballos, y mercancías para rescatar, y a Francisco de Montejo por capitán y al dicho piloto Alaminos, piloto mayor de la armada; y que puso en su nao capitana una bandera de fuegos blancos y azules en reverencia a Nuestra Señora, cuya imagen, con la cruz, ponía siempre donde quitaba ídolos; y que en la bandera había una cruz colorada con un letrero en torno que decía: *amici sequamur crucem, & si nos habuerimus fidem in hoc signo vincemus.*

Que con esta flota y no más aparato partió y que llegó a *Cuzmil* con diez navíos porque el otro se le apartó con una refriega, y que después le recobró en la costa. Que la llegada a *Cuzmil* fue por la parte del norte y halló buenos edificios de piedra para los

ídolos y un buen pueblo, y que la gente viendo tanto navío y salir los soldados a tierra, huyó a los montes.

Que llegados los españoles al pueblo lo saquearon y se aposentaron en él, y que buscando gente por el monte toparon con la mujer del señor y con sus hijos, de los cuales, con Melchor, intérprete indio que había ido con Francisco Hernández y con Grijalva entendieron que era la mujer del señor, a la cual y a sus hijos regaló mucho Cortés e hizo enviasen a llamar al señor, al cual venido trató muy bien y le dió algunos donecillos y le entregó su mujer e hijos y todas las cosas que por el pueblo se habían tomado; y que le rogó que hiciese venir los indios a sus casas, y que venidos les hizo restituir a cada uno lo que era suyo; y que después de asegurados les predicó la vanidad de los ídolos y les persuadió que adorasen la cruz, y que la puso en sus templos con una imagen de Nuestra Señora, y que con esto cesaba la idolatría pública.

Que Cortés supo allí que unos hombres barbados estaban camino de seis soles en poder de un señor y que persuadió a los indios que los fuesen a llamar, y que halló quien fuese, aunque con dificultad, porque tenían miedo al señor de los barbados. Y escribioles esta carta:

«Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y quinientos españoles, y llegué aquí, a *Cuzmil,* de donde os escribo esta carta. Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco o seis hombres barbados y en todo a nosotros muy semejables. No me saben decir otras señas, mas por éstas conjeturo y tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen a poblar y descubrir estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis días que recibiereis ésta, os vengáis para nosotros sin poner otra dilación ni excusa. Si viniereis, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío para que vengais en él, y dos naos para seguridad.»

Que los indios llevaron esta carta envuelta en el cabello y la dieron a Aguilar, y que los navíos, porque tardaban los indios más del tiempo del plazo, creyeron que los habrían muerto y se vol-

vieron al puerto de *Cuzmil;* y que Cortés, sabiendo que ni los indios ni los barbados tornaban, se hizo al otro día a la vela. Mas aquel día se les abrió un navío y les fue necesario tornar al puerto; y que estando aderezando (el navío), Aguilar, recibida la carta, atravesó en una canoa el canal entre Yucatán y *Cuzmil* y que viéndole los de la armada fueron a ver quién era; y que Aguilar les preguntó si eran cristianos y respondiéndole que sí, y españoles, lloró de placer y puestas las rodillas en tierra dió gracias a Dios y preguntó a los españoles si era miércoles.

Que los españoles lo llevaron a Cortés así desnudo como venía, el cual le vistió y mostró mucho amor; y que Aguilar contó allí su pérdida y trabajos y la muerte de sus compañeros y cómo fue imposible avisar a Guerrero, en tan poco tiempo por estar más de ochenta leguas de allí.

Que con este Aguilar que era muy buen intérprete, tornó Cortés a predicar la adoración de la cruz y quitó los ídolos de los templos y dicen que hizo esta predicación de Cortés tanta impresión en los de *Cuzmil,* que salían a la playa diciendo a los españoles que por allí pasaban: *María, María; Cortés, Cortés.*

Que partió Cortés de allí y que tocó de paso en Campeche y no paró hasta Tabasco, donde entre otras cosas e indias que le presentaron los de Tabasco, le dieron una india que después se llamó Marina, la cual era de Xalisco, hija de padres nobles y hurtada de pequeña y vendida en Tabasco; y que de ahí la vendieron también en Xicalango y Champotón donde aprendió la lengua de Yucatán, con la cual se vino a entender Aguilar, y que así proveyó Dios a Cortés de buenos y fieles intérpretes, por donde vino a tener noticia y entrada en las cosas de México, de las cuales la Marina sabía mucho por haber tratado con mercaderes indios y gente principal que hablaban de esto cada día.

CAPÍTULO III

Los antiguos pobladores

Que algunos viejos de Yucatán dicen haber oído a sus pasados que pobló aquella tierra cierta gente que entró por levante, a la cual había Dios librado abriéndoles doce caminos por la mar, lo cual, si fuese verdad, era necesario que viniesen (de) judíos todos los de las Indias, porque pasado el estrecho de Magallanes se habían de ir extendiendo más de dos mil leguas de tierra que hoy gobierna España.

Que la lengua de esta tierra es toda una, y que esto aprovechó mucho para su conversión aunque en las costas hay alguna diferencia en vocablos y en el tono de hablar; y que así los de la costa son más pulidos en su trato y lengua; y que las mujeres cubren los pechos, y las de más adentro no.

Que esta tierra está partida en provincias sujetas a los pueblos de españoles más cercanos. Que la provincia de *Chectemal* y *Bachalal,* está sujeta a Salamanca; las provincias de *Ekab* y *Cochuah* y la de *Kupul,* están sujetas a Valladolid; la de *Ah kin Chel e Izamal,* la de *Zotuta,* la de *Hocabai Humun,* la de *Tutuxiú,* la de *Cehpech* y la de *Chakan,* están sujetas a la ciudad de Mérida; la de *Camol, Campech, Champutun* y *Tixchel,* acuden a San Francisco de Campeche.

Que en Yucatán hay muchos edificios de gran hermosura que es la cosa más señalada que se ha descubierto en las Indias, todos de cantería muy bien labrada sin haber ningún género de metal en ella con que se pudiesen labrar.

Que están estos edificios muy cerca unos de otros y que son templos, y que la razón de haber tantos es por mudarse las poblaciones muchas veces; y que en cada pueblo labraban un templo por el gran aparejo que hay de piedra y cal y cierta tierra blanca excelente para edificios. Que estos edificios no son hechos por otras naciones sino por indios, lo cual se ve por hombres de piedra desnudos y honestados de unos largos listones que llaman en su lengua *ex* y de otras divisas que los indios traen.

Que estando este religioso, autor de esta obra, en aquella tierra, se halló en un edificio que desbarataron, un cántaro, grande con tres asas, pintado de unos fuegos plateados por de fuera, y dentro ceniza de cuerpo quemado y algunos huesos de los brazos y piernas, muy gruesos a maravilla, y tres cuentas de piedra buenas de las que usaban los indios por moneda.

Que estos edificios de *Yzamal* eran once o doce por todos sin haber memoria de los fundadores; y que en uno de ellos, a instancia de los indios, se pobló un monasterio el año de 1549, que se llamó San Antonio.

Que los segundos edificios más principales son los de *Tikoch* y *Chichenizá*, los cuales se pintarán después.

Que *Chichenizá* es un asiento muy bueno a diez leguas de *Izamal* y once de Valladolid, donde dicen que reinaron tres señores hermanos que vinieron a aquella tierra de la parte de poniente, los cuales eran muy religiosos y que así edificaron muy lindos templos. Y que vivieron sin mujeres muy honestamente, y que el uno de éstos se murió o se fue, por lo cual los otros se hicieron parciales y deshonestos, y que por ello los mataron.

La pintura del edificio mayor pintaremos después, y (d)escribiremos la manera del pozo donde echaban hombres vivos en sacrificio y otras cosas preciosas. (El pozo) tiene más de siete estados de hondo hasta el agua y mucho más de cien pies, hecho redondo en una peña tajada que es maravilla y el agua parece verde: dicen que lo causa la arboleda de que está cercado.

Que es opinión entre los indios que con los *Yzaes* que poblaron *Chichenizá*, reino un gran señor llamado *Cuculcán*, y que muestra ser esto verdad el edificio principal que se llama *Cuculcán*; y dicen que entró por la parte de poniente y que difieren en si entró antes o después de los *Yzaes* o con ellos, y dicen que fue bien dispuesto y que no tenía mujer ni hijos; y que después de su vuelta fue tenido en México por uno de sus dioses y llamado *Cezalcuati* y que en Yucatán también lo tuvieron por dios por ser gran republicano, y que esto se vio en el asiento que puso en Yucatán después de la muerte de los señores para mitigar la disensión que sus muertes causaron en la tierra.

Que este *Cuculcán* tornó a poblar otra ciudad tratando con los señores naturales de la tierra que él y ellos viniesen (a la ciudad) y que allí viniesen todas las cosas y negocios; y que para esto eligieron un asiento muy bueno a ocho aguas más adentro en la tierra que donde ahora está Mérida, y quince o dieciséis de la mar; y que allí cercaron de una muy ancha pared de piedra seca como medio cuarto de legua dejando sólo dos puertas angostas y la pared no muy alta, y en el medio de esta cerca hicieron sus templos; y que el mayor, que es como el de *Chichenizá,* llamaron Cuculcán; y que hicieron otro redondo y con cuatro puertas, diferente a cuantos hay en aquella tierra, y otros muchos a la redonda, juntos unos de otros; y que dentro de este cercado hicieron casas para los señores solos, entre los cuales repartieron la tierra dando pueblos a cada uno conforme a la antigüedad de su linaje y ser de su persona. Y que *Cuculcán* puso nombre a la ciudad, no el suyo, como hicieron los *Ahizaes* en *Chichenizá,* que quiere decir *pozo de los aizaes,* mas llamola *Mayapán* que quiere decir *el pendón de la Maya,* porque a la lengua de la tierra llaman *maya;* y los indios llaman *Ychpa* (a la ciudad), que quiere decir *dentro de las cercas.*

Que este *Cuculcán* vivió con los señores algunos años en aquella ciudad, y que dejándolos en mucha paz y amistad se tornó por el mismo camino a México, y que de pasada se detuvo en Champotón, y que para memoria suya y de su partida, hizo dentro de la mar un buen edificio al modo del de *Chichenizá,* a un gran tiro de piedra de la ribera, y que así dejó *Cuculcán* perpetua memoria en Yucatán[3].

---

[3] La llegada de los toltecas a Yucatán se relaciona con el mito mexicano de Quetzalcoatl, caudillo de la ciudad de Tula que tuvo que abandonar su reino e iniciar una larga peregrinación que le condujo hasta Chichén Itzá. La filiación étnica y la cultura y territorio originarios de los itzaes son todavía un misterio, pero no cabe duda de que dejaron profunda huella en la península, pues los documentos indígenas —los llamados libros de Chilam Balam— les dedican sin excepción los principales capítulos de carácter histórico. Una corriente de la investigación maya atribuye a los itzaes la construcción de las hermosas ciudades de la región Puuc, Uxmal, Kabah, Sayil, Labná y otras. Es plausible que los itzaes estuvieran ya asentados en Yucatán hacia el año 800, mientras que la invasión tolteca debió producirse siglo y medio después.

— Que partido *Cuculcán,* acordaron los señores, para que la república durase, que el mando principal lo tuviese la casa de los *Cocomes* por ser la más antigua y más rica y por ser el que la regía entonces hombre de más valor; y que hecho esto ordenaron que pues en el cercado no había sino templos y casas para los señores y gran sacerdote, que se hiciesen casas fuera de la cerca donde cada uno de ellos pusiese alguna gente de servicio y donde los de sus pueblos acudiesen cuando viniesen a la ciudad con negocios[4]; y que en estas casas puso cada uno su mayordomo, el cual traía por señal una vara gorda y corta y que le llamaban *Caluac* y que este mayordomo tenía cuenta de los pueblos y de quienes los regían y que ellos se enviaban aviso de lo que era menester en casa del señor, como aves, maíz, miel, sal, pesca, caza, ropas y otras cosas, y que el *Caluac* acudía siempre a la casa del señor y veía lo que era menester en ella y lo proveía luego, porque su casa era como oficina de su señor.

Que acostumbraban buscar en los pueblos los mancos y ciegos y les daban lo necesario.

Que los señores proveían (a los pueblos) de gobernadores y si les eran adeptos confirmaban en sus hijos los oficios; y que les encomendaban el buen tratamiento de la gente menuda y la paz del pueblo y el ocuparse en trabajar para que se sustentasen ellos y los señores.

Que todos los señores tenían cuenta con respetar, visitar y alegrar a *Cocom* acompañándole y festejándole y acudiendo a él con

---

[4] La abundancia de ciudades amuralladas en Yucatán ha sido atribuida al estado de guerra intermitente en que se vio sumida la región con la llegada de invasores y mercenarios procedentes de las altiplanicies mexicanas. En repetidas ocasiones hemos puesto en duda la capacidad defensiva de estas construcciones, ya que su modesta envergadura, y aun las características de su trazado, las hace vulnerables al ataque de ejércitos poderosos y bien pertrechados. El testimonio de Landa sobre la *cerca* de Mayapán apoya esta opinión; parece obvio que el muro servía allí para delimitar el espacio ocupado por los templos y las residencias señoriales, es decir, tenía como fin separar a los distintos estamentos de la sociedad, subrayar la diferente función de cada parcela de suelo urbano e impedir quizá el acceso de las etnias dominadas a las ceremonias y asambleas de las minorías. Era, por tanto, un instrumento ideológico antes que una obra militar.

los negocios arduos, y que entre sí vivían muy en paz y en mucho pasatiempo como ellos lo usan tomar, en bailes, convites y caza.

Que los de Yucatán fueron tan curiosos en las cosas de la religión como en las del gobierno y que tenían un gran sacerdote que llamaban *Ah Kin May,* y por nombre *Ahau Can May,* que quiere decir el *(gran) sacerdote May,* que era muy reverenciado de los señores, el cual no tenía repartimiento de indios, y que además de las ofrendas los señores le hacían presentes y que todos los sacerdotes de los pueblos le contribuían; y que a éste le sucedían en la dignidad sus hijos o parientes más cercanos y que en éste estaba la llave de sus ciencias, y que en éstas trataban lo más, y que daban consejo a los señores y respuestas a sus preguntas, y que cosas de los sacrificios pocas veces las trataban si no en fiestas muy principales o en negocios muy importantes; y que éstos proveían de sacerdotes a los pueblos cuando faltaban, examinándolos en sus ciencias y ceremonias y que les encargaban de las cosas de sus oficios y el buen ejemplo del pueblo, y proveían de sus libros; y que éstos atendían al servicio de los templos y a enseñar sus ciencias y escribir libros de ellas[5].

Que enseñaban a los hijos de los otros sacerdotes y a los hijos segundos de los señores que les llevaban para esto desde niños, si veían que se inclinaban a este oficio.

Que las ciencias que enseñaban eran la cuenta de los años, me-

---

[5] Los mayas reservaron determinados puestos eclesiásticos o de gobierno a los miembros de linajes particulares. Consecuentemente, los grupos emparentados se ordenaban en tangos, siendo muy difícil el ascenso en la escala social fuera de la adscripción por nacimiento a las funciones y *status* correspondientes. Este fatalismo de raíz biológica se refleja en los pronósticos que expresan la clase de vida futura de cada individuo que viene al mundo. Los estrechos lazos entre cosmología y parentesco son visibles en la gran importancia del culto a los antepasados, dioses fundadores de los linajes, conectados con los astros, cuya influencia es decisiva en la organización de la sociedad. No obstante, a lo largo del Postclásico el acceso restringido a los cargos de prestigio encontró una razón complementaria en el deseo de los invasores extranjeros de perpetuarse en el poder. La minoría de toltecas y mexicanos en general sustituyó a los gobernantes y sumos sacerdotes locales, otorgando después el derecho a ocupar puestos públicos previo examen en el que se debía poner de manifiesto la limpieza genealógica del candidato.

ses y días, las fiestas y ceremonias, la administración de sus sacramentos, los días y tiempos fatales, sus maneras de adivinar, remedios para los males, las antigüedades, leer y escribir con sus letras y caracteres en los cuales escribían con figuras que representaban las escrituras.

Que escribían sus libros en una hoja larga doblada con pliegues que se venía a cerrar toda entre dos tablas que hacían muy galanas, y que escribían de una parte y de otra a columnas, según eran los pliegues; y que este papel lo hacían de las raíces de un árbol y que le daban un lustre blanco en que se podía escribir bien, y que algunos señores principales sabían de estas ciencias por curiosidad, y que por esto eran más estimados aunque no las usaban en público[6].

Que cuentan los indios que de la parte del mediodía vinieron a Yucatán muchas gentes con sus señores, y que parecen haber venido de Chiapa aunque los indios no lo saben; mas este autor lo conjetura porque muchos vocablos y composiciones de verbos son los mismos en Chiapa que en Yucatán; y hay grandes señales en la parte de Chiapa de lugares que han sido despoblados; y dicen que estas gentes anduvieron cuarenta años por los despoblados de Yucatán sin haber en ellos agua sino la que llueve; y que al fin de este tiempo aportaron a las sierras que caen

---

6 Tales libros son los cuatro códices prehispánicos que actualmente se conocen, denominados por las ciudades donde están: Madrid, Dresde, París y Nueva York. Se hacían de largas tiras de corteza de árbol, cubiertas luego con una capa de cal y dobladas a manera de biombo, incluso podían ser encuadernados con piel de jaguar. Probablemente hubo miles de libros mayas, pues además del testimonio de los cronistas españoles se representan con cierta frecuencia en las paredes pintadas de las cerámicas clásicas, pero la inclemencia del clima tropical y la pertinaz destrucción de los evangelizadores nos han privado de esta riquísima fuente del saber histórico y religioso de los antiguos habitantes del Mayab. Las bibliotecas que sin duda, existieron en las grandes urbes como Tikal, Palenque o Copán, comparables; tal vez en volumen y calidad a las de Mesopotamia y Anatolia, no podrán ser jamás recuperadas, pero felizmente los mayas utilizaron otros vehículos más resistentes para su escritura, sobre todo las estelas de piedra y las vasijas de arcilla, y en ellas se contiene un inmenso caudal de información que aguarda el definitivo desciframiento de los jeroglíficos.

Los escribas formaban un cuerpo especializado de mucho prestigio, usaban pinceles, cálamos y recipientes para los pigmentos —representados, por ejemplo, en la página 23 del Códice de Madrid que se conserva en el Museo de América— y tenían sus propios dioses patronos.

algo enfrente de la ciudad de *Mayapán,* a diez leguas de ella, y que allí comenzaron a poblar y hacer muy buenos edificios en muchas partes; y que los de *Mayapán* tomaron mucha amistad con ellos y holgaron de que labrasen la tierra como naturales y que así estos *Tutu Xiú* se sujetaron a las leyes de *Mayapán* y emparentaron unos con otros; y que como el señor *Xiú*, de los *Tutu Xiues*, era tal, vino a ser muy estimado de todos.

Que estas gentes vivieron tan quietamente que no había pleito ninguno, ni usaban armas ni arcos aun para la caza, siendo ahora excelentes flecheros, y que sólo usaban lazos y trampas con los que tomaban mucha caza; y que los sacerdotes tenían cierto arte de tirar varas con un palo grueso como de tres dedos agujerado hacia la tercera parte y de seis palmos de largo y que con él y unos cordeles tiraban fuerte y certeramente.

Que tenían leyes contra los delincuentes y las aplicaban mucho, como contra el adúltero a quien entregaban al ofendido para que le matase soltándole una piedra grande desde lo alto sobre la cabeza, o lo perdonase si quería; y que a las adúlteras no daban otra pena más que la infamia, que entre ellos era cosa muy grave; y al que forzase doncella lo mataban a pedradas; y cuentan un caso: que el señor de los *Tutu-xiues* tenía un hermano que fue acusado de este crimen, y le hizo apedrear y después cubrir de un gran montón de piedras; y que dicen que tenían otra ley antes de la población de esta ciudad, que mandaba sacar las tripas por el ombligo a los adúlteros.

Que el gobernador *Cocom* entró en codicia de riquezas, y que para esto trató con la gente de guarnición que los reyes de México tenían en Tabasco y Xicalango que les entregaría la ciudad, y que así trajo gente mexicana a *Mayapán* y oprimió a los pobres e hizo muchos esclavos; y los señores le hubieran matado si no hubiesen tenido miedo a los mexicanos. Que el señor de los *Tutuxiues* nunca consintió en esto y que viéndose (oprimidos) los de Yucatán, aprendieron de los mexicanos el arte de las armas y así salieron maestros del arco y flecha y de la lanza y hachuela, y sus rodelas y sacos fuertes de sal y algodón y de otros pertrechos de guerra, y que ya no se admiraban de los mexica-

nos ni los temían, antes hacían poca cuenta de ellos. Y que en esto pasaron algunos años.

Que aquel *Cocom* fue el primero que hizo esclavos, pero que de este mal siguió usar las armas con que se defendieron para que no fuesen esclavos todos.

Que entre los sucesores de la casa de *Cocom* hubo uno muy orgulloso e imitador de *Cocom*, y éste hizo otra liga con los de Tabasco y metió más mexicanos dentro de la ciudad y comenzó a tiranizar y a hacer esclavos a la gente menuda y que por esto se juntaron los señores en el bando de *Tutu Xiú*, que era gran republicano como sus pasados, y se concertaron para matar a *Cocom* y así lo hicieron, matando también a todos sus hijos sin dejar más que uno que estaba ausente, y le saquearon la casa y tomaron las heredades que tenía en cacao y otras frutas, diciendo que con ellas se pagaban de lo que les había robado; y que duraron tanto los bandos entre los *Cocomes* —que decían ser echados injustamente—, y los *Xiues* que después de haber estado en aquella ciudad más de 500 años la desampararon y despoblaron, yéndose cada uno a su tierra.

Que conforme a la cuenta de los indios, hará 120 años que se despobló *Mayapán*, y que se hallan en la plaza de aquella ciudad siete u ocho piedras de a diez pies de largo cada una, redondas por una parte, bien labradas, y que tienen algunos caracteres que ellos usan y que, desgastados por el agua, no se pueden leer; mas piensan que es memoria de la fundación y destrucción de aquella ciudad. Otras semejantes están en *Zilán*, pueblo de la costa, aunque más altas, y preguntados los naturales qué cosa eran, respondieron que acostumbraban erigir de 20 en 20 años, que es el número que tienen de contar sus edades, una piedra de aquellas. Mas parece (que esta explicación) no lleva camino, porque según esto habría muchas más, principalmente que no las hay en otros pueblos sino en *Mayapán* y *Zilán*[7].

---

[7] Landa se refiere aquí a las estelas mayas, monolitos de piedra que se erigían para conmemorar la terminación de los ciclos cronológicos conteniendo a menudo figuras labradas e inscripciones. Los relieves de las estelas suelen hacer mención de hechos históricos, princi-

Que lo principal que llevaron a sus tierras estos señores que desampararon *Mayapán* fueron los libros de sus ciencias porque siempre fueron muy sujetos a los consejos de sus sacerdotes, y que por esto hay tantos templos en aquellas provincias.

Que el hijo de *Cocom* que escapó de la muerte por estar ausente en sus contrataciones en tierra de Ulúa, que es adelante de la villa de Salamanca, al saber la muerte de su padre y el desbarato de la ciudad, vino muy presto y se juntó con los parientes y vasallos y pobló un lugar que llamó *Tibulón,* que quiere decir *jugados fuimos;* y que edificaron otros muchos pueblos en aquellos montes reuniéndose muchas familias de estos *Cocomes.* La provincia donde manda este señor se llama *Zututa*[8].

Que estos señores de *Mayapán* no tomaron venganza de los mexicanos que ayudaron a *Cocom* porque fueron persuadidos por el gobernador de la tierra y porque eran extranjeros, y que así los dejaron dándoles facultad para que poblasen un pueblo apartado, para sí solos, o se fuesen de la tierra no pudiéndose casar con las naturales de ella, sino entre ellos. Y que escogieran quedarse en Yucatán y no volver a las lagunas y mosquitos de Tabasco, y poblaron la provincia de *Canul* que les fue señalada y que allí duraron hasta las segundas guerras de los españoles.

---

palmente relacionados con las biografías de los gobernantes. Parece que existía un culto a las estelas que quizá no iba más allá de la vida de los personajes representados; se han encontrado monumentos de esta clase rotos o golpeados deliberadamente, incluso arrojados a los basureros de las ciudades o formando parte del relleno de los edificios. Los reyes clásicos ordenaban levantar las enormes lajas con el fin de hacer patente el respaldo y protección que les otorgaban los dioses cósmicos —que creaban el tiempo y se sucedían con cada período en el gobierno del universo— ante las etapas consecutivas de sus reinados.

[8] Es interesante la información de Landa sobre la ausencia de Mayapán del hijo de Cocom, porque viene a refrendar la idea de que el comercio antiguo estaba en manos de los linajes gobernantes. Esta casta de príncipes mercaderes mayas tuvo sus principales representantes en los señores chontales de Acalan, de los cuales nos habla Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación,* pero la costumbre debió ser general, pues las ganancias obtenidas con el intercambio de bienes escasos y suntuarios permitían mantener el boato de las cortes indígenas y el predominio social de las familias nobles. En el período Clásico los resortes fundamentales de la economía estaban aún más centralizados; no es infrecuente descubrir vasijas pintadas con escenas de comercio, y en ellas se aprecia el alto rango de los jefes de las expediciones, transportados en literas, acompañados por numeroso séquito y adornados con gran riqueza de joyas y ropajes.

Dicen que entre los doce sacerdotes de *Mayapán* hubo uno muy sabio que tuvo una sola hija a quien casó con un mancebo noble llamado *Ah Chel*, el cual hubo hijos que se llamaron como el padre conforme a la usanza de esta tierra; y dicen que este sacerdote avisó a su yerno de la destrucción de aquella ciudad y que éste supo mucho en las ciencias de su suegro, el cual, dicen, le escribió ciertas letras en la tabla del brazo izquierdo, de gran importancia para ser estimado; y con esta gracia pobló en la costa hasta que vino a hacer asiento en *Tikoch* siguiéndole gran número de gentes, y que así fue muy insigne población aquella de los *Cheles*, y poblaron la más insigne provincia de Yucatán, a la cual llamaron, por aquel nombre, la provincia de *Ah Kin Chel*, y es la de *Ytzamal*, donde residieron estos *Cheles* y se multiplicaron en Yucatán hasta la entrada del adelantado Montejo.

Que entre tres casas de señores principales, que eran los *Cocomes*, *Xiues*, y *Cheles*, hubo grandes bandos y enemistades y hoy en día, con ser cristianos, aún las hay. Los *Cocomes* decían a los *Xiues* que eran extranjeros y traidores al matar a su señor natural robándole su hacienda. Los *Xiues* decían ser tan buenos como ellos, tan antiguos y tan señores, y que no fueron traidores sino libertadores de la patria matando al tirano. El *Chel* decía que era tan bueno como ellos en linaje, por ser nieto de un sacerdote, el más estimado de *Mayapán*, y que por su persona era mejor que ellos pues había sabido hacerse tan señor como ellos, y que con esto se hacían desabrimiento en los mantenimientos porque el *Chel*, que estaba en la costa, no quería dar pescado ni sal al *Cocom*, haciéndole ir muy lejos por ello, y el *Cocom* no dejaba sacar caza ni frutas al *Chel*.

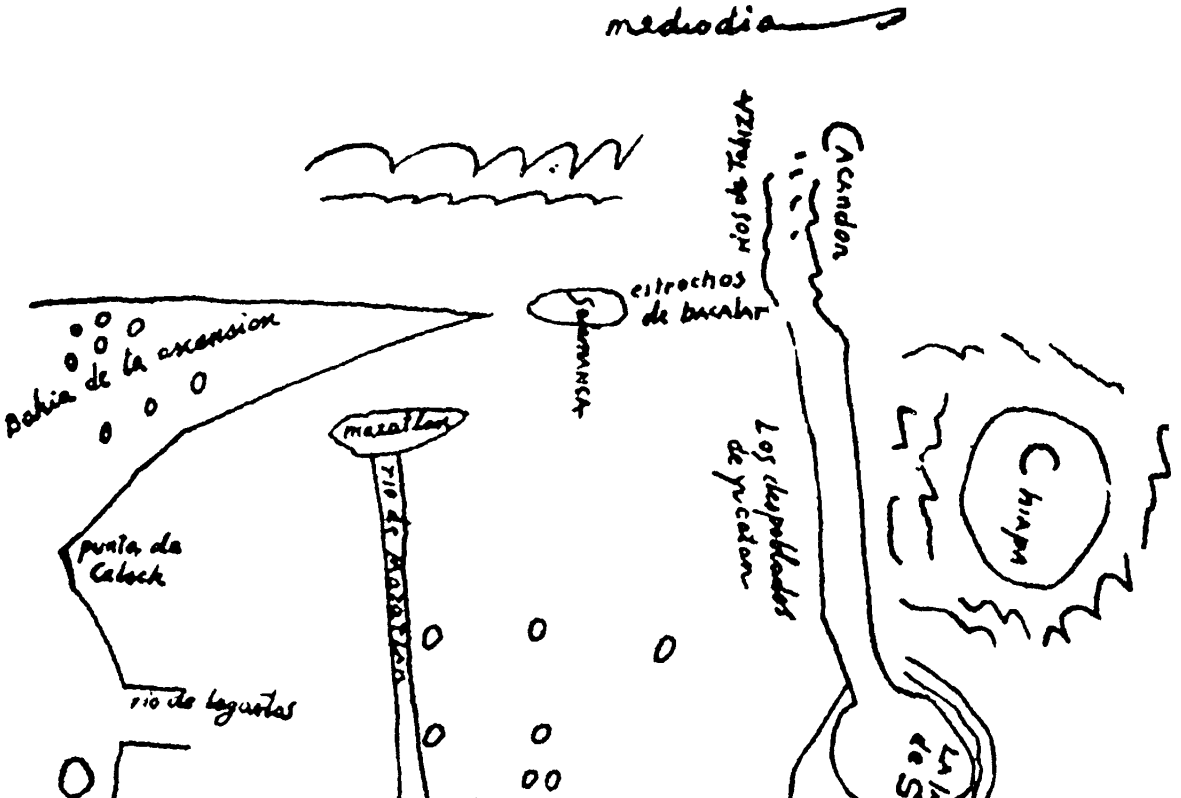
Que estas gentes tuvieron más de 20 años de abundancia y de salud y se multiplicaron tanto que toda la tierra parecía un pueblo; y que entonces se labraron los templos en tanta muchedumbre como se ve hoy en día por todas partes, y que atravesando los montes se ven entre las arboledas asientos de casas y edificios labrados a maravilla.

Que después de esta felicidad, una noche, por invierno, vino un aire como a las seis de la tarde y fue creciendo, haciéndose

huracán de cuatro vientos, y que este aire derribó todos los árboles crecidos, lo cual hizo gran matanza en todo género de caza y derribó todas las casas altas las cuales, como son de paja y tenían lumbre dentro por el frío, se incendiaron y abrasaron a gran parte de la gente, y si algunos escapaban quedaban hechos pedazos de los golpes de la madera; y que duró este huracán hasta el otro día a las doce en que se vio que habían escapado quienes moraban en casas pequeñas, entre ellos los mozos recién casados que allí acostumbraban a hacer unas casillas enfrente de las de sus padres o suegros donde moran los primeros años; y que así perdió entonces la tierra el nombre a la que solían llamar *de los venados y pavos,* y tan sin árboles quedó, que los que ahora hay parece que se plantaron juntos según están nacidos a la igual, pues mirando la tierra desde algunas partes altas, parece que toda está cortada con una tijera.

Que quienes escaparon se animaron a edificar y cultivar la tierra y se multiplicaron mucho viniéndoles 16 años de salud y buenos temporales y que el último fue el más fértil de todos; y que queriendo comenzar a coger los frutos sobrevinieron por toda la tierra unas calenturas pestilenciales que duraban 24 horas, y después de cesadas se hinchaban (los enfermos) y reventaban llenos de gusanos, y que con esta pestilencia murió mucha gente y gran parte de los frutos quedó sin coger.

Que después de cesada la peste tuvieron otros 16 años buenos en los cuales se renovaron las pasiones y bandos, de manera que murieron en batallas ciento cincuenta mil hombres y que con esta matanza se sosegaron e hicieron la paz y descansaron por 20 años, después de los cuales les dio pestilencia de unos grandes granos que les pudría el cuerpo con gran hedor, de manera que se les caían los miembros a pedazos en cuatro o cinco días. Que habrá que pasó esta última plaga más de 50 años y que la mortandad de las guerras fue 20 años antes y la peste de la hinchazón y gusanos sería 16 años antes de las guerras y el huracán otros 16 antes que ésta y 22 ó 23 después de la destrucción de la ciudad de *Mayapán.* Que según esta cuenta, hace 125 años que se desbarató (la ciudad), dentro de los cuales años los


mediodia
Cacandon
estrechos de bacalar
Salamanca
Bahia de la ascension
mazatlan
rio de Mazatlan
punta de Calock
rio de lagartos
Los despoblados de yucatan
Chiapa

Mapa de Yucatán que está en la *Relación*.

de esta tierra han pasado las dichas miserias y otras muchas que comenzaron al entrar en ella los españoles, así por guerras como por otros castigos que Dios envía; de manera que es maravilla haber la gente que hay, aunque no es mucha.

CAPÍTULO IV

Conquistadores y clérigos

Que como la gente mexicana tuvo señales y profecías de la venida de los españoles y de la cesación de su mando y religión, también las tuvieron los de Yucatán algunos años antes que el adelantado Montejo los conquistase; y que en las sierras de *Maní*, que es en la provincia de *Tutu Xiu*, un indio llamado *Ah Cambal*, de oficio *Chilán*, que es el que tiene a su cargo dar las respuestas del demonio, les dijo públicamente que presto serían señoreados por gente extranjera, y les predicarían un Dios y la virtud de un palo que en su lengua llamó *Vahomché*, que quiere decir *palo enhiesto de gran virtud contra los demonios*.

Que el sucesor de los *Cocomes*, llamado don Juan Cocom, después de cristiano, fue hombre de gran reputación y muy sabio en sus cosas y bien sagaz y entendido en las naturales; y fue muy familiar del autor de este libro, fray Diego de Landa, y le contó muchas antigüedades y le mostró un libro que fue de su abuelo, hijo del *Cocom* que mataron en *Mayapán*, y en él estaba pintado un venado; y que aquel su abuelo le había dicho que cuando en aquella tierra entrasen venados grandes, que así llaman a las vacas, cesaría el culto de los Dioses; y que se había cumplido porque los españoles trajeron vacas grandes.

Que el adelantado Francisco de Montejo fue natural de Salamanca y que pasó a las Indias después de poblada la ciudad de Santo Domingo y la Isla Española, habiendo estado primero algún tiempo en Sevilla donde dejó un hijo niño que allí hubo; y que vino a la ciudad de Cuba donde ganó de comer y tuvo mu-

chos amigos por su buena condición y entre ellos fueron Diego Velázquez, gobernador de la Isla, y Hernando Cortés; y que como el gobernador determinó enviar a Juan de Grijalva, su sobrino, a rescatar a tierras de Yucatán y a descubrir más tierra después de la nueva que Francisco Hernández de Córdoba trajo cuando la descubrió, que era tierra rica, determinó que Montejo fuese con Grijalva. (Montejo) como era rico, puso uno de los navíos y muchos bastimentos y fue así de los segundos españoles que descubrieron a Yucatán. Y que vista la costa de Yucatán tuvo deseos de enriquecerse allí antes que en Cuba, y vista la determinación de Hernando Cortés, le siguió con su hacienda y persona y Cortés le dio un navío a su cargo haciéndole capitán de él. Que en Yucatán recogieron a Gerónimo de Aguilar de quien Montejo entendió la lengua de aquella tierra y sus cosas, y que llegado Cortés a la Nueva España comenzó a poblar y al primer pueblo llamó la Veracruz conforme al blasón de su bandera; y que en este pueblo fue Montejo nombrado Alcalde del Rey, cargo en que se mantuvo discretamente y así lo publicó por tal Cortés cuando tomó por allí después del camino que hizo navegando la tierra a la redonda, y que por eso lo envió a España como uno de los procuradores de la Nueva España y para que llevase el quinto del rey con una relación de la tierra descubierta y de las cosas que comenzaban a hacerse en ella.

Que cuando Francisco de Montejo llegó a la corte de Castilla, era Presidente del Consejo de Indias Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, quien estaba mal informado contra Cortés por parte de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que pretendía también lo de Nueva España; y que estaban los más del Consejo contra los negocios de Cortés que parecía que no enviaba dineros al Rey sino que se los pedía, y entendiendo que por estar el Emperador en Flandes se negociaba mal, perseveró siete años desde que salió de las Indias, que fue en 1519, hasta que se embarcó, que fue en 26, y que con esta perseverancia recusó al Presidente y al Papa Adriano que era gobernador y habló al emperador, lo cual aprovechó mucho, pues se despachó lo de Cortés como era de razón.

Que en este tiempo que Montejo estuvo en la corte negoció para sí la conquista de Yucatán aunque pudo haber negociado otras cosas; le dieron el título de adelantado y se vino a Sevilla llevando a un sobrino suyo de trece años de edad y de su mismo nombre, y en Sevilla halló a su hijo de 28 años a quien llevó consigo. Trató palabras de casamiento con una señora de Sevilla, viuda rica, y así pudo juntar 500 hombres a quienes embarcó en tres navíos. Siguió su viaje y aportó a *Cuzmil*, isla de Yucatán, donde los indios no se alteraron porque estaban domesticados con los españoles de Cortés, y que allí procuró saber muchos vocablos de los indios para entenderse con ellos, y que de allí navegó a Yucatán y tomó posesión diciendo un alférez suyo con la bandera en la mano: «en nombre de Dios tomo la posesión de esta tierra por Dios y por el rey de Castilla».

Que de esta manera se fue costa abajo, que estaba bien poblada entonces, hasta llegar a *Conil*, pueblo de aquella costa, y que los indios se espantaban de ver tantos caballos y gente, que dieron aviso a toda la tierra de lo que pasaba, y esperaban el fin que tenían los españoles.

Que los indios señores de la provincia de *Chicaca* vinieron al adelantado, a visitarle en paz y fueron bien recibidos; entre ellos había un hombre de grandes fuerzas, quien quitó un alfange a un negrillo que lo llevaba detrás de su amo y quiso matar con él al adelantado quien se defendió, y se llegaron españoles y se apaciguó el ruido, y entendieron que era menester andar sobre aviso.

Que el adelantado procuró saber cuál era la mayor población y supo que la de *Tekoch* en donde eran señores los *Cheles*, la cual estaba en la costa tierra abajo por el camino que los españoles llevaban; y que los indios, pensando que caminaban para salirse de la tierra, no se alteraban ni les estorbaban el camino y de esta manera llegaron a *Tekoch* al que hallaron ser pueblo mayor y mejor de lo que habían pensado[9]. (Y el adelantado) fue dichoso de

---

[9] El nombre de este poblado se pronuncia en maya Ticoh *(lugar del puma)*; había heredado de Izamal la primacía sobre toda la provincia dominada por los cheles, y en los años 1532-1533 estaba gobernado por un *halach uinic* —*hombre verdadero*, título de la máxima je-

que no fuesen señores de aquella tierra los *Couohes* de Champotón, que siempre fueron de más coraje que los *Cheles,* quienes con el sacerdocio que les dura hasta hoy no son tan orgullosos como otros y por ello concedieron al adelantado que pudiese hacer un pueblo para su gente y les dieron para ello el asiento de *Chichenizá,* a siete leguas de allí, que es muy excelente, y que desde allí fue conquistando la tierra lo cual hizo fácilmente porque los de *Ah Kin Chel* no le resistieron y los de *Tutu Xiu* le ayudaron; y con esto, los demás hicieron poca resistencia.

Que de esta manera pidió el adelantado gente para edificar en *Chichenizá* y en breve edificó un pueblo haciendo las casas de madera y la cobertura de ciertas palmas y paja larga, al uso de los indios. Y que así, viendo que los indios servían sin pesadumbre contó la gente de la tierra, que era mucha, y repartió los pueblos entre los españoles y, según dicen, a quien menos cabía alcanzaban dos o tres mil indios de repartimiento; y así comenzó a dar orden a los naturales de cómo habían de servir a aquella su ciudad, y que no agradó mucho a los indios, aunque disimularon por entonces.

Que el adelantado Montejo no pobló a propósito de quien tiene enemigos porque estaba muy lejos de la mar para tener entrada y salida a México y para las cosas de España; y que los indios, pareciéndoles cosa dura servir a extranjeros donde ellos eran señores, comenzaron a ofenderle por todas partes; aunque él se defendía con sus caballos y gente, y les mataba muchos, los indios se reforzaban cada día de manera que les vino a faltar la comida. Que al fin una noche dejaron la ciudad poniendo un perro atado al badajo de la campana y un poco de pan apartado para que no lo pudiese alcanzar, y que cansaron el día antes a los indios con escaramuzas para que no los siguiesen y el perro

---

rarquía política y religiosa en algunas circunscripciones yucatecas— llamado Namux Chel. La complicada distribución y las relaciones de las tribus en el territorio peninsular, y también su organización interna durante la última época independiente, fueron estudiadas por Ralph L. Roys, cuyo libro *The Political Geography of the Yucatan Maya,* publicado por la Carnegie Institution de Washington en 1957, sigue siendo la guía imprescindible para adentrarse en este tema y comprender mejor la información proporcionada por Diego de Landa.

repicaba la campana para alcanzar el pan lo cual maravilló mucho a los indios pensando que querían salir a ellos; mas después de sabido estaban muy corridos de la burla y acordaron seguir a los españoles por muchas partes porque no sabían el camino que llevaban. La gente que fue por aquel camino alcanzó a los españoles dándoles mucha grita, como a gente que huía, por lo cual seis de a caballo los esperaron en un raso y alancearon a muchos de ellos. Uno de los indios asió a un caballo por la pierna y le detuvo como si fuese un carnero. Los españoles llegaron a *Zilán* que era muy hermoso pueblo cuyo señor era un mancebo de los *Cheles*, ya cristiano y amigo de españoles, quien los trató bien. *Zilán* estaba muy cerca de *Ticokh* la cual, y todos los otros pueblos de aquella costa, estaban en obediencia de los *Cheles*: y así les dejaron estar seguros algunos meses.

Que el adelantado viendo que desde allí no se podía socorrer de las cosas de España, y que si los indios tornaban sobre ellos serían perdidos, acordó irse a Campeche y (de allí) a *Méxi*co, dejando a Yucatán sin gente. Había desde *Zilán* a Campeche cuarenta y ocho leguas muy pobladas de gente. Dieron arte a *Namux Chel*, señor de *Zilán*, y él se ofreció a asegurarles el camino y acompañarlos. El adelantado trató con el tío de éste, que era señor de *Yobain*, que le diese dos hijos bien dispuestos que tenía para que le acompañasen, de manera que con tres mancebos primos hermanos, dos en colleras y el de *Zilán* a caballo, llegaron seguros a Campeche donde fueron recibidos en paz. Los *Cheles* se despidieron y volviendo a sus pueblos cayó muerto el de *Zilán*. Desde allí partieron para México donde Cortés había señalado repartimiento de indios al adelantado, aunque estaba ausente.

Que llegado el adelantado a México con su hijo y sobrino, llegó luego en busca suya doña Beatriz de Herrera, su mujer, y una hija que en ella tenía llamada doña Catalina de Montejo. El adelantado se había casado clandestinamente en Sevilla con doña Beatriz de Herrera y dicen algunos que la negaba, pero don Antonio de Mendoza, Virrey de la Nueva España, se puso de por medio y así la recibió y a él lo envió el mismo Virrey por gober-

nador de Honduras, donde casó a su hija con el licenciado Alonso Maldonado, Presidente de la Audiencia de los Confines; y que después de algunos años le pasaron a Chiapa desde donde envió a su hijo a Yucatán, con poderes, y lo conquistó y pacificó.

Que este don Francisco, hijo del adelantado, se crió en la corte del rey católico y le trajo su padre cuando volvió a las Indias, a la conquista de Yucatán, y de allí fue con él a México; y que el Virrey don Antonio y el marqués don Hernando Cortés le quisieron bien y fue con el marqués a la jornada de California. Y que tornado, le proveyó el Virrey para regir Tabasco y se desposó con una señora llamada doña Andrea del Castillo, que había pasado doncella a México con parientes suyos.

Que salidos los españoles de Yucatán faltó el agua en la tierra, y que por haber gastado sin orden su maíz en las guerras de los españoles, les sobrevino gran hambre; tanta, que vinieron a comer cortezas de árboles, en especial uno que llaman *cumché,* que es fofo y blando por dentro. Que por esta hambre, los *Xiues,* que son los señores de *Maní,* acordaron hacer un sacrificio solemne a los ídolos llevando ciertos esclavos y esclavas a echar en el pozo de *Chichenizá.* Mas como habían de pasar por el pueblo de los señores *Cocomes,* sus capitales enemigos, y pensando que en tal tiempo se renovarían las viejas pasiones, les enviaron a rogar que los dejasen pasar por su tierra. Los *Cocomes* los engañaron con buena respuesta y dándoles posada a todos juntos en una gran casa les pegaron fuego y mataron a los que escapaban; y por esto hubo grandes guerras. (Además) se les recreció la langosta por espacio de cinco años, que no les dejaba cosa verde; y vinieron a tanta hambre que se caían muertos por los caminos, de manera que cuando los españoles volvieron no conocían la tierra aunque con otros cuatro años buenos después de la langosta, se había mejorado algo.

Que este don Francisco se partió para Yucatán por los ríos de Tabasco y entró por las lagunas de Dos Bocas y que el primer pueblo que tocó fue Champotón con cuyo señor, llamado *Moch Kovoh* les fue mal a Francisco Hernández y a Grijalva; mas por ser ya muerto no hubo allí resistencia, antes bien, los de este pue-

blo sustentaron a don Francisco y su gente dos años en cuyo tiempo no pudo pasar adelante por la mucha resistencia que hallaba. Que después pasó a Campeche y vino a tener mucha amistad con los de aquel pueblo. De manera que con su ayuda y la de los de Champotón acabó la conquista prometiéndoles que serían remunerados por el rey por su mucha fidelidad, aunque hasta ahora el rey no lo ha cumplido.

Que la resistencia no fue bastante para que don Francisco dejase de llegar con su ejercito a *Tihó* donde se pobló la ciudad de Mérida; y que dejando el bagaje en Mérida prosiguieron la conquista enviando capitanes a diversas partes. Don Francisco envió a su primo Francisco de Montejo a la villa de Valladolid para pacificar los pueblos que estaban algo rebeldes y para poblar aquella villa como ahora está. Pobló en *Chectemal* la villa de Salamanca y ya tenía poblado Campeche. (Entonces) dio orden para el servicio de los indios y el gobierno de los españoles hasta que el adelantado, su padre, vino a gobernar desde Chiapa con su mujer y casa; y fue bien recibido en Campeche llamando a esa villa de San Francisco por su nombre. Después pasó a la ciudad de Mérida.

Que los indios recibían pesadamente el yugo de la servidumbre, mas los españoles tenían bien repartidos los pueblos que abrazaban la tierra, aunque no faltaba entre los indios quien los alterase, sobre lo cual se hicieron castigos muy crueles que fueron a causa de que apocase la gente. Quemaron vivos a algunos principales de la provincia de *Cupul* y ahorcaron a otros. Hízose información contra los de *Yobain*, pueblo de los *Cheles*, y prendieron a la gente principal y, en cepos, la metieron en una casa a la que prendieron fuego abrasándola viva con la mayor inhumanidad del mundo, y dice este Diego de Landa que él vio un gran árbol cerca del pueblo en el cual un capitán ahorcó muchas mujeres indias de las ramas y de los pies de ellas a los niños, sus hijos. Y en este mismo pueblo y en otro que dicen *Verey*, a dos leguas de él, ahorcaron a dos indias, una doncella y la otra recién casada, no por otra culpa sino porque eran muy hermosas y temían que se revolviera el real de los españoles sobre ellas y

porque pensasen los indios que a los españoles no les importaban las mujeres; de estas dos hay mucha memoria entre indios y españoles por su gran hermosura y por la crueldad con que las mataron.

Que se alteraron los indios de la provincia de *Cochua* y *Chectemal* y los españoles los apaciguaron de tal manera que, siendo esas dos provincias las más pobladas y llenas de gente, quedaron las más desventuradas de toda aquella tierra. Hicieron (en los indios) crueldades inauditas cortando narices, brazos y piernas, y a las mujeres los pechos y las echaban en lagunas hondas con calabazas atadas a los pies; daban estocadas a los niños porque no andaban tanto como las madres, y si los llevaban en colleras y enfermaban, o no andaban tanto como los otros, cortábanles las cabezas por no pararse a soltarlos. Y trajeron gran número de mujeres y hombres cautivos para su servicio con semejantes tratamientos. Se afirma que don Francisco de Montejo no hizo ninguna de estas crueldades ni se halló en ellas, antes bien le parecieron muy mal, pero que no pudo (evitarlas).

Que los españoles se disculpaban con decir que siendo pocos no podían sujetar tanta gente sin meterles miedo con castigos terribles, y traen a ejemplo la historia de los hebreos y el paso a la tierra de promisión (en que se cometieron) grandes crueldades por mandato de Dios; y por otra parte tenían razón los indios al defender su libertad y confiar en los capitanes muy valientes que tenían para entre ellos y pensaban que así serían contra los españoles.

Que cuentan de un ballestero español y de un flechero indio que por ser muy diestros el uno y el otro se procuraban matar y no podían cogerse descuidados; el español fingió descuidarse puesta una rodilla en tierra y el indio le dio un flechazo en la mano que le subió brazo arriba y le apartó las canillas una de otra; pero al mismo tiempo soltó el español la ballesta y dio al indio por el pecho y sintiéndose herido de muerte, porque no dijesen que un español le había muerto, cortó un bejuco, que es como mimbre aunque mucho más largo, y se ahorcó con él a la vista de todos. De estas valentías hay muchos ejemplos.

Que antes que los españoles ganasen aquella tierra vivían los naturales juntos en pueblos, con mucha policía, y tenían la tierra muy limpia y desmontada de malas plantas y puestos muy buenos árboles; y que su habitación era de esta manera: en medio del pueblo estaban los templos con hermosas plazas y en torno de los templos estaban las casas de los señores y de los sacerdotes, y luego la gente más principal, y así iban los más ricos y estimados más cercanos a éstas y a los fines del pueblo estaban las casas de la gente más baja. Los pozos, donde había pocos, estaban cerca de las casas de los señores, y que tenían sus heredades plantadas de los árboles de vino y sembraban algodón, pimienta y maíz, y vivían en estas congregaciones por miedo de sus enemigos que los cautivaban, y que por las guerras de los españoles se dispersaron por los montes[10].

Que los indios de Valladolid por sus malas costumbres o por el mal tratamiento de los españoles, se conjuraron para matar a los españoles cuando se dividían a cobrar sus tributos; y que en un día mataron diecisiete españoles y cuatrocientos criados de los muertos y de los que quedaron vivos; y luego enviaron algunos brazos y pies por toda la tierra en señal de lo que habían hecho, para que se alzasen, mas no lo quisieron hacer y con esto pudo el adelantado socorrer a los españoles de Valladolid y castigar a los indios.

Que el adelantado tuvo desasosiegos con los de Mérida y mucho mayores con la cédula del emperador con la cual privó de indios a todos los gobernadores, y fue un receptor a Yucatán y quitó al adelantado los indios y los puso en cabeza del rey, y

---

[10] Los asentamientos mayas reproducían el orden jerárquico de la sociedad; del centro hacia la periferia se situaban las viviendas de los gobernantes, los sacerdotes, la nobleza, los guerreros y artesanos, y los labradores y esclavos. El espacio central, con los templos, las tumbas de los antepasados, las casas del clero, los palacios y las plazas donde se congregaban los participantes en las ceremonias, tenía una especial significación sagrada. El simbolismo de la ordenación y características generales de los edificios y lugares libres, guardaba relación con las ideas cosmológicas. Más lejos estaban las tierras de cultivo —de propiedad comunal excepto las plantaciones de cacao, algodón u otros bienes de particular valor comercial o suntuario— que eran explotadas por sus usufructuarios o a beneficio de los señores mediante el tributo en trabajo de los plebeyos.

que tras esto, la Audiencia Real de México le tomó residencia, remitiéndolo al Consejo Real de Indias, en España, donde murió lleno de días y trabajos, y dejó en Yucatán a su mujer doña Beatriz más rica que él murió, y a don Francisco de Montejo, su hijo, casado en Yucatán y a su hija doña Catalina, casada con el licenciado Alonso Maldonado, Presidente de las Audiencias de Honduras y Santo Domingo, de la Isla Española, y a don Juan Montejo, español, y a don Diego, mestizo que hubo en una india.

Que este don Francisco después que dejó el gobierno a su padre el adelantado, vivió en su casa como un vecino particular en cuanto al gobierno, aunque muy respetado de todos por haber conquistado, repartido y regido aquella tierra. Fue a Guatemala con su residencia y tornó a su casa. Tuvo por hijos a Don Juan de Montejo, que casó con doña Isabel, natural de Salamanca; a doña Beatriz de Montejo, con su tío, primo hermano de su padre; y a doña Francisca de Montejo, que casó con don Carlos de Arellano, natural de Guadalajara; murió de larga enfermedad después de haberíos visto a todos casados.

Que fray Jacobo de Testera, franciscano, pasó a Yucatán y comenzó a adoctrinar a los hijos de los indios, y que los soldados españoles querían servirse tanto de los mozos que no les quedaba tiempo para aprender la doctrina; y que por otra parte disgustaban a los frailes cuando los reprendían del mal que les hacían a los indios y que por esto, fray Jacobo se tornó a México donde murió. Después fray Toribio Motolinia envió desde Guatemala frailes, y de México fray Martín de Hojacastro envió más y todos tomaron su asiento en Campeche y Mérida con favor del adelantado y de su hijo don Francisco, los cuales les edificaron un monasterio en Mérida, como está dicho, y que procuraron saber la lengua, lo cual era dificultoso.

El que más supo fue fray Luis de Villalpando, que comenzó a saberla por señas y pedrezuelas y la redujo a alguna manera de arte y escribió una doctrina cristiana en aquella lengua, aunque había muchos estorbos de parte de los españoles que eran absolutos señores y querían que se hiciese todo enderezado a su

ganancia y tributos, y de parte de los indios que procuraban estarse en sus idolatrías y borracheras; principalmente era gran trabajo por estar tan derramados por los montes.

Que los españoles tomaban pesar de ver que los frailes hiciesen monasterios y ahuyentaban a los hijos de los indios de sus repartimientos, para que no viniesen a la doctrina; y quemaron dos veces el monasterio de Valladolid con su iglesia, que era de madera y paja, tanto que fue necesario a los frailes irse a vivir entre los indios; y cuando se alzaron los indios de aquella provincia escribieron al virrey don Antonio que se habían alzado por amor a los frailes y el virrey hizo diligencia y averiguó que al tiempo que se alzaron aún no eran llegados los frailes a aquella provincia; (aun los encomenderos) velaban de noche a los frailes con escándalo de los indios y hacían inquisición de sus vidas y les quitaban las limosnas.

Que los frailes viendo este peligro enviaron al muy singular juez Cerrato, Presidente de Guatemala, un religioso que le diese cuenta de lo que pasaba, el cual, visto el desorden y mala cristiandad de los españoles, que se llevaban absolutamente los tributos y cuanto podían sin orden del rey (y obligaban a los indios) al servicio personal en todo género de trabajo, hasta alquilarlos para llevar cargas, proveyó cierta tasación, harto larga aunque pasadera, en que señalaba qué cosas eran del indio después de pagado el tributo a su encomendero, y que no fuese todo absolutamente del español.

(Los encomenderos) suplicaron de esto y con temor de la tasa sacaban a los indios más que hasta allí, y entonces los frailes tornaron a la Audiencia y reclamaron en España e hicieron tanto que la Audiencia de Guatemala envió a un oidor, el cual tasó la tierra y quitó el servicio personal e hizo casar a algunos, quitándoles las casas que tenían llenas de mujeres. Éste fue el licenciado Tomás López natural de Tendilla, y ello causó que aborreciesen mucho más a los frailes, haciéndoles libelos infamatorios y cesando de oír sus misas.

Que este aborrecimiento causó que los indios estuviesen muy bien con los frailes considerando los trabajos que tomaban sin

interés ninguno para darles libertad, tanto que ninguna cosa hacían sin dar parte a los frailes y tomar su consejo, y esto dio causa a los españoles para que por envidia dijesen que los frailes habían hecho esto para gobernar las Indias y gozar de lo que a ellos se había quitado.

Que los vicios de los indios eran idolatrías y repudios y borracheras públicas y vender y comprar esclavos; y que por apartarlos de estas cosas vinieron a aborrecer a los frailes; pero que entre los españoles los que más fatigaron a los religiosos, aunque encubiertamente, fueron los sacerdotes, como gente que había perdido su oficio y los provechos de él.

Que la manera que se tuvo para adoctrinar a los indios fue recoger a los hijos pequeños de los señores y gente más principal, poniéndolos en torno de los monasterios en casas que cada pueblo hacía para los suyos, donde estaban juntos todos los de cada lugar, cuyos padres y parientes les traían de comer; y con estos niños se recogían los que venían a la doctrina, y con tal frecuentación muchos con devoción, pidieron el bautismo; y estos niños, después de enseñados, tenían cuidado de avisar a los frailes de las idolatrías y borracheras y rompían los ídolos aunque fuesen de sus padres, y exhortaban a las repudiadas; y a los huérfanos, si los hacían esclavos que se quejasen a los frailes y aunque fueron amenazados por los suyos, no por eso cesaban, antes respondían que les hacían honra pues era por el bien de sus almas. Y que el adelantado y los jueces del rey siempre han dado fiscales a los frailes para recoger los indios a la doctrina y castigar a los que se tornaban a la vida pasada. Al principio daban los señores de mala gana sus hijos, pensando que los querían hacer esclavos como habían hecho los españoles y por esta causa daban muchos esclavillos en lugar de sus hijos; mas como comprendieron el negocio, los daban de buena gana.

Que de esta manera aprovecharon tanto los mozos en las escuelas y la otra gente en la doctrina, que era cosa admirable.

Que aprendieron a leer y escribir en la lengua de los indios la cual se redujo tanto a un arte que se estudiaba como la latina y que se halló que no usaban de seis letras nuestras que son D,

F, G, Q, R y S que para cosa ninguna las han menester; pero tienen necesidad de doblar y añadir otras para entender las muchas significaciones de algunos vocablos, porque *Pa* quiere decir abrir, y *PPa*, apretando mucho los labios, quiere decir quebrar; y *Tan* es cal o ceniza, y *Than*, dicho recio, entre la lengua y los dientes altos, quiere decir palabra o hablar; y así en otras dicciones, y puesto que ellos para estas cosas tenían diferentes caracteres no fue menester inventar nuevas figuras de letras sino aprovecharse de las latinas para que fuesen comunes a todos. Dióseles también orden para que dejasen los asientos que tenían en los montes y se juntasen como antes en buenas poblaciones, para que más fácilmente fuesen enseñados y no tuviesen tanto trabajo los religiosos para cuya sustentación les hacían limosnas las pascuas y otras fiestas; y hacían limosnas a las iglesias por medio de dos indios ancianos nombrados, para esto, con lo cual daban lo necesario a los frailes cuando andaban visitándoles, y también aderezaban las iglesias de ornamentos.

Que estando esta gente instruida en la religión y los mozos aprovechados, como dijimos, fueron pervertidos por los sacerdotes que en su idolatría tenían y por los señores, y tornaron a idolatrar y hacer sacrificios no sólo de sahumerios sino de sangre humana, sobre lo cual los frailes hicieron inquisición y pidieron la ayuda del alcalde mayor prendiendo a muchos y haciéndoles procesos; y se celebró un auto en que pusieron muchos en cadalsos encorozados, y azotados y trasquilados y algunos ensambenitados por algún tiempo; y otros, de tristeza, engañados por el demonio, se ahorcaron, y en común mostraron todos mucho arrepentimiento y voluntad de ser buenos cristianos.

Que a esta sazón llegó a Campeche don fray Francisco Toral, franciscano, natural de Úbeda, que había estado 20 años en lo de México y venía por obispo de Yucatán, el cual, por las informaciones de los españoles y por las quejas de los indios, deshizo lo que los frailes tenían hecho y mandó soltar los presos y que sobre esto se agravió al provincial quien determinó ir a España quejándose primero en México y que así vino a Madrid donde los del Consejo de las Indias le afearon mucho que hubiese usur-

pado el oficio de obispo y de inquisidor, para descargo de lo cual alegaba la facultad que su orden tenía para en aquellas artes, concedida por el Papa Adriano a instancias del emperador, y el auxilio que la Audiencia Real de las Indias le mandó dar conforme a como se daba a los obispos; y que los del Consejo se enojaron más por estas disculpas y acordaron remitirle con sus papeles y los que el obispo había enviado contra los frailes, a fray Pedro Bobadilla, provincial de Castilla, a quien el rey escribió mandándole que los viese e hiciese justicia. Y que este fray Pedro, por estar enfermo, sometió el examen de los procesos a fray Pedro de Guzmán, de su orden, hombre docto y experimentado en cosas de inquisición, y se presentaron los pareceres de siete personas doctas del reino de Toledo, que fueron fray Francisco de Medina, fray Francisco Dorantes, de la orden de San Francisco; el maestro fray Alonso de la Cruz, fraile de San Agustín que había estado 30 años en las Indias, y el licenciado Tomás López que fue oidor en Guatemala en el nuevo reino y fue juez en Yucatán; y don Hurtado, catedrático de cánones; y don Méndez, catedrático de sagrada escritura; y don Martínez, catedrático de Scoto en Alcalá, los cuales dijeron que el provincial hizo justamente el auto y las otras cosas en castigo de los indios, lo cual, visto por fray Francisco de Guzmán, escribió largamente sobre ello al provincial fray Pedro de Bobadilla.

Que los indios de Yucatán merecen que el rey los favorezca por muchas cosas y por la voluntad que mostraron a su servicio. Estando necesitado en Flandes, envió la princesa doña Juana, su hermana, que entonces era gobernadora del reino, una cédula pidiendo ayuda a los de las Indias; célula que llevó a Yucatán un oidor de Guatemala y para esto juntó a los señores y ordenó que un fraile les predicase lo que debían a su majestad y lo que entonces les pedía. Concluida la platica se levantaron dos indios en pie y respondieron que bien sabían lo que eran obligados a Dios por haberles dado tan noble y cristianísimo rey y que les pesaba no vivir en parte donde le pudieran servir con sus personas y por tanto que viese lo que de su pobreza quería, que le servirían con ello y que si no bastase, venderían a sus hijos y mujeres.

CAPÍTULO V

Vida y creencias de los mayas

Que la manera (que los indios tenían de) hacer sus casas era cubrirlas de paja, que tienen muy buena y mucha, o con hojas de palma, que es propia para esto; y que tenían muy grandes corrientes para que no se lluevan, y que después echan una pared de por medio y a lo largo, que divide toda la casa y en esta pared dejan algunas puertas para la mitad que llaman las espaldas de la casa, donde tienen sus camas y la otra mitad blanquean de muy gentil encalado y los señores las tienen pintadas de muchas galanterías; y esta mitad es el recibimiento y aposento de los huéspedes y no tiene puerta sino toda es abierta conforme al largo de la casa y baja mucho la corriente delantera por temor de los soles y aguas, y dicen que también para enseñorearse de los enemigos de la parte de dentro en tiempo de necesidad. El pueblo menudo hacía a su costa las casas de los señores; y que con no tener puertas tenían por grave delito hacer mal a casas ajenas. Tenían una portecilla atrás para el servicio necesario y unas camas de varillas y encima una serilla donde duermen cubiertos por sus mantas de algodón; en verano duermen comúnmente en los encalados con una de aquellas serillas especialmente los hombres. Allende de la casa hacía todo el pueblo a los señores sus sementeras, y se las beneficiaban y cogían en cantidad que les bastaba a él y a su casa; y cuando había caza o pesca, o era tiempo de traer sal, siempre daban parte al señor porque estas cosas siempre las hacían en comunidad[11]. Si moría el señor, aun-

[11] Una parte importante del tributo a que estaban obligados los plebeyos era en trabajo. Las gentes del común llevaban a cabo la construcción de los centros ceremoniales, hacían la labor agrícola en las parcelas que las comunidades locales concedían a los señores para su sustento, dedicaban cierto tiempo a las plantaciones comerciales que controlaba el Estado, participaban en las obras públicas de interés económico colectivo, llevaban las cargas en las expediciones de los mercaderes, y realizaban cualquier otro servicio que les fuera encomendado por las autoridades. Si a esto añadimos las posibles levas esporádicas para engrosar los ejércitos, la asistencia a los ritos y el cuidado constante de sus propios campos de cultivo, llegaremos a la conclusión de que los mayas humildes no contaban el ocio entre sus vicios.

que le sucediese el hijo mayor, eran siempre los demás hijos muy acatados y ayudados y tenidos por señores.

A los demás principales inferiores del señor ayudaban en todas estas cosas conforme a quienes eran, o al favor que el señor les daba. Los sacerdotes vivían de sus oficios y ofrendas.

Los señores regían el pueblo concertando los litigios, ordenando y concertando las cosas de sus repúblicas, todo lo cual hacían por manos de los más principales, que eran muy obedecidos y estimados, especialmente de gente rica, a quienes visitaban; tenían palacio en sus casas donde concertaban las cosas y negocios, principalmente de noche; y si los señores salían del pueblo llevaban mucha compañía, lo mismo que cuando salían de sus casas.

Que los indios de Yucatán son gente bien dispuesta, altos, recios y de muchas fuerzas y comúnmente todos estevados porque en su niñez, cuando las madres los llevan de una parte a otra van a horcajadas en los cuadriles. Tenían por gala ser bizcos, lo cual hacían por arte las madres colgándoles del pelo desde niños, un pegotillo que les llegaba al medio de las cejas; y como les andaba allí jugando, ellos alzaban siempre los ojos y venían a quedar bizcos. Y que tenían las cabezas y frentes llanas, hecho también por sus madres, por industria, desde niños, que traían las orejas horadadas para zarcillos y muy harpadas de los sacrificios. No criaban barbas y decían que les quemaban los rostros sus madres con paños calientes siendo niños, para que no les naciesen. Y que ahora crían barbas aunque muy ásperas como cerdas de rocines.

Que criaban cabello como las mujeres: por lo alto quemaban como una buena corona y así crecía mucho lo de debajo y lo de la corona quedaba corto y que lo trenzaban y hacían una guirnalda de ello en torno de la cabeza dejando la colilla atrás como borlas.

Que todos los hombres usaban espejos y no las mujeres; y que para llamarse cornudos decían que su mujer les había puesto el espejo en el cabello sobrante del colodrillo.

Que se bañaban mucho, no curando de cubrirse de las mujeres sino cuanto podía cubrir la mano.

Que eran amigos de buenos olores y que por eso usan ramilletes de flores y yerbas olorosas, muy curiosos y labrados.

Que usaban pintarse de colorado el rostro y el cuerpo y les parecía muy mal, pero teníanlo por gran gala.

Que su vestido era un listón de una mano de ancho que les servía de bragas y calzas y que se daban con él algunas vueltas por la cintura de manera que uno de los cabos colgaba adelante y el otro detrás, y que estos cabos los hacían sus mujeres con curiosidad y labores de pluma, y que traían mantas largas y cuadradas y las ataban en los hombros; y que traían sandalias de cáñamo o cuero de venado por curtir, seco, y no usaban otro vestido.

Que el mantenimiento principal es el maíz, del cual hacen diversos manjares y bebidas, y aun bebido como lo beben, les sirve de comida y bebida, y que las indias echan el maíz a remojar en cal y agua una noche antes, y que a la mañana está blando y medio cocido y de esta manera se le quita el hollejo y pezón; y que lo muelen en piedras y que de lo medio molido dan a los trabajadores, caminantes y navegantes grandes pelotas y cargas y que dura algunos meses con sólo acedarse; y que de aquello toman una pella y deslíenla en un vaso de la cáscara de una fruta que cría un árbol con el cual les proveyó Dios de vasos; y que se beben aquella sustancia y se comen lo demás y que es sabroso y de gran mantenimiento; y que de lo más molido sacan leche y la cuajan al fuego y hacen como poleadas para las mañanas y que lo beben caliente; y que en lo que sobra de las mañanas echan agua para beber en el día porque no acostumbran beber agua sola. Que también tuestan el maíz, lo muelen y deslíen en agua, que es muy fresca bebida, echándole un poco de pimienta de Indias o cacao.

Que hacen del maíz y cacao molido una manera de espuma muy sabrosa con que celebran sus fiestas y que sacan del cacao una grasa que parece mantequilla y que de esto y del maíz hacen otra bebida sabrosa y estimada; y que hacen otra bebida de la substancia del maíz molido así crudo, que es muy fresca y sabrosa.

Que hacen pan de muchas maneras, bueno y sano, salvo que es malo de comer cuando está frío; y así pasan las indias trabajo en hacerlo dos veces al día. Que no se ha podido acertar a hacer harina que se amase como la del trigo, y que si alguna vez se hace como pan de trigo no vale nada.

Que hacen guisados de legumbres y carne de venados y aves monteses y domésticas, que hay muchas, y de pescados, que hay muchos, y que así tienen buenos mantenimientos, principalmente después de que crían puercos y aves de Castilla.

Que por la mañana toman la bebida caliente con pimienta, como está dicho, y entre día, las otras frías, y a la noche los guisados; y que si no hay carne, hacen sus salsas de la pimienta y legumbres. No acostumbraban comer los hombres con las mujeres; ellos comían por sí en el suelo o cuando mucho sobre una serilla por mesa, y comen bien cuando tienen, y cuando no, sufren muy bien el hambre y pasan con muy poco. Se lavan las manos y la boca después de comer[12].

Labrábanse los cuerpos, y cuanto más, tanto más valientes y bravos se tenían, porque el labrarse era gran tormento, que era de esta manera: los oficiales de ello labraban la parte que que-

---

[12] Los investigadores han discutido durante años cuál era la base de la subsistencia indígena en tiempos prehispánicos. Algunos pensaban que el maíz, cultivado mediante el sistema de tala y quema, no podía cubrir las necesidades alimenticias de la población, ni las milpas o sementeras rendir lo suficiente como para obtener el sobrante destinado, a los grupos sociales que no labraban la tierra. Fueron propuestas algunas hipótesis que convertían a otras plantas en el centro de la dicta, por ejemplo, los tubérculos, de laboreo más simple y producción casi continua, o el ramón, que soporta el almacenamiento durante un lapso más prolongado. Hoy todas estas sugerencias están desechadas, aunque nadie niega que se aprovechaban tales vegetales de forma complementaria, según afirma el propio Diego de Landa en las páginas siguientes de su obra. El maíz era sin duda el cultivo fundamental, aunque los mayas aprendieron ya desde el período Formativo a diversificar su sustento agrícola con frijoles, calabazas, chile, raíces, y otras plantas de huerta, frutales, etc. Desconocemos la proporción de las que se recogían silvestres, pero en un medio de bosque tropical no debieron ser pocas. Todo ello, más los resultados de la caza, la pesca y la recolección de moluscos, constituía una manutención abundante y variada capaz de llenar las exigencias de la civilización precolombina. Por desgracia, los arqueólogos no han podido descubrir todavía los silos o trojes que Landa menciona, y cuya existencia era absolutamente imprescindible para una sociedad tan compleja; su estudio hubiera sido muy útil en orden a establecer con mayor rigor el equipo de plantas cultivadas, dado que en el húmedo clima de Mayab es difícil llevar a cabo análisis de polen antiguo.

rían con tinta y después sajábanle delicadamente las pinturas y así, con la sangre y tinta, quedaban en el cuerpo las señales; y que se labraban poco a poco por el grande tormento que era, y también después se (ponían) malos porque se les enconaban las labores, y hacíase materia, y que con todo eso se mofaban de los que no se labraban. Y que se precian mucho de ser requebrados y tener gracias y habilidades naturales, y que ya comen y beben como nosotros.

Que los indios eran muy disolutos en beber y emborracharse, de lo cual les seguían muchos males como matarse unos a otros, violar las camas pensando las pobres mujeres recibir a sus maridos, también con padres y madres como en casa de sus enemigos, y pegar fuego a sus casas, y que con todo eso se perdían por emborracharse. Y cuando la borrachera era general y de sacrificios, contribuían todos para ello, porque cuando era particular hacía el gasto el que la hacía con ayuda de sus parientes. Y que hacen el vino de miel y agua y cierta raíz de un árbol que para esto criaban, con lo cual se hacía el vino fuerte y muy hediondo; y que con bailes y regocijos comían sentados de dos en dos o de cuatro en cuatro, y que después de comido, los escanciadores, que no se solían emborrachar, sacaban unos grandes artesones de beber hasta que se hacía un zipizape; y las mujeres tenían mucha cuenta de volver borrachos a casa sus maridos.

Que muchas veces gastan en un banquete lo que en muchos días, mercadeando y trompeando, ganaban; y que tienen dos maneras de hacer estas fiestas. La primera, que es de los señores y gente principal, obliga a cada uno de los convidados a que hagan otro tal convite y que den a cada uno de los convidados una ave asada, pan y bebida de cacao en abundancia y al fin del convite suelen dar a cada uno una manta para cubrirse y un banquillo y el vaso más galano que pueden, y si muere alguno de ellos es obligada la casa o sus parientes a pagar el convite. La otra manera es entre parentelas, cuando casan a sus hijos o hacen memoria de las cosas de sus antepasados; y ésta no obliga a restitución, salvo que si cuando han convidado a un indio a una fiesta así, él convida a todos cuando hace fiesta o casa a sus hijos. Y

sienten mucho la amistad y la conservan (aunque estén) lejos unos de otros, con estos convites; y que en estas fiestas les daban de beber mujeres hermosas las cuales, después de dado el vaso, volvían las espaldas al que lo tomaba hasta vaciado el vaso.

Que los indios tienen recreaciones muy donosas y principalmente farsantes que representan con mucho donaire; tanto, que éstos alquilan los españoles para que vean los chistes de los españoles que pasan con sus mozas, maridos o ellos propios, sobre el buen o mal servir, y lo representan después con tanto artificio como curiosidad. Tienen atabales pequeños que tañen con la mano, y otro atabal de palo hueco, de sonido pesado y triste, que tañen con un palo larguillo con leche de un árbol puesta al cabo; y tienen trompetas largas y delgadas, de palos huecos, y al cabo unas largas y tuertas calabazas; y tienen otro instrumento de la tortuga entera con sus conchas, y sacada la carne táñenlo con la palma de la mano y es su sonido lúgubre y triste.

Tienen silbatos de los huesos de cañas de venado y caracoles grandes, y flautas de cañas, y con estos instrumentos hacen són a los bailantes. Tienen especialmente dos bailes muy de hombre y de ver. El uno es un juego de cañas, y así le llaman ellos *colomché*, que lo quiere decir. Para jugarlo se junta una gran rueda de bailadores con su música que les hace son, y por su compás salen dos de la rueda: el uno con un manojo de bohordos y baila enhiesto con ellos; el otro baila en cuclillas, ambos con compás de la rueda, y el de los bohordos, con toda su fuerza, los tira al otro, el cual, con gran destreza, con un palo pequeño arrebátalos. Acabado de tirar vuelven con su compás a la rueda y salen otros a hacer lo mismo. Otro baile hay en que bailan ochocientos y más y menos indios, con banderas pequeñas, con son y paso largo de guerra, entre los cuales no hay uno que salga de compás; y en sus bailes son pesados porque todo el día entero no cesan de bailar y allí les llevan de comer y beber. Los hombres no solían bailar con las mujeres.

Que los oficios de los indios eran olleros y carpinteros, los cuales, por hacer los ídolos de barro y madera, con muchos ayunos y observancias, ganaban mucho. Habla también cirujanos o, por

mejor decir, hechiceros, los cuales curaban con yerbas y muchas supersticiones; y así de todos los demás oficios. El oficio a que más inclinados estaban es el de mercaderes llevando sal, y ropa y esclavos a tierra de Ulúa y Tabasco, trocándolo todo por cacao y cuentas de piedra que eran su moneda, y con ésta solían comprar esclavos u otras cuentas con razón que eran finas y buenas, las cuales traían sobre sí los señores como joyas en las fiestas; y tenían por moneda y joyas de sus personas otras hechas de ciertas conchas coloradas, y las traían en sus bolsas de red que tenían, y en los mercados trataban todas cuantas cosas había en esa tierra[13]. Fiaban, prestaban y pagaban cortésmente y sin usura, y sobre todos eran los labradores y los que se ponen a coger el maíz y las demás semillas, las cuales guardan en muy lindos silos y trojes para vender a su tiempo. Sus mulas y bueyes son la gente. Suelen, de costumbre, sembrar para cada casado con su mujer medida de 400 pies lo cual llaman *hum uinic*, medida con vara de 20 pies, 20 en ancho y 20 en largo.

Que los indios tienen la buena costumbre de ayudarse unos a otros en todos sus trabajos. En tiempo de sus sementeras, los que no tienen gente suya para hacerlas, júntanse de 20 en 20 o más o menos, y hacen todos juntos por su medida y tasa la labor de todos y no la dejan hasta cumplir con todos. Las tierras, por ahora, son de común y así el que primero las ocupa las posee. Siembran en muchas partes, por si una faltare supla la otra. En labrar la tierra no hacen sino coger la basura y quemarla para después sembrar, y desde mediados de enero hasta abril labran y entonces con las lluvias siembran, lo que hacen trayendo un taleguillo a cuestas, y con un palo puntiagudo hacen un agujero en la tierra y ponen allí cinco o seis granos que cubren con el mismo palo.

---

[13] Los mayas clásicos no tenían grandes plazas de mercado a la manera de los aztecas y otros pueblos de México. Dado el estricto control de la economía por parte de las instituciones políticas, la homogeneidad de los recursos explotados en toda la extensión de las tierras bajas, y que el intercambio de bienes suntuarios corría a cargo de los miembros de la nobleza, el mercado quedaba sin duda reducido a modestos trueques entre aldeas vecinas. Sin embargo, durante el Postclásico cambió esta situación debido a la influencia cultural de los grupos invasores del altiplano y a la crisis del antiguo orden político.

Y en lloviendo, espanto es cómo nace[14]. Júntanse también para la caza de cincuenta en cincuenta más o menos, y asan en parrillas la carne del venado para que no se les gaste y venidos al pueblo hacen sus presentes al señor y distribuyen (el resto) como amigos y lo mismo hacen con la pesca.

Que los indios, en sus visitas, siempre llevan consigo don que dar según su calidad; y el visitado, con otro don, satisface al otro, y los terceros de estas visitas hablan y escuchan curiosamente conforme a la persona con quien hablan, no obstante que todos se llaman de tú porque en el progreso de sus pláticas, el menor, por curiosidad, suele repetir el nombre del oficio o dignidad del mayor. Y usan mucho ir ayudando a los que les dan los mensajes (con) un sonsonete hecho con la aspiración en la garganta, que es como decir *hasta que* o *así que*. Las mujeres son cortas en sus razonamientos y no acostumbran a negociar por sí, especialmente si son pobres, y por eso los señores se mofaban de los frailes que daban oído a pobres y ricos sin respeto.

Que los agravios que hacían unos a otros mandaba satisfacer el señor del pueblo del dañador; y si no, era ocasión e instrumento de más pasiones. Y si eran de un mismo pueblo lo comunicaban al juez que era árbitro. Y examinado el daño man-

---

[14] La técnica agrícola característica de las selvas tropicales es la de roza —tala y quema—, que tiene varias etapas: seleccionar la parcela en función de la distancia a la vivienda y las ventajas del terreno, cortar el bosque, quemar la vegetación seca, plantar, escardar, y cosechar. Es el procedimiento más adecuado a los suelos delgados y pobres del país, pues las raíces de los grandes árboles sirven de sujeción y las cenizas de abono. Con el palo plantador, haciendo pequeños agujeros poco profundos, se evita la erosión, ya que las aguas torrenciales tienden a arrastrar la tierra aprovechando cualquier hueco o irregularidad. El mayor inconveniente es que las parcelas deben descansar varios años en barbecho luego de dos o tres temporadas de cultivo, dejando así que el bosque se recupere para iniciar de nuevo el proceso. Algunos investigadores afirman que esta agricultura de roza no puede mantener a una densa población, pero, aunque es cierto que las gentes se ven obligadas a vivir dispersas entre la maleza, en modestos núcleos residenciales rodeados de numerosos campos de cultivo en distintas etapas de rotación, se ha demostrado que el rendimiento del sistema es suficiente para dar alimento a los campesinos y a centenares de individuos no productores. La agricultura itinerante impidió seguramente la aparición de urbes con alta concentración habitacional, mas pudo, no obstante, sostener a la civilización maya; además, se han descubierto claros indicios de obras de intensificación: acondicionamiento de zonas pantanosas, construcción de camellones o campos elevados, aterrazamiento de laderas, regadíos, etc., que incrementaban tanto la superficie disponible como el volumen de lo cosechado.

daban la satisfacción; y si no era suficiente para la satisfacción, los amigos y parientes le ayudaban. Las causas de que solían hacer estas satisfacciones eran si mataban a alguno casualmente, o cuando se ahorcaban la mujer o el marido con alguna culpa o haberle dado ocasión para ello, o cuando eran causa de algún incendio de casas o heredades, de colmenas o trojes de maíz. Los otros agravios hechos con malicia los satisfacían siempre con sangre y puñadas.

Que los yucatanenses son muy partidos y hospitalarios porque no entra nadie en su casa a quien no den de la comida o bebida que tienen; de día de sus bebidas y de noche de sus comidas. Y si no tienen, búscanlo por la vecindad; y por los caminos, si se les junta gente, a toda han de dar aunque (a ellos) les quepa, por eso, mucho menos.

Que su contar es de 5 en 5 hasta 20, y de 20 en 20 hasta 100, y de 100 en 100 hasta 400, y de 400 en 400 hasta 8 mil; y de esta cuenta se servían mucho para la contratación del cacao. Tienen otras cuentas muy largas, y que las extienden *ad infinitum* contando 8 mil 20 veces, que son 160 mil, y tornando a duplicar por 20 estas 160 mil, y después de irlo así duplicando por 20 hasta que hacen un incontable número, cuentan en el suelo o cosa llana[15].

Que tienen mucha cuenta con saber el origen de sus linajes, especialmente si vienen de alguna casa de *Mayapán* y eso procuran saberlo de los sacerdotes, que es una de sus ciencias, y jáctanse mucho de los varones señalados que ha habido en sus linajes[16]. Los nombres de los padres duran siempre en los hijos,

---

[15] El sistema aritmético maya era vigesimal. En las inscripciones o documentos prehispánicos la unidad se escribía con un punto y el cinco con una barra; pasando de diecinueve utilizaban el procedimiento de posiciones, de manera que contaban las unidades, las unidades de veinte, las unidades de cuatrocientos, las unidades de ocho mil, etc., bien de derecha a izquierda o de abajo arriba.

[16] La organización de la sociedad maya descansaba en las relaciones de parentesco. Los linajes formaban estratos según la proximidad relativa al antepasado fundador del grupo; así, los reyes o gobernantes supremos eran siempre miembros del linaje principal y descendientes directos de los ancestros deificados. Contaban la descendencia por la línea masculina, con algunas excepciones entre la nobleza, y predominaba la residencia posmarital en la casa

en las hijas no. A sus hijos e hijas los llamaban siempre por el nombre del padre y de la madre, el del padre como propio, y el de la madre como apelativo; de esta manera, el hijo de *Chel* y *Chan* llamaban *Nachanchel,* que quiere decir hijos de fulanos y ésta es la causa (por la cual) dicen los indios que los de un nombre son deudos y se tratan por tales. Y por eso cuando vienen a parte no conocida (y se ven) necesitados acuden luego al nombre, y si hay alguien (que lo lleve), luego con toda caridad se reciben y tratan. Y así ninguna mujer u hombre se casaba con otro del mismo nombre porque era en ellos gran infamia. Llámanse ahora (por) los nombres de pila y los propios.

Que los indios no admitían que las hijas heredaran con los hermanos sino era por vía de piedad o voluntad; y entonces dábanles algo del montón y lo demás lo partían igualmente los hermanos, salvo que al que más notablemente había ayudado a allegar la hacienda, dábanle equivalencia; y si eran todas hijas, heredaban los hermanos (del padre) o (los) más propincuos; y si eran de edad que no se pudiera entregar la hacienda, dábanla a un tutor, deudo más cercano, el cual daba a la madre para criarlos porque no usaban dejar nada en poder de (las) madres, o quitábanles los niños, principalmente siendo los tutores hermanos del difunto. Estos tutores daban lo que así se les entregaba a los herederos cuando eran de edad, y no hacerlo era gran fealdad entre ellos y causa de muchas contiendas. Cuando así lo entregaban era delante de los señores y principales, quitando lo que habían dado para criarlos; y no daban de las cosechas de las heredades sino cuando eran colmenares y algunos árboles de cacao, porque decían que harto era tenerlas en pie. Si cuando el señor se moría no estaban los hijos (en edad) de regir y tenía hermanos, regía el mayor de los hermanos o el más desenvuelto, y mos-

---

de los padres del novio. Los antropólogos han estudiado los patriclanes yucatecos y no existe mucho riesgo en extrapolar sus conclusiones a la época prehispánica; no obstante, la iconografía clásica muestra el papel relevante que desempeñaban las mujeres en la vida política y cortesana, lo cual permite suponer un cierto matrilinealismo restringido —o una regla bilineal— para las dinastías reinantes en algunas ciudades del Petén y en la cuenca del Usumacinta.

traban al heredero sus costumbres y fiestas para cuando fuese hombre; y estos hermanos, aunque el heredero (tuviese ya la edad) para regir, mandaban toda su vida; y si no había hermanos, los sacerdotes y gente principal elegían un hombre suficiente para ello[17].

Que antiguamente se casaban de 20 años y ahora de 12 ó 13 y por eso ahora se repudian más fácilmente, como que se casan sin amor e ignaros de la vida matrimonial y del oficio de casados; y si los padres no podían persuadirlos de que volviesen con ellas, buscábanles otras y otras. Con la misma facilidad dejaban los hombres con hijos a sus mujeres, sin temor de que otro las tomase por mujeres o después volver a ellas; pero con todo eso son muy celosos y no llevan a paciencia que sus mujeres no les están honestas; y ahora en vista de que los españoles, sobre eso, matan a las suyas, empiezan a maltratarlas y aun a matarlas. Si cuando repudiaban (a sus mujeres) los hijos eran niños, dejábanlos a las madres; si grandes, los varones con los padres, y hembras con las madres.

Que aunque era tan común y familiar cosa repudiar, los ancianos y de mejores costumbres lo tenían por malo y muchos había que nunca habían tenido sino una (mujer), la cual ninguno

---

[17] Parece demostrado que el poder de los reyes clásicos era absoluto y despótico, situación que debió mantenerse con ligeras modificaciones por lo menos hasta la caída de Mayapán a mediados del siglo XV. Ésta es la tesis que hemos tratado de probar en el libro *Los mayas, una sociedad oriental* (Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1982), donde el soberano es verdaderamente la clave para comprender el tipo de sociedad antigua. Sin embargo, recientes hipótesis apuntan que la autoridad del supremo gobernante fue compartida por un hermano u otro miembro de su familia, configurándose así una estructura dual con funciones especializadas para cada personaje: un regente encargado de los asuntos internos de la comunidad o Ciudad-Estado, y otro regente con la misión de solventar los problemas que surgían de las relaciones con el exterior. Desde luego este esquema es demasiado simplista ya que los puestos dirigentes de la sociedad maya llevaban asociados cualidades y cometidos que entran de lleno en el terreno de la consideración del poder como expresión del orden y armonía del universo. Los importantes rituales del tiempo, por ejemplo, coincidentes con el completamiento de los ciclos katúnicos, pudieron ser protagonizados por el señor que cuidaba la perfecta inserción de la colectividad de los hombres en el concierto de la totalidad cósmica, y lo mismo puede afirmarse de la guerra o las expediciones comerciales. De llegar a probarse la hipótesis dual, la figura del gobernante exterior fue sin duda prominente y la que mereció mayor atención en el arte maya, pasando su pareja desapercibida para los arqueólogos.

tomaba de su nombre de parte de su padre porque era cosa muy fea entre ellos; y si algunos se casaban con las cuñadas, mujeres de sus hermanos, era tenido por malo. No se casaban con sus madrastras ni cuñadas, hermanas de sus mujeres, ni tías, hermanas de sus madres, y si alguno lo hacía era tenido (por) malo. Con todas las demás parientas de parte de su madre contraían (matrimonio), aunque fuese prima hermana.

Los padres tienen mucho cuidado de buscarles con tiempo a sus hijos, mujeres de su estado y condición, y si podían, en el mismo lugar; y poquedad era entre ellos buscar las mujeres para sí, y los padres casamiento para sus hijas; y para tratarlo buscaban casamenteros que lo acordasen. Concertado y tratado, concertaban las arras y dote, lo cual era muy poco y dábalo el padre del mozo al consuegro, y hacía la suegra, allende del dote, vestidos a la nuera e hijo; y venido el día se juntaban en casa del padre de la novia y allí, aparejada la comida, venían los convidados y el sacerdote, y reunidos los casados y consuegros trataba el sacerdote cuadrarles y si lo habían mirado bien los suegros y si les estaba bien; y así le daban su mujer al mozo esa noche si era para ello y luego se hacía la comida y convite y de ahí en adelante quedaba el yerno en casa del suegro, trabajando cinco o seis años para el mismo suegro, y si no lo hacía echábanle de la casa[18]. Las madres trabajaban para que la mujer diese siempre de comer al marido en señal de casamiento. Los viudos y viudas se concertaban sin fiesta ni solemnidad y con sólo ir ellos a casa de ellas y admitirlos y darles de comer se hacía el casamiento; de lo cual nacía que (las mujeres) se dejaban con tanta facilidad como se

---

[18] En un sistema de residencia preferentemente patrilocal —donde los recién casados van a vivir en la casa de los padres del novio— esta práctica significa la manera de resarcir a los suegros por la pérdida de un componente trabajador de la familia. Todavía se conoce en la península de Yucatán bajo el nombre de *haancab*, con una duración que oscila entre seis meses y varios años. Durante el período fijado, el yerno trabaja para los suegros, constituyendo todos una sola unidad de producción, mas la pareja puede decidir permanecer en la casa posteriormente —sin mudarse a la vivienda de los padres del novio, como dispone la regla general— en cuyo caso se divide el producto de los campos de labor. Hoy en día, muchas parejas prefieren, cumplido el *haancab*, ocupar un nuevo hogar construido a propósito (residencia neolocal).

tomaban. Nunca los yucatanenses tomaron más de una como se ha hallado en otras partes tener muchas juntas, y los padres, algunas veces, contraen matrimonio por sus hijos niños hasta que sean venidos en edad, y se tratan como suegros.

No se halla el bautismo en ninguna parte de las Indias sino en ésta de Yucatán y aun con vocablo que quiere decir *nacer de nuevo u otra vez,* que es lo mismo que en la lengua latina renacer, porque en la lengua de Yucatán *zihil* quiere decir *nacer de nuevo u otra vez,* y no se usa sino en composición de verbo: y así *caputzihil* quiere decir *nacer de nuevo.*

No hemos podido saber su origen sino que es cosa que han usado siempre y a la que tenían tanta devoción que nadie la dejaba de recibir, y tanta reverencia que los que tenían pecados, si eran para saberlos cometer, habían de manifestarlos, especialmente a los sacerdotes para recibirlo, y tanta fe en él que no lo iteraban en ninguna manera. Lo que pensaban (que) recibían en el (bautismo) era una previa disposición para ser buenos en sus costumbres y no ser dañados por los demonios en las cosas temporales, y venir, mediante él y su buena vida, a conseguir la gloria que ellos esperaban, en la cual, según en la de Mahoma, habían de usar de manjares y bebidas. Tenían, pues, esta costumbre para venir a hacer los bautismos, que criaban las indias a los niños hasta la edad de tres años, y a los varoncillos usaban siempre ponerles pegada a la cabeza, en los cabellos de la coronilla, una contezuela blanca, y a las muchachas traían ceñidas abajo de los riñones con un cordel delgado y en él una conchuela asida, que les venía a dar encima de la parte honesta, y de estas dos cosas era entre ellos pecado y cosa muy fea quitarla de las muchachas antes del bautismo, el cual les daban siempre desde la edad de tres años hasta la de doce, y nunca se casaban antes del bautismo. Cuando había alguno que quisiese bautizar a su hijo, iba al sacerdote y dábale parte de su intento; el sacerdote publicaba por el pueblo el bautismo y el día en que lo hacía ellos miraban siempre que no fuese aciago. Hecho esto, el que hacía la fiesta, que era el que movía la plática, elegía a su gusto un principal del pueblo para que le ayudase en su negocio y las cosas de

él. Después tenían por costumbre elegir a otros cuatro hombres ancianos y honrados que ayudasen al sacerdote en las ceremonias el día de la fiesta, y a éstos los elegían juntamente a su gusto con el sacerdote, y en estas elecciones entendían siempre los padres de todos los niños que había que bautizar pues de todos era también la fiesta, y a éstos que escogían llamábanles *chaces*. Tres días antes de la fiesta ayunaban los padres de los muchachos y los oficiales, absteniéndose de las mujeres.

El día (del bautismo) juntábanse todos en casa del que hacía la fiesta y llevaban a todos los niños que habían de bautizar a los cuales ponían en orden, de un lado los muchachos y del otro las muchachas, en el patio o plaza de la casa que limpio y sembrado de hojas frescas tenían. A las niñas poníanles como madrina a una mujer anciana y a los niños un hombre que los tuviese a su cargo.

Hecho esto trataba el sacerdote de la purificación de la posada echando al demonio de ella. Para echarlo ponían cuatro banquillos en las cuatro esquinas del patio en los cuales se sentaban los cuatro *chaces* con un cordel largo del uno al otro, de manera que quedaban los niños acorralados en medio o dentro del cordel; después, pasando sobre el cordel, habían de entrar al circuito todos los padres de los niños, que habían ayunado. Después, o antes, ponían en medio otro banquillo donde el sacerdote se sentaba con un brasero, un poco de maíz molido y un poco de su incienso. Allí venían los niños y las niñas, por orden, y echábales el sacerdote un poco de maíz molido y del incienso en la mano, y ellos (lo echaban) en el brasero, y así hacían todos; y acabados estos sahumerios tomaban el brasero, en que los hacían y el cordel con que los *chaces* los tenían cercados y echaban en un vaso un poco de vino y dábanlo todo a un indio que lo llevase fuera del pueblo, avisándole no bebiese ni mirase atrás a la vuelta, y con esto decían que el demonio quedaba echado.

Ido el indio, barrían el patio y lo limpiaban de las hojas de árbol que tenía, (árbol) que se dice *cihom* y echaban otras de otro que llaman *copó* y ponían unas seras en tanto que el sacerdote se vestía. Vestido, salía con un saco de pluma colorado y labra-

do de otras plumas de colores y otras plumas largas colgando de los extremos (del saco) y una como coroza, de las mismas plumas, en la cabeza, y debajo del saco muchos listones de algodón (que llegaban) hasta el suelo, como colas, y con un hisopo en la mano, hecho de un palo corto muy labrado y por barbas o pelos del hisopo ciertas colas de unas culebras (que son) como cascabeles, y con no más ni menos gravedad que tendría un papa para coronar a un emperador, que era cosa notable la serenidad que les causaban los aparejos. Los *chaces* iban luego a los niños y ponían a todos, en las cabezas, sendos paños blancos que sus madres traían para ello. Preguntaban a los que eran grandecillos si habían hecho algún pecado o tocamiento feo, y si lo habían hecho confesábanlo y los separaban de los otros.

Hecho esto mandaba el sacerdote callar y sentar la gente y comenzaba él a bendecir con muchas oraciones a los muchachos y a santiguarlos con su hisopo y (todo ello) con mucha serenidad. Acabada su bendición se sentaba y levantábase el principal que los padres de los muchachos habían elegido para esta fiesta y con un hueso que el sacerdote le daba iba a los muchachos amagaba a cada uno nueve veces en la frente; después mojábale en un vaso de una agua que llevaba en la mano y untábales la frente y las facciones del rostro, y entre los dedos de los pies, y de las manos, a todos sin hablar palabra. Esta agua la hacían de ciertas flores y de cacao mojado y desleído con agua virgen, que ellos decían traída de los cóncavos de los árboles o de las piedras de los montes.

Acabada esta untura se levantaba el sacerdote y les quitaba los paños blancos de la cabeza y otros que tenían colgados a las espaldas en que cada uno traía atadas unas pocas plumas de unos pájaros muy hermosos y algunos cacaos todo lo cual recogía uno de los *chaces,* y luego el sacerdote cortaba a los niños, con una navaja de piedra, la cuenta que habían traído pegada en la cabeza; tras esto iban los demás ayudantes del sacerdote con un manojo de flores y un humazo que los indios usan chupar y amagaban con cada uno de ellos nueve veces a cada muchacho y después dábanles a oler las flores y a chupar el huma-

zo. Luego recogían los presentes que las madres traían y daban de ellos a cada muchacho un poco para comer allí, que de comida eran los presentes, y tomaban un buen vaso de vino y puesto en medio ofrecíanlo a los dioses, y con devotas plegarias les rogaban recibiesen aquel don pequeño de aquellos muchachos y llamando a otro oficial que les ayudaba, que llamaban *cayom*, dábanle (el vino) a que lo bebiese, lo que hacía sin descansar, que dicen que era pecado.

Hecho esto se despedían primero las muchachas a las cuales iban sus madres a quitarles el hilo con que habían andado atadas por los riñones hasta entonces, y la conchuela que traían en la puridad lo cual era como una licencia de poderse casar cuando quiera que los padres quisiesen. Después despedían a los muchachos, e idos, venían los padres al montón de las mantillas que habían traído y repartíanlas, por su mano, a los circunstantes y oficiales. Acababa después la fiesta con comer y beber largo. Llamaban a esta fiesta *imku*, que quiere decir *bajada de Dios*. El que principalmente habíala hecho moviéndola y haciendo el gasto, después de los tres días en que por ayuno se había abstenido, se había de abstener nueve más y lo hacían invariablemente[19].

Que los yucatanenses naturalmente conocían que hacían mal, y porque creían que por el mal y pecado les venían muertes, en-

---

[19] La ceremonia que describe aquí meticulosamente Diego de Landa entra de lleno en la categoría de los ritos de pubertad. Su importancia es notable, pues señala el momento en que los individuos se incorporan a la comunidad con plenitud de responsabilidades. A partir de entonces los muchachos pueden contraer matrimonio, estado ideal y natural en la sociedad maya y para cualquier grupo en donde se respete una estricta división sexual del trabajo. El rico simbolismo del rito comienza con el mismo nombre, que indica la muerte del niño y el nacimiento del adulto. Sin duda el fraile español lo denomina bautismo porque el oficiante indígena humedece el rostro y las extremidades del neófito con agua virgen —equivalente del agua bendita de los cristianos— traída de recónditos parajes. El líquido, mezclado con cacao y flores *Plumeria*, representa, al igual que el humo de los cigarros, la fertilidad, la capacidad de procreación que deben poseer los integrantes de la comunidad. Otras referencias a la genealogía y la descendencia se encuentran en el hisopo de colas de serpiente de cascabel y en el hueso, objetos ambos que significan renacimiento, mutación, madurez, tránsito, lazos con los ancestros y esperanza en la pervivencia de la colectividad. Termina la celebración cuando los sacerdotes y sus ayudantes quitan a las criaturas los signos visibles de inocencia, con el ofrecimiento de regalos y el solemne banquete que subrayan los vínculos solidarios entre los asistentes.

fermedades y tormentos, tenían por costumbre confesarse cuando ya estaban en ellos. De esta manera, cuando por enfermedad u otra cosa estaban en peligro de muerte, confesaban sus pecados y si se descuidaban traíanselos sus parientes más cercanos o amigos a la memoria, y así decían públicamente sus pecados, al sacerdote si estaba allí, y si no, a los padres y madres, las mujeres a los maridos y los maridos a las mujeres.

Los pecados de que comúnmente se acusaban eran el hurto, homicidio, de la carne y falso testimonio y con esto se creían salvos; y muchas veces, si escapaban (a la muerte), había revueltas entre marido y mujer por las desgracias que les habían sucedido y con los que las habían causado.

Ellos confesaban sus flaquezas salvo las que con sus esclavas, los que las tenían, habían cometido, porque decían que era lícito usar de sus cosas como querían. Los pecados de intención no confesaban aunque teníanlos por malos y en sus consejos y predicaciones aconsejaban evitarlos. Que las abstinencias que comúnmente hacían eran de sal en los guisados, y pimienta, lo cual les era grave; absteníanse de sus mujeres para la celebración de todas sus fiestas.

No se casaban hasta un año después de viudos por no conocer hombre o mujer en aquel tiempo; y a los que esto no guardaban tenían por poco templados y (creían) que por eso les vendría algún mal.

En algunos ayunos de sus fiestas no comían carne ni conocían sus mujeres; recibían los oficios de las fiestas siempre con ayunos y lo mismo los oficios de la república; y algunos (ayunos) eran tan largos que duraban tres años y era gran pecado quebrantarlos.

Que eran tan dados a sus idolátricas oraciones, que en tiempo de necesidad hasta las mujeres, muchachos y mozas entendían en esto de quemar incienso y suplicar a Dios les librase del mal y reprimiese al demonio que ello les causaba.

Y que aun los caminantes llevaban en sus caminos incienso y un platillo en que quemarlo, y así, por la noche, do quiera que llegaban, erigían tres piedras pequeñas y ponían en ellas sendos pocos del incienso y poníanles delante otras tres piedras llanas

en las cuales echaban el incienso, rogando al dios que llamaban *Ekchuah* los volviese con bien a sus casas; y esto lo hacían cada noche hasta ser vueltos a sus casas donde no faltaba quien por ellos hiciese otro tanto y aun más.

Que tenían gran muchedumbre de ídolos y templos suntuosos a su manera, y aun sin los templos comunes tenían los señores sacerdotes y gente principal oratorios e ídolos en casa para sus oraciones y ofrendas particulares. Y que tenían a *Cuzmil* y el pozo de *Chichenizá* en tanta veneración como nosotros las romerías a Jerusalén y Roma y así los iban a visitar y ofrecer dones, principalmente a *Cuzmil*, como nosotros a los lugares santos, y cuando no iban, enviaban siempre sus ofrendas. Y los que iban tenían también la costumbre de entrar en los templos de relictos cuando pasaban por ellos a orar y quemar copal[20].

Tantos ídolos tenían que aún no les bastaban los de sus dioses, pero no había animal ni sabandija a los que no les hiciesen estatuas, y todas las hacían a la semejanza de sus dioses y diosas. Tenían algunos pocos ídolos de piedra y otros de madera y de bultos pequeños, pero no tantos como de barro. Los ídolos de madera eran tenidos en tanto, que se heredaban como lo principal de la herencia. Ídolos de metal no tenían porque no hay metal ahí. Bien sabían ellos que los ídolos eran obras suyas y muertas y sin deidad, mas los tenían en reverencia por lo que representaban y porque los habían hecho con muchas ceremonias, especialmente los de palo.

---

20 En la isla de Cuzmil o Cozumel se encontraba el santuario y oráculo de la diosa de la luna, de la tierra y de los depósitos naturales de agua (ríos, lagos, cenotes, e incluso el mar). Ix Chel, su nombre, significa *Arco Iris*, y parece algo alejado de las funciones principales de la divinidad, pues su gobierno sobre las relaciones sexuales, y especialmente sobre la procreación y los partos, hubiera debido sugerir mejor el uso del vocablo *u* o *uh*, que quiere decir luna. Muchos peregrinos que viajaban hasta la costa del Caribe buscaban sin duda amor o descendencia, pero otros solicitaban la curación de sus enfermedades, actividad también patrocinada por Ix Chel. La existencia de lugares santos a donde acudían masas de fieles desde remotos poblados no es un rasgo exclusivo del Mayab; en el resto de Mesoamérica hubo otros de gran fama, como Teotihuacan o Cholula, pero la documentación histórica y arqueológica que poseemos del cenote de Chichén Itzá y del santuario de Cozumel para el período Posclásico es realmente incomparable, lo cual permite adecuadas reconstrucciones de esta faceta de la religiosidad prehispánica.

Los más idólatras eran los sacerdotes, *chilanes,* hechiceros y médicos, *chaces y nacones.* El oficio de los sacerdotes era tratar y enseñar sus ciencias y declarar las necesidades y sus remedios, predicar y echar las fiestas, hacer sacrificios y administrar sus sacramentos. El oficio de los *chilanes* era dar al pueblo las respuestas de los demonios y eran tenidos en tanto que acontecía llevarlos en hombros. Los hechiceros y médicos curaban con sangrías hechas en la parte donde dolía al enfermo y echaban suertes para adivinar en sus oficios y otras cosas. Los *chaces* eran cuatro hombres ancianos elegidos siempre de nuevo para ayudar al sacerdote a hacer bien y cumplidamente las fiestas. *Nacones* eran dos oficios: el uno perpetuo y poco honroso porque era el que abría los pechos a las personas que sacrificaban; el otro era una elección hecha de un capitán para la guerra y otras fiestas, que duraba tres años. Éste era de mucha honra.

Que hacían sacrificios con su propia sangre cortándose unas veces las orejas a la redonda, por pedazos, y así las dejaban por señal. Otras veces se agujereaban las mejillas, otras los bezos bajos; otras se sajaban partes de sus cuerpos; otras se agujereaban las lenguas, al soslayo, por los lados, y pasaban por los agujeros unas pajas con grandísimo dolor; otras, se harpaban lo superfluo del miembro vergonzoso dejándolo como las orejas, con lo cual se engañó el historiador general de las Indias cuando dijo que se circuncidaban.

Otras veces hacían un sucio y penoso sacrificio, juntándose en el temple, los que lo hacían y puestos en regla se hacían sendos agujeros en los miembros viriles, al soslayo, por el lado, y hechos pasaban toda la mayor cantidad de hilo que podían, quedando así todos asidos y ensartados; también untaban con la sangre de todas estas partes al demonio, y el que más hacia era tenido por más valiente y sus hijos, desde pequeños, comenzaban a ocuparse en ello y es cosa espantable cuán aficionados eran a ello[21].

---

[21] La costumbre del autosacrificio estaba extendida por toda Mesoamérica en la época prehispánica. Multitud de documentos arqueológicos dan testimonio de la antigüedad y trascendencia del rito, por ejemplo, algunos dinteles labrados de Yaxchilán, cerámicas pintadas

Las mujeres no usaban de estos derramamientos aunque eran harto santeras, mas siempre le embadurnaban el rostro al demonio con la sangre de las aves del cielo y animales de la tierra o pescados del agua y cosas que haber podían. Y ofrecían otras cosas que tenían. A algunos animales les sacaban el corazón y lo ofrecían; a otros, enteros, unos vivos, otros muertos, unos crudos, otros guisados, y hacían también grandes ofrendas de pan y vino y de todas las maneras de comidas y bebidas que usaban.

Para hacer estos sacrificios, había en los patios de los templos unos altos maderos labrados y enhiestos, y cerca de la escalera del templo tenían una peana redonda y ancha, y en medio una piedra de cuatro o cinco palmos de alto, enhiesta, algo delgada; arriba de las escaleras del templo había otra tal peana.

Que si en las fiestas, en las cuales para solemnizarlas se sacrificaban personas, también por alguna tribulación o necesidad les mandaba el sacerdote o *chilanes* sacrificar personas, y para esto contribuían todos para que se comprasen esclavos o por devoción daban sus hijitos, los cuales eran muy regalados hasta el día y fiesta de sus personas, y muy guardados (para) que no se huyesen o ensuciasen de algún pecado carnal, y mientras les llevaban de pueblo en pueblo con bailes, los sacerdotes ayunaban con los *chilanes* y oficiales.

Y llegado el día juntábanse en el patio del templo y si había (el esclavo) de ser sacrificado a saetazos, desnudábanle en cueros y untábanle el cuerpo de azul (poniéndole) una coroza en la cabeza, y después de echado el demonio, hacía la gente un solemne baile con él, todos con flechas y arcos alrededor del palo, y bailando subíanle en él y atábanle siempre bailando y mirándole todos. Subía el sucio del sacerdote vestido y con una flecha le hería en la parte verenda, fuese mujer u hombre, y sacaba san-

---

como el vaso de Huehuetenango, y varias páginas de los códices que han llegado hasta nosotros. En el significado del cruento suplicio no están de acuerdo los investigadores, aunque parece obvio que tiene relación con el supremo valor de la sangre como ofrenda preciosa a las divinidades. El sacerdocio y la nobleza eran asiduos practicantes, a veces con el objetivo adicional de alcanzar ciertos estados de trance que facilitaban la comunicación con el mundo sobrenatural.

gre y bajábase y untaba con ella los rostros del demonio, y haciendo cierta señal a los bailadores, ellos, como bailando, pasaban de prisa y por orden le comenzaban a flechar el corazón el cual tenía señalado con una señal blanca; y de esta manera ponían le al punto los pechos como un erizo de flechas.

Si le habían de sacar el corazón, le traían al patio con gran aparato y compañía de gente y embadurnado de azul y su coroza puesta, le llevaban a la grada redonda que era el sacrificadero y después de que el sacerdote y sus oficiales untaban aquella piedra con color azul y echaban al demonio purificando el templo, tomaban los *chaces* al pobre que sacrificaban y con gran presteza le ponían de espaldas en aquella piedra y asíanle de las piernas y brazos todos cuatro que le partían por enmedio. En esto llegaba el sayón *nacón* con un navajón de piedra y dábale con mucha destreza y crueldad una cuchillada entre las costillas, del lado izquierdo, debajo de la tetilla, y acudíale allí luego con la mano y echaba la mano al corazón como rabioso tigre arrancándoselo vivo, y puesto en un plato lo daba al sacerdote el cual iba muy de prisa y untaba a los ídolos los rostros con aquella sangre fresca.

Algunas veces hacían este sacrificio en la piedra y grada alta del templo y entonces echaban el cuerpo ya muerto a rodar gradas abajo y tomábanle abajo los oficiales y desollábanle todo el cuero entero, salvo los pies y las manos, y desnudo el sacerdote, en cueros vivos, se forraba con aquella piel y bailaban con él los demás, y esto era cosa de mucha solemnidad para ellos. A estos sacrificados comúnmente solían enterrar en el patio del templo, o si no, comíanselos repartiendo entre los señores y los que alcanzaban; y las manos y los pies y cabeza eran del sacerdote y oficiales; y a estos sacrificados tenían por santos. Si eran esclavos cautivados en guerra, su señor tomaba los huesos para sacarlos como divisa en los bailes, en señal de victoria. Algunas veces echaban personas vivas en el pozo de *Chichenizá* creyendo que salían al tercer día aunque nunca más parecían[22].

---

[22] Mucho se ha escrito sobre los sacrificios humanos que realizaban aztecas y mayas. Al-

Que tienen armas ofensivas y defensivas. Las ofensivas eran arcos y flechas que llevaban en sus carcajes con pedernales por casquillos y dientes de pescados, muy agudos, las cuales tiran con gran destreza y fuerza. Los arcos son de un hermoso palo leonado y fuerte a maravilla, más derechos que curvos, y las cuerdas del cáñamo de la tierra. La largura del arco es siempre algo menor que la de quien lo trae. Las flechas son de (unas) cañas muy delgadas que se crían en las lagunas y largas de más de cinco palmos; átanle a la caña un pedazo de palo delgado, muy fuerte, en que va insertado el pedernal. No usaban, ni lo saben poner ponzoña, aunque tienen harto de qué. Tenían hachuelas de cierto metal y de esta hechura, las cuales encajaban en un mástil de palo y les servían de armas y para labrar la madera. Dábanles filo con una piedra, a porrazos, pues el metal es blando. Tenían lanzuelas cortas de un estado con los hierros de fuerte pedernal, y no tenían más armas que éstas.

Tenían para su defensa rodelas que hacían de cañas hendidas y muy tejidas, redondas y guarnecidas de cueros de venados. Hacían sacos de algodón acolchados y de sal por moler, acolchada en dos tandas o colchaduras, y éstos eran fortísimos. Algunos señores y capitanes tenían como morriones de palo, pero eran pocos, y con estas armas y plumajes y pellejos de tigres y leones puestos, iban a la guerra los que los tenían.

---

gunos autores son de la opinión que en buena medida la muerte ritual obedecía a la necesidad de carne sentida en esos pueblos de dieta eminentemente vegetariana. Pero el canibalismo no es un rasgo general, y es absurdo creer que los fragmentos de carne selecta de unas cuantas víctimas podían paliar la carencia crónica de proteínas en la alimentación de miles de individuos. Hay que suponer, por el contrario, que los sacrificios reproducían acontecimientos ocurridos en los albores del tiempo, cuando los dioses pagaron con sus vidas el esfuerzo de la creación, y que la ofrenda de los corazones y la sangre de los que eran destinados al suplicio producía un efecto revitalizador en los sagrados mecanismos que gobernaban el orden y el movimiento del universo. Corazón y sangre eran sinónimos de vida tanto para los mayas como para los grupos de habla náhuatl; untando con ellos las imágenes se pretendía transmitir ese aliento a los encargados de velar por la conservación de la armonía cósmica, muy especialmente al sol, cuyo terrible viaje a través de las tinieblas del interior de la tierra le dejaba cada amanecer esquelético y desfallecido.

Tenían siempre dos capitanes: uno perpetuo (cuyo cargo) se heredaba, y otro elegido por tres años con muchas ceremonias para hacer la fiesta que celebraban en su mes de *Pax*, que cae el doce de mayo, o por capitán de la otra banda para la guerra.

A éste llamaban *Nacón;* no había, en estos tres años, conocer mujer ni aun la suya, ni comer carne; teníanle en mucha reverencia y dábanle a comer pescados e iguanas que son como lagartos; no se emborrachaba en este tiempo y tenía en su casa las vasijas y cosas de su servicio, apartadas, y no le servia mujer y no trataba mucho con el pueblo.

Pasados los tres años, (volvía a vivir) como antes. Estos dos capitanes trataban la guerra y ponían sus cosas en orden y para esto había en cada pueblo gente escogida como soldados que, cuando era menester, acudían con sus armas. A éstos llamaban *holcanes,* y no bastando éstos, recogían más gente y concertaban y repartían entre sí, y guiados con una bandera alta salían con mucho silencio del pueblo y así iban a arremeter a sus enemigos con grandes gritos y crueldades donde topaban descuidos.

En los caminos y pasos, los enemigos les ponían defensas de flechaderos de varazón y madera y comúnmente hechos de piedra. Después de la victoria quitaban a los muertos la quijada y limpia de la carne, poníansela en el brazo. Para su guerra hacían grandes ofrendas de los despojos y si cautivaban algún hombre señalado, le sacrificaban luego porque no querían dejar quien les dañase después. La demás gente era cautiva en poder del que la prendía. Que a esos *holcanes* si no era en tiempo de guerra, no daban soldada, y cuando había guerra los capitanes les daban cierta moneda, y poca, porque era de la suya, y si no bastaba, el pueblo ayudaba a ello. El pueblo dábales también la comida, y ésa la aderezaban las mujeres para ellos; la llevaban a cuestas por carecer de bestias y así les duraban poco las guerras. Acabada la guerra, los soldados hacían muchas vejaciones en sus pueblos (mientras) duraba el olor de la guerra y sobre ello hacíanse servir y regalar; y si al-

guno había matado algún capitán o señor, era muy honrado y festejado[23].

Que a esta gente les quedó de *Mayapán* (la) costumbre de castigar a los adúlteros de esta manera: hecha la pesquisa y convencido alguno del adulterio, se juntaban los principales en casa del señor, y traído el adúltero atábanle a un palo y le entregaban al marido de la mujer delincuente; si él le perdonaba, era libre; si no, le mataba con una piedra grande (que) dejábale (caer) en la cabeza desde una parte alta; a la mujer por satisfacción bastaba la infamia que era grande, y comúnmente por esto las dejaban.

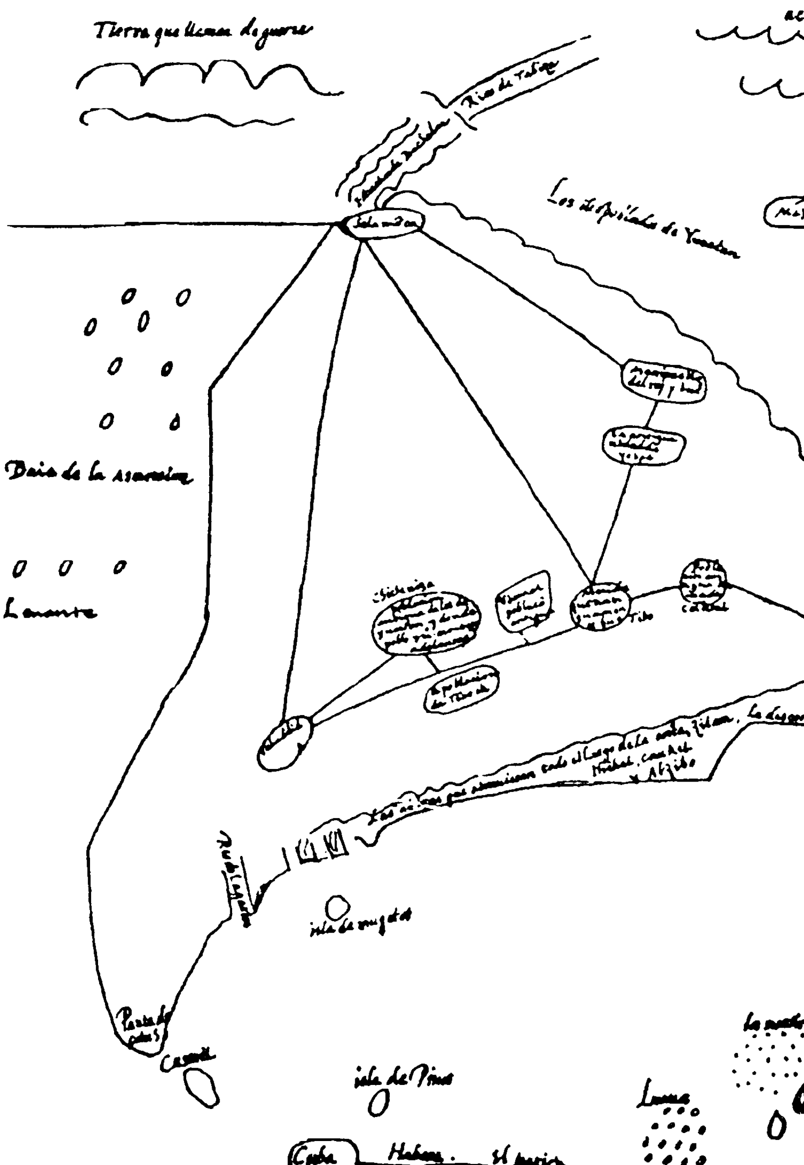
La pena del homicida aunque fuese casual, era morir por insidias de los parientes, o si no, pagar el muerto. El hurto pagaban y castigaban, aunque fuese pequeño, con hacer esclavos, y por eso hacían tantos esclavos, principalmente en tiempo de hambre, y por eso fue que nosotros los frailes tanto trabajamos en el bautismo: para que les diesen libertad.

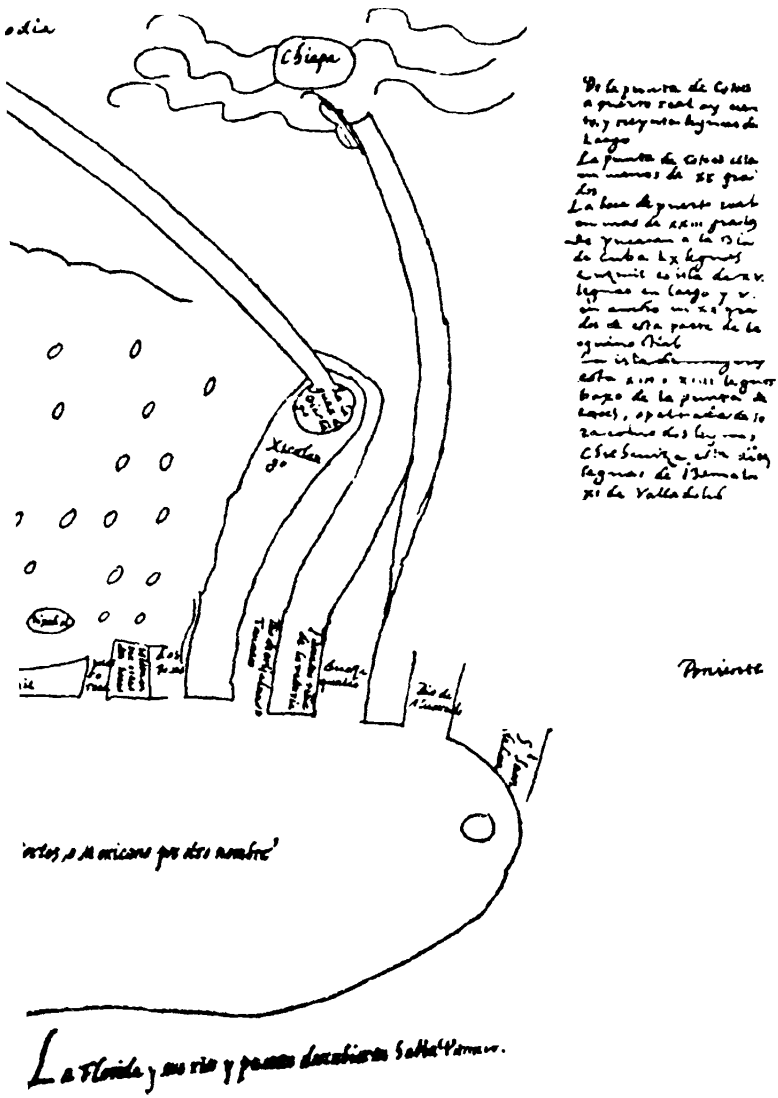
Y si eran señores o gente principal, juntábase el pueblo y prendido (el delincuente) le labraban el rostro desde la barba hasta la frente, por los dos lados, en castigo que tenían por grande infamia.

Que los mozos reverenciaban mucho a los viejos y tomaban sus consejos y así se jactaban de (ser) viejos y decían a los mozos que pues habían más visto que ellos, les habían de creer, lo

---

23 Hasta la década de los cincuenta, y debido sobre todo a la influencia de los escritos de Sylvanus G. Morley y otros famosos mayistas, se pensaba que la guerra había sido una actividad casi desconocida entre los mayas clásicos. La evidente situación de lucha constante en el período tardío era atribuida, lo mismo que el incremento de los sacrificios humanos, a la llegada a Yucatán de gentes procedentes de las altiplanicies mexicanas. Esta hipótesis idílica se empezó a tambalear en el año 1946, cuando el fotógrafo Giles G. Healey descubrió las maravillosas pinturas murales de Bonampak. Allí, en un edificio del siglo VIII, se podía contemplar una soberbia escena de batalla y otra en la cual los prisioneros eran sometidos a torturas y vejaciones. Posteriormente, muchos relieves con hombres armados o en actitud agresiva fueron reinterpretados de manera correcta como expresión de la importancia social de las empresas bélicas. Hoy no sólo se admite tal aserto, sino que suponemos que la fuerza militar determinaba las relaciones de dominación en vastas áreas de las selvas mayas, y que el prestigio de los ocupantes del poder estaba sustentado por el éxito en las sucesivas campañas contra las ciudades enemigas.


Tierra que llaman de guerra
Los despoblados de Yucatan
Baia de la asumcion
Levante
isla de Pinos
Cuba
Habana



Mapa de la Península de Yucatán de la época de Landa. El original está anexo a la *Relación*.

cual si hacían los demás les daban más crédito. Eran tan extremados en esto, que los mozos no trataban con viejos sino en cosas inevitables y los mozos por casar con los casados, sino muy poco. Por eso usaban tener en cada pueblo una casa grande y encalada, abierta por todas partes, en la cual se juntaban los mozos para sus pasatiempos. Jugaban a la pelota y a un juego con unas habas como a los dados, y a otros muchos. Dormían aquí todos juntos casi siempre, hasta que se casaban.

Y dado que he oído que en otras partes de las Indias usaban en tales casas del nefando pecado, en esta tierra no he entendido que hiciesen tal, ni creo lo hacían porque los llagados de esta pestilencial miseria dicen que no son amigos de mujeres como eran éstos, que a esos lugares llevaban a las malas mujeres públicas y en ellos usaban de ellas, y las pobres que entre esta gente acertaban a tener este oficio, no obstante que recibían de ellos galardón, eran tantos los mozos que a ellas acudían, que las traían acosadas y muertas.

Embadurnábanse de color negro, hasta que se casaban y no se solían labrar hasta casados, sino poco. En las demás cosas acompañaban siempre a sus padres y así salían tan buenos idólatras como ellos y servíanles mucho en los trabajos.

Que las indias criaban a sus hijitos en toda la aspereza y desnudez del mundo, porque a los cuatro o cinco días de nacida la criaturita poníanla tendidita en un lecho pequeño, hecho de varillas, y allí, boca abajo, le ponían entre dos tablillas la cabeza: la una en el colodrillo y la otra en la frente entre las cuales se la apretaban tan reciamente y la tenían allí padeciendo hasta que acabados algunos días les quedaba la cabeza llana y enmoldada como la usaban todos ellos. Era tanta la molestia y el peligro de los pobres niños, que algunos peligraban, y el autor vio agujerársele a uno la cabeza por detrás de las orejas, y así debían hacer muchos.

Criábanlos en cueros, salvo que de 4 a 5 años les daban una mantilla para dormir y unos listoncillos para honestarse como sus padres, y a las muchachas las comenzaban a cubrir de la cintura para abajo. Mamaban mucho porque nunca dejaban,

en pudiendo, de darles leche aunque fuesen de tres o cuatro años, de donde venía haber entre ellos tanta gente de buenas fuerzas.

Criábanse los dos primeros años a maravilla lindos y gordos. Después, con el continuo bañarlos las madres y los soles, se hacían morenos; pero eran todo el tiempo de la niñez bonicos y traviesos, que nunca paraban de andar con arcos y flechas y jugando unos con otros y así se criaban hasta que comenzaban a seguir el modo de vivir de los mancebos y tenerse en su manera en más, y dejar las cosas de niños.

Que las indias de Yucatán son en general de mejor disposición que las españolas y más grandes y bien hechas, que no son de tantos riñones como las negras. Précianse de hermosas las que lo son y a una mano no son feas; no son blancas sino de color moreno causado más por el sol y del continuo bañarse, que de su natural. No se adoban los rostros como nuestra nación, que eso lo tienen por liviandad. Tenían por costumbre aserrarse los dientes dejándolos como dientes de sierra y esto tenían por galantería y hacían este oficio unas viejas limándolos con ciertas piedras y agua.

Horadábanse las narices por la ternilla que divide las ventanas por enmedio, para ponerse en el agujero una piedra de ámbar y teníanlo por gala. Horadábanse las orejas para ponerse zarcillos al modo de sus maridos; labrábanse el cuerpo de la cintura para arriba —salvo los pechos por el criar—, de labores más delicadas y hermosas que los hombres. Bañábanse muy a menudo con agua fría, como los hombres, y no lo hacían con sobrada honestidad porque acaecía desnudarse en cueros en el pozo donde iban por agua para ello. Acostumbraban, además, bañarse con agua caliente y fuego y de éste poco, y más por causa de salud que por limpieza.

Acostumbraban untarse, como sus maridos, con cierto ungüento colorado, y las que tenían posibilidad, echábanse cierta confección de una goma olorosa y muy pegajosa que creo que es liquidámbar que en su lengua llaman *iztah-te* y con esta confección untaban cierto ladrillo como de jabón que tenían

labrado de galanas labores, y con aquel se untaban los pechos y brazos y espaldas y quedaban galanas y olorosas según les parecía; y durábales mucho sin quitarse según era bueno el ungüento.

Traían cabellos muy largos y hacían y hacen de ellos muy galán tocado partido en dos partes y trenzábanselos para otro modo de tocado. A las mozas por casar, suelen las madres curiosas curárselos con tanto cuidado que he visto muchas indias de tan curiosos cabellos como curiosas españolas. A las muchachas hasta que son grandecitas se los trenzan en cuatro cuernos y en dos, que les parecen muy bien.

Las indias de la costa y de las provincias de Bacalar y Campeche son muy honestas en su traje, porque allende de la cobertura que traían de la mitad para abajo, se cubrían los pechos atándoselos por debajo de los sobacos con una manta doblada; todas las demás no traían de vestidura más que un como saco largo y ancho, abierto por ambas partes y metidas en él hasta los cuadriles donde se los apretaban con el mismo anchor y no tenían más vestidura salvo que la manta con que siempre duermen que, cuando iban en camino, usaban llevar cubierta, doblada o enrollada, y así andaban.

Preciábanse de buenas y tenían razón porque antes que conociesen nuestra nación, según los viejos ahora lloran, lo eran a maravilla y de esto traeré ejemplos: el capitán Alonso López de Ávila, cuñado del adelantado Montejo, prendió una moza india y bien dispuesta y gentil mujer, andando en la guerra de Bacalar. Ésta prometió a su marido, temiendo que en la guerra no le matasen, no conocer otro hombre sino él, y así no bastó persuasión con ella para que no se quitase la vida por no quedar en peligro de ser ensuciada por otro varón, por lo cual la hicieron aperrear.

A mi se me quejó una india por bautizar, de un indio bautizado, el cual andando enamorado de ella, que era hermosa, aguardó se ausentase su marido y se le fue una noche a su casa y después de manifestarle con muchos requiebros su intento y no bastarle, probó a dar dádivas que para ello llevaba, y como

no aprovechasen, intentó forzarla; y con ser un gigantón y trabajar por ello toda la noche, no sacó de ella más que darle enojo tan grande que se me vino a quejar a mi de la maldad del indio, y era así lo que decía.

Acostumbraban volver las espaldas a los hombres cuando los topaban en alguna parte, y hacerles lugar para que pasasen, y lo mismo cuando les daban de beber, hasta que acababan de beber. Enseñan lo que saben a sus hijas y críanlas bien a su modo, que las riñen y las adoctrinan y hacen trabajar, y si hacen culpas las castigan dándoles pellizcos en las orejas y en los brazos. Si las ven alzar los ojos, las riñen mucho y se los untan con su pimienta, que es grave dolor; y si no son honestas, las aporrean y untan con la pimienta en otra parte, por castigo y afrenta. Dicen a las mozas indisciplinadas, por mucho baldón y grave reprensión, que parecen mujeres criadas sin madre.

Son celosas, y algunas tanto, que ponían las manos en quien tienen celos, y tan coléricas y enojadas aunque harto mansas, que algunas solían dar vuelta de pelo a los maridos con hacerlo ellos pocas veces. Son grandes trabajadoras y vividoras porque de ellas cuelgan los mayores y más trabajos de la sustentación de sus casas y educación de sus hijos y paga de sus tributos, y con todo eso, si es menester, llevan algunas veces carga mayor labrando y sembrando sus mantenimientos. Son a maravilla granjeras, velando de noche el rato que de servir sus casas les queda, yendo a los mercados a comprar y vender sus cosillas.

Crían aves de las suyas y las de Castilla para vender y para comer. Crían pájaros para su recreación y para las plumas, con las que hacen ropas galanas; y crían otros animales domésticos, de los cuales dan el pecho a los corzos, con lo que los crían tan mansos que no saben írseles al monte jamás, aunque los lleven y traigan por los montes y críen en ellos.

Tienen costumbre de ayudarse unas a otras al hilar las telas, y páganse estos trabajos como sus maridos los de sus heredades y en ellos tienen siempre sus chistes de mofar y contar nuevas, y a ratos un poco de murmuración. Tienen por gran fealdad mirar

a los hombres y reírseles, y por tanto, que sólo esto bastaba para hacer cualquier fealdad, y sin más entremeses las hacían ruines. Bailaban por sí sus bailes y algunos con los hombres, en especial uno que llamaban *Naual* no muy honesto. Son muy fecundas y tempranas en parir y grandes criadoras, por dos razones: la una, porque la bebida de las mañanas que beben caliente, cría mucha leche, y el continuo moler maíz y no traer los pechos apretados les hace tenerlos muy grandes, de donde les viene tener mucha leche.

Emborrachábanse también ellas en los convites, aunque por sí, ya que comían solas, y no se emborrachaban tanto como los hombres. Son gente que desea muchos hijos; la que carece de ellos los pedía a sus ídolos con dones y oraciones, y ahora los piden a Dios. Son avisadas y corteses y conversables con quien se entienden, y a maravilla bien partidas. Tienen pocos secretos y son tan limpias en sus personas y en sus casas, por cuanto se lavan como los armiños.

Eran muy devotas y santeras, y así tenían muchas devociones con sus ídolos, quemándoles de sus inciensos, ofreciéndoles dones de ropa de algodón, comidas, bebidas, y teniendo ellas por oficio hacer las ofrendas de comidas y bebidas que en las fiestas de los indios ofrecían; pero con todo eso no tenían por costumbre derramar su sangre a los demonios, ni lo hacían jamás. Ni tampoco las dejaban llegar a los templos a los sacrificios, salvo en cierta fiesta a la que admitían a ciertas viejas para la celebración. Para sus partos acudían a las hechiceras, las cuales les hacían creer sus mentiras y les ponían debajo de la cama un ídolo de un demonio llamado *Ixchel,* que decían era la diosa de hacer las criaturas.

Nacidos los niños los bañan luego y cuando ya los habían quitado del tormento de allanarles las frentes y cabezas, iban con ellos a los sacerdotes para que les viese el hado y dijese el oficio que había de tener y pusiese el nombre que había de llevar el tiempo de su niñez, porque acostumbraban llamar a los niños por nombres diferentes hasta que se bautizaban o eran grandecillos; y después que dejaban aquéllos, comenzaban a llamarlos (por)

el de los padres hasta que los casaban, que (entonces) se llamaban (por) el del padre y la madre[24].

Que esta gente tenía mucho, excesivo temor a la muerte y lo mostraban en que todos los servicios que a sus dioses hacían no eran por otro fin ni para otra cosa sino para que les diesen salud y vida y mantenimientos. Pero, ya que venían a morir, era cosa de ver las lástimas y llantos que por sus difuntos hacían y la tristeza grande que les causaban. Llorábanlos de día en silencio y de noche a altos y muy dolorosos gritos que era lástima oírlos. Andaban a maravilla tristes muchos días. Hacían abstinencias y ayunos por el difunto, especialmente el marido o la mujer, y decían (del difunto) que se lo había llevado el diablo, porque de él pensaban que les venían todos los males, en especial la muerte.

Muertos, los amortajaban, llenándoles la boca de maíz molido, que es su comida y bebida que llaman *koyem*, y con ello algunas piedras de las que tienen por moneda, para que en la otra vida no les faltase de comer. Enterrábanlos dentro de sus casas o a las espaldas de ellas, echándoles en la sepultura algunos de sus ídolos; y si era sacerdote, algunos de sus libros; y si hechicero, sus piedras de hechizos y pertrechos. Comúnmente desamparaban la casa y la dejaban yerma después de enterrados, menos cuando habla en ella mucha gente con cuya compañía perdían algo del miedo que les quedaba de la muerte.

A los señores y gente de mucha valía quemaban los cuerpos y ponían las cenizas en vasijas grandes, y edificaban templos so-

---

[24] La frase *para que les viese el hado* es especialmente significativa, pues hace referencia a la creencia en una suerte de predestinación según el día de nacimiento. El calendario adivinatorio de 260 días, formado por la combinación de 20 nombres y 13 números, era el instrumento que servía a los sacerdotes para sus pronósticos; las fuentes mayas designan a la carga de la serie de días *u mutil chuenil kin sansamal*, indicando los animales y plantas asociados al sino particular de cada individuo. Dado que la veintena enlaza ininterrumpidamente con el transcurso normal del tiempo, se deduce que es el carácter del segmento cronológico el que determina el porvenir de las personas; es decir, el destino está escrito en el movimiento y posición de los astros. No es raro, por tanto, el gran desarrollo alcanzado por la astronomía maya, ya que la observación de los fenómenos celestes permitía conocer el futuro, y, a través de su reiteración periódica, con la ayuda de sencillos cálculos matemáticos, explicar también el pasado.

bre ellas, como muestran haber hecho antiguamente los que se hallaron en *Izamal*. Ahora, en este tiempo, se halló que echaban las cenizas en estatuas huecas, hechas de barro, cuando (los muertos) eran muy señores.

La demás gente principal hacía a sus padres estatuas de madera a las cuales dejaban hueco el colodrillo, y quemaban alguna parte de su cuerpo y echaban allí las cenizas y tapábanlo; y después desollaban al difunto el cuero del colodrillo y pegábanselo allí, enterrando los residuos como tenían de costumbre; guardaban estas estatuas con mucha reverencia entre sus ídolos. A los antiguos señores *Cocom*, habían cortado las cabezas cuando murieron, y cocidas las limpiaron de la carne y después aserraron la mitad de la coronilla para atrás, dejando lo de adelante con las quijadas y dientes. A estas medias calaveras suplieron lo que de carne les faltaba con cierto betún y les dieron la perfección muy al propio de cuyas eran, y las tenían con las estatuas de las cenizas, todo lo cual tenían en los oratorios de las casas, con sus ídolos, en muy gran reverencia y acatamiento, y todos los días de sus fiestas y regocijos les hacían ofrendas de sus comidas para que no les faltase en la otra vida donde pensaban (que) sus almas descansaban y les aprovechaban sus dones[25].

Que esta gente ha creído siempre en la inmortalidad del alma más que otras muchas naciones aunque no haya sido de tanta policía, porque creían que después de la muerte había otra vida más excelente de la cual gozaba el alma en apartándose del cuerpo. Esta vida futura, decían que se dividía en buena y mala vida, en penosa y llena de descanso. La mala y penosa, decían, era para los viciosos, y la buena y deleitosa para los que hu-

---

[25] La costumbre de incinerar los cuerpos de los difuntos debió ser introducida en el período Postclásico con las invasiones mexicanas. De hecho, solamente los nobles la practicaban en Yucatán, lo cual puede interpretarse como signo de diferenciación ética. En épocas anteriores todos los cadáveres eran inhumados, aunque el tratamiento funerario variaba mucho según el rango y condición del muerto, desde la sencilla fosa excavada para el campesino en el suelo de su cabaña hasta las magníficas cámaras que ocupaban los reyes en el interior de las pirámides. Se creía que el difunto iniciaba un largo y trabajoso periplo por el inframundo, de manera que se colocaban en la sepultura aquellos objetos que le permitieran mantener su identidad y superar las peligrosas pruebas que tenía por delante.

biesen vivido bien en su manera de vivir; los descansos que decían habrían de alcanzar si eran buenos, eran ir a un lugar muy deleitable donde ninguna cosa les diese pena y donde hubiese abundancia de comidas y bebidas de mucha dulzura, y un árbol que allá llaman *yaxché* muy fresco y de gran sombra, que es (una) ceiba, debajo de cuyas ramas y sombra descansarían y holgarían todos siempre.

Las penas de la mala vida que decían habrían de tener los malos, eran ir a un lugar más bajo que el otro que llaman *mitnal,* que quiere decir *infierno,* y en él ser atormentados por los demonios, y de grandes necesidades de hambre y frío y cansancio y tristeza. También había en este lugar un demonio, príncipe de todos los demonios, al cual obedecían todos y llámanle en su lengua *Hunhau;* y decían (que) estas mala y buena vida no tenían fin, por no tenerlo el alma. Decían también, y lo tenían por muy cierto, (que) iban a esta su gloria los que se ahorcaban; y así había muchos que con pequeñas ocasiones de tristeza, trabajos o enfermedades, se ahorcaban para salir de ellas e ir a descansar a su gloria donde, decían, los venía a llevar la diosa de la horca que llamaban *Ixtab.* No tenían memoria de la resurrección de los cuerpos y no daban razón de quién hubieron noticia de esta su gloria e infierno.

CAPÍTULO VI

Calendario, ritos y escritura

No se esconde ni aparta tanto el sol de esta tierra de Yucatán, que vengan las noches, jamás, a ser mayores que los días; y cuando mayores vienen a ser, suelen ser iguales desde San Andrés a Santa Lucía, que comienzan a crecer los días. Regíanse de noche para conocer la hora que era por el lucero y las cabrillas y los astilejos. De día, por el medio día, y desde él al oriente y poniente, tenían puestos a pedazos nombres con los cuales se entendían y se regían para sus trabajos.

Tienen su año perfecto como el nuestro, de 365 días y 6 horas. Divídenlo en dos maneras de meses, los unos de a 30 días que se llaman *U*, que quiere decir *luna*, la cual contaban desde que salía nueva hasta que no parecía.

Otra manera de meses tenían de a 20 días, a los cuales llaman *Uinal Hunekeh;* de éstos tenía el año entero 18, más los cinco días y seis horas. De estas seis horas se hacía cada cuatro años un día, y así tenía de cuatro en cuatro años el año 366 días. Para estos 360 días tienen 20 letras o caracteres con que los nombran, dejando de poner nombre a los otros cinco, porque los tenían por aciagos y malos. Las letras son las que siguen y lleva cada una su nombre debajo para que se entienda en nuestra lengua.

Kan

Chicchan

Cimi

Manik

Lamat

Muluc

Oc

Chuen

Eb

Ben

Ix

Men

Cib

Caban

Ezanab

Cauac

Ahau

Imix

Ik

Akbal

Ya he dicho que el modo de contar de los indios es de cinco en cinco, y de cuatro cincos hacen veinte; así, en estos sus caracteres que son 20, sacan los primeros de los cuatro cincos de

los 20 y éstos sirven, cada uno de ellos un año, de lo que nos sirven a nosotros nuestras letras dominicales para comenzar todos los primeros días de los meses de a 20 días[26].

Kan

Muluc

Ix

Cauac

Entre la muchedumbre de dioses que esta gente adoraba, adoraban cuatro llamados *Bacab* cada uno de ellos. EÉstos, decían, eran cuatro hermanos a los cuales puso Dios, cuando crió el mundo, a las cuatro partes de él sustentando el cielo (para que) no se cayese. Decían también de estos *bacabes* que escaparon cuando el mundo fue destruido por el diluvio. Ponen a cada uno de éstos otros nombres y señálanle con ellos a la parte del mundo que dios le tenía puesto teniendo el cielo, y aprópianle una de las cuatro letras dominicales a él y a la parte que está; y tienen señaladas las miserias o felices sucesos que decían habían de suceder en el año de cada uno de éstos y de las letras con ellos.

Y el demonio, que en esto como en las demás cosas los engañaba, les señaló los servicios y ofrendas que para evadirse de las miserias le habían de hacer. Y así, si no les venían, decían (que) era por los servicios que le hacían; y si venían, los sacerdotes hacían entender y creer al pueblo (que) era por alguna culpa o falta de los servicios o de quienes los hacían.

La primera, pues, de las letras dominicales es *Kan.* El año que esta letra servía era el agüero del *Bacab* que por otros nombres llaman *Hobnil, Kanalbacab, Kanpauahtun, Kanxibchac.* A éste se-

---

26 El ciclo solar de 365 días, dividido en 18 meses o uinales más las cinco jornadas aciagas, se suele llamar *haab,* y combinaba sus posiciones con el ciclo adivinatorio de 260 días conocido por *tzolkin.* Aritméticamente, sólo cuatro nombres de días del *tzolkin* pueden coincidir con una posición dada en los meses del *haab;* en tiempos de la conquista, los días del *tzolkin* que coincidían con el primero del *haab* eran Kan, Muluc, Ix y Cauac, recibían el calificativo de *cargadores* —referencia expresa a la carga o destino que contenían— o *portadores del año* y tenían una gran importancia ritual.

ñalaban a la parte de medio día. La segunda letra es *Muluc*; señalábanla al oriente y su año era agüero el *Bacab* que llaman *Canzicnal, Chacalbacab, Chacpauahtun, Chacxibchac*. La tercera letra es *Ix*. Su año era agüero el *Bacab* que llaman *Zaczini, Zacalbacab, Zacpauahtun, Zacxibcbac* y señalábanle a la parte del norte. La cuarta letra es *Cauac:* su año era agüero el *Bacab* que llaman *Hozanek, Ekelbacab, Ekpauaktun, Ekxibchac;* a ésta señalaban a la parte del poniente[27].

Kan

Muluc

Ix

Cauac

En cualquiera fiesta o solemnidad que esta gente hacía a sus dioses comenzaban siempre por echar de sí al demonio para mejor hacerla. Y el echarle unas veces era con oraciones y bendiciones que para ello tenían, y otras con servicios y ofrendas y sacrificios que por esta razón le hacían. Para celebrar la solemnidad de su año nuevo, esta gente, con más regocijo y más dignamente, según su desventurada opinión, tomaba los cinco días aciagos que ellos tenían por tales antes del día primero de su nuevo año, y en ellos hacían muy grandes servicios a los *bacabes* citados arriba y al demonio al que llamaban por otros cuatro nombres, a saber, *Kanuuayayab, Chacuuayayab, Zacuuayayab, Ekuuayayab*; y acabados estos servicios y fiestas, y lanzado de sí, como veremos, el demonio, comenzaban su año y las fiestas de él.

---

[27] Las investigaciones iconográficas han revelado que estos dioses Bacab formaban parte de los residentes o gobernantes del inframundo, la región inferior opuesta al cielo, el infierno maya denominado Xibalbá en los mitos del Popol Vuh. Parece ser que regían a la vez los funestos cinco días sobrantes del *haab*, y el investigador soviético Yuri Knorozov ha leído su nombre jeroglífico como Ho Uay Tun. El papel de sostenedores del cielo está confirmado por las representaciones escultóricas clásicas del Copán, y ello permite suponer que el firmamento maya se apoyaba sobre la tierra en los cuatro puntos cardinales, cerrándose en forma de bóveda y dando lugar a un espacio semejante al de las casas de habitación, el mundo donde vivían los seres humanos.

Uso era en todos los pueblos de Yucatán tener hechos dos montones de piedras, uno frente a otro, a la entrada del pueblo y por las cuatro partes del mismo, a saber, oriente, poniente, septentrión y mediodía, para la celebración de las dos fiestas de los días aciagos las cuales hacían de esta manera cada año.

El año cuya letra dominical era *Kan,* era el agüero *Hobnil,* y según ellos decían reinaban ambos por la parte del medio día. Este año, pues, hacían una imagen o figura hueca de barro del demonio que llamaban *Kanuuayayab,* y llevábanla a los montones de piedra seca que tenían hechos por la parte del mediodía; elegían un príncipe del pueblo, en cuya casa se celebrara estos días la fiesta, y para celebrarla hacían una estatua de un demonio al que llamaban *Bolonzacab,* la que ponían en casa del príncipe, aderezada en lugar público y al que todos pudiesen llegar.

Hecho esto se juntaban los señores y el sacerdote, y el pueblo de los hombres, y teniendo limpio y con arcos y frescuras aderezado el camino, hasta el lugar de los montones de piedra en donde estaba la estatua, iban por ella todos juntos, con mucha devoción. Llegados, la sahumaba el sacerdote con cuarenta y nueve granos de maíz molido con su incienso, y ello lo arrojaban al brasero del demonio y le sahumaban. Llamaban al maíz molido solo *zacab* y a la (bebida) de los señores *chabalté.* Sahumada la imagen, degollaban una gallina y se la presentaban u ofrecían.

Hecho esto metían la imagen en un palo llamado *kanté* poniéndole a cuestas un ángel en señal de agua, y este año había de ser bueno y estos ángeles pintaban y hacían espantables; y así la llevaban con mucho regocijo y bailes a la casa del principal donde estaba la otra estatua de *Bolonzacab.* Sacaban de casa de este principal al camino, para los señores y sacerdotes, una bebida hecha de cuatrocientos quince granos de maíz tostados que llaman *piculakakla,* y bebían todos de ella; llegados a la casa del principal, ponían esta imagen frente a la estatua del demonio que allí tenían, y así le hacían muchas ofrendas de comidas y bebidas, de carne y pescado, y repartían estas ofrendas a los extranjeros que allí se hallaban, y daban al sacerdote una pierna de venado.

Otros derramaban sangre cortándose las orejas y untaban con ella una piedra que allí tenían de un demonio *Kanalacantun*. Hacían un corazón de pan y otro pan con pepitas de calabazas y ofrecíanlos a la imagen del demonio *Kanuuayayab*. Tenían así esta estatua e imagen estos días aciagos y sahumábanlas con su incienso y con los maíces molidos con incienso. Tenían creído que si no hacían estas ceremonias habían de tener ciertas enfermedades que ellos tienen en este año. Pasados estos días aciagos llevaban la estatua del demonio *Bolonzacab* al templo, y la imagen a la parte del oriente para ir allí al otro año por ella, y echábanla por ahí e íbanse a sus casas a entender en lo que le quedaba a cada uno por hacer en la celebración del año nuevo.

Terminadas las ceremonias y echado el demonio según su engaño, tenían este año por bueno pues reinaba con la letra *Kan* el *bacab Hobnil,* del que decían no había pecado como sus hermanos y por eso no les venían miserias en él. Pero porque muchas veces las había, proveyó el demonio que le hiciesen servicios para que así, cuando las hubiese, echasen la culpa a los servicios o servidores y quedasen siempre engañados y ciegos.

Mandábales, pues, hiciesen un ídolo que llamaban *Izamnakauil* y que le pusiesen en su templo y le quemasen en el patio del templo tres pelotas de una leche o resina llamada *kik,* y que le sacrificasen un perro o un hombre, lo cual ellos hacían guardando el orden que ya se dijo tenían con los que sacrificaban, salvo que el modo de sacrificar en esta fiesta era diferente, porque hacían en el patio del templo un gran montón de piedras y ponían al hombre o perro que habían de sacrificar en alguna cosa más alta que él, y echando atado al paciente de lo alto a las piedras, le arrebataban aquellos oficiales y con gran presteza le sacaban el corazón y le llevaban al nuevo ídolo, y se lo ofrecían entre dos platos. Ofrecían otros dones de comidas y en esta fiesta bailaban las viejas del pueblo que para ello tenían elegidas, vestidas de ciertas vestiduras. Decían que descendía un ángel y recibía este sacrificio.

El año en que la letra dominical era *Muluc*, tenía el agüero de *Canzienal* y a su tiempo elegían, los señores y el sacerdote, un

principal para hacer la fiesta, y después hacían la imagen del demonio como la del año pasado, a la cual llamaban *Chacuuayayab,* y llevábanla a los montones de piedra de hacia la parte del oriente, donde habían echado la pasada. Hacían una estatua al demonio llamado *Kinchahau* y poníanla en casa del principal en lugar conveniente, y desde allí, teniendo muy limpio y aderezado el camino, iban todos juntos con su acostumbrada devoción por la imagen del demonio *Chacuuayayab.*

Llegados, la sahumaba el sacerdote con cincuenta y tres granos de maíz molidos y su incienso, a lo cual llaman *zacah.* Daba el sacerdote a los señores que pusiesen en el brasero más incienso del que llamamos *chahalté* y después degollábanle la gallina, como al pasado, y tomando la imagen en un palo llamado *chasté* la llevaban, acompañándola todos con devoción y bailando unos bailes de guerra que llaman *holcanokot batelokot.* Sacaban al camino, a los señores y principales, su bebida de trescientos ochenta maíces tostados como la de atrás.

Llegados a casa del principal ponían esta imagen en frente de la estatua de *Kinchahau* y hacíanle todos sus ofrendas, las cuales repartían como las demás. Ofrecían a la imagen pan hecho con yemas de huevo, y otros con corazones de venados, y otro hecho con su pimienta desleída. Había muchos que derramaban sangre cortándose las orejas y untando con su sangre la piedra que allí tenían de un demonio que llamaban *Chacacantun.* Aquí tomaban muchachos y por fuerza les sacaban sangre de las orejas, dándoles cuchilladas en ellas. Tenían esta estatua e imagen hasta pasados los días aciagos y entretanto quemábanles sus inciensos. Pasados los días, llevaban la imagen a echar a la parte del norte donde otro año la habían de salir a recibir, y la otra al templo, y después íbanse a sus casas a entender en el aparejo de su año nuevo. Habían de tener, si no hacían las cosas dichas, mucho mal de ojos.

Este año en que la letra *Muluc* era dominical y reinaba el *bacab Canzienal* tenían por buen año porque decían que éste era el mejor y mayor de esos dioses *Bacabes,* y así le ponían el primero en sus oraciones. Pero con todo eso les hacía el demonio

hiciesen un ídolo llamado *Yaxcocahmut,* y que lo pusiesen en el templo y quitasen las imágenes antiguas e hiciesen en el patio, delante del templo, un bulto de piedra en el cual quemaban de su incienso y una pelota de la resina o leche *kik,* haciendo allí oraciones al ídolo y pidiéndole remedio para las miserias que aquel año temían, las cuales eran poca agua y echar los maíces muchos hijos y cosas de esta manera, para cuyo remedio los mandaba el demonio ofrecerle ardillas y un paramento sin labores el cual tejiesen las viejas que tenían por oficio bailar en el templo para aplacar a *Yaxcocahmut.*

Tenían otras muchas miserias y malas señales aunque era bueno el año si no hacían los servicios que el demonio les mandaba, lo cual era hacer una fiesta y en ella bailar un baile con muy altos zancos y ofrecerle cabezas de pavos y pan y bebidas de maíz; habían de ofrecerle (también) perros hechos de barro con pan en las espaldas, y las viejas habían de bailar con ellos en las manos y sacrificarle un perrito que tuviese las espaldas negras y fuese virgen; y los devotos habían de derramar su sangre y untar con ella la piedra del demonio *Chacacantun.* Tenían este sacrificio y servicio por agradable a su dios *Yaxcocahmut.*

El año en que la letra dominical era *Ix* y el agüero *Zaczini,* hecha la elección del principal que celebrase la fiesta, hacían la imagen del demonio llamado *Zacuuayayab* y llevábanla a los montones de piedra de la parte norte, donde el año pasado la habían echado. Hacían una estatua al demonio *Yzamná* y poníanla en casa del principal, todos juntos, y el camino aderezado, iban devotamente por la imagen de *Zacuuayayab.* Llegados la sahumaban como solían hacer y degollaban la gallina, y puesta la imagen en un palo llamado *Zachia* la traían con su devoción y bailes, los cuales llaman *alcabtan Kamahau.* Traíanles la bebida acostumbrada al camino y llegados a casa ponían esta imagen delante de la estatua de *Izamná,* y allí todos le ofrecían sus ofrendas y las repartían, y a la estatua de *Zacuuayayab* ofrecían la cabeza de un pavo y empanadas de codornices y otras cosas y su bebida.

Otros se sacaban sangre y untaban con ella la piedra del demonio *Zacacantun,* y teníanse así los ídolos los días que faltaban

hasta el año nuevo, y sahumábanlos con sus sahumerios hasta que llegado el día postrero llevaban a *Yzamná* al templo y a *Zacuuayayab* a la parte del poniente, a echarle por ahí para recibirla otro año.

Las miserias que temían este año, si eran negligentes en estos servicios, eran desmayos y amortecimientos y mal de ojos; teníanlo por ruin año de pan y bueno de algodón. Este año en que la letra dominical era *Ix* y reinaba el *bacab Zaczini* tenían por ruin año porque decían que habían de tener en él muchas miserias como gran falta de agua y muchos soles, los cuales habían de secar los maizales, de lo que les seguiría gran hambre, y del hambre hurtos, de hurtos esclavos y vender a los que los hiciesen. De esto les vendrían discordias y guerras entre sí propios o con otros pueblos. También decían que habría mudanza en el mando de los señores o de los sacerdotes por razón de las guerras y las discordias.

Tenían también un pronóstico: que algunos de los que quisiesen ser señores no prevalecerían. Decían que habrían de tener langosta, y que se despoblarían mucho sus pueblos por el hambre. Lo que el demonio les mandaba hacer para remedio de estas miserias, las cuales todas o algunas de ellas entendían les vendrían, era un ídolo que llamaban *Cinchahau Izamná,* y ponerlo en el templo donde le hacían muchos sahumerios y muchas ofrendas y oraciones y derramamientos de su sangre, con la cual untaban la piedra del demonio *Zacacantun.* Hacían muchos bailes y bailaban las viejas como solían, y en esta fiesta hacían de nuevo un oratorio pequeño al demonio, o renovaban el viejo y en él se juntaban a hacer sacrificios y ofrendas al demonio y a hacer todos una solemne borrachera, pues era fiesta general y obligatoria. Había algunos santones que de su voluntad y por su devoción hacían otro ídolo como el de arriba y le ponían en otros templos donde se hacían ofrendas y borrachera. Estas borracheras y sacrificios tenían por muy gratos a sus ídolos, y como remedio para librarse de las miserias del pronóstico.

El año que la letra dominical era *Cauac* y el agüero *Hozanek,* hecha la elección del principal para celebrar la fiesta, hacían la imagen del demonio llamado *Ekuuayayab* y llevábanla a los

montones de piedra de la parte del poniente, donde el año pasado la habían echado. Hacían también una estatua a un demonio llamado *Uacmituanahau* y poníanla en casa del principal, en lugar conveniente, y desde allí iban todos juntos al lugar donde la imagen de *Ekuuayayab* estaba, y tenían para ello el camino muy aderezado. Llegados a ella sahumábanla el sacerdote y los señores, como solían, y degollaban la gallina. Hecho esto tomaban la imagen en un palo que llamaban *Yaxek*, y ponían a cuestas de la imagen una calavera y un hombre muerto, y encima un pájaro carnicero llamado *Kuch*, en señal de mortandad grande, pues por muy mal año tenían éste.

Llevábanla después de esta manera, con su sentimiento y devoción, y bailando algunos bailes entre los cuales bailaban uno como cazcarientas *(sic)*, y así le llamaban *Xibalbaokot*, que quiere decir *baile del demonio*. Llegaban al camino los escanciadores con la bebida de los señores, la cual bebida llevaban al lugar de la estatua *Uacmitunahau*, y poníanla allí frente a la imagen que traían. Luego comenzaban sus ofrendas, sahumerios y oraciones y muchos derramaban la sangre de muchas partes del cuerpo, y con ella untaban la piedra del demonio llamado *Ekelacantun*, y así pasaban estos días aciagos, al cabo de los cuales llevaban a *Uacmitunahau* al templo y a *Ekuuayayab* a la parte de medio día, para recibirla otro año.

Este año en que la letra era *Cauac* y reinaba el *bacab Hozanek*, tenían, además de la pronosticada mortandad, por ruin, pues decían que los muchos soles les habrían de matar los maizales, y las muchas hormigas y los pájaros comerse lo que sembrasen; y como esto no sería en todas partes, en algunas, con gran trabajo, habría comida. Obligábales el demonio, para remedio de estas miserias, (a) hacer cuatro demonios llamados *Chicacchob, Ekbalamchac, Ahcanuolcab* y *Ahbulucbalam* y ponerlos en el templo donde los sahumaban con sus sahumerios y les ofrecían para quemar dos pellas de una leche o resina de un árbol que llamaban *kik*, y ciertas iguanas y pan, y una mitra y un manojo de flores, y una piedra preciosa de las suyas. Además de esto, para la celebración de esta fiesta hacían en el patio una gran bóveda de

madera y henchíanla de leña por lo alto y por los lados, dejándole en ellos puertas para poder entrar y salir. Después de hecho tomaban los más hombres sendos manojos de unas varillas muy secas y largas, atados, y puesto un cantor en lo alto de la leña, cantaba y hacía son con un tambor de los suyos; bailaban todos los de abajo con mucho concierto y devoción, entrando y saliendo por las puertas de aquella bóveda de madera, y así bailaban hasta la tarde en que dejando allí cada uno su manojo se iban a sus casas a descansar y a comer.

En anocheciendo volvían y con ellos mucha gente, porque entre ellos esta ceremonia era muy estimada, y tomando cada uno su hachón lo encendía y con él cada uno por su parte pegaba fuego a la leña la cual ardía mucho y se quemaba presto. Después de hecho todo brasa, la allanaban y tendían muy tendida y junto a los que habían bailado, había algunos que se ponían a pasar descalzos y desnudos, como ellos andaban, por encima de aquella brasa, de una parte a otra; y pasaban algunos sin lesión, otros abrasados y otros medio quemados y en esto creían que estaba el remedio de sus miserias y malos agüeros, y pensaban que éste era el servicio más agradable a los dioses. Hecho esto, se iban a beber y hacer cestos, pues así lo pedía la costumbre de la fiesta y el calor del fuego[28].

---

28 Por la extensión que dedica Landa a los rituales del año nuevo podemos deducir que eran las principales celebraciones del ciclo del calendario *haab*. En los cinco días aciagos o sobrantes venía a decidirse la suerte de la población para los siguientes 18 meses, por la sencilla razón de que esos cinco días originaban el desfase existente entre *tzolkin* y *haab*, determinando la rotación de los cuatro días del primero que coincidían con el inicio del segundo, y dando lugar, por tanto, a los distintos augurios para cada segmento anual. Este cielo de cuatro años *haab* que empezaban con días diferentes del *tzolkin* —de los cuales tomaban el nombre— era fundamental en la religiosidad de las aldeas y por ello perduraba tan vivamente en el pensamiento indígena después de la conquista. Cuatro dioses supremos gobernaban por turnos, y otros eran invocados según sus particulares manifestaciones para cada período sucesivo de 360 días; el lector podrá apreciar en las páginas anteriores que junto a Itzamná o Kinich Ahau se rinde culto a divinidades que se distinguen solamente por prefijos calificativos de color, por ejemplo *zac* (blanco) y *chac* (rojo), lo cual indica que se trata de un único ser que se manifiesta en los cuatro rumbos o direcciones. También se comprueba a través de los movimientos circulares que realizan los oficiantes que el ciclo ceremonial recorre las cuatro esquinas del mundo; obviamente, el fin último es consolidar la posición de la comunidad en el universo y establecer una relación normativa con las fuerzas sobrenaturales que lo gobiernan.

Con las letras de los indios puestas atrás, ponían nombres a los días de sus meses y de todos los meses juntos hacían un modo de calendario, con el cual se regían así para sus fiestas como para sus cuentas, tratas y negocios, como nosotros nos regimos con el nuestro, salvo que no comenzaban su calendario el día primero de su año, sino muy adelante, lo cual hacían por la dificultad con que contaban los días de los meses, todos juntos, como se verá en el propio calendario que pondré aquí; porque aunque las letras y días para sus meses son 20, tienen costumbre de contarlas desde una hasta 13. Tornan a comenzar de una después de las 13, y así reparten los días del año en 27 treces y 9 días sin los aciagos.

Con estos retruécanos y embarazosa cuenta, es cosa de ver la liberalidad con que los que saben, cuentan y se entienden, y mucho de notar es que salga siempre la letra que es dominical en el primer día de su año, sin errar ni faltar, ni venir a salir allí otra de las 20. Usaban también de este modo de contar para sacar de estas letras cierto modo de contar que tenían para las edades y otras cosas que, aunque son para ellos curiosas, no nos hacen aquí mucho al propósito, y por eso se quedan, con decir que el carácter o letra con que comenzaban la cuenta de sus días o calendario se llama *Hun Imix* y es éste:

—el cual no tiene día cierto ni señalado en que caiga, porque cada uno le muda la propia cuenta y con todo eso no falta el salir la letra que viene por dominical el primero del año que se sigue.

El primer día del año de esta gente era siempre a 16 días de nuestro mes de julio, y primero de su mes de *Pop*, y no es de maravillar que esta gente, aunque simple en otras cosas, le hemos hallado curiosidad y opinión en ésta, como la han tenido otras naciones, pues según la glosa sobre Ezequiel, enero es, según los romanos, el principio del año; según los hebreos, abril; según los griegos, marzo; y según los orientales, octubre. Pero, aunque ellos

comienzan su año en julio, yo no pondré aquí su calendario sino por el orden del nuestro y junto con el nuestro, de manera que irán señaladas nuestras letras y las suyas, nuestros meses y los suyos y su cuenta de los trece sobre dichos, puesta en cuenta de guarismos[29].

Y porque no haya necesidad de poner en una parte el calendario y en otra las fiestas, pondré en cada uno de sus meses sus fiestas y las observancias y ceremonias con que las celebraban y con esto cumpliré lo que en alguna parte de atrás he dicho: que haré su calendario y en él diré de sus ayunos y de las ceremonias con que hacían los ídolos de madera y otras cosas, todas las cuales y las demás aquí tratadas no es mi intento sirvan de más de materia de alabar a la bondad divina que tal ha sufrido y tal ha tenido por bien remediar en nuestros tiempos, para que advirtiéndolo con entrañas cristianas le supliquemos por su conservación y aprovechamiento en buena cristiandad y los que a su cargo lo tengan, los favorezcan y ayuden porque por los pecados de esta gente o los nuestros, no les falte la ayuda, o ellos no falten en lo comenzado y así vuelvan a sus miserias ni a sus yerros y les acaezcan cosas peores que las primeras, tornando los demonios a las casas de sus almas, de donde con trabajosos cuidados hemos procurado echarlos, limpiándoselas y barriéndolas de sus vicios y malas costumbres pasadas; y no es mucho temer esto viendo la perdición que hace tantos años hay en toda la grande y muy cristiana Asia, y en la buena y católica y augustísima África, y las miserias y calamidades que el día de hoy pasan en nuestra Europa y en nuestra nación y casas, por lo cual podríamos decir: se nos han cumplido las evangélicas profecías sobre Jeru-

---

29 Siendo el año maya de 365 días, no es posible que el día primero coincidiera siempre con el 16 de julio del calendario europeo. De igual manera, el *haab* no resultaba útil para regular las faenas agrícolas, pues se iba adelantando progresivamente a la sucesión de las estaciones en el año trópico verdadero. Tal vez durante el período Formativo fuera conocido y empleado por los campesinos, pero pocos siglos más tarde pasó a ser un artificio convencional de medida del tiempo —cómputo del transcurso de los días— en el que se situaban las principales ceremonias, mientras que el *tzolkin* aportaba el sentido de sus correspondientes cargas o pronósticos. Es interesante comprobar que sólo el ciclo adivinatorio ha perdurado hasta la actualidad en las comunidades indígenas.

salén de que la c'ercarían sus enemigos y la agostarían y apretarían tanto que la derrocasen por tierra; y esto ya lo habría permitido Dios, según somos, pero no puede faltar su iglesia ni lo del que dijo: *Dominus reliquisset semen, sicut Sodoma fuissemus.*

Comienza el calendario romano y yucatenense

ENERO

Treces	Días	Meses de los Indios
a 12 Ben		Van con mucho temor, según decían, criando dioses. Acabados ya y puestos en perfección los ídolos, hacía el dueño de ellos un presente, el mejor que podía, de aves y caza y de su moneda para pagar con él el trabajo de quienes lo habían hecho, y los sacaban de la casilla poniéndolos en otra enramada para ello hecha en el patio, en la cual los bendecía el sacerdote con mucha solemnidad y abundancia de devotas oraciones, habiéndose quitado primero él y los oficiales el tizne, porque decían que ayunaban en tanto que los hacían. Estando untado y echado el demonio como solían, y quemado el incienso bendito, ponían (el ídolo) en una petaquilla envuelto en un paño y lo entregaban al dueño, y él, con asaz devoción, lo recibía. Luego predicaba el buen sacerdote la excelencia del oficio de hacer dioses nuevos del peligro que corrían quienes los hacían si acaso no guardaban sus abstinencias y ayunos. Después comían muy bien y se emborrachaban mejor.
b 13 Ix		
c 1 Men		
d 2 Cib		
e 3 Caban		
f 4 Ezanab		
g 5 Cauac		
a 6 Ahau		
b 7 Imix		

c 8 Ik

d 9 Akbal

YAX

c 10 Kan

f 11 Chicchan

g 12 Cimi

a 13 Manik

b 1 Lamat

c 2 Muluc

d 3 Oc

e 4 Chuen

f 5 Eb

g 6 Ben

En cualquiera de los meses de *Chen* y *Yax*, y en el día que señalaba el sacerdote, hacían una fiesta que llamaban *Ocná,* que quiere decir *renovación del templo;* esta fiesta la hacían en honra de los *chaces* que tenían por dioses de los maizales, y en ella miraban los pronósticos de los *bacabes,* como más largo queda dicho y conforme al orden puesto en su lugar. Dicha fiesta la hacían cada año y además de esto renovaban los ídolos de barro y sus braseros, que era costumbre tener cada ídolo un braserito en que le quemasen su incienso, y si era menester, hacían de nuevo la casa o la renovaban y ponían en la pared la memoria de estas cosas con sus caracteres.

a 7 Ix

b 8 Men

c 9 Cib

d 10 Caban

e 11 Ezanab

f 12 Cauac

g 13 Ahau

a 1 Imix

Aquí comienza la cuenta del Calendario de los Indios diciendo en su lengua: Hun Imix.

b 2 Ik

c 3 Akbal

FEBRERO

d 4 Kan

e 5 Chicchan

f 6 Cimi

ZAC

En un día de este mes de *Zac* que el sacerdote señalaba, hacían los cazadores otra fiesta como la del mes de *Zip*, la cual servía para aplacar en los dioses la ira que tenían contra ellos y sus sementeras; y las hacían (también) por la sangre que derra-

g 7 Manik

a 8 Lamat

b 9 Muluc

c 10 Oc

d 11 Chuen

e 12 Eb

f 13 Ben

g 1 Ix

a 2 Men

b 3 Cib

c 4 Caban

d 5 Ezanab

e 6 Cauac

maban en la caza, porque tenían por cosa horrenda cualquier derramamiento de sangre si no era en sus sacrificios, y por esta causa siempre que iban de caza invocaban al demonio y le quemaban incienso, y, si podían, le untaban el rostro con la sangre del corazón de la tal caza.

f 7 Ahau

g 8 Imix

a 9 Ik

b 10 Akbal

c 11 Kan

d 12 Chicchan

c 13 Cimi

f 1 Manik

g 2 Lamat

a 3 Muluc

b 4 Oc

c 5 Chuen

MARZO

d 6 Eb

En cualquier día que cayese este séptimo de *Ahau*, hacían una muy grande fiesta que duraba tres días, de sahumerios y ofrendas y su gentil borrachera; y porque esta fiesta es movible, tenían los cuidadosos sacerdotes cuidado de echarla con tiempo para que se ayunase debidamente.

CEH

e 7 Ben

f 8 Ix

g 9 Men

a 10 Cib

b 11 Caban

c 12 Ezanab

d 13 Cauac

e 1 Ahau

f 2 Imix

g 3 Ik

a 4 Akbal

b 5 Kan

c 6 Chicchan

d 7 Cimi

e 8 Manik

f 9 Lamat

g 10 Muluc

a 11 Oc

b 12 Chuen

c 13 Eb

d 1 Ben

e 2 Ix

f 3 Men

MAC

En cualquier día de este mes de *Mac* hacía la gente anciana y los más viejos, una fiesta a los *chaces,* dioses de los panes, y a *Izamná.* Y un día o dos antes hacían la siguiente ceremonia, a la cual llamaban en su lengua *Tuppkak:* tenían buscados animales y sabandijas del campo que podía haber y había en la tierra, y con ellos se juntaban en el patio del templo en el cual se ponían los *chaces* y el sacerdote, sentados en las esquinas, como solían (hacer) para echar al demonio, con sendos cántaros de agua que allí les traían a cada uno. En medio ponían un gran manojo de varillas secas, atadas y enhiestas, y quemando primero de su incienso en el brasero, pegaban fuego a las varillas y en tanto que ardían, sacaban con liberalidad los corazones a las aves y animales, y echábanlos a quemar en el fuego; y si no había animales grandes como tigres, leones o lagartos, hacían corazones con su incienso; y si había animales y los mataban, traían sus corazones para aquel fuego. Quemados todos los corazones, mataban el fuego con los cántaros de agua de los *chaces.* Hacían esto para alcanzar con ello y la siguiente fiesta buen año de agua para sus panes; luego celebraban la fiesta, diferentemente de las otras, pues para ella no ayunaban, salvo el muñidor de ella, que éste ayunaba su ayuno. Venidos, pues,

g 4 Cib

a 5 Caban

b 6 Ezanab

c 7 Cauac

d 8 Ahau

e 9 Imix

f 10 Ik

a celebrar la fiesta, se juntaba el pueblo, los sacerdotes y los oficiales en el patio del templo donde tenían hecho un montón de piedras con sus escaleras todo muy limpio y aderezado de frescuras. Daba el sacerdote incienso preparado por el muñidor, el cual lo quemaba en el brasero y así dizque huía el demonio. Hecho esto con su devoción acostumbrada, untaban el primer escalón del montón de las piedras con lodo del pozo, y los demás escalones con betún azul, y echaban muchos sahumerios e invocaban a los *chaces* y a *Izamná* con sus oraciones y devociones, y ofrecían sus presentes. Esto acabado, se consolaban comiendo y bebiendo lo ofrecido y quedaban confiados del buen año con sus servicios e invocaciones.

ABRIL KANKIN

g 11 Akbal

a 12 Kan

b 13 Chicchan

c 1 Cimi

d 2 Manik

c 3 Lamat

f 4 Muluc

g 5 Oc

a 6 Chuen

b 7 Eb

c 8 Ben

d 9 Ix

e 10 Men

f 11 Cib

g 12 Caban

a 13 Ezanab

b 1 Cauac

c 2 Ahau

d 3 Imix

e 4 Ik

f 5 Akbal

g 6 Kan

a 7 Chicchan

b 8 Cimi

c 9 Manik

d 10 Lamat

e 11 Muluc

f 12 Oc

g 13 Chuen

a 1 Eb

MUAN

En el mes de *Muan* los que tenían cacahuates hacían una fiesta a los dioses *Ekchuah, Chac* y *Hobnil,* que eran sus abogados. Íbanla a hacer a alguna heredad de alguno de ellos, donde sacrificaban un perro manchado por el color del cacao y quemaban a los ídolos su incienso y ofrecíanles iguanas de las azules, y ciertas plumas de un pájaro y otras cazas, y daban a cada uno de los oficiales una mazorca de la fruta del cacao. Acabado el sacrificio y sus oraciones, comíanse los presentes y bebían dizque no más tres veces del vino, que no llegaban a más, e íbanse a casa del que tenía la fiesta a (su) cargo, y hacíanse unas pasas *(sic)* con regocijo.

MAYO

b 2 Ben

c 3 Ix

d 4 Men

e 5 Cib

f 6 Caban

g 7 Ezanab

a 8 Cauac

b 9 Ahau

c 10 Imix

d 11 Ik

e 12 Akbal

f 13 Kan

g 1 Chicchan

a 2 Cimi

b 3 Manik

c 4 Lamat

d 5 Muluc

e 6 Oc

f 7 Chuen

g 8 Eb

a 9 Ben

b 10 Ix

c 11 Men

PAX

En este mes de *Pax* hacían una fiesta llamada *Pacumchac,* para la cual se juntaban los señores y sacerdotes de los pueblos menores a los mayores, y, así, juntos, velaban cinco noches en el templo de *Citchaccoh,* con oraciones, ofrendas y sahumerios, como está dicho hacen en la fiesta de *Cuculcán,* en el mes de *Xul*, en noviembre. Antes de pasados estos días, iban todos a casa del capitán de sus guerras, llamado *Nacón,* del cual traté, y traíanle con gran pompa sahumándole como a ídolo de templo, y le sentaban quemándole incienso y así estaban él y ellos hasta pasados los cinco días, en los cuales comían y bebían de los dones que se ofrecían en el templo, y bailaban un baile a manera de paso largo de guerra, y así le llaman *Holkanakot*, que quiere decir *baile de guerre*ros. Pasados los cinco días, venían a la fiesta, la cual, porque era para cosas de guerra y alcanzar la victoria sobre los enemigos, era muy solemne. Hacían, pues, primero la ceremonia y sacrificio del fuego, como dije en el mes de *Mac;* después echaban al demonio con mucha solemnidad como solían, y hecho esto venía el orar y ofrecer dones y sahumerios, y en tanto que la gente hacía estas sus ofrendas y oraciones, los señores y los que ya las habían hecho tomaban en hombros al *Nacón* y traíanlo sahumándole alrededor del templo; y cuando volvían con él, los *chaces* sacrificaban un perro y sa-

d 12 Cib

e 13 Caban

f 1 Ezanab

g 2 Cauac

a 3 Ahau

b 4 Imix

c 5 Ik

d 6 Akbal

cábanle el corazón y enviábanlo entre dos platos al demonio, y los *chaces* quebraban sendas ollas grandes llenas de bebida y con esto acababan su fiesta. Acabada, comían y bebían los presentes que allí se habían ofrecido y llevaban al *Nacón* con mucha solemnidad a su casa, pero sin perfumes.

Allá tenían gran fiesta y en ella se emborrachaban los señores, los sacerdotes y los principales, y la demás gente íbase a sus pueblos, salvo que el *Nacón* no se emborrachaba. Otro día, después de digerido el vino, se juntaban todos los señores y sacerdotes de los pueblos que se habían embriagado y quedado allí, en casa del señor, quien les repartía mucha cantidad de su incienso que tenía aparejado y bendito por aquellos benditos sacerdotes; y junto con ello les hacía una plática y con mucha eficacia les encomendaba las fiestas que, en sus pueblos, ellos habían de hacer a sus dioses para que el año fuese próspero de mantenimientos. Hecha la plática se despedían todos, unos de otros, con mucho amor y batahola y cada uno se iba a su pueblo y casa. Allá trataban de hacer sus fiestas, las cuales les duraban, según las hacían, hasta el mes de *Pop*, y llamábanlas *Zabacilthan*, y las hacían de esta manera: miraban en el pueblo, entre los más ricos, quién quería hacer esta fiesta y encomendábanle su día por tener más agasajo estos tres meses que había hasta su año nuevo; y lo que hacían era juntarse en casa del que hacía la fiesta, y allí hacer las ceremonias de echar al demonio y quemar copal y hacer ofrendas con regocijos y bailes, y hacerse unas botas de vino, y en esto paraba todo; y era tanto el exceso que había de estas fiestas durante los tres meses, que lástima grande era verlos, que unos andaban arañados, otros descalabrados, otros (con) los ojos encarnizados del mucho emborracharse, y con todo eso (tenían tanto) amor al vino, que se perdían por él.

JUNIO KAYAB

e 7 Kan

f 8 Chicchan

g 9 Cimi

a 10 Manik

b 11 Lamat

c 12 Muluc

d 13 Oc

e 1 Chuen

f 2 Eb

g 3 Ben

a 4 Ix

b 5 Men

c 6 Cib

d 7 Caban

e 8 Ezanab

f 9 Cauac

g 10 Ahau

a 11 Imix

b 12 Ik

c 13 Akbal

CUMKU

d 1 Kan

e 2 Chicchan

f 3 Cimi

g 4 Manik

a 5 Lamat

b 6 Muluc

c 7 Oc

d 8 Chuen

e 9 Eb

f 10 Ben

JULIO

g 11 Ix

a 12 Men

b 13 Cib

c 1 Caban

d 2 Ezanab

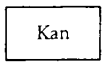
e 3 Cauac

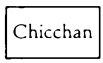
f 4 Ahau

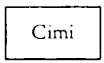
g 5 Imix

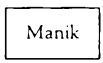
a 6 Ik

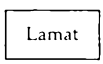
b 7 Akbal

c 

d 

e 

f 

g 

Dicho queda en pasados capítulos, que los indios comenzaban sus años desde estos días sin nombre, aparejándose en ellos como en la vigilia para la celebración de la fiesta de su año nuevo; y allende del aparejo que hacían con la fiesta del demonio *Uuayayab*, para la cual salían de sus casas, los demás aparejos eran salir muy poco de casa estos cinco días, y ofrecer, además de los dones de la fiesta general, cuentas a sus demonios y a los otros de los templos. Estas cuentas que así ofrecían nunca tomaban para sus usos, ni cosa que al demonio ofreciesen, y de ellas compraban incienso para quemarle. En estos días no se peinaban ni lavaban, ni las mujeres ni los hombres espulgaban, ni hacían obra servil o trabajosa, porque temían que les sucediese algún mal si lo hacían.

POP

a 12 Kan

b 13 Chicchan

c 1 Cimi

d 2 Manik

e 3 Lamat

El primer día de *Pop* es el primero del primer mes de los indios; era su año nuevo y, entre ellos, fiesta muy celebrada porque era general y de todos; y así todo el pueblo junto, hacía fiesta a todos los ídolos. Para celebrarla con más solemnidad, renovaban en este día todas las cosas de su servicio, como platos, vasos, banquillos, serillas, y la ropa vieja y las mantillas en que tenían envueltos a los ídolos. Barrían sus casas y la basura y los pertrechos viejos echábanlos fuera del pueblo, al muladar, y nadie, aunque los hubiese menester, los

f 4 Muluc

g 5 Oc

a 6 Chuen

b 7 Eb

c 8 Ben

d 9 Ix

e 10 Men

f 11 Cib

g 12 Caban

a 13 Ezanab

b 1 Cauac

AGOSTO

c 2 Ahau

d 3 Imix

tocaba. Para esta fiesta comenzaban un tiempo antes a ayunar y abstenerse de sus mujeres los señores, el sacerdote y la gente principal y los que más lo querían por su devoción, que algunos comenzaban tres meses antes, otros dos, y otros como les parecía, pero ninguno menos de trece días; y en estos trece días añadían a la abstinencia de la mujer no comer en los manjares ni sal ni su pimienta, lo que era tenido entre ellos por gran penitencia. En este tiempo elegían los oficiales *chaces* para ayudar al sacerdote, y éste aparejaba muchas pelotillas de su incienso fresco en unas tablillas que teman los sacerdotes, incienso que los abstinentes y ayunantes quemaban a los ídolos. Quienes comenzaban estos ayunos no osaban quebrantarlos porque creían que les vendría algún mal en sus personas o casas.

Venido, pues, el año nuevo, se juntaban todos los varones en el patio del templo, solos, porque en ningún sacrificio o fiesta que en el templo se hacía habían de hallarse mujeres, salvo las viejas que habían de hacer sus bailes. En las fiestas que hacían en otras partes podían ir y hallarse las mujeres. Aquí iban limpios y galanos de sus unturas coloradas, y quitado el tizne negro de que andaban untados cuando ayunaban. Congregados todos y con muchos presentes de comidas y bebidas que llevaban y mucho vino que habían hecho, purgaba el sacerdote el templo sentándose en medio del patio, vestido de pontifical, (teniendo) cerca de

e 4 Ik

f 5 Akbal

sí un brasero y las tablillas del incienso. Sentábanse los *chaces* en las cuatro esquinas y tiraban un cordel nuevo de uno a otro, dentro del cual habían de entrar todos los que habían ayunado para echar al demonio. Echado el demonio, todos comenzaban sus devotas oraciones y los *chaces* sacaban lumbre nueva y encendían el brasero, ya que en las fiestas de todos y de comunidad quemaban con lumbre nueva el incienso al demonio, y el sacerdote comenzaba a echar su incienso en él y venían todos por su orden, comenzando con los señores, a recibir incienso de la mano del sacerdote, lo cual él les daba con tanta mesura y devoción como si les diera reliquias, y ellos lo echaban poco a poco en el brasero aguardando hasta que se hubiese acabado de quemar. Después de este sahumerio, comían entre todos los dones y presentes, y andaba el vino hasta que se hacían unas cubas: y este era su año nuevo y servicio muy aceptado por sus ídolos. Había después algunos otros que dentro de este mes de *Pop* celebraban esta fiesta por su devoción con sus amigos y con los señores y sacerdotes, que sus sacerdotes siempre eran los primeros en sus regocijos y bebidas.

UO

g 6 Kan

a 7 Chicchan

b 8 Cimi

c 9 Manik

d 10 Lamat

e 11 Muluc

f 12 Oc

g 13 Chuen

a 1 Eb

b 2 Ben

c 3 Ix

d 4 Men

e 5 Cib

f 6 Caban

g 7 Ezanab

a 8 Cauac

b 9 Ahau

c 10 Imix

d 11 Ik

e 12 Akbal

En el mes de *Uo* se comenzaban a aparejar con ayunos y las demás cosas, para celebrar la fiesta, los sacerdotes, los médicos y hechiceros, que era todo uno. Los cazadores y pescadores veníanla a celebrar a siete de *Zip*, y celebrábanla por sí, cada uno de éstos, en su día: primero los sacerdotes, (fiesta) a la cual llamaban *Pocam*. Se juntaban en casa del señor con sus aderezos, echaban antes al demonio, como solían hacerlo, y después sacaban sus libros y los tendían sobre las frescuras que para ello tenían, e invocando con sus oraciones y su devoción a un ídolo que llamaban *Cinchau-Izamná*, del cual dicen fue el primer sacerdote, y ofrecíanle sus dones y presentes y quemábanle con la lumbre nueva sus pelotillas de incienso; entre tanto, desleían en su vaso un poco de su cardenillo, con agua virgen, que ellos decían, traída del monte donde no llegase mujer, y untaban con ello las tablas de los libros para su mundificación, y hecho esto abría el más docto de los sacerdotes un libro y miraba los pronósticos de aquel año y los decíaraba a los presentes, y predicábales un poco encomendándoles los remedios; y en esta fiesta señalaba, para el otro año, al sacerdote o señor que había de hacerla; y si moría el que señalaban para hacerla, los hijos quedaban obligados a cumplir por el difunto. Hecho esto, comían todos los dones y comida que habían traído, y bebían hasta hacerse zaques y así acababa la fiesta en la cual bailaban algunas veces un baile que llaman *Okotuil*.

ZIP

f 13 Kan

g 1 Chicchan

a 2 Cimi

b 3 Manik

c 4 Lamat

d 5 Muluc

e 6 Oc

SEPTIEMBRE

f 7 Chuen

g 8 Eb

a 9 Ben

b 10 Ix

c 11 Men

Al día siguiente se juntaban los médicos y hechiceros en casa de uno de ellos, con sus mujeres, y los sacerdotes echaban al demonio; hecho lo cual, sacaban los envoltorios de su medicina en que traían muchas niñerías y sendos idolillos de la diosa de la medicina que llamaban *Ixchel,* y así a esta fiesta llamaban *Ibcil, Ixchel,* y unas pedrezuelas de las suertes que echaban y llamaban *Am* y con su mucha devoción invocaban con oraciones a los dioses de la medicina que decían eran *Izamná, Citbolontun* y *Ahau Chamahez,* y dándoles los sacerdotes el incienso, lo quemaban en el brasero del fuego nuevo entre tanto los *chaces* embadurnaban los ídolos y las pedrezuelas con otro betún azul como el de los libros de los sacerdotes. Hecho esto envolvía cada uno las cosas de su oficio y tomando el envoltorio a cuestas bailaban todos un baile llamado *Chantunyab.* Acabado el baile se sentaban de una parte los varones y de la otra las mujeres, y sorteando la fiesta para el otro año, comían de los presen-

tes y emborrachábanse muy sin asco, salvo los sacerdotes que dizque habían vergüenza y guardaban el vino para beber a solas y a su placer.

d 12 Cib

e 13 Caban

f 1 Ezanab

g 2 Cauac

a 3 Ahau

b 4 Imix

El día siguiente se juntaban los cazadores en una casa de uno de ellos y llevando consigo a sus mujeres como los demás, venían los sacerdotes y echaban el demonio como solían. Ya echado, ponían en medio el aderezo para el sacrificio de incienso y fuego nuevo y betún azul. Y con su devoción invocaban los cazadores a los dioses de la caza, *Acanum, Zuhuyzib Zipitabai* y otros, y repartíanles el incienso, el cual echaban al brasero; y en tanto que ardía, sacaba cada uno una flecha y una calavera de venado, las cuales untaban los *chaces* con el betún azul. Ya untadas, bailaban con ellas en las manos; otros se horadaban las orejas, otros la lengua y pasaban por los agujeros siete hojas de una yerba, algo anchas, que llaman *Ac*. Habiendo hecho esto primero, el sacerdote y los oficiales de la fiesta ofrecían luego los dones, y así bailando, se escanciaba el vino y se emborrachaban hechos unos cestos.

c 5 Ik

d 6 Akbal

Al día siguiente los pescadores hacían su fiesta por el orden de los demás, salvo que lo untado eran los aparejos de pescar y no se horadaban las orejas sino harpábanselas a la redonda y bailaban su baile llamado *Chohom;* y hecho todo bendecían un palo alto y gordo y poníanle enhiesto. Tenían costumbre, después de que habían hecho la fiesta en los pueblos, irla a hacer a la costa los señores y mucha gente; y allá hacían muy grandes pesquerías y regocijos y llevaban gran recado de trasmallos de sus redes y anzuelos y otras industrias con que pescan. Los dioses que en esta fiesta eran sus abogados son *Abkaknexoi, Abpua* y *Ahcitzamalcun.*

e 7 Kan

f 8 Chicchan

g 9 Cimi

a 10 Manik

b 11 Lamat

c 12 Muluc

d 13 Oc

e 1 Chuen

f 2 Eb

g 3 Ben

a 4 Ix

b 5 Men

c 6 Cib

ZODZ

En el mes de *Zodz* se aparejaban los señores de los colmenares para celebrar su fiesta en *Tzec*, y aunque el aparejo principal de estas fiestas era el ayuno, no obligaba más que al sacerdote y oficiales que le ayudaban; para los demás era voluntario.

d 7 Caban

e 8 Ezanab

f 9 Cauac

g 10 Ahau

OCTUBRE

a 11 Imix

b 12 Ik

c 13 Akbal

d 1 Kan

e 2 Chicchan

f 3 Cimi

g 4 Manik

a 5 Lamat

TZEC

Venido el día de la fiesta se aparejaban en la casa en que ésta se celebraba y hacían todo lo que en las demás, salvo que no derramaban sangre. Tenían por abogados a los *bacabes* y especialmente a *Hobnil*. Hacían muchas ofrendas y en especial daban a los cuatro *chaces* cuatro, platos con sendas pelotas de incienso en medio de cada uno y pintadas a la redonda unas figuras de miel, que para la abundancia de ella era esta fiesta. Concluíanla con vino[30], como so-

[30] Los yucatecos hacían el *vino* llamado *balche* con cortezas del árbol de este nombre *(Lonchocarpus violaceus)* y miel. Su uso estaba restringido a las celebraciones rituales, y seguramente, a personas de especial categoría. Todavía se ingiere en ceremonias relacionadas con

b 6 Muluc

c 7 Oc

d 8 Chuen

e 9 Eb

f 10 Ben

g 11 Ix

a 12 Men

b 13 Cib

c 1 Caban

d 2 Ezanab

e 3 Cauac

f 4 Ahau

g 5 Imix

lían, y harto, porque daban para ello los dueños de las colmenas miel en abundancia.

---

la agricultura o sirve para rociar a la novia y los invitados en alguna boda. Los españoles apreciaron mucho su carácter purgante.

a 6 Ik

b 7 Akbal

c 8 Kan

d 9 Chicchan

e 10 Cimi

f 11 Manik

g 12 Lamat

a 13 Muluc

b 1 Oc

c 2 Chuen

NOVIEMBRE

d 3 Eb

e 4 Ben

f 5 Ix

XUL

Queda dicha la ida de *Cuculcán* de Yucatán, después de la cual hubo entre los indios algunos que dijeron se había ido al cielo con los dioses, y por eso le tuvieron por dios y le señalaron templo en que como a tal le celebrasen su fiesta, y se la celebró toda la tierra hasta la destrucción de *Mayapán*. Después de esta destrucción, dicha fiesta se celebraba sólo en la provincia de *Maní*, y las demás, en reconocimiento de lo que debían a *Cuculcán*, presentaban a *Maní*, una un año y otra el otro año, o a las veces, cinco muy galanas banderas de pluma, con las cuales hacían la fiesta en esta manera y no como las pasadas: a 16 de *Xul* se juntaban todos los señores y sacerdotes en *Maní*, con ellos gran gentío de los pueblos, el cual venía ya preparado de ayunos y abstinencias. Aquel día, en la tarde, salían con gran procesión de gente, y con muchos de sus farsantes, de casa del señor donde se habían juntado, e iban con gran sosiego al templo de *Cuculcán*, el cual tenían muy aderezado; y llegados, hacían sus oraciones, ponían las banderas en lo alto del templo y abajo, en el patio, tendían todos cada uno de sus ídolos sobre hojas de árboles que para ello había, y sacada la lumbre nueva comenzaban a

g 6 Men

a 7 Cib

b 8 Caban

c 9 Ezanab

d 10 Cauac

e 11 Ahau

f 12 Imix

g 13 Ik

a 1 Akbal

quemar en muchas partes incienso y a hacer ofrendas de comidas guisadas sin sal ni pimienta, y de bebidas de sus habas y pepitas de calabaza; y quemando siempre copal, sin volver los señores a sus casas, (ni quienes) los habían ayudado, pasaban cinco días y cinco noches en oraciones y en algunos bailes devotos. Hasta el primer día de *Yaxkin* andaban los farsantes estos cinco días por las casas principales haciendo sus farsas, y recogían los presentes que les daban y todo lo llevaban al templo, donde acabados de pasar los cinco días repartían los dones entre los señores, sacerdotes y bailadores, y cogían las banderas e ídolos y se volvían a casa del señor y de allí cada cual a la suya. Decían y tenían muy creído, que el postrer día bajaba *Cuculcán* del cielo y recibía los servicios, vigilias y ofrendas. Llamaban a esta fiesta *Chickabán*.

YAXKIN

b 2 Kan

c 3 Chicchan

d 4 Cimi

e 5 Manik

En este mes de *Yaxkin* se comenzaban a aparejar, como solían, para una fiesta general que hacían en *Mol*, en el día que señalaba el sacerdote, a todos los dioses. Llamábanla *Olob-Zab-Kamyax*. Lo que pretendían, después de juntos en el templo y hechas las ceremonias y sahumerios como en las fiestas pasadas, era untar con el betún azul que hacían, todos los instrumentos de

f 6 Lamat

g 7 Muluc

a 8 Oc

b 9 Chuen

c 10 Eb

d 11 Ben

e 12 Ix

f 13 Men

g 1 Cib

a 2 Caban

b 3 Ezanab

c 4 Cauac

d 5 Ahau

todos los oficios: desde (los) del sacerdote hasta los husos de las mujeres y los postes de las casas. Para esta fiesta juntaban todos los niños y niñas del pueblo y en vez de embadurnamientos y ceremonias, les daban en las coyunturas de las manos, por la parte de fuera, unos golpecillos; a las niñas se los daba una vieja vestida con un hábito de plumas, que allí las llevaba y por eso la llamaban *Ixmol*, que quiere decir *la allegadera*. Dábanles estos golpes para que saliesen expertos oficiales en los oficios de sus padres y madres. La conclusión era con buena borrachera, ya comidas las ofrendas, salvo que es de creer que aquella devota vieja llevaría con qué emborracharse en casa para no perder las plumas del oficio en el camino.

e 6 Imix

DICIEMBRE

f 7 Ik

g 8 Akbal

a 9 Kan

b 10 Chicchan

c 11 Cimi

d 12 Manik

e 13 Lamat

f 1 Muluc

g 2 Oc

a 3 Chuen

b 4 Eb

c 5 Ben

MOL

En este mes tornaban los colmeneros a hacer otra fiesta como la de *Tzec,* para que los dioses proveyesen de flores a las abejas.

Una de las cosas que estos pobres tenían por más ardua y dificultosa era hacer ídolos de palo, a lo cual llamaban hacer dioses; y así tenían señalado el tiempo particular para hacerlos, y éste era el mes de *Mol* u otro, si el sacerdote les decía que bastaba. Los que querían hacerlos consultaban primero al sacerdote y tomando su consejo iban al oficial de ellos, y dicen que siempre se excusaban los oficiales porque temían que ellos o alguno de sus casas se habían de morir o venirles enfermedades de muerte. Si aceptaban, los *chaces,* que para esto también elegían, y el sacerdote y el oficial comenzaban sus ayunos. En tanto que ellos ayunaban, aquel cuyos eran los ídolos, iba o enviaba al monte por la madera que siempre era de cedro. Venida la madera, hacían una casilla de paja, cercada, donde la metían y una tinaja para echar a los ídolos y allí te-

d 6 Ix

e 7 Men

f 8 Cib

g 9 Caban

a 10 Ezanab

b 11 Cauac

c 12 Ahau

d 13 Imix

e 1 Ik

f 2 Akbal

nerlos tapados según los fuesen haciendo; metían incienso para quemarle a cuatro demonios llamados *Acantunes*, que ponían a las cuatro partes del mundo. Metían con qué sajarse o sacarse sangre de las orejas y la herramienta para labrar los negros dioses y con estos aderezos se encerraban en la casilla los *chaces*, el sacerdote y el oficial, y comenzaban su labor de dioses cortándose a menudo las orejas y untando con la sangre aquellos demonios y quemándoles su incienso y así perseveraban hasta acabar, dándoles de comer y lo necesario. Y no habían de conocer a sus mujeres ni por pienso, ni aun llegar nadie a aquel lugar donde ellos estaban[31].

[31] No hay duda de que era ésta, como Landa sugiere, una de las ocasiones más solemnes del año ritual; el peligro que corrían los artesanos al hacer las efigies les obligaba a continuas prácticas purificadoras, y aun así no todos estaban dispuestos a arrostrar el contacto con el enorme poder del que estaban dotadas las representaciones. En las páginas 95 a 101 del Códice de Madrid se pueden ver las figuras de varios dioses mayas en actitud de tallar las cabezas de madera de otras divinidades. Desde luego, parece lógico que sólo las fuerzas sobrenaturales, o aquellos seres humanos que estuvieran en su cercanía tuvieran la capacidad de dar forma material —convocar, por tanto— a la energía sutil de las potestades ocultas saliendo indemnes del empeño.

CHEN

g 3 Kan

a 4 Chicchan

b 5 Cimi

c 6 Manik

d 7 Lamat

e 8 Muluc

f 9 Oc

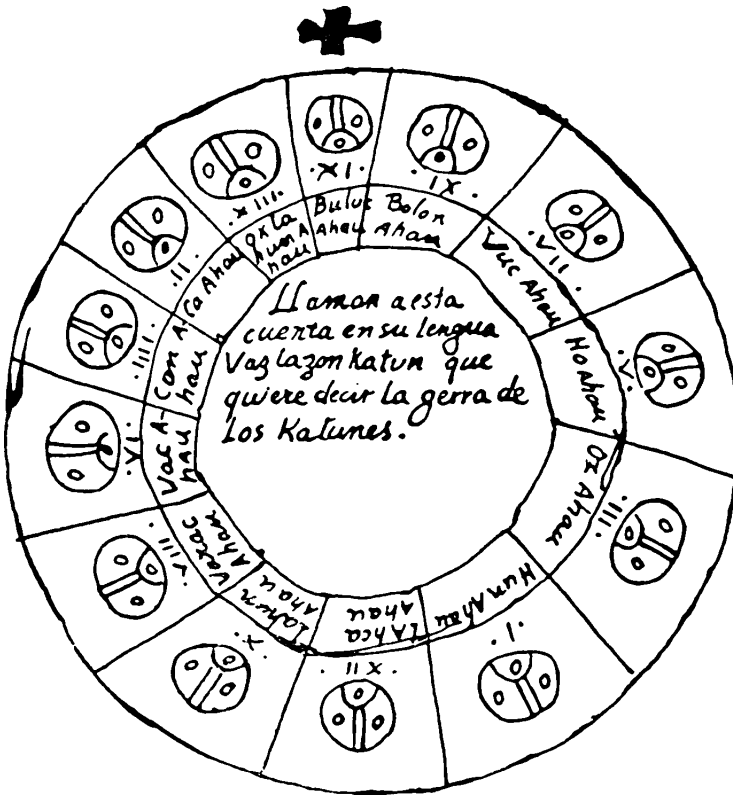
g 10 Chuen

a 11 Eb

No sólo tenían los indios cuenta del año y de los meses, como queda dicho y señalado atrás, sino que tenían cierto modo de contar los tiempos y sus cosas por edades, las cuales hacían de veinte en veinte años, contando 13 veintes con una de las 20 letras de los meses que llaman *Ahau,* sin orden sino retrucadas como aparecen en la siguiente raya redonda[32].

---

[32] Se conoce este sistema de cómputo cronológico como *cuenta corta,* para distinguirlo de la *cuenta larga* que se usaba en el período Clásico. La rueda que dibujó Landa es muy semejante a las que aparecen en algunos de los libros de Chilam Balam, lo que pone de manifiesto la directa inspiración indígena de todo este capitulo.



Llámanles a éstos en su lengua *Katunes*, y con ellos tenían, a maravilla, cuenta de sus edades, y le fue así fácil al viejo de quien en el primer capitulo dije había trescientos años acordarse de ellos[33]. Y si yo no supiera de estas sus cuentas, no creyera se pudiese así acordar de tanta edad.

---

[33] Diego de Landa dividió, al parecer, su obra en capítulos que no fueron respetados por el amanuense que preparó esta copia. No obstante, se menciona a veces en el texto la numeración de varios de estos capítulos, pero hemos preferido suprimirla para evitar confusiones. Basta decir que llega hasta la centena para indicar la extensión y riqueza del original deplorablemente perdido. También se conservaron en el manuscrito de la Real Academia de la Historia los títulos de algunos apartados, que hemos reproducido. El viejo al que se hace alusión aquí no figura en parte alguna del libro.

Quien esta cuenta de los *Katunes* ordenó, si fue el demonio, hizo lo que suele ordenándola a su honor; y si fue hombre, debía ser buen idólatra porque con estos sus *Katunes* añadió todos los principales engaños y agüeros y embaucamientos con que esta gente andaba allende de sus miserias del todo embaucada, y así, ésta era la ciencia a que ellos daban más crédito y la que en más tenían y de la que no todos los sacerdotes sabían dar cuenta. El orden que tenían en contar sus cosas y hacer sus adivinaciones con esta cuenta era que tenían en el templo dos ídolos dedicados a dos de estos caracteres. Al primero, conforme a la cuenta desde la cruz de la raya redonda arriba contenida, adoraban y hacían servicios y sacrificios para remedio de las plagas de sus 20 años, y en los 10 años que faltaban de los 20 del primero no hacían sino quemarle incienso y reverenciarle.

Cumplidos los 20 años del primero comenzaban a seguirse por los hados del segundo y a hacerle sus sacrificios, y quitado aquel primer ídolo ponían otro para venerarle otros diez años.

Verbi gratia: dicen los indios que acabaron de llegar los españoles a la ciudad de Mérida el año de la Natividad del Señor de 1541, que era en punto el primer año de la era de *Buluc-Ahau* que es el que está en la casa donde está la cruz, y llegaron el mismo mes de *Pop* que es el primer mes de su año. Si no hubiera españoles ellos hubiesen adorado el ídolo de *Buluc-Ahau* hasta el año de 51, que son diez años, y al año décimo pusieran otro ídolo, a *Bolon-Ahau* y honráranle siguiéndose por los pronósticos de *Buluc-Ahau* hasta el año de él, y entonces quitáranle del templo y pusieran al ídolo *Uuc-Ahau,* y siguiéranse por los pronósticos de *Bolon-Ahau* otros 10 años; y así daban vuelta a todos. De manera que veneraban a estos sus *Katunes* 20 años y 10 se regían por sus supersticiones y engaños, los cuales eran tantos y tan bastantes para engañar a gente simple que admira, aunque no a los que saben de las cosas naturales y la experiencia que de ellas tiene el demonio[34].

---

34 Después del hundimiento de la civilización clásica de la región central, se perdió la costumbre de medir el tiempo a partir de un punto convencional o comienzo de la era maya. El

Usaba también esta gente de ciertos caracteres o letras con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con ellas y figuras y algunas señales en las figuras, entendían sus cosas y las daban a entender y enseñaban. Hallámosles gran número de libros de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo cual sentían a maravilla y les daba pena.

De sus letras pondré aquí un a, b, c, que no permite su pesadumbre más, porque usan para todas las aspiraciones de las letras de un carácter, y después, júntanle parte de otro y así viene a hacer *in infinitum*, como se podrá ver en el siguiente ejemplo. *Le* quiere decir *lazo y cazar con él*; para escribir *le* con sus caracteres, habiéndoles nosotros hecho entender que son dos letras, lo escribían ellos con tres poniendo a la aspiración de la *l*, la vocal *e*, que antes de sí trae, y en esto no yerran aunque usen (otra) *e*, si quieren ellos, por curiosidad. Ejemplo:

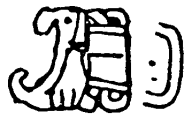
e l e lé

después, al cabo, le pegan la parte junta.

---

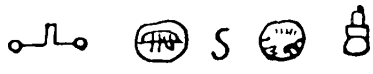
cómputo más dilatado que existía en Yucatán durante el Postclásico llegaba a cubrir sólo 260 años aproximadamente, resultado de combinar 20 katunes sucesivos de 7.200 días cada uno con los 13 días del *tzolkin* en que podían terminar. Como 7.200 es divisible por 20, todos los katunes finalizan con el último día de la veintena llamado Ahau, que va acompañado de su numeral correspondiente del 1 al 13. Puesto que 7.200 dividido por 13 arroja un resto de 11, de un período katún al siguiente el coeficiente numérico del día Ahau avanza 11 posiciones en la trecena, lo cual explica el orden de la rueda de los katunes dibujada por Landa. Comenzando, por ejemplo, en un katún que terminase en el día del *tzolkin* 8 Ahau, el siguiente terminaría en un día 6 Ahau, el siguiente en un día 4 Ahau, y así hasta volver de nuevo a un katún 8 Ahau al cabo de 260 años. Los trece katunes de la rueda, denominados precisamente por el día en que terminaban, estaban deificados y recibían culto; los manuscritos indígenas llamados libros de Chilam Balam contienen los augurios y profecías para los respectivos ciclos.

Ha que quiere decir *agua*, porque la *h* tiene *a* antes de sí la ponen ellos al principio con *a*, y al cabo de esta manera:



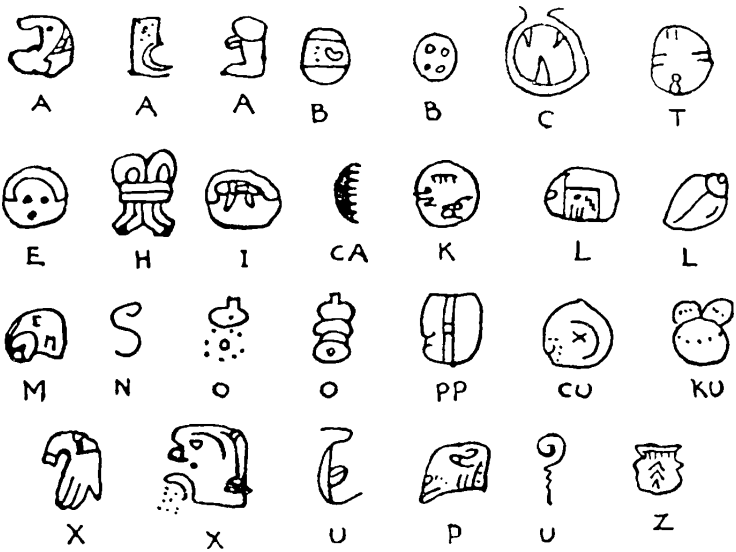
a ha

También lo escriben por partes, pero de la una y otra manera que no pusiera aquí ni tratara de ello sino por dar cuenta entera de las cosas de esta gente: *Ma in Kati* quiere decir *no quiero* y ellos lo escriben por partes de esta manera:



ma i n ka ti

Síguese su a, b, c:



De las letras que aquí faltan carece esta lengua y tiene otras añadidas de la nuestra para otras cosas que las ha menester, y no usan para nada de estos sus caracteres, especialmente a gente moza que ha aprendido los nuestros[35].

CAPÍTULO VII

Edificios de Yucatán

Si Yucatán hubiere de cobrar nombre y reputación con muchedumbre, grandeza y hermosura de edificios, como lo han alcanzado otras partes de las Indias, con oro, plata y riquezas, ella hubiera extendídose tanto como el Perú y la Nueva España, porque es así en esto de edificios y muchedumbre de ellos, la más señalada cosa de cuantas hasta hoy en las Indias se han descubierto, porque son tantos y tantas las partes donde los hay y tan bien edificados de cantería, a su modo, que espanta, y porque esta tierra no es tal al presente, aunque es buena tierra, como parece haber sido en el tiempo próspero en que en ella tanto y tan señalado edificio se labró, con no haber en ella ningún género de metal con que labrarlos; pondré aquí las razones que he visto dar a los que dichos edificios han mirado. Las cuales son que estas gentes debieron estar sujetas a algunos señores amigos de ocuparlos mucho y que los ocuparon en esto, y que como ellos han sido tan buenos honradores de los ídolos, se señalaban de comunidad hacer-

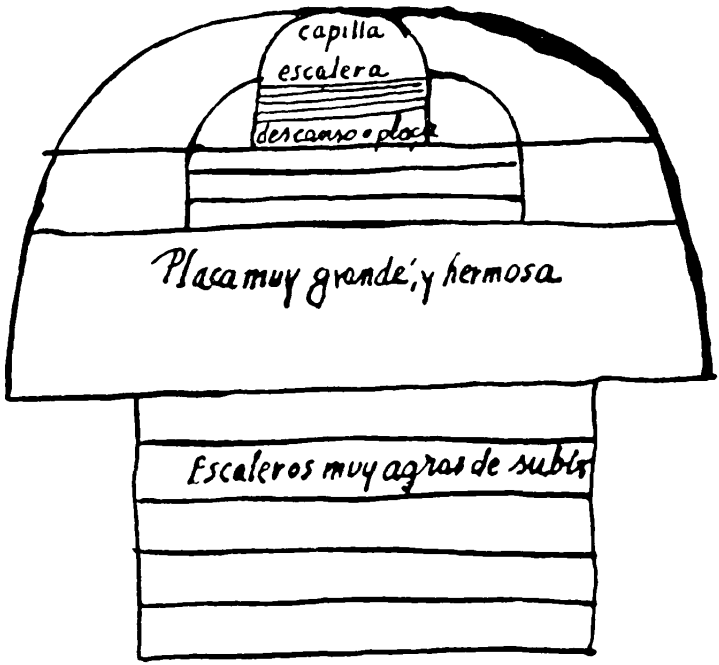
---

[35] Ya hemos señalado en la Introducción que el alfabeto de Landa no es, desgraciadamente, la clave para el desciframiento de los jeroglíficos mayas. Las mas recientes investigaciones permiten suponer que esta escritura precolombina, cuyo número de signos distintos supera el millar, es en parte ideográfica y en parte fonética. Con seguridad reproduce la estructura básicamente monosilábica de la lengua hablada, pero mientras que algunos sonidos constituyen verdaderas palabras con sentido propio, otros lo adquieren dentro del bloque glífico merced a un procedimiento de asociación ortográfica que recuerda ciertas escrituras orientales. El mismo autor de la *Relación* menciona estas características en los párrafos precedentes, aunque no ofrece transcripciones bastante extensas como hubieran deseado los epigrafistas.

les templos; y por algunas causas, se mudaban las poblaciones y así donde poblaban edificaban siempre de nuevo sus templos, santuarios y casas a su usanza para los señores, que ellos siempre las han usado de madera cubierta de paja; o que el grande aparejo que hay de piedra, cal y cierta tierra blanca excelente para edificios, les ha llevado a hacer tantos, que si no es a quienes los han visto, parecerá burla hablar de ellos; o la tierra tiene algún secreto que si hasta ahora no se le ha alcanzado ni a la gente natural de ella, en estos tiempos tampoco ha alcanzado. Porque decir los hayan edificado otras naciones sujetando a los indios, no es así, por las señales que hay de haber sido edificados por gente indiana y desnuda, como se ve en uno de los muchos y muy grandes edificios que allí hay, en las paredes de los bastiones, en las cuales aún duran señales de hombres en carnes y honestados de unos largos listones que llaman *Ex* en su lengua, y de otras divisas que los indios de estos tiempos traían, todo hecho de argamasa muy fuerte. Y morando yo allí se halló en un edificio que desbaratamos un cántaro grande con tres asas y pintado por fuera de unos fuegos plateados, dentro del cual estaban las cenizas de un cuerpo quemado y entre ellas hallamos tres cuentas buenas de piedra, del arte de las que los indios ahora tienen por moneda, todo lo cual muestra haber sido indios[36]. Bien sea, que si lo fueron, era gente de más ser que los de ahora y muy de mayores cuerpos y fuerzas, y aún se ve esto más aquí en *Izamal* que en otra parte, en los bultos de media talla que digo están hoy día de argamasa en los bastiones, que son de hombres crecidos; y los extremos de los brazos y piernas del hombre cuyas eran las cenizas del cántaro que hallamos en el edificio, que estaban a maravilla por quemar y muy gruesos. Se ve también en las escaleras de los edificios, que son más de dos buenos palmos de alto, y esto aquí sólo en Izamal y en Mérida.

---

36 La vasija que describe Landa era sin duda del tipo que los arqueólogos llaman *plumbate*, característica del período Postclásico y cuyo principal centro de manufactura estaba situado en tierras del occidente de Guatemala. Hay también algunos enterramientos clásicos en urna, pero no fue practica generalizada hasta época tardía, coincidiendo con la cremación de los cuerpos. Las piedras moneda serían de jade, un mineral escaso y de alto valor para los mayas, con el cual se hacían joyas que simbolizaban el rango de los señores.



Hay aquí en Izamal un edificio entre los otros, de tanta altura y hermosura que espanta, el cual se verá en esta figura y en esta razón de ella: Tiene 20 gradas de a más de dos buenos palmos de alto y ancho cada una, y tendrán más de cien pies de largo. Son estas gradas de muy grandes piedras labradas, aunque con el mucho tiempo y estar expuestas al agua, están ya feas y maltratadas. Tiene después labrado en torno, como señala la raya redonda, una muy fuerte pared de cantería en la cual, como a estado y medio de alto, sale una ceja de hermosas piedras, todo a la redonda, y desde ellas se torna después a seguir la obra hasta igualar con la altura de la plaza que se hace después de la primera escalera. Después de la cual plaza, se hace otra escalera como la primera, aunque no tan larga ni de tantos escalones, siguiendo siempre a la redonda la obra de la pared. Encima de estos escalones se hace otra buena placeta y en ella, algo pegado

a la pared, está hecho un cerro bien alto con su escalera al mediodía, donde caen las escaleras grandes, y encima está una hermosa capilla de cantería bien labrada. Yo subí a lo alto de esta capilla y, como Yucatán es tierra llana, se ve desde ella a maravilla tanta tierra cuanto la vista puede alcanzar, y se ve la mar. Estos edificios de *Izamal* eran once o doce por todos, aunque éste es el mayor, y están muy cerca unos de otros. No hay memoria de los fundadores y parecen haber sido los primeros. Están a ocho leguas de la mar en muy hermoso sitio y buena tierra y comarca de gente, por lo cual los indios, con harta insistencia, nos hicieron poblar una casa en uno de estos edificios que llamamos San Antonio, el año de 1549, en la cual y en todo lo de la redonda se les ha ayudado mucho para su cristiandad y así se han poblado en este asiento dos buenos pueblos, aparte uno del otro.

Los segundos edificios que en esta tierra son más principales y antiguos —tanto que no hay memoria de sus fundadores—, son los de *T-ho*; están a trece leguas de los de *Izamal* y a ocho de la mar como los otros; y hay señales hoy en día de haber habido una muy hermosa calzada de los unos a los otros. Los españoles poblaron aquí una ciudad y llamáronla Mérida por la extrañeza y grandeza de los edificios, el principal de los cuales señalaré aquí como pudiere e hice (con el) de *Izamal*, para que mejor se pueda ver lo que es[37].

---

37 T-ho significa *lugar de los cinco* (de *ti*, en, y *ho*, cinco; algunos autores piensan que *ho* fue el nombre de un árbol o sencillamente un patronímico), tal vez haciendo referencia al numero de pequeñas colinas que había en el sitio. El nombre esotérico del emplazamiento ceremonial, con el que es citado a menudo en los documentos indígenas, es Ich Caan Siho, *Faz del nacimiento del cielo* según el filólogo Alfredo Barrera Vásquez. La ciudad antigua estaba en la provincia o distrito de Chakan, integrado en el período Postclásico por una serie de poblados relativamente autónomos. Fue quizá su favorable situación geográfica lo que determinó la elección española para fundar allí la capital de Yucatán. Su poderío no debió ser muy grande, y parece que estuvo algún tiempo sometida a Chichén Itzá. Cuando los conquistadores decidieron asentarse definitivamente, a finales de la primera mitad del siglo XVI, hallaron los principales edificios abandonados y cubiertos de vegetación. Mientras que las ruinas de Izamal son todavía visibles en parte, las de T-ho desaparecieron por completo bajo las construcciones modernas. La referencia que hace Landa a la calzada que unía Izamal con T-ho es de sumo interés, pues hoy sabemos que esos caminos elevados, que llegaron a alcanzar longitudes de cien kilómetros, son testimonio de la red de lazos políticos y familiares entre los linajes que gobernaban los centros yucatecos.

Éste es el borrón que he podido sacar del edificio, para cuyo entendimiento se ha de saber que éste es un asiento quebrado, de mucha grandeza, porque tiene más de dos carreras de caballo desde la parte del oriente. Comienza luego la escalera desde el suelo, y esta escalera será de siete escalones de la altura de los de *Izamal*. Las demás partes del mediodía, poniente y norte, se siguen de una pared fuerte y muy ancha. Todo aquel henchimiento del cuadro es de piedra seca, y en la parte llana torna a comenzar otra escalera por la misma parte del oriente, a mi parecer de veintiocho o treinta pies recogida dentro de otros tantos escalones igual de grandes. Hace el mismo recogimiento hacia la parte del mediodía y del norte, no del poniente, y síguense dos paredes fuertes hasta encontrar o juntarse con las del cuadro por la parte del poniente y así llegan hasta el peso de las escaleras, haciendo todo el henchimiento de en medio de piedra seca, que espanta tal altura y grandeza como allí hay de henchimiento a mano.

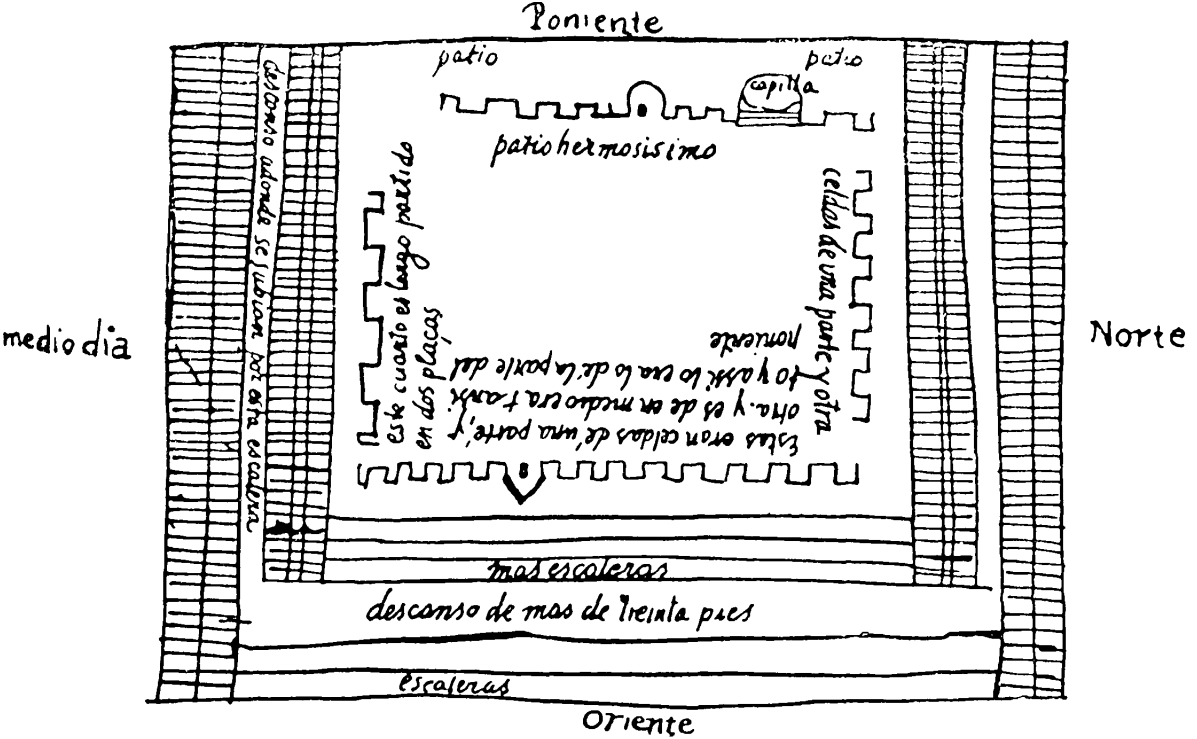
Después, en lo llano arriba, comienzan los edificios de esta manera: por parte del oriente se sigue un cuarto a la larga, recogido adentro hasta seis pies que no llega a los cabos, labrado de muy buena cantería y todo de celdas de una parte y de otra; de a 12 pies de largo y 8 de ancho; las puertas, en medio de cada una, no tienen señal de batientes ni manera de quicios para cerrarse, sino llanas, de su piedra muy labrada, y la obra trabada a maravilla y cerradas por lo alto todas las puertas, con tezas de piedra enteriza; tiene en medio un tránsito como arco de puente y por encima de las puertas de las celdas sale un releje de piedra labrada que (corre) a lo largo de todo el cuarto, sobre el cual salen hasta lo alto unos pilarejos, la mitad de ellos labrados redondos y la mitad metidos en la pared. Estos pilarejos seguían hasta lo alto de las bóvedas de que las celdas estaban hechas y cerradas por arriba. Por encima de estos pilaritos salía otro releje enrededor de todo el cuarto. Lo alto era de terrado, encalado muy fuerte como allá se hace con cierta agua de corteza de un árbol. Por la parte del norte había otro cuarto de celdas, tales como estas otras, salvo que el cuarto, con casi la mitad no era tan largo. Al poniente

se seguían otra vez las celdas, y (cada) cuatro o cinco había un arco que atravesaba, como el de en medio del cuarto de oriente, todo el edificio, y luego un edificio redondo, algo alto, y luego otro arco, y lo demás eran celdas como las restantes. Este cuarto atraviesa todo el patio grande en buena parte menos de la mitad y así forma dos patios, uno por detrás, al poniente, y otro a su oriente, que viene a estar cercado de cuatro cuartos, el último de los cuales es muy diferente porque está hecho hacia el mediodía, de dos piezas cerradas con bóveda como las demás a la larga; la delantera de las cuales tiene un corredor de muy gruesos pilares cerrados por arriba con muy hermosas piedras labradas y enterizas. Por en medio va una pared sobre la que carga la bóveda de ambos cuartos, con dos puertas para entrar al otro cuarto. De manera que todo lo cierra por arriba un encalado.

Tiene este edificio, apartado de sí como dos buenos tiros de piedra, otro muy alto y hermoso patio en el cual hay tres cerros que de mampostería estaban bien labrados; y encima sus muy buenas capillas de la bóveda como solían y sabían ellos hacer. Tiene bien apartado de sí un tan grande y hermoso cerro que, con haberse edificado gran parte de la ciudad (con piedras) de él (para hacer las casas con) que la poblaron a la redonda, no sé si ha de verse jamás acabado.

EL primer edificio de los cuatro cuartos nos dio el Adelantado Montejo a nosotros, hecho un monte áspero; limpiámosle y hemos hecho en él, con su propia piedra, un razonable monasterio todo de piedra, y una buena iglesia que llamamos la Madre de Dios. Hubo tanta piedra de los cuartos, que (aún) está entero el del mediodía y en parte los de los lados, y dimos mucha piedra a los españoles para sus casas, en especial para sus puertas y ventanas; tanta era su abundancia.

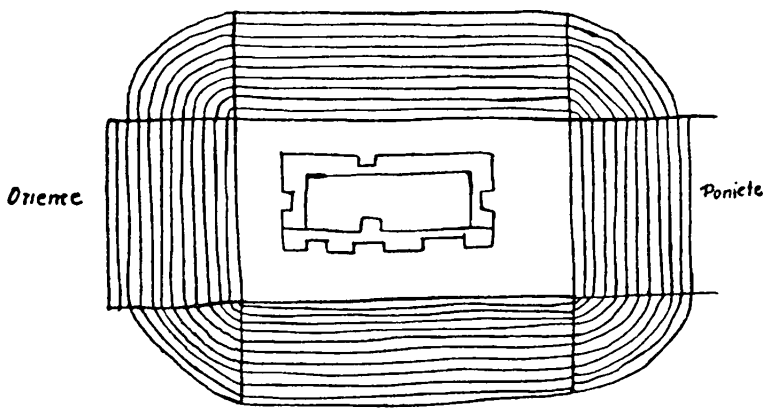
Los edificios del pueblo de *Tikoh* no son muchos ni tan suntuosos como algunos de estos otros, aunque eran buenos y lucidos, ni aquí yo hiciera mención de ellos salvo por haber habido en él una gran población de que adelante necesariamente se ha de hablar, y por eso se dejará ahora. Están estos edificios a tres leguas de *Izamal* al oriente, y a siete de *Chichenizá*.



Edificio de T-ho, según el croquis de la *Relación de Landa*.

Es pues *Chichenizá* un asiento muy bueno a diez leguas de *Izamal* y once de Valladolid, en la cual, según dicen los antiguos indios, reinaron tres señores hermanos los cuales, según se acuerdan haber oído de sus pasados, vinieron a aquella tierra de la parte del poniente y juntaron en estos asientos gran población de pueblos y gentes, la cual rigieron algunos años en mucha paz y justicia.

Eran muy honradores de su dios y así edificaron muchos edificios y muy galanos, en especial uno, el mayor, cuya figura pintaré aquí como la pinté estando en él, para que mejor se entienda. Estos señores, dicen, vivieron sin mujeres, y en muy grande honestidad, y todo el tiempo que vivieron así, fueron muy estimados y obedecidos de todos. Después, andando el tiempo, faltó uno de ellos, el cual se debió morir, aunque los indios dicen que saltó de la tierra por la parte de *Bac halal.* Hizo la ausencia de éste, como quiera que ella fuese, tanta falta en los que después de él regían, que comenzaron luego a ser parciales en la república, y en sus costumbres tan deshonestos y desenfrenados que el pueblo los vino a aborrecer, en tal manera que los mataron y desbarataron y despoblaron dejando los edificios y el asiento harto hermoso porque está cerca de la mar, a diez leguas. Tiene muy fértiles tierras y provincias a la redonda. La figura del principal edificio es la siguiente:



Este edificio tiene cuatro escaleras que miran a las cuatro partes del mundo, de treinta y tres pies de ancho y de noventa y un escalones cada una, que es muerte subirlas. Tienen en los escalones la misma anchura y altura que nosotros damos a los nuestros. Cada escalera tiene dos pasamanos bajos, al igual de los escalones, de dos pies de ancho, de buena cantería como lo es todo el edificio. Éste no está esquinado porque desde la halda del suelo, desde los pasamanos al contrario, se comienzan a labrar, como están pintados, unos cubos redondos que van subiendo a trechos y estrechando el edificio por muy galano orden. Había, cuando yo, le vi, al pie de cada pasamano, una fiera roca de sierpe de una pieza bien curiosamente labrada. Acabadas de esta manera las escaleras, queda en lo alto una placeta llana en la cual está un edificio hecho de cuatro cuartos. Los tres se andan a la redonda sin impedimento, y tiene cada uno puerta en medio, y están cerrados de bóveda. El cuarto del norte se anda por sí con un corredor de pilares gruesos. El de en medio, que había de ser como el patinico que hace el orden de los paños del edificio, tiene una puerta que sale al corredor del norte y está por arriba cerrado de madera y en él se quemaban los sahumerios. Hay en la entrada de esta puerta o del corredor, un a modo de armas esculpidas en una piedra que no pude entender bien.

Tenía este edificio otros muchos, y tiene hoy día a la redonda de sí, bien hechos y grandes, y todo el suelo que va de él a ellos encalado, y aún hay, en partes, memoria de los encalados, tan fuerte es la argamasa de que los hacen.

Tenía delante la escalera del norte, algo aparte, dos teatros de cantería, pequeños, de cuatro escaleras, enlosados por arriba, en que dicen representaban las farsas y comedias para solaz del pueblo. Va desde el patio, enfrente de estos teatros, una hermosa y ancha calzada hasta un pozo como a dos tiros de piedra. En este pozo han tenido y tenían entonces, costumbre de echar hombres vivos en sacrificio a los dioses, en tiempo de seca, y pensaban que no morían aunque no los veían más. Echaban también otras muchas cosas de piedras de valor y que tenían preciadas. Y así, si esta tierra hubiera tenido oro fuera este pozo el que más parte

de ello tuviera, según le han sido devotos los indios. Es pozo que tiene siete estados largos de hondo hasta el agua, de ancho más de cien pies, y redondo y de una peña tajada hasta el agua que es maravilla. Parece que tiene el agua muy verde y creo lo causan las arboledas de que está cercado, y es muy hondo; tiene encima de él, junto a la boca, un edificio pequeño donde hallé ídolos hechos a honra de todos los dioses principales de la tierra, casi como el Pantheón de Roma. No sé si era esta invención antigua o de los modernos para toparse con sus ídolos cuando fuesen con ofrendas a aquel pozo. Hallé leones labrados de bulto, y jarras y otras cosas que no sé como nadie dirá que no tuvieron herramientas estas gentes. También hallé dos hombres de grandes estaturas, labrados de piedra, cada uno de una pieza, en carnes, cubierta su honestidad como se cubrían los indios. Tenían las cabezas por sí y con zarcillos en las orejas como los usaban los indios, y hecha una espiga por detrás en el pescuezo que encajaba en un agujero hondo hecho para ello en el mismo pescuezo, y encajado, quedaba el bulto cumplido[38].

CAPÍTULO VIII

Por qué cosas hacían otros sacrificios los indios

Las fiestas que en el calendario de esta gente atrás queda puesto, nos muestran cuáles y cuántas eran y para qué y cómo las ce-

---

38 En esta parte del manuscrito de Landa, relato fiel de sus observaciones en las antiguas ciudades abandonadas, destaca la descripción del pozo sagrado de Chichén Itzá. El cenote (del maya *dzonot*) es un enorme agujero en el suelo, de unos 60 metros de diámetro y 20 metros de profundidad hasta la capa freática, que no se usaba, como otros muchos de Yucatán, para el aprovisionamiento de agua potable, sino con fines exclusivamente ceremoniales. Dos exploraciones de cierta envergadura, la primera entre 1904 y 1911 dirigida por el cónsul de Estados Unidos en Mérida, Edward H. Thompson, y la segunda en los años sesenta dirigida por el arqueólogo mexicano Román Piña Chan, se propusieron comprobar la veracidad de las noticias históricas sobre ofrendas y sacrificios realizados en el pozo. Para ello emplearon distintos procedimientos de dragado, obteniendo un gran número de piezas arqueológicas y restos humanos y animales. Cabe mencionar, por su significación cultural y la novedad que

lebraban. Pero porque eran sus fiestas sólo para tener gratos y propicios a sus dioses, sino era teniéndolos airados no (las) hacían más sangrientas; y creían estar airados cuando tenían necesidades o pestilencias o disensiones o esterilidades u otras semejantes necesidades; entonces no curaban de aplacar los demonios sacrificándoles animales, ni haciéndoles solamente ofrendas de sus comidas y bebidas o derramando su sangre y afligiéndose con velas y ayunos y abstinencias; mas olvidada toda natural piedad y toda ley de razón, les hacían sacrificios de personas humanas con tanta facilidad como si sacrificasen aves, y tantas veces cuantas los malvados sacerdotes o los *chilanes* les decían era menester, o a los señores se les antojaba o parecía. Y dado que en esta tierra, por no ser mucha la gente como en México, ni regirse ya después de la destrucción de *Mayapán* por una cabeza sino por muchas, no hacían así tan junta la matanza de hombres, ni por eso dejaban de morir miserablemente hartos, pues tenía cada pueblo autoridad de sacrificar los que el sacerdote o *chilán* o señor le parecía, y para hacerlo tenían sus públicos lugares en los templos como si fuera la cosa más necesaria del mundo a la conservación de la república. Después de matar en sus pueblos, tenían aquellos dos descomulgados santuarios de *Chichenizá* y *Cuzmil* donde infinitos pobres enviaban a sacrificar o despeñar al uno, y al otro a sacar los corazones; de las cuales miserias tenga a bien por siempre librarlos el señor piadoso que tuvo por bien hacerse sacrifico en la cruz al padre por todos.

---

representaban, las vasijas que contenían copal (el incienso maya *pom*, resina del árbol del mismo nombre *Protium copal*) y hule, fragmentos de lanzadardos de madera, un par de pequeñas sandalias, pedazos de tejido de algodón, figuritas de hule y muñecos de madera adornados con hule y copal, muchos objetos de metal: anillos y discos repujados de oro, diademas de oro laminado, mangos de abanico, cascabeles, broches, sandalias y candeleros de oro, cuchillos de sacrificio con mangos de oro, y placas de pirita, vasos de alabastro, dientes de tiburón, cuentas de ámbar, etcétera. La abundancia de cráneos y mandíbulas infantiles indicaba que éstas eran las víctimas preferidas para el sacrificio, aunque también se hallaron huesos de adultos y jóvenes de ambos sexos. Los individuos eran precipitados al agua desde una plataforma situada en el borde sur del cenote, luego de ser purificados en el recinto anexo del baño de vapor. Seguramente llevaban atado algún peso para que se hundieran con prontitud y no desluciesen el rito manoteando en la superficie.

¡Oh, señor, dios mío, hombre, ser y vida de mi alma, santa guía y camino cierto de mis costumbres, consuelo de mis consuelos, alegría interna de mis tristezas, refrigerio y descanso de mis trabajos! ¿Y qué me mandas tú, señor, que trabajo se puede llamar y no mucho mejor descanso? ¿A qué me obligas que yo no pueda muy cumplidamente hacer? ¿Por ventura, señor, ignoras la medida de mi vaso y la cantidad de mis miembros y la calidad de mis fuerzas? ¿Acaso, señor, me faltas tú en mis trabajos? ¿No eres tú cuidadoso padre de quien dice tu santo profeta en el salmo, «con él soy en la tribulación y trabajo, y yo le libraré de ella y le glorificaré»?

Señor, sí, tú eres, y tú eres aquel de quien dijo el profeta lleno de tu santísimo espíritu, que finges trabajo en tu mandamiento, y es así, señor, que los que no han gustado de la suavidad de la guarda y cumplimiento de tus preceptos, trabajo hallan en ellos; pero, señor, trabajo fingido es, trabajo temido es, trabajo de pusilánimes es, y témenlo los hombres que nunca acaban de poner la mano al arado de cumplirlos, que los que se disponen a la guarda de ellos, dulces los hallan, en pos del olor de sus ungüentos se van, su dulcedumbre los refrigera a cada paso, y muchos más gustos experimentan cada día (que les sabe discierne nadie), como otra reina de Saba; y así, señor, te suplico me des gracia que a ejemplo tuyo, dejada la casa de mi sensualidad y el reino de mis vicios y pecados, haga del todo experiencia de servirte y guardar tus santos mandamientos, para lo que en más me enseñare la experiencia de su guarda; que de sólo leerlos y tratarlos, halle yo el bien de tu gracia para mi alma, y así como creo ser tu yugo suave y leve, te hago gracias por haberme puesto debajo de su melena, y libre del (pecado) en que veo andan y han andado tantas muchedumbres de gentes, caminando para el infierno: lo cual es tan grave dolor que no sé a quién no quiebra el corazón ver la mortal pesadumbre e intolerable carga con que el demonio ha siempre llevado y lleva a los idólatras al infierno; y si esto, de parte del demonio que lo procura y hace, es crueldad grande, de parte de Dios es justísimamente permitido para que, pues si no se quieren regir por la luz de la razón

que él les ha dado comiencen en esta vida a ser atormentados y a sentir parte del infierno que merecen, con los trabajosos servicios que al demonio de continuo hacen con muy largos ayunos y vigilias y abstinencias, con increíbles ofrendas y presentes de sus cosas y haciendas, con derramamientos continuos en su propia sangre, con graves dolores y heridas en sus cuerpos, y lo que es peor y más grave, con las vidas de sus prójimos y hermanos; y con todo esto nunca el demonio se harta y satisface de sus tormentos y trabajos, ni de llevarlos con ellos al infierno donde eternalmente los atormenta; cierto, mejor se aplaca Dios y con menos tormentos y muertes se satisface: pues a voces dice y manda al Gran Patriarca Abraham que no extienda su mano para quitar la vida a su hijo, porque está su Majestad determinado a enviar al suyo al mundo y dejarle perder en la cruz la vida de veras, para que vean los hombres que para el hijo de Dios eterno es pesado el mandamiento de su padre, aunque a él (sea) muy dulce y fingido a los hombres de trabajo.

Por lo cual quiten ya los hombres la tibieza de sus corazones y el temor del trabajo de esta santa ley de Dios, pues es su trabajo fingido y en breve se vuelve dulcedumbre de las almas y de los cuerpos, cuanto más que, allende de que es digno Dios de ser muy servido y se lo debemos en justísima deuda, es todo para nuestro provecho, y no sólo eterno, sino aun temporal; y miremos todos los cristianos, especialmente los sacerdotes, que en esta vida es gran vergüenza y confusión, y en la venidera lo será mayor, ver que halle el demonio quien le sirva con increíbles trabajos para ir, en pago de ellos, al infierno, y que no halle Dios apenas quien en guarda de tan suaves mandamientos le sirva fielmente para ir a la eterna gloria. Por lo cual, tú, sacerdote de Dios, dime si has mirado con advertencia el oficio de estos sacerdotes tristes del demonio, y de todos los que en las divinas letras hallamos lo fueron en los pasados tiempos, cuán enojosos y largos y muchos eran sus ayunos, más que los tuyos: qué tantos más continuos en las vigilias y en sus míseras oraciones que tú; cuán más curiosos y cuidadosos de las cosas de sus oficios que tú del tuyo; con cuánto mayor celo que tú entendían en enseñar sus pes-

tíferas doctrinas, y si de esto te hallaras en alguna culpa, remédiala y mira que eres sacerdote del alto señor que con sólo el oficio te obliga a procurar vivir en limpieza y cuidado, limpieza del ángel cuanto más del hombre.

CAPÍTULO IX

El medio natural

Yucatán es una tierra la de menos tierra que yo he visto, porque toda ella es una viva laja, y tiene a maravilla poca tierra, tanto que habrá pocas partes donde se pueda cavar un estado sin dar en grandes bancos de lajas muy grandes. La piedra no es muy buena para labores delicadas, porque es dura y tosca; empero, tal cual es, ha sido para que de ella hayan hecho la muchedumbre de edificios que en aquella tierra hay; es muy buena para cal, de que hay mucha, y es cosa maravillosa que sea tanta la fertilidad de esta tierra sobre las piedras y entre ellas.

Todo lo que en ella hay y se da, se da mejor y más abundantemente entre las piedras que en la tierra, porque sobre la tierra que acierta a haber en algunas partes ni se dan árboles ni los hay, ni los indios en ella siembran sus simientes, ni hay sino yerbas; y entre las piedras y sobre ellas siembran y se dan todas sus semillas y se crían todos los árboles, y algunos tan grandes y hermosos que maravilla son de ver; la causa de esto creo que es haber más humedad y conservarse más en las piedras que en la tierra.

En esta tierra no se ha hallado hasta ahora ningún género de metal que ella de suyo tenga, y espanta (que) no habiendo con qué, se hayan labrado tantos edificios porque no dan los indios razón de las herramientas con que se labraron; pero ya que les faltaron metales, proveyolos Dios de una sierra de pedernal contigua a la sierra que según dije atraviesa la tierra, y de la cual sacaban piedras de que hacían los hierros de las lanzas para la gue-

rra y los navajones para los sacrificios de los cuales tenían buen recaudo los sacerdotes; hacían los hierros para las saetas y aún los hacen, y así les servía el pedernal de metal. Tenían cierto azófar blanco con alguna poca mezcla de oro, de que hacían las hachuelas de fundición y unos cascabelazos con que bailaban, y una cierta manera de escoplillos con que hacían los ídolos y agujeraban las cerbatanas como esta figura del margen,* que mucho usan la cerbatana y bien la tiran. Este azófar y otras planchas o láminas más duras, las traían a rescatar por sus cosas los de Tabasco para los ídolos, y no había entre ellos algún otro género de metal.

Según el sabio, una de las cosas a la vida del hombre más necesaria es el agua, y es tanto que sin ella ni la tierra produce sus frutos ni los hombres se pueden sustentar, y con haber faltado en Yucatán la abundancia de ríos que sus tierras vecinas tienen en mucha abundancia, porque sólo dos tienen, y el uno es el río de Lagartos que sale por un cabo de la tierra a la mar, y el otro el de Champotón, ambos salobres y de malas aguas, la proveyó Dios de muchas y muy lindas aguas, unas por industria y otras proveídas de naturaleza.

La naturaleza obró en esta tierra diferentemente en lo de los ríos y fuentes, que los ríos y las fuentes que en todo el mundo corren sobre la tierra, en ésta van y corren todos por sus meatos secretos por debajo de ella. Lo cual nos ha enseñado que casi toda la costa está llena de fuentes de agua dulce que nacen dentro en la mar y se puede de ellas, en muchas partes, coger agua como me ha acaecido a mí cuando de la menguante de la agua queda la orilla algo seca. En la tierra proveyó Dios de unas quebradas que los indios llaman *zenotes,* que llegan de peña tajada hasta el agua, en algunos de los cuales hay muy furiosas corrientes y acaece llevarse el ganado que cae en ellos, y todas estas salen a la mar de que se hacen las fuentes dichas.

---

* No está el dibujo en el manuscrito

Estos *zenotes* son de muy lindas aguas y muy de ver, que hay algunos de peña tajada hasta el agua y otros con algunas bocas que les creó Dios, o causaron algunos accidentes de rayos que suelen caer muchas veces, o de otra cosa; y por dentro con lindas bóvedas de peña fina y en la superficie sus árboles, de manera que en lo de arriba es monte y debajo *zenotes,* y hay algunos que puede caber y andar una carabela y otros más o menos. Los que éstos alcanzaban bebían de ellos; los que no, hacían pozos, y como se les había faltado herramienta para labrarlos, eran muy ruines. Pero ya no sólo les hemos dado industria para hacer buenos pozos sino muy lindas norias con estanques de donde, como en fuentes, toman el agua.

Hay también lagunas y todas son de agua salobre y ruin para beber y no son corrientes como *zenotes.* Tiene una cosa esta tierra en toda ella maravillosa en esto de los pozos, y es que en todas las partes de ella que se cave, salen muy buenas aguas de manantiales y algunos tan hermosos que se sume una lanza por ellos, y en todas las partes que se han cavado se ha hallado medio estado antes del agua un banco de conchas y caracolillos de la mar, de tantas diferencias y colores, grandes y chicos, como los que están a la orilla de la mar y la arena ya convertida en dura peña blanca. En *Maní,* pueblo del rey, cavamos un pozo grande para hacer una noria a los indios y al cabo de haber cavado siete u ocho estados en una peña fina, hallamos un sepulcro de siete buenos pies de largo, lleno de tierra bermeja muy fresca, y de huesos humanos, y todos estaban ya casi convertidos en piedra; faltaban dos o tres estados por llegar al agua y antes de ella había una bóveda hueca que crió allí Dios de manera que estaba el sepulcro metido dentro de la peña, y se podía andar por debajo hacia donde el agua; no pudimos entender cómo fuese esto si no es que digamos que aquel sepulcro se abrió allí por la parte de dentro, y después, con la humedad de la cueva y el mucho tiempo, vino a congelarse la peña y crecer y así cerrarse aquello.

Además de los dos ríos que he dicho hay en esta tierra, tiene una fuente a tres leguas de la mar, cerca de Campeche, y es salobre y no hay en toda la tierra otra ni otras aguas. Los indios de

hacia la sierra, por tener los pozos muy hondos, suelen en tiempo de las aguas hacer para sus casas concavidades en las peñas y allí recoger agua de la llovediza: porque en su tiempo llueven grandes y muy recios aguaceros y algunas veces con muchos truenos y relámpagos; los pozos todos y en especial los cercanos a la mar crecen y menguan cada día a la hora que crece y mengua la mar, lo cual muestra más claro ser todas las aguas ríos que corren debajo de la tierra hacia la mar.

Hay una ciénaga en Yucatán digna de memoria pues tiene más de setenta leguas de largo y es salina toda ella; comienza desde la costa de *Ekab*, que es cerca de la Isla de Mujeres, y síguese muy junto a la costa de la mar entre la misma costa y los montes, hasta cerca de Campeche; no es honda porque no le da lugar el no haber tierra, pero es mala de pasar yendo de los pueblos a la costa o viniendo de ella a los pueblos, por los árboles que tiene y mucho lodo. Esta ciénaga es salina que Dios ha criado allí de la mejor sal que yo he visto en mi vida, porque molida es muy blanca, y para sal dicen los que lo saben es tan buena, que sala más medio celemín de ella que uno de otras partes. Cría la sal Nuestro Señor en esta ciénaga del agua llovediza y no de la mar, que no le entra, porque entre la mar y la ciénaga va una costa de tierra a lo largo todo lo que dura ella, que la divide de la mar. En tiempo, pues, de aguas, se hincha esta ciénaga y se cuaja la sal dentro de la misma agua, en terrones grandes y pequeños que no parecen sino pedazos de azúcar cande. Después de pasadas las aguas cuatro meses o cinco, y ya que la laguna está algo enjuta, tenían los indios antiguamente costumbre de ir a sacar sal, la cual sacan cogiendo aquellos terrones dentro del agua y sacándolos a enjugar fuera. Tenían para esto sus lugares señalados en la propia laguna, que eran los más fértiles de sal y de menos lodo y agua, y acostumbraban a no hacer esta cosecha de la sal sin licencia de los señores, que a estos lugares de ella tenían, por cercanía, más acción; a los cuales todos los que por sal venían, hacían algún servizuelo o de la propia sal o de las cosas de sus tierras, y porque probó esto un principal llamado Francisco Euan, natural del pueblo de *Caucel*, y probó que el regi-

miento de la ciudad de *Mayapán* había puesto a sus antepasados en la costa, con cargo de ella y del repartimiento de la sal, la Audiencia de Guatemala les mandó, a los que a sus comarcas la fuesen a coger, dar ahora lo mismo. Cógese ya mucha en el tiempo de ella para llevar a México y a Honduras y a la Habana. Cría esta ciénaga, en algunas partes de ella, muy hermosos pescados y aunque no grandes, de muy buen sabor[39].

No hay sólo pescado en la laguna pero es tanta la abundancia que en la costa hay, que casi no curan los indios de lo de la laguna, si no son los que no tienen aparejos de redes, que éstos suelen, con la flecha, como hay poca agua, matar mucho pescado; los demás hacen sus muy grandes pesquerías de que comen y venden pescado a toda la tierra.

Acostúmbranlo salar y asar y secar al sol sin sal, y tienen su cuenta cuál de estos beneficios ha menester cada género de pescado, y lo asado se conserva días, que se lleva a veinte y treinta leguas a vender, y para comerlo tórnanlo a guisar, y es sabroso y sano.

Los pescados que matan y hay en aquella costa son lisas muy excelentes y muy gordas; truchas, ni más ni menos en el color y pecas y sabor, y son más gordas y sabrosas de comer, y llámanse en la lengua *uzcay*; robalos muy buenos; sardinas, y con ellas acuden lenguados, sierras, caballas, mojarras e infinitas diversidades de otros pescados pequeños; hay muy buenos pulpos en la costa de Campeche; tres o cuatro castas de tollos muy buenos y sanos, y especialmente unos a maravilla sanos y en las cabezas diferentísimos de los otros que las tienen redondas y muy llanas que espanta, y por la parte de dentro la boca y en las ori-

---

39 La explotación y comercio de la sal fue una actividad de gran importancia económica en la península de Yucatán, controlada por los organismos políticos que obtenían de este monopolio unos sustanciosos ingresos. Lo mismo que en África y en el Cercano Oriente, las caravanas de mercaderes transportaban el valioso producto desde las salinas de la costa septentrional hasta el interior de las selvas; en el área maya sólo había otro famoso lugar de extracción en las montañas guatemaltecas donde nace el río Chixoy. Durante el Postclásico los mayas exportaron cacao, pieles, algodón, plumas, copal y sal en notables cantidades, recibiendo a cambio obsidiana, jade y piedras volcánicas del altiplano, y metales del istmo centroamericano.

llas de lo redondo, los ojos: llámanse estos *alipechpol*. Matan unos pescados muy grandes que parecen mantas y hacen a trozos en salmuera en las orillas a la redonda, y es muy buena cosa (mas) no sé si es este pescado raya.

Hay muchos manatís en la costa entre Campeche y la Desconocida, de los cuales, allende del mucho pescado o carne que tienen, hacen mucha manteca y excelente para guisar de comer; de estos manatís se cuentan cosas de maravillar; en especial cuenta el autor de la *Historia General de las Indias* que crió en la Isla Española un señor indio uno en un lago, tan doméstico que venía a la orilla del agua en llamándolo por su nombre que le habían puesto, y que era «Matu». Lo que yo de ellos digo (es) que son tan grandes que se saca de ellos mucha más carne que de un buen becerro grande, y mucha manteca; engendran como los animales y tienen para ello sus miembros como hombre y mujer, y la hembra pare siempre dos y no más ni menos, y no pone huevos como los otros pescados; tienen dos alas como brazos fuertes con que nadan, el rostro tiene harto semejanza al buey y sácanle fuera del agua a pacer yerba a las orillas, y los suelen picar los murciélagos en una jeta redonda y llana que tienen, que les da vuelta al rostro, y mueren de ello porque son muy sanguíneos a maravilla y de cualquiera herida se desangran con el agua. La carne es buena, especialmente fresca; con mostaza, es casi como buena vaca. Mátanlos los indios con arpones de esta manera: búscanlos en los esteros y partes bajas que no es pescado que sabe andar en hondo y llevan sus arpones atados en sus sogas con boyas al cabo; hallados, los arponean y suéltanles las sogas y las boyas y ellos con el dolor de las heridas huyen a una y otra parte por lo bajo y de poca agua, que jamás van a lo hondo de la mar ni saben, y como son tan grandes van turbando el cieno y tan sanguíneos vanse desangrando; y así con la señal del cieno los siguen en sus barquillas los indios y después los hallan con sus boyas y sacan. Es pesca de mucha recreación y provecho, porque son todos carne y manteca.

Hay otro pescado en esta costa al cual llaman *ba*, es ancho y redondo y bueno de comer, pero muy peligroso de matar o de to-

par con él, porque tampoco sabe andar en lo hondo y es amigo de andar en el cieno donde los indios lo matan con el arco y flecha; y si se descuidan andando con él o pisándolo en el agua, acude luego con la cola que la tiene larga y delgada y hiere con una sierra que tiene, tan fieramente, que no se puede sacar de donde la mete sin hacer muy mayor la herida, porque tiene los dientes al revés, de la manera que aquí está pintada.* De estas sierritas usaban los indios para cortar sus carnes en los sacrificios del demonio, y era oficio del sacerdote tenerlas, y así tenían muchas; son muy lindas porque son un hueso muy blanco y curioso hecho sierra así de aguda y delicada, que corta como cuchillo.

Hay un pescadillo pequeño tan ponzoñoso que nadie que lo come escapa de morir hinchado, todo muy en breve, y burla a algunos hartas veces, aunque es conocido en que es algo tardío en morir fuera del agua y se hincha mucho todo él. Hay muy gentiles ostiones en el río de Champotón y hay muchos tiburones en toda la costa.

Demás de los pescados cuya morada son las aguas, hay algunas cosas que juntamente se sirven y viven en el agua y en tierra como son muchas iguanas, las cuales son como lagartos de España en la hechura y grandeza y en el color, aunque no son tan verdes; éstas ponen huevos en mucha cantidad y andan siempre cerca de la mar y de donde hay aguas, indiferentemente se guarecen en el agua y en la tierra, por lo cual las comen los españoles en tiempos de ayuno y la hallan muy singular comida y sana. Hay de éstas tantas, que ayudan a todos por la cuaresma; péscanlas los indios con lazos, encaramadas en los árboles y en agujeros de ellos, y es cosa increíble lo que sufren el hambre, que acaece estar vivas, después de tomadas, veinte y treinta días sin comer bocado y sin enflaquecer y he oído que hay experiencia hecha, que si les frotan las barrigas con arena engordan mucho. El estiércol de éstas es admirable medicina para curar nubes de los ojos, puesto fresco en ellas.

---

* Tampoco existe la pintura en la copia.

Hay tortugas a maravilla grandes, que las hay muy mayores que grandes rodelas y son de buen comer y tienen harto qué; ponen los huevos tan grandes como de gallina, y ponen ciento cincuenta y doscientos, haciendo en la arena, fuera del agua, un gran hoyo y cubriéndolos, después con la arena y allí salen las tortuguillas. Hay otras diferencias de tortugas en la tierra, por los montes secos y en las lagunas.

Un pescado vi en las costas, algunas veces, que por ser de concha todo, lo dejé para poner aquí. Es, pues, del grandor de una tortuga pequeña y cubierto por arriba de una concha delicada, redonda, de hermosa hechura y verde muy claro; tiene una cola de lo mismo de la concha, muy delgada, que parece punzón y larga como un jeme; por debajo tiene muchos pies y todo lleno de menudos huevos que no tiene qué comer de él sino huevos y cómenlos muchos los indios; llámanle en su lengua *mex*.

Hay muy fieros lagartos, los cuales aunque andan en el agua, salen y están mucho en tierra, y comen en tierra o la cabeza fuera del agua porque carecen de agallas y no pueden mascar dentro del agua. Es animal pesado y no se aparta mucho del agua y tiene furioso ímpetu en el acometer a algo, o en la huida. Es muy tragón, que cuentan de él cosas extrañas; y lo que yo sé es que uno nos mató, cerca de un monasterio, a un indio, bañándose en una laguna; y fue luego de allí a un rato un religioso con los indios a matarle a él y para matarle tomaron un perro no muy grande y metiéronle un fuerte palo por la boca hasta el sieso, hecho con sus puntas, y atáronle por las tripas del perro una muy recia soga, y echando en la laguna el perro salió luego el lagarto y lo tomó en los dientes y se lo tragó; y tragado tiró la gente que con el fraile iba y lo sacaron con gran trabajo y dificultad atravesándosele el palo en el cuerpo; abriéronle y halláronle la mitad del hombre en el buche a más del perrillo. Estos lagartos engendran como los animales, y ponen huevos y para ponerlos hacen grandes hoyos en la arena, muy cerca del agua, y ponen trescientos huevos y más, grandes más que de aves, y déjanlos allí hasta el tiempo que les ha Naturaleza enseñado que han de salir y entonces ándanse por allí aguardando y salen los lagarti-

llos de esta manera: salen del huevo tan grandes como un palmo y están aguardando la ola de la mar que bate cerca de ellos, y así como la sienten, saltan de su lugar al agua y todos los que no alcanzan quedan muertos en la arena que como son tan tiernos y ella está muy caliente del sol, abrásanse y mueren luego. Los que alcanzan el agua escapan todos y comienzan luego a andar por allí hasta que acudiendo los padres los siguen; de esta manera escapan muy pocos aunque ponen tantos huevos, no sin divina providencia que quiere sea más lo que nos aprovecha que lo que nos daña y podría tanto perjudicar, como estas bestias, si todas saliesen a la luz.

De la manera que hay de serpientes y otros animales ponzoñosos

De culebras o serpientes es grande la diversidad que hay, de muchos colores y no dañosas salvo dos castas de ellas. Las unas son muy ponzoñosas víboras, y mucho mayores que las de acá de España. Llámanlas *taxinchan*. Otras hay también muy ponzoñosas y muy grandes y con cascabel en las colas; otras muy grandes que se tragan un conejo o dos y no son dañosas, y es cosa de decir que hay indios que con facilidad toman las unas y las otras sin recibir de ellas perjuicio.

Hay una casta de lagartijas mayores que las de acá, de las cuales es maravilla grande el temor que los indios tienen, porque según ellos dicen, en tocándola la persona, suda un sudorcillo el cual es mortal ponzoña. Hay muchos alacranes entre las piedras y no son tan ponzoñosos como los de acá de España. Hay un género de hormigas grandes cuya picada es mucho peor y duele y encona más que la de los alacranes, y tanto, que dura su enconación más del doble que la del alacrán como yo he experimentado.

Hay dos géneros de arañas, la una muy pequeña y muy pestífera, la otra es muy grande y toda cubierta de espinitas muy delicadas, negras, que parecen vello y tienen en ellas la ponzoña, y

así se guardan mucho de tocarlas los indios donde las hay. Otras muchas sabandijas hay pero no dañosas.

Hay un gusanito colorado del cual se hace ungüento muy bueno, amarillo, para hinchazones y llagas, con no más de batirlos o amasarlos juntos y sirve de óleo para pintar los vasos y hace fuerte la pintura.

De las abejas y su miel y cera

Hay dos castas de abejas y ambas son muy más pequeñas que las nuestras. Las mayores de ellas crían en colmenas, las cuales son muy chicas; no hacen panal como las nuestras sino ciertas vejiguitas como nueces de cera, todas juntas unas a otras, llenas de la miel. Para castrarlas no hacen más que abrir la colmena y reventar con un palito estas vejiguitas y así corre la miel y sacan la cera cuando les parece. Las demás crían en los montes, en concavidades de árboles y de piedras, y allí les buscan la cera de la cual y de miel abunda esta tierra mucho, y la, miel es muy buena salvo que como es mucha la fertilidad del pasto de las abejas sale algo tocada del agua y es menester darle un hervor al fuego y con dárselo queda muy buena y de mucha dureza. La cera es buena salvo que es muy humosa y nunca se ha acertado cual sea la causa, y en unas provincias es muy más amarilla por razón de las flores. No pican estas abejas ni hacen (nada) cuando las castran mal[40].

---

[40] La apicultura era, y es, una de las actividades económicas fundamentales de los mayas yucatecos. La miel servía como alimento y para endulzar; sin embargo, la cera fue desechada, según parece, hasta que los españoles mostraron a los indios la forma de fabricar velas u otros usos. Ya hemos dicho que con miel y la corteza del árbol balché se elaboraba la bebida ritual por excelencia. Los dioses de las abejas son llamados XMulsencab, y se encuentran también en el Chilam Balam de Chumayel asociados con colores y puntos cardinales; los indígenas creen que esta divinidad reside en el sitio arqueológico de Cobá, donde, en efecto, hay un edificio con representaciones de un ser en actitud descendente que lleva atributos del insecto. En la antigüedad XMulsencab o Ah Musencab pudo estar identificado con el jefe de los dioses Bacab, de nombre Hobnil, y en las páginas 103 a 112 del Códice de Madrid se describen algunas ceremonias quizá semejantes a la liturgia de las fiestas de los dueños de las colmenas que Landa sitúa en el mes Tzec.

Mucha es, y muy de notar, la diversidad de yerbas y flores que a Yucatán ornan en sus tiempos, así en los árboles como en las yerbas y muchas de ellas a maravilla lindas y hermosas y de diversos colores y olores, las cuales, allende el ornato con que a los montes y campos atavían, dan abundantísimo mantenimiento a las abejitas para su miel y cera. Pero entre ellas pondré aquí algunas, así por su preciosidad de olor y hermosura, como por el provecho que de ellas los moradores de aquella tierra tienen.

Hay ajenjos muy más frescos y olorosos que los de acá y de más largas y delgadas hojitas y críanlos los indios para sus olores y recreación, y he visto que se hacen más hermosos con echarles las indias, al pie, cernada.

Hay una yerba de muy anchas hojas y de altas y gordas ramas, de singular frescura y fertilidad, porque de pedazos de las ramas se dan tanto, que crecen (a) la manera y muchedumbre de las mimbreras, aunque en nada les son de comparar; tratada un poco la hoja entre las manos, tiene el verdadero olor del trébol, aunque lo pierde después de seca; es muy buena para frescura de los templos en las fiestas, y de esto sirve.

Hay tanta albahaca, que están los montes y los caminos llenos de ella en algunas partes, y con nacer en aquellas peñas es muy fresca, hermosa y olorosa, aunque no se compara a la que se cría en las huertas, llevada de acá, que es cosa muy de ver lo que cría y ensancha cada pie.

Hay una flor que llaman *tixzula* del más delicado olor que yo he olido y mucho más que los jazmines; es blanca y la hay morada clara, y porque su tronco es de cebollas gordas se podría traer a España. Es, pues, de esta manera: echan sus cebollas unas espadañas altas y gruesas muy frescas, que duran todo el año y dan en medio una vez al año, un mástil verde, ancho como de tres dedos, y gordo y tan largo como las espadañas; en éste al cabo salen las flores en un manojo, cada una de un jeme de largo abiertas con el pezón, que dan cinco hojitas largas y abiertas, y ciérralas por lo bajo una tela blanca, delicada, y en medio tienen unas telitas amarillas a maravilla hermosas de blanco y

amarillo. Cortado este vástago y puesto en un jarro de agua, dura con muy suave olor muchos días, porque no se abren las flores juntas, sino poco a poco.

Hay unas azucenitas muy blancas y olorosas y que duran mucho en agua, y fáciles de traer acá, porque son también de cebolla y en todo semejantes a las azucenas, salvo que el olor es más suave y no dañoso a la cabeza, y no tienen en medio lo amarillo de las azucenas. Hay una rosa llamada *ixlaul* que me han dicho que es de mucha hermosura y olor.

Hay también un género de árboles que llaman *nicté* que llevan muchas rosas blancas y otras medio amarillas y otras medio moradas; son de mucha frescura y olor y hacen de ellas galanos ramilletes, y los que quieren, letuario. Hay una flor que llaman *Kom*, la cual es de mucho olor y arde de gran calor cuando huele; podríase fácilmente traer acá, y son sus hojas a maravilla frescas y anchas. Sin estas flores y yerbas olorosas hay otras muy provechosas y medicinales entre las cuales hay dos maneras de yerba-mora muy fresca y muy linda.

Hay mucha doradilla y culantrillo y una yerba con cuyas hojas cocidas y agua se quitan a maravilla las hinchazones de los pies y piernas. Hay otra muy singular para curar llagas viejas que llaman *iaxpalialché*. Hay también otra que tiene el mismo sabor del hinojo y se come y es muy buena para cocer agua y para curar llagas, puesta así cruda como la pasada. Hay en lo de *Bachalar* zarzaparrilla.

Tienen cierta yerba que crían en los pozos y en otras partes, triangulada como la juncia, pero muy más gorda, de la cual hacen sus seras y la suelen teñir de colores y hácenlas muy lindas a maravilla. Tienen una yerba silvestre, que también la crían en sus casas, y es mejor, de la cual sacan su manera de cáñamo de que hacen infinitas cosas para su servicio. También se crían en algunos árboles, sin ser de su cosecha, un cierto género de yerbas las cuales echan unas frutas como pequeños cohombros, de los cuales se hacen sus gomas o colas con que pegan lo que han menester.

Las simientes que para la humana sustentación tienen, son:

muy buen maíz y de muchas diferencias y colores, de lo cual cogen mucho y hacen trojes y guardan en silos para los años estériles. Hay dos castas de habas pequeñas, las unas negras y las otras de diversos colores, y otras que han llevado los españoles, blanquillas y pequeñas. Hay de su pimienta; muchas diferencias de calabazas, algunas de las cuales son para sacar pepitas para hacer guisados, otras para comer asadas y cocidas y otras para vasos de sus servicios; tienen ya melones y muy buenos, y calabazas de España; los hemos puesto a coger mijo, y dáse a maravilla bien que es buen mantenimiento; tienen una fruta a maravilla fresca y sabrosa que se siembra y la fruta es la raíz que nace como nabo gordo y redondo: cómense crudas con sal; la otra raíz que nace debajo de tierra sembrándola, que es grande mantenimiento, y es de muchas diferencias, que hay moradas, amarillas y blancas, cómense cocidas y asadas y son buena comida, y tiran algo a castañas, y ayudan, asadas, a beber. Hay otros dos géneros de raíces y son mantenimiento de los indios. Otras dos raíces silvestres hay que se parecen algo a las dos que primero he dicho, y ayudan en tiempos de necesidad de hambre a los indios, que sin ella no curan de ellas. Tienen un arbolillo de blandas ramas y que tiene mucha leche, las hojas del cual se comen guisadas, y son como berzas de comer y buenas con mucho tocino gordo. Plántanlo los indios luego do quiera van a morar, y en todo el año tiene hoja que cogerle. Hay muy frescas achicorias, y criábanlas en las heredades aunque no las saben comer.

Cosa es de mucho alabar a Dios con el profeta que dice: «admirable es, Señor, tu nombre en toda la tierra», por la muchedumbre de árboles que en esta tierra Su Majestad crió, todos tan desemejantes de los nuestros, que hasta hoy (no) se ha visto uno que conozca, digo en Yucatán, que fuera sí he visto, y de todos tienen sus servicios y provechos los indios y aun los españoles. Hay un árbol de cuya fruta, que es como calabazas redondas, hacen los indios sus vasos, y son muy buenos y hácenlos ellos muy pintados y galanos. De esta misma casta hay otro que lleva la fruta más pequeña y muy dura y hacen de ella otros vasillos para ungüentos y otros servicios. Hay otro, el cual lleva una frutilla

como avellana de cuesco, de la cual se hacen buenas cuentas, y con la cáscara se lava la ropa como con jabón, y así hace su espuma.

Criaban mucho el árbol del incienso para los demonios, y sacábanselo hiriendo con una piedra el árbol en la corteza para que por allí corriese aquella goma o resina; es árbol fresco, alto y de buena sombra y hoja, pero su flor hace negra la cera donde lo hay. Hay un árbol que crían en los pozos, muy hermoso de alto, y fresco de hoja, y que es maravilla lo que extiende sus ramas, las cuales nacen en el tronco por mucho orden, que nacen de tres en tres o más, a trozos, a la redonda del árbol, y así se van extendiendo ellas y la guía creciendo.

Hay cedros, aunque no de los finos. Hay una casta de palo algo amarillo y vetoso como encina, a maravilla fuerte y de mucha dura y tan recio, que lo hallamos en las puertas de los edificios de Izamal, puesto por batientes y cargada la obra toda sobre él. Hay otro, fortísimo, y hacían de él los arcos y las lanzas y es de color leonado. Otro hay de color anaranjado oscuro, de que hacían bordones; es muy fuerte y creo se dice *esbrasil*. Hay muchos árboles de los que dicen son buenos para la enfermedad de bubas, y llámanles *zon*. Hay un árbol que lleva leche la cual es rejalgar y llaga cuanto toca, y su sombra es muy pestífera, especial(mente) si se duerme a ella. Hay otro que todo él está lleno de pares de espinas largas y muy duras y gordas, que no hay ave que en él repose jamás ni se pueda en él asentar; tiene aquellas espinas todas agujereadas por el tronco y llenas siempre de hormigas. Hay un árbol de muy gran altadura y grandeza; lleva una fruta como algarrobas llena de unos piñones negros, y que en tiempo de necesidad hacen de ella comida los indios, y con sus raíces hacen cubos para sacar agua de los pozos y norias.

Otros árboles hay de cuyas cortezas hacen los indios cubillos para sacar agua para sí, y otro de que hacen las sogas, y otros de cuyas cortezas majadas hacen un caldo para bruñir con él los encalados, y los hace muy fuertes. Hay muy hermosas moreras y es buena madera, y tienen otros tantos árboles y de todo servicio y provecho, que espanta. Tienen en los campos y montes mu-

chas diferencias de mimbres muy largos, aunque no son mimbres, de los cuales hacen cestas de todas maneras y con los cuales atan sus casas y cuanto han menester, y es muy grande a maravilla el servicio que de esto tienen. Hay un árbol cuya leche es singular medicina para encarnar los dientes. Hay otro que lleva cierta fruta grande, llena de lana mejor para almohadas que las estopas de la Alcarria.

Temiendo hacer agravio a la fruta o sus árboles los he acordado poner por sí, y primero diré del vino como cosa que los indios mucho estimaban y por eso lo plantaban casi todos en sus corrales o espacios de sus casas. Es árbol feo y sin más fruto que hacer de sus raíces y miel y agua, su vino. Hay en esta tierra ciertas parras silvestres que llevan uvas comestibles; hay muchas en la costa de *Kupul*. Hay ciruelos de muchas diferencias de ciruelas y algunas muy sabrosas y sanas y diferentísimas de las nuestras, que tienen poca carne y gran cuesco, al revés de las que acá hay a qué lo comparar; echa este árbol las frutas antes que las hojas, y sin flor, sino la fruta. Hay muchos plátanos y los han llevado los españoles, que no los había antes. Hay un árbol muy grande, el cual lleva una fruta grande, algo larga y gorda cuya carne es colorada, y muy buena de comer; no echa flor sino la propia fruta, muy pequeñita y va creciendo muy poco a poco. Hay otro árbol muy frondoso y hermoso y que nunca se le cae la hoja, y sin echar flor, echa una fruta de tanta y más dulzura que la de arriba, pequeña, muy golosa y gustosa de comer y muy delicada, y hay unos mejores que otros, y tanto mejores que serían muy preciados si los tuviésemos: llámanlos en la lengua *Ya*. Hay otro muy hermoso y fresco árbol que nunca pierde la hoja y lleva unos higuillos sabrosos que llaman *Ox*. Hay otro árbol a maravilla hermoso y fresco y lleva la fruta como huevos grandes. Cógenla verde los indios y madúranla en ceniza, y madura, queda a maravilla y al comer es dulce y empalaga como yemas de huevo. Otro árbol lleva otra fruta así amarilla y no tan grande como esta otra y más blanda y dulce que ella, la cual comida, queda el cuesco como blando erizo todo, que es de ver. Hay otro muy fresco y hermoso árbol que lleva una fruta ni más ni menos que las ave-

llanas con su cáscara; tienen debajo (de) aquella cáscara una fruta como guindas, y su cuesco grande; llámanlas los indios *Vayam* y los españoles *Guayas*. Hay una fruta que los españoles han llevado, de buen comer y sana, que llaman *Guaybas*.

En las sierras hay dos géneros de árboles. El uno lleva unas frutas tan grandes como una buena pera, muy verdes, y de gorda corteza, las cuales maduran aporreándolas todas en una piedra, y son después de muy singular sabor. El otro lleva unas frutas muy grandes, de la hechura de las piñas, y tienen gustoso comer, que son aguanosas y acedas, y tienen muchos cuescos, pequeños, pero no son sanas. Hay un árbol el cual se da siempre en los rasos, y nunca entre otros árboles sino solos ellos, cuya corteza es muy buena para adobar cueros y sirve de zumaque; lleva una frutilla amarilla sabrosa y golosa mucho para las mujeres. Hay un árbol muy grande y fresco al cual llaman los indios *On*; lleva una fruta como calabacillas grandezuelas de gran suavidad que parece a sabor de manteca y es mantecosa, y es de muy gran mantenimiento y sustancia. Tiene gran cuesco y delicada cáscara, y cómese cortado (en) rebanadas como melón y con sal.

Hay unos cardos muy espinosos y feos, y crecen a trozos siempre pegados a otros árboles, revueltos con ellos. Éstos llevan una fruta cuya corteza es colorada y semejante algo a la hechura de la alcachofa y blanda de quitar y sin ninguna espina. La carne que dentro tiene es blanca y llena de muy pequeños granos negros. Es dulce y delicada a maravilla y aguanosa que se deshace en la boca; cómese a ruedas como naranjas y con sal, y no hallan los indios tantas por los montes cuantas comen los españoles.

Hay un árbol fofo y feo aunque grande, que lleva cierta manera de fruta grande llena de tripas amarillas muy sabrosas y de cosquezuelos como cañamones y muy mayores, los cuales son muy sanos para la orina. De esta fruta hacen buena conserva y echa el árbol la hoja después de pasada la fruta. Hay un árbol algo espinoso pequeño, el cual lleva una fruta de hechura de delgados pepinos y algo larga. Tiene alguna similitud su sabor con el cardo, y cómese así, con sal, partida en rebanadas, y los cuescos son como los del cohombro muy pequeños y muchos y tier-

nos. Si acierta a tener esta fruta algún agujero por algún accidente estando en el árbol, en él se le recoge una gomilla (de) muy fino olor de algalia. Es también buena fruta para las mismas enfermedades de las mujeres. Hay otro árbol cuya flor es asaz de suave olor, y cuya fruta es la que acá en España llaman del manjar blanco, y hay muchas diversidades de ellos en el llevar fruta buena y mejor.

Hay un arbolito que suelen los indios criar en sus casas, el cual lleva unos erizos como los de las castañas, aunque no son tan grandes ni tan ásperos. Ábrense cuando están en sazón y tienen dentro unos granillos de los cuales usan, aun los españoles, para dar color a los guisados, como lo da el azafrán, y tan fino el color que mancha mucho. Bien creo se me deben quedar más frutas, pero todavía diré de la de las palmas, de las cuales hay dos castas. Las unas sirven sus ramas (para) cubrir las casas, y son muy altas y delgadas, y llevan unos muy grandes racimos de una golosilla fruta negra como garbanzos (a las que) son muy aficionadas las indias. Las otras son unas palmas bajas y muy espinosas, y no sirve su hoja de nada, que es muy cortilla y rara. Llevan unos grandes racimos de una fruta redonda, verde, tan grande como huevos de paloma. Quitada la cáscara le queda un cuesco de gran dureza, y quebrado, sale de él una pepita redonda tan grande como una avellana, muy sabrosa y provechosa en tiempos estériles, que hacen de ella la comida caliente que beben en las mañanas, y a falta, se guisaría con su leche cualquier manjar, como con la de las almendras.

Cógese mucho algodón a maravilla, y dáse en todas las partes de la tierra, de lo cual hay dos castas: la una siembran cada año, y no dura más que aquel año su arbolito, y es pequeño, la otra dura el árbol cinco o seis años y todos da su fruto, que son unos capullos como nueces con cáscara verde, el cual se abre en cuatro partes a su tiempo y allí tiene el algodón.

Solíase coger grana, y dicen que era de la mejor de las Indias, por ser de tierra seca, y todavía cogen en algunas partes alguna poca los indios. Colores hay de muchas diversidades, hechos de tintas de algunos árboles, y de flores, y porque los indios no han

sabido perfeccionarlos con las gomas que les dan el temple que han menester para que no desdigan, desdicen. Pero los que cogen la seda han ya buscado remedios y dicen se darán tan perfectos como en las partes que más perfectos se dan.

La abundancia que tiene esta tierra de aves es a maravilla grande, y tan diversas, que es mucho alabar al que de ellas las hinchió como de bendición. Tienen aves domésticas y que crían en las casas como son sus gallinas y gallos en mucha cantidad, aunque son penosos de criar. Hanse dado a criar aves de España, gallinas, y crían muchas a maravilla, y en todos los tiempos del año hay pollos de ellas. Crían algunas palomas mansas, de las nuestras, y multiplican mucho. Crían para la pluma cierta casta de anadones blancos grandes, que creo les vinieron del Perú, y así les pelan muchas veces las barrigas y quieren aquella pluma para las labores de sus ropas.

Hay mucha diversidad de pájaros y muchos son lindos, y entre ellos hay dos castas de tortolillas muy saladas, y las unas muy chiquitas y domésticas para criar, mansas. Hay un pajarito pequeño, de tan suave canto como el ruiseñor, que llaman *Ixyalchamil*; anda en las paredes de las casas que tienen huertas y en los árboles de ellas. Hay otro pájaro grande y muy lindo, de color verde muy oscuro, que no tiene en la cola más de dos plumas largas, y con no más de la mitad, y al cabo, pelos en ellas, y su morar es en los edificios, y no anda sino a las mañanas. Hay otros pájaros que en las travesuras y cuerpo son como las picazas y grandes gritadores a la gente que pasa por los caminos, que no la dejan ir secreta. Hay muchos avioncillos o golondrinas, y yo he creído que son aviones porque no crían en las casas como las golondrinas.

Hay un pájaro grande y de muchos colores y hermosura, el cual tiene gran pico y muy fuerte, y anda siempre en los árboles secos, asido con las uñas, agujereando las cortezas aherronadas con el pico tan recio que se oye buena pieza, para sacar los gusanos de la carcoma, de los cuales se mantiene; y es tanto lo que agujerean estos pájaros, que están los árboles que crían estos gusanos, de arriba abajo, hechos una criba de agujeros.

Hay muchas aves del campo, buenas todas para comer, que hay tres maneras de muy lindas palomitas pequeñas. Hay unas aves en todo semejantes a las perdices de España, salvo que son de muy altas piernas, aunque coloradas, y tienen ruin comer; son, empero, a maravilla domésticas, si se crían en casa. Hay muchas codornices a maravilla, y son algo mayores que las nuestras, y de singular comer; vuelan poco y tómanlas los indios encaramadas en los árboles, con perros, y con lazos que les echan al pescuezo, y es muy gustosa caza. Hay muchos faisanes pardillos y pintados y de razonable tamaño, y no tales para comer como los de Italia. Hay un pájaro grande como las gallinas de allá que llaman *Cambul*, muy hermoso a maravilla y de gran denuedo y buen comer. Hay otro, que llaman *Cox*, tan grande como él, de furioso paso y meneo, y son los machos negros todos como un azabache, y tienen unas coronas muy lindas de plumitas crespas, y los párpados de los ojos amarillos y muy lindos. Hay muchos pavos que aunque no son de tan hermosas plumas como los de acá de España, las tienen muy galanas y son a maravilla hermosos, y tan grandes como los gallos de los indios y de tan buen comer. Otras muchas aves hay que aunque las he visto no me acuerdo.

A todas las grandes matan los indios, en los árboles, con las flechas, y a todas les hurtan los huevos y los sacan sus gallinas, y se crían muy domésticas. Hay tres o cuatro castas de papagayos pequeños y grandes y tantas bandas de ellos, que hacen mucho daño a las sementeras.

Hay otras aves nocturnas, como son lechuzas, mochuelos, y gallinas ciegas, que es cosa de pasatiempo caminar de noche pues se van grandes piezas del camino poniendo a vuelos delante de los hombres. Amohínan mucho a los indios y tiénenlas por agüero, y lo mismo tienen a otros pájaros.

Hay unas aves muy carniceras que llaman los españoles auras y los indios *kuch,* las cuales son negras y tienen el pescuezo y cabeza como las gallinas de allá, y el pico larguillo con un garabato. Son muy sucias pues siempre andan en los establos y en lugares de la purgación del vientre comiéndola y buscando carnes

muertas para comer. Es cosa averiguada no habérsele hasta ahora conocido nido ni saber dónde crían, por lo cual dicen algunos viven vidas de doscientos años y más, y otros creen ser verdaderos cuervos. Huelen tanto la carne muerta que para hallar los indios los venados que matan y se les huyen heridos, no tienen remedio sino subidos en altos árboles mirar adonde acuden estas aves, y es cierto hallar allí su caza.

De aves de rapiña es a maravilla mucha la diversidad que hay, porque hay águilas pequeñas, hay muy lindos azores y muy grandes cazadores, hay gavilanes muy hermosos y mayores que los de acá de España. Hay alcotanes y sacres, y otros que, como no soy cazador, no tengo memoria.

En la mar es cosa que admira la infinidad, la variedad y la diversidad y muchedumbre que hay de aves y pájaros, y la hermosura de cada uno de sus géneros. Hay unos pájaros tan grandes como avestruces pardos y de mayor pico; andan siempre en el agua buscando que pescar y así como sienten al pescado, álzanse en el aire y caen con gran ímpetu sobre la pesca con aquel picazo y pescuezo, y jamás echan lance vacío, y quédanse, en haciendo el golpe, nadando y tragando al pez vivo sin más lo guisar ni escamar. Hay unos pájaros grandes, flacos y que vuelan mucho y muy alto, los cuales dividen la cola en sus dos puntas, la enjundia de los cuales es a maravilla medicinal para señales de heridas y para pasmo de miembros por causa de heridas. Hay unos anadones que se sustentan grandísimo rato debajo del agua, para pescar que comer, y son muy sueltos y tienen en el pico un garfio con que pescan. Hay otros anadoncitos pequeños y de mucha hermosura que se llaman *Maxix*; son muy mansitos y si se crían en casa, no se saben huir.

Hay muchas maneras de garzas y garcetas, unas blancas, otras pardas, unas grandes, otras pequeñas; en las Lagunas de Términos hay muchas encarnadas muy claras que parecen de color de polvo de grana, y tantas maneras de pajarillos chicos y grandes, que ponen admiración su muchedumbre y diversidad, y más el verlos a todos cuidadosos de buscar de comer en aquella playa, unos entrando tras la ola en la reventazón de la mar,

y después huyendo de ella, otros buscando comida a orillas, otros quitándola a otros con llegar más presto a ella, y lo que más admira: ver que a todos los provee Dios (y) que los hinche de bendición.

De muchos animales han carecido los indios; y especialmente han carecido de los que más necesarios son para el servicio del hombre; pero, tenían otros de los más, de los cuales se aprovechaban para su mantenimiento, y ninguno de ellos era doméstico salvo los perros, los cuales no saben ladrar ni hacer mal a los hombres, y a la caza sí, que encaraman las codornices y otras aves y siguen mucho los venados y algunos son grandes rastreadores. Son pequeños y comíanlos los indios por fiesta, y ya creo se afrentan y tienen por poquedad comerlos. Dicen que tenían buen sabor.

Hay dantas en sólo un cornijal de tierra que está detrás de las sierras de Campeche, y hay muchas, y hanme dicho los indios que son de muchos colores, que hay rucias y oberas, bayas y castañas, y muy blancas y negras. Andan más en este pedazo de tierra que en toda ella, porque es animal muy amigo de agua y hay por allí muchas lagunas de aquellos montes y sierras. Es animal del tamaño de medianas mulas, muy ligero y tiene la pata hendida como el buey, y una trompilla en el hocico en que guarda agua. Tenían los indios por gran valentía matarlas y duraba para memoria el pellejo, o partes de él, hasta los biznietos, como lo vi yo; llámanla *Tzimin*, y por ellas han puesto nombre a los caballos.

Hay leoncillos y tigres, y mátanlos los indios con el arco, encaramados en los árboles. Hay un cierto género de oso o quier *(sic)* que es a maravilla amigo de castrar colmenas. Es pardo con unas manchas negras y largo de cuerpo y corto de piernas y cabecirredondo.

Hay cierta casta de cabrillas monteses, pequeñas y muy ligeras y hosquillas de color. Hay puercos, animales pequeños y muy diferentes de los nuestros, que tienen el ombligo en el lomo y hieden mucho. Hay muchos venados que es maravilla, y son pequeños y la carne de buen comer. Conejos hay infinitos en todo

semejantes a los nuestros, salvo el hocico que lo tienen largo y no nada romo, sino como de carnero; son grandes y de muy buen comer. Hay un animalito tristísimo de su natural y anda siempre en las cavernas y escondrijos, y de noche; y para cazarlo le arman los indios cierta trampa y en ella le cogen; es semejante a la liebre y anda a saltos y encogido. Tiene los dientes delanteros muy largos y delgados, la colilla aun menor que la liebre y el color verdoso y muy umbrío, y es a maravilla manso y amable y llámase *Zub*.

Hay otro animalito pequeño, como un lechoncillo recién nacido, y así las manezuelas y el hocico, gran hozeador, el cual está todo cubierto de graciosas conchas que no parece sino caballo encubertado, con sólo las orejuelas y los pies y manos fuera, y su pescuezo y testera cubiertos de las conchas; es muy bueno de comer y tierno.

Hay otros animales como perrillos pequeños; tienen la cabeza de hechura de puerco y larga cola, y son de color ahumado y a maravilla torpes; tanto, que los toman muchas veces de la cola. Son muy golosos y andan de noche en las casas y no se les escapa gallina en poco a poco. Paren las hembras catorce y dieciocho hijuelos como comadrejuelas y sin ningún abrigo de pelo y a maravilla torpecillos; y proveyó Dios a las madres de una extraña bolsa en la barriga en que los amparan, porque le nace a todo lo largo en la barriga, por cada parte y encima de las tetas, un cuero, y cuando lo junta uno con otro, quedan cerradas las tetas, y cuando quiere lo abre, y allí reciben los hijos, cada uno, el pezón de la teta en la boca, y cuando los tienen todos asidos échales aquellas ijadas o cueros encima y apriétalos tan fuertemente que ninguno se le cae, y con ellos, así cargada, va por ahí a buscar de comer; críalos así hasta que tienen pelo y pueden andar.

Hay zorras en todo como las de acá, salvo que no son tan grandes ni tienen tan buena cola. Hay un animal que llaman *Chic* a maravilla travieso, tan grande como un perrillo, de hocico como lechón. Críanlo las indias, y no les dejan cosa que no les hozen y trastornen, y es cosa increíble que son a maravilla amigos de

burlar con las indias, y las espulgan y se llegan siempre a ellas, y no pueden ver al hombre más que a la muerte. Hay muchos de éstos y andan siempre a manadas en hila, uno tras otro, encajados los hocicos los unos debajo de la cola de los otros, y destruyen mucho la heredad de maíz donde entran.

Hay un animalito como ardilla, blanco y de unas cinchitas amarillas oscuras cercado alrededor, que llaman *Pay*, el cual se defiende de los que le siguen o dañan con orinarse, y es de tan horrible hedor lo que echa, que no hay quien lo pueda sufrir ni cosa en que se caiga se puede más traer. Hánme dicho que no es aquello orina sino un sudorcillo que trae en una bolsita detrás. Sea lo que fuere, sus armas le defienden, y por maravilla matan uno de ellos los indios. Hay muchas ardillas muy lindas, y topos y comadrejas y muchos ratones como los de España, salvo que son de muy largos hocicos[41].

CAPÍTULO X

Conclusión

No han los indios perdido sino ganado mucho con la ida de la nación española, aun en lo que es menos, aunque es mucho, acrecentándoseles muchas cosas de las cuales han de venir, andando los tiempos, a gozar por fuerza, y ya comienzan a gozar y usar de muchas de ellas. Hay ya muchos y buenos caba-

---

41 Las descripciones de plantas y animales en la obra de Landa, con los deliciosos comentarios que tan bien reflejan los saberes naturalistas que adornaban al fraile, han permitido identificar la mayor parte de las especies mencionadas. Alfred Tozzer proporciona esta información en las notas a su edición de 1941, la cual se puede completar con los siguientes trabajos: Cristina Álvarez, *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial*, México, 1980; Alfredo Barrera Marín *et al. Nomenclatura etnobotánica maya*, México 1976. En cuanto a los vocablos mayas que aparecen en éste y anteriores capítulos del libro, puede consultarse el *Diccionario Maya Cordemex*, dirigido por Alfredo Barrera Vázquez y publicado en Mérida en 1980, aunque es preciso considerar la posibilidad de que la ortografía de Landa, o las transcripciones de su copista, no sean correctas.

llos y muchas mulas y machos; los asnos se dan mal, y creo lo ha causado el regalarlos, porque sin falta es bestia recia y que la daña el regalo. Hay muchas y muy hermosas vacas, puercos muchos, carneros, ovejas, cabras y de nuestros perros que merecen su servicio, y que con ellos se ha, en las Indias, hecho contarlos entre las cosas provechosas. Gatos que son muy provechosos y allá necesarios, y los quieren mucho los indios. Gallinas y palomas, naranjas, limas, cidras, parras, granadas, higos, guayabos y dátiles, plátanos, melones y las demás legumbres; y sólo los melones y calabazas se dan de su simiente, que las demás es menester simiente fresca de México. Dáse ya seda y es muy buena.

Hanles ido herramientas y el uso de los oficios mecánicos, y dánseles muy bien. El uso de la moneda y de otras muchas cosas de España, que aunque los indios habían pasado y podido pasar sin ellas, viven sin comparación con ellas más como hombres y más ayudados a sus trabajos corporales y a la relevación de ellos que según la sentencia del filósofo, el arte ayuda a la naturaleza.

No ha dado Dios acrecentamiento a los indios con la nuestra nación española de las cosas dichas tan necesarias al servicio del hombre, que por solas ellas no pagan con lo que dan o darán a los españoles, tan solamente; pero les han ido sin paga las que no se pueden comprar ni merecer, que son la justicia y cristiandad y paz en que ya viven; por lo cual deben más a España y a sus españoles, y principalmente a los muy católicos reyes de ella —que con tan continuo cuidado y con tan grande cristiandad de estas dos cosas los han proveído y los proveen—, que a sus primeros fundadores, malos padres que los engendraron en pecado e hijos de ira, que la cristiandad los engendra en gracia y para gozar la vida eterna. Sus primeros fundadores no les supieron dar orden (para que) careciesen de (los) errores tantos y tales como en los que han vivido. La justicia los ha sacado de ellos mediante la predicación, y ella los ha de guardar no tornen a ellos; y si tornaren, los ha de sacar de ellos con razón, pues se puede gloriar España en Dios, pues la eli-

gió entre otras naciones para remedio de tantas gentes, por lo cual ellas le deben mucho más que a sus fundadores ni genitores; que si como el bienaventurado San Gregorio dice, no nos fuera de mucho provecho nacer si no viniéramos a ser de Cristo, bien nuestro, redimidos. Ni más ni menos ¿qué fruto —podemos decir con Anselmo— nos trae el ser redimidos si no conseguimos el fruto de la redención que es nuestra salvación? Y así, yerran mucho los que dicen que porque los indios han recibido agravios, vejaciones y malos ejemplos de los españoles, hubiera sido mejor no los haber descubierto, porque vejaciones y agravios mayores eran los que unos a otros se hacían perpetuamente matándose, haciéndose esclavos y sacrificándose a los demonios. Mal ejemplo, si lo han recibido o de algunos lo reciben ahora, el rey lo ha remediado y remedia cada día con sus justicias y con la continua predicación y perseverante contradicción de los religiosos a quienes los dan y han dado; y cuanto más es evangélica la doctrina, los malos ejemplos y los escándalos son necesarios, y así creo lo han sido entre esta gente para que ella supiese, apartando el oro del lodo y el grano de la paja, estimar la virtud como lo han hecho, viendo con el filósofo que resplandecen las virtudes entre los vicios y los virtuosos entre los viciosos, y el que mal ejemplo o escándalo les ha dado, tiene terrible aflicción si no los satisface con (algo) bueno; y tú, carísimo lector, pídelo así de tu parte a Dios y recibe mi poco de trabajo perdonando los defectos de él, y acordándote, cuando con ellos topares, que no sólo no les defiendo, como San Agustín dice decía de sí Tulio, el cual decía nunca había dicho palabra que la quisiese revocar, y no agradó el santo por ser tan propio el errar de los hombres; pero al principio, antes que los topes, los toparás revocados o confesados en mis introducciones o prólogos, y así juzgarás con el bienaventurado Agustín en la epístola a Marcela, la diferencia entre quien confiesa su yerro o falta y el que las defiende, y perdonarás las mías como dice el profeta hace Dios (con) las mías y las tuyas, diciendo: Señor, yo dije que confesaré mi maldad e injusticia, y luego tú la perdonaste.

El historiador de las cosas de las Indias, a quien se debe mucho en ellas por su trabajo y por la lumbre que les dio,* dice hablando de las cosas de Yucatán que usaban honda en la guerra y varas tostadas; y de las cosas que en la guerra usaban ya lo dejo dicho y no me espanto le pareciesen a Francisco Hernández de Córdoba y a Juan de Grijalva, de honda las pedradas que les tiraban los indios, cuando en Champotón los desbarataron, pues se retiraban, pero no saben tirar con honda ni la conocen, aunque tiran muy certera y recia una piedra, y encaran con el brazo izquierdo y el dedo índice a lo que tiran. Dice también que son los indios retajados, y como sea esto ha de hallarse anteriormente. Dice hay liebres y cómo son las que hay hallarás en el último capítulo. Dice hay perdices y qué tales, y cómo sean hallarás también en el último capítulo. Dice más nuestro historiador: que hallaron en el cabo de *Cotoch* cruces entre muertos y los ídolos, y que no lo cree porque si fueran de los españoles que de España se despoblaron cuando se perdió, tocaran de fuerza primero en otras tierras, que hay muchas. Yo, no por esta razón que no me convence, no lo creo porque no se sabe de las otras partes que podían reconocer y a dónde antes que a Yucatán podían llegar, si llegaron o no, tampoco como en estas de Yucatán. Pero por lo que no lo creo es porque cuando Francisco Hernández y Grijalva llegaron a *Cotoch*, no andaban a desenterrar muertos sino a buscar oro entre los vivos, y también creo de la virtud de la cruz y de la malicia del demonio que no sufriera, ver cruz entre los ídolos, en peligro de que milagrosamente algún día su virtud se los quebrantara y a él le ahuyentara y confundiera como hizo a Dagón el arca del testamento con no estar consagrada con sangre del hijo de Dios y dignificada con sus divinos miembros, como la santa cruz. Pero con todo eso, diré lo que me dijo un señor de los indios, hombre de muy buen entendimiento y de mucha reputación entre ellos: hablando en esta materia un día y preguntándole yo si había oído

---

* Se refiere a Gonzalo Fernández de Oviedo.

algún tiempo nuevas de Cristo, Nuestro Señor, o de su Cruz, díjome que no había oído jamás nada a sus antepasados de Cristo ni de la Cruz, mas de que desbaratando un edificio pequeño en cierta parte de la costa, habían hallado en unos sepulcros, sobre los cuerpos y huesos de los difuntos, unas cruces pequeñas de metal, y que no miraron en lo de la cruz hasta ahora que eran cristianos y la veían venerar y adorar, que habían creído lo debían ser aquellos difuntos que allí se habían enterrado. Si esto fue así, es posible haber allí llegado alguna poca gente de España y consumídose en breve, y no haber podido quedar, por eso, memoria de ellos. FIN.

ÍNDICE

Introducción 7

Bibliografía general 39

Capítulo I *La tierra de Yucatán* 43
II *Llegada de los españoles* 47
III *Los antiguos pobladores* 53
IV *Conquistadores y clérigos* 66
V *Vida y creencias de los mayas* 80
VI *Calendario, ritos y escritura* 113
VII *Edificios de Yucatán* 162
VIII *Por qué cosas hacían otros sacrificios los indios* 171
IX *El medio natural* 175
X *Conclusión* 197

COLECCIÓN «CRÓNICAS DE AMÉRICA»

1. HERNANDO COLÓN,
   Historia del Almirante.
2. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO,
   Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (I).
3. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO,
   Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (II).
4. ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA,
   Naufragios y Comentarios.
5. PEDRO DE CIEZA DE LEÓN,
   La crónica del Perú.
6. PEDRO DE CIEZA DE LEÓN,
   El señorío de los incas.
7. CRISTÓBAL COLÓN,
   Diario de a bordo.
8. HERNÁN CORTÉS,
   Cartas de Relación.
9. FERNANDO DE ALVA IXTLILXOCHITL,
   Historia de la nación chichimeca.
10. JUAN RODRÍGUEZ FREYLE,
    Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.
11. RUY DÍAZ DE GUZMÁN,
    La Argentina.
12. PEDRO FERNÁNDEZ DE QUIRÓS,
    Descubrimiento de las regiones australes.
13. FRANCISCO HERNÁNDEZ,
    Antigüedades de la Nueva España.
14. PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA,
    Viajes al estrecho de Magallanes.

15. Francisco López de Gómara,
La conquista de México.
16. Crónicas Indígenas,
Visión de los vencidos.
17. Fray Toribio de Benavente,
Historia de los indios de la Nueva España.
18. Pedro de Cieza de León,
Descubrimiento y conquista del Perú.
19. Autores varios,
Origen de los mexicanos.
20. Fray Martín de Murúa,
Historia general del Perú.
21. Jerónimo de Vivar,
Crónica de los reinos de Chile.
22. Gaspar de Villagrá,
Historia de Nuevo México.
23. Fray Bernardino de Sahagún,
Historia general de las cosas de Nueva España (I).
24. Fray Bernardino de Sahagún,
Historia general de las cosas de Nueva España (II).
25. Hernando de Alvarado Tezozomoc,
Crónica mexicana.
26. Diego de Landa,
Relación de las cosas de Yucatán.
27. Antonio Pigafetta,
Primer viaje alrededor del mundo.
28. Fray G. de Carvajal, P. Arias de Almesto, A. de Rojas,
La aventura del Amazonas.
29. Anónimo,
Chilam Balam de Chumayel.
30. Gonzalo Fernández de Oviedo,
Sumario de la natural historia de las Indias.
31. Anónimo,
Cantos y crónicas del México antiguo.
32. J. Díaz, A. de Tapia, B. Vázquez, F. de Aguilar,
La conquista de Tenochtitlan.
33. Anónimo,
Popol Vuh.
34. John Lloyd Stephens (con ilustraciones de Catherwood),
Viaje a Yucatán (I).

35. JOHN LLOYD STEPHENS (con ilustraciones de Catherwood),
Viaje a Yucatán (II).
36. ANÓNIMO,
Relación de Michoacán.
37. ANTONIO DE ULLOA,
Viaje a la América meridional (I).
38. ANTONIO DE ULLOA,
Viaje a la América meridional (II).
39. JORGE JUAN SANTACILIA Y ANTONIO DE ULLOA,
Noticias secretas de América.
40. SATURNINO MARTÍN CEREZO,
La pérdida de Filipinas.
41. GARCILASO DE LA VEGA,
La Florida del Inca.
42. DIEGO MUÑOZ CAMARGO,
Historia de Tlaxcala.
43. JOSÉ DE ACOSTA,
Historia natural y moral de las Indias.
44. REGINALDO DE LIZÁRRAGA,
Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile.
45. ALEXANDER OLIVER EXQUEMELIN,
Piratas de América.
46. FRANCISCO PALOU,
Junípero Serra y las misiones de California.
47. ANÓNIMO, *Noticias sobre el Río de la Plata:*
Montevideo en el siglo XVIII.
48. JOSÉ CARDIEL,
Las misiones del Paraguay.
49. FRAY MARTÍN IGNACIO DE LOYOLA,
Viaje alrededor del mundo.
50. PEDRO FERNÁNDEZ DE QUIRÓS,
Memoriales de las Indias Australes.
51. JOSÉ CELESTINO MUTIS,
Viaje a Santa Fe.
52. VASCO DE QUIROGA,
La Utopía en América.
53. PEDRO FERNÁNDEZ DE CEVALLOS,
La ruta de la canela americana.
55. HERNANDO COLÓN,
Cuarto viaje colombino. La ruta de los huracanes, 1502-1504.

Edición a cargo de MIGUEL RIVERA DORADO, que nació en Madrid, en 1942.

Doctor en Antropología Americana por la Universidad Complutense y profesor de cultura maya en ese mismo centro docente.

Ha participado en numerosas expediciones arqueológicas a las regiones andinas, Guatemala y México, y publicado libros y artículos de su especialidad.

Es presidente de la Sociedad Española de Estudios Mayas y dirige la Revista Española de Antropología Americana.

Diego de Landa (Cifuentes, Guadalajara, 1524-Mérida de Yucatán, 1579). Es el más importante de los cronistas de Yucatán. Su personalidad como hombre y sacerdote suscita todavía no pocas controversias. Su obra *Relación de las cosas de Yucatán,* sin embargo, es fundamental para el conocimiento de la civilización maya.

La *Relación de las cosas de Yucatán* es una de las obras cumbres de la etnografía antigua de América. El franciscano Diego de Landa, que llegaría a ser obispo de Yucatán, recogió una gran cantidad de información sobre la historia, el modo de vida y las creencias de los mayas en el siglo XVI. El valioso documento original se ha perdido, y la única copia disponible, incompleta, fue descubierta el siglo pasado en la Real Academia de la Historia.

Destaca en el manuscrito la descripción del calendario precolombino y el breve comentario sobre la misteriosa escritura jeroglífica maya; para algunos investigadores éste es el equivalente yucateco de la famosa piedra de Rosetta, que supuso gran ayuda en el desciframiento de los signos egipcios. Por todo ello, por la riqueza y variedad de los temas que trata, la obra de Landa ocupa un lugar de excepción en los anales de la Antropología.

ISBN 84-492-0227-2

En portada:
Placa de oro,
Coclé, Sitio Conte, Panamá, (600-1200)
Museo de la Universidad de Filadelfia.

08-DGC-519